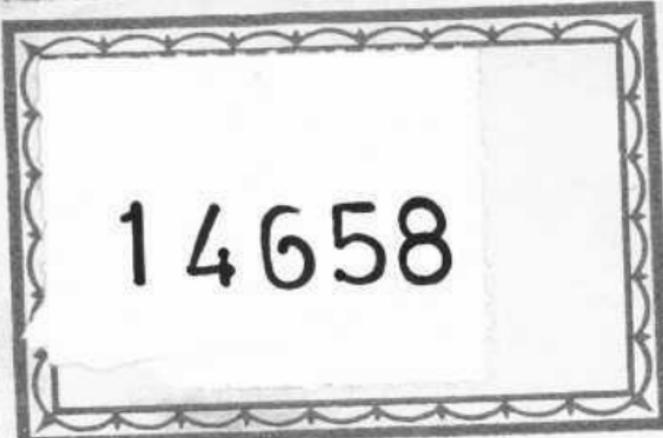


58



14658

14658





# LA GALATEA

NOVELA PASTORIL

DE

R.-6286

Miguel de Cervantes Saavedra



Contiene los seis libros conocidos de la obra inmortal del inmortal escritor.



ra

e

MADRID-1916

# LA GALATEA

NOVELA ORIGINAL

Miguel de Cervantes Saavedra

Traducción de D. Juan de Soto  
de la edición de 1605  
con un estudio preliminar de D. Juan de Soto



REPTURAS PARA EL SOLDADO  
EN LOS FRENTES Y HOSPITALES

## La Galatea.

---

La ocupación de escribir églogas en tiempo que en general la poesía anda tan desfavorecida, bien recelo que no será tenida por ejercicio tan loable, que no sea necesario dar alguna particular satisfacción á los que siguiendo el diverso gusto de su inclinación natural, todo lo que es diferente dél estiman por trabajo y tiempo perdido. Mas pues á ninguno toca satisfacer á ingenios que se encierran en términos tan limitados, sólo quiero responder á los que libres de pasión, con mayor fundamento se mueven á no admitir las diferencias de la poesía vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan de ella se mueven á publicar sus escritos con ligera consideración, llevados de la fuerza que la pasión de las composiciones propias suele tener en los autores de ellas. Para lo cual puedo alegar de mi parte la inclinación que á la poesía siempre he tenido, y la edad, que habiendo apenas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia á semejantes ocupaciones: demás de que no puede negarse que los estudios de esta facultad (en el pasado tiempo con razón tan estimada) traen consigo más que medianos provechos: como son enriquecer el poeta, considerando su propia lengua, y enseño-

rearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe para empresas más altas y de mayor importancia, y abrir camino para que á su imitación los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana, entiendan que tiene campo abierto, fácil y espacioso, por el cual con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia, pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles, graves y levantados, que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra; de lo cual puedo ser yo cierto testigo, que conozco algunos que con justo derecho y sin el empacho que yo llevo, pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias y tan diferentes las humanas dificultades, y tan varios los fines y las acciones, que unos con deseo de gloria se aventuran, otros con temor de infamia no se atreven á publicar lo que una vez descubierto ha de sufrir el juicio del vulgo peligroso y casi siempre engañado. Yo, no porque tenga razón para ser confiado, he dado muestra de atrevido en la publicación deste libro, sino porque no sabría determinarme destos dos inconvenientes cuál sea el mayor: ó el de quien con ligereza, deseando comunicar el talento que del cielo ha recibido, temprano se aventura á ofrecer los frutos de su ingenio á su patria y amigos, ó el que de puro escrupuloso, perezoso y tardío, jamás acabando de contentarse de lo que hace y entiende, teniendo sólo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina á descubrir y comunicar sus escritos. De manera, que así como la osadía y confianza del uno podría condenarse por la licencia demasiada que con seguridad se concede, asimismo el recelo y la tardanza del otro es vicioso, pues tarde ó nunca aprovecha con el fruto de su

ingenio y estudio á los que esperan y desean ayudas y ejemplos semejantes para pasar adelante sus ejercicios. Huyendo destes dos inconvenientes no he publicado antes de ahora este libro, ni tampoco quise tenerle para mí solo más tiempo guardado, pues para más que para mi gusto sólo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condenarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el príncipe de la poesía latina fué calumniado en algunas de sus églogas por haberse levantado más que en las otras; y así no temeré mucho que alguno condene haber mezclado razones de filosofía entre algunas amorosas de pastores, que pocas veces se levantan á más que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiéndolo (como en el discurso de la obra alguna vez se hace) que muchos de los disfrazados pastores della lo eran sólo en el hábito, queda llana esta objeción. Las demás que en la intención y en la disposición se pudieran poner, discúlpelas la intención segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del autor, que fué de agradar, haciendo en esto lo que pudo y alcanzó, que ya que en esta parte la obra no responda á su deseo, otras ofrece para adelante de más gusto y de mayor artificio.

#### DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO

Mientras del yugo sarracino anduvo  
Tu cuello preso y tu cerviz domada,  
Y allí tu alma al de la fe amarrada  
A más rigor, mayor firmeza tuvo,  
Gozóse el cielo; mas la tierra estuvo  
Casi viuda sin tí; y desamparada  
De nuestras musas la real morada,  
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.

Pero después que diste al patrio suelo

Tu alma sana y tu garganta sueta,  
 Dentre las fuerzas bárbaras confusas,  
 Descubre claro tu valor el cielo;  
 Gózase el mundo en tu feliz vuelta,  
 Y cobra España las perdidas musas.

#### DE DON LUIS VARGAS MANRIQUE

Hicieron muestra e i vos de su grandeza,  
 Gran Cervantes los dioses soberanos,  
 Y cual primera, dienes inmortales  
 Sin tasa os reparió naturaleza.

Jove su rayo os dió, que es la viveza,  
 De palabras que mueven pedernales,  
 Diana en exceder á los mortales  
 En castidad de estilo con presteza.

Mercurio las historias marañadas,  
 Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve,  
 Cupido y Venus todos sus amores,

Apolo las canciones concertadas,  
 Su ciencia las Hermanas todas nueve  
 Y al fin el dios silvestre sus pastores.

#### DE LOPEZ MALDONADO

Salen del mar y vuelven á sus senos  
 Después de una veloz larga carrera,  
 Como á su madre universal primera,  
 Los hijos dellá largo tiempo ajenos.

Con su partida no la hacen menos,  
 Ni con su vuelta más soberbia y fiera,  
 Porque tiene quedándose ella entera,  
 De su humor siempre sus estanques llenos.

La mar sois vos, oh Galatea extremada,  
 Los ríos, los loores premio y fruto  
 Con que alcanzáis la más ilustre vida.

Por más que deis, jamás seréis menguada,  
 Y menos cuando os den todos tributo:

Con él vendréis á veros más crecida.

Mientras que al triste lamentable acento  
Del mal acorde son del canto mío,  
En eco amargo del cansado aliento  
Responde el monte, el prado, el llano, el río.  
Demos al sordo y presuroso viento  
Las quejas, que del pecho ardiente y frío  
Salen á mi pesar, pidiendo en vano  
Ayuda al río, al monte, al prado, al llano.

Crece el humor de mis cansados ojos  
Las aguas de este río, y de este prado  
Las variadas flores son abrojos  
Y espinas que en el alma se han entrado:  
No escucha el alto monte mis enojos,  
Y el llano de escucharlos se ha cansado;  
Y así un pequeño alivio al dolor mío  
No hallo en monte, en llano, en prado, en río.

Creí que el fuego, que en el alma enciende  
El niño alado, el lazo con que aprieta,  
La red sutil con que los dioses prende,  
Y la furia y rigor de su saeta,  
Que así ofendiera como á mí me ofende,  
Al sujeto sin par que me sujeta;  
Mas contra una alma que es de mármol hecha,  
La red no puede, el fuego, el lazo y flecha.

Yo sí que al fuego me consumo y quemo,  
Y al lazo pongo humilde la garganta,  
Y á la red invisible poco temo,  
Y el rigor de la flecha no me espanta:  
Por esto soy llegado á tal extremo,  
A tanto daño, á desventura tanta,  
Que tengo por mi gloria y mi sosiego.  
La saeta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio, pastor, en las riberas del Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal, cuanto la fortuna y el amor escasos; aunque los discursos del tiempo, consumidor y renovador de

las humanas obras, le trujeron á términos, que tuvo por dichosos los infinitos y desdichados en que se había visto, y en los que su deseo le había puesto, por la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mismas riberas nacida; y aunque en el pastoral y rústico ejercicio criada, fué de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas, en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo, así en la discreción como en la hermosura, por los infinitos y ricos dones con que el cielo á Galatea había adornado. Fué querida y con entrañable ahinco amada de muchos pastores y ganaderos, que por las riberas del Tajo su ganado apacentaban: entre los cuales se atrevió á quererla el gallardo Elicio, con tan puro y sincero amor, cuanto la virtud y honestidad de Galatea permitía. De Galatea no se entiende que aborreciese á Elicio, ni menos que le amase; porque á veces, casi como convencida y obligada á los muchos servicios de Elicio, con algún honesto favor le subía al cielo; y otras veces sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdafiaba, que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas conocía. No eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia y bondad de Galatea para no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto á Elicio; por lo otro, Elicio no podía, ni debía, ni quería olvidar á Galatea. Parecíale á Galatea, que pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que sería demasiada ingratitud no pagarle con algún honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginábase Elicio que pues Galatea no desdafiaba sus servicios, que tendrían buen suceso sus deseos; y cuando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallábase tan contento y atrevido, que mil veces quiso descubrir á Galatea lo que con tanta

dificultad encubría. Pero la discreción de Galatea conocía bien en los movimientos del rostro lo que Elicio en el alma traía; y tal el suyo mostraba, que al enamorado pastor se le helaban las palabras en la boca, y quedábase solamente con el gusto de aquel primer movimiento, por parecerle que á la honestidad de Galatea se le hacía agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pudiesen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ellas se transformase. Con estos altibajos de su vida, la pasaba el pastor tan mala, que á veces tuviera por bien el mal de perderla, á trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y así un día, puesta la consideración en la variedad de sus pensamientos, hallándose en medio de un deleitoso prado, convidado de la soledad y del murmurio de un deleitoso arroyuelo que por el llano corría, sacando de su zurrón un pulido rabel (al son del cual sus querellas al cielo cantando comunicaba), con voz en extremo buena cantó los versos siguientes:

Amoroso pensamiento,  
Si te precias de ser mío,  
Camina con tanto viento,  
Que ni te humille el desvío,  
Ni ensoberbezca el contento:  
Ten un medio (si se acierta  
A tenerle en tal porfía),  
No huyas el alegría,  
Ni menos cierras la puerta  
Al llanto que amor envía.

Si quieres que de mi vida  
No se acabe la carrera,  
No la llesves tan corrida,  
Ni subas do no se espera  
Sino muerte en la caída:  
Esa vana presunción

En dos cosas parará,  
La una en tu perdición,  
La otra en que pagará  
Tus deudas el corazón.

Dél naciste, y en naciendo  
Pecaste, y págalo él,  
Huyes dél, y si pretendo  
Recogerte un poco en él,  
Ni te alcanzo, ni te entiendo  
Ese vuelo peligroso  
Con que te subes al cielo  
(Si no fueres venturoso)  
Ha de poner por el suelo  
Mi descanso y tu reposo.

Dirás que quien bien se emplea  
Y se ofrece á la ventura,  
Que no es posible que sea  
De tal juzgado á locura  
El brío de que se arrea;  
Y que en tan alta ocasión,  
Es gloria que par no tiene  
Tener tanta presunción,  
Cuanto más si le conviene  
Al alma y al corazón.

Yo lo tengo así entendido;  
Mas quiero desengañarte,  
Que es señal ser atrevido,  
Tener de amor menos parte  
Que el humilde y encogido:  
Subes tras una beldad  
Que no puede ser mayor:  
No entiendo tu calidad,  
Que puedas tener amor  
Con tanta desigualdad.

Que si el pensamiento mira  
Un sujeto levantado,  
Contéplalo, y se retira  
Por no ser caso acertado

Pon y tan alta la mira:  
 Cuan'o más que el amor nace  
 Junto con la confianza;  
 Y en ella se ceba y paca,  
 Y en faltando la esperanza  
 Como niebla se deshace.

Pues tú que ves tan distante  
 El medio del fin que quieres,  
 Sin esperanza y constante  
 Si en el camino murieres,  
 Morirás como ignorante:  
 Pero no te se da nada,  
 Que en esta empresa amorosa  
 Do la causa es sublimada,  
 El morir es vida honrosa,  
 La pena gloria estremada.

No dejara tan presto el agradable canto el enamorado Elicio, si no se arrian á su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras hacia el lugar donde estaba se venía. Era Erastro un rústico ganadero; pero no le valió tanto su rústica y selvática suerte, que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera posesión, haciéndole que ser más que á su vida á la hermosa Galatea, á la cual sus queridas, cuando ocasión se le ofrecía, declaraba. Y aunque rústico, era, como verdadero enamorado, en las cosas del amor tan discreto, que cuando en ellas hablaba, parecía que el mismo amor se las mostraba, y por su lengua las profería; pero con todo esto (puesto que de Galatea eran escuchadas), eran en aquella cuenta tenidas en que las cosas de burla se tienen. No le daba á Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendía del ingenio de Galatea que á cosas más altas la inclinaba, antes tenía lástima y envidia á Erastro; lástima en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus

deseos; envidia, por parecerle que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma á que sintiese los desdenes ó favores de Galatea, de suerte, ó que los unos le acabasen, ó los otros lo enloqueciesen. Venía Erastro acompañado de sus mastines, fieles guardadores de las simples ovejuelas, que debajo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de los hambrientos lobos, holgándose con ellos, y por sus nombres los llamaba, dando á cada uno el título que su condición y ánimo merecía; á quién llamaba León, á quién Gavilán, á quién Robusto, á quién Manchado; y ellos, como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniéndose para él daban á entender el gusto que de su gusto sentían. De esta manera llegó Erastro adonde de Elicio fué agradablemente recibido y aun rogado, que si en otra parte no había determinado de pasar el sol de la calurosa siesta, pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello, no le fuese enojoso pasarlo en su compañía. Con nadie, respondió Erastro, la podría yo tener mejor que contigo, Elicio, si ya no fuese con aquella que está tan enrobrecida á mis demandas, cuan hecha encina á tus continuos quejidos. Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerba, dejando andar á sus anchuras el ganado, despuntando con los rumiadores dientes las tiernas yerbezuelas del herboso llano. Y como Erastro por muchas y descubiertas señales conocía claramente que Elicio á Galatea amaba, y que el merecimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo, en señal de que reconocía esta verdad, en medio de sus pláticas, entre otras razones le dijo las siguientes:

No sé, gallardo y enamorado Elicio, si habrá sido causa de darte pesadumbre el amor que á Galatea tengo, y si lo ha sido debes perdonarme, porque jamás imaginé de enojarte; ni de Galatea quise otra cosa que servirla. Mala rabi<sup>a</sup> ó cruda roña consuma

ó acabe mis retozadores chivatos y mis ternezuelos corderillos; cuando dejaren las tetas de las queridas madres, no hallen en el verde prado para sustentarse sino amargas tueras y ponzoñosas adelfas, si no he procurado mil veces quitarla de la memoria, y si otras tantas no he andado á los médicos y curas del lugar á que me diesen remedio para las ansias que por su causa padezco. Los unos me mandan que tome no sé qué bebedizos de paciencia; los otros dicen que me encomiende á Dios, que todo lo cura, ó que todo es locura.

Permíteme, buen Elicio, que yo la quiera, pues puedes estar seguro que si tú con tus habilidades y extremadas gracias y razones no la ablandas, mal podré yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido, por lo que estoy obligado á tu merecimiento: que puesto que no me la dieses, tan imposible sería dejar de amarla, como hacer que estas aguas no mojasen, ni el sol con sus peinados cabellos no nos alumbrase. No pudo dejar de reirse Elicio de las razones de Erastro, y del comedimiento con que la licencia de amar á Galatea le pedía; y así le respondió: No me pesa á mí, Erastro, que tú ames á Galatea: pésame bien de entender de su condición, que podrán poco para con ella tus verdaderas razones y no fingidas palabras; déte Dios tan buen suceso en tus deseos, cuanto merece la sinceridad de tus pensamientos; y de aquí adelante no dejes por mi respeto de querer á Galatea, que no soy de tan ruin condición, que ya que á mí me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan: antes te ruego, por lo que debes á la voluntad que te muestro, que no me niegues tu conversación y amistad, pues de la mía puedes estar tan seguro, como te he certificado: anden nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados: tú al son de tu zampoña publicarás el contento ó pena que el alegre ó triste rostro de Galatea te

causare, yo al de mi rabel, en el silencio de las sosegadas noches, ó en el calor de las ardientes siestas, á la fresca sombra de los verdes árboles de que esta nuestra ribera está tan adornada, te ayudaré á llevar la pesada carga de tus trabajos, dando noticia al cielo de los míos.

Y para señal de nuestro buen propósito y verdadera amistad, en tanto que se hacen mayores las sombras de estos árboles, y el sol hacia el Occidente se declina, acordemos nuestros instrumentos, y demos principio al ejercicio que de aquí adelante hemos de tener. No se hizo de rogar Erastro; antes con muestras de extraño contento, por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su zampona y Elicio su rabel, y comenzando el uno, y replicando el otro, cantaron lo que sigue:

#### ELICIO

Blanda, suave, reposadamente,  
 Ingrato amor, me sujetaste el día  
 Que los cabellos de oro y bella frente  
 Miré del sol, que al sol oscurecía:  
 Tu sosiego cruel, cual de serpiente  
 En las rubias madejas se escondía,  
 Yo por mirar el sol en los manojos,  
 Todo vine á beberle por los ojos.

#### ERASTRO

Atónito quedé y embelesado,  
 Como estaba sin voz de piedra dura,  
 Cuando de Galatea el extremado  
 Donaire vi, la gracia y hermosura:  
 Amor me estaba en el siniestro lado,  
 Con las saetas de oro (¡ay muerte dura!)  
 Haciéndome una puerta por do entrase  
 Galatea, y el alma me robase.

## ELICIO

¿Con qué milagro, amor, abres el pecho  
Del miserable amante que te sigue,  
Y de la llaga interna que le has hecho  
Crecida gloria muestra que consigue?  
¿Cómo el daño que haces es provecho?  
¿Cómo en tu muerte alegre vida vive  
El alma que prueba estos efectos todos?  
La causa sabe, pero no los modos.

## ERASTRO

No se ven tantos rostros figurados  
En roto espejo, ó hecho por tal arte,  
Que si uno en él se mira, retratados  
Se ve una multitud en cada parte;  
Cuantos nacen cuidados y cuidados  
De un cuidado cruel que no se parte  
Del alma mía á su rigor vencida,  
Hasta apartarse junto con la vida.

## ELICIO

La blanca nieve y colorada rosa,  
Que el verano no gasta, ni el invierno,  
El sol de dos luceros, do reposa  
El blando amor, y á do estará in eterno  
La voz cual la de Orfeo poderosa  
De suspender las furias del infierno,  
Y otras cosas que vi quedando ciego,  
Yesca me han hecho al invisible fuego.

## ERASTRO

Dos hermosas manzanas coloradas,  
Que tales me semejan dos mejillas,  
Y el arco de dos cejas levantadas,  
Que el de Iris no llegó á sus maravillas,

Dos rayos, dos hileras extremadas  
 De perlas entre grana, si hay decillas,  
 Mil gracias, que no tienen par ni cuento  
 Niebla me han hecho al amoroso viento.

## ELICIO

Yo ardo y no me abraso, vivo y muero,  
 Estoy lejos y cerca de mí mismo,  
 Espero en sólo un punto y desespero,  
 Súbome al cielo, bájome al abismo,  
 Quiero lo que aborrezco: blando y fiero  
 Me pone el amaro parasismo:  
 Y con estos contrarios paso á paso  
 Cerca estoy ya del último traspaso.

## ERASTRO

Yo te prometo, Elicio, que le diera  
 Todo cuanto en la vida me ha quedado  
 A Galatea, porque me volviera  
 El alma y corazón que me ha robado:  
 Y después del ganado, le añadiera  
 Mi perro Gavilán con el Manchado;  
 Pero como ella debe de ser diosa,  
 El alma querrá más que no otra cosa.

## ELICIO

Erastro, el corazón que en alta parte  
 Es puesto por el hado, suerte ó sino,  
 Quererle derribar por fuerza ó arte,  
 Oh diligencia humana, es desatino:  
 Debes de su ventura contentarte;  
 Que aunque mueras sin ella, yo imagino  
 Que no hay vida en el mundo más dichosa  
 Como el morir por causa tan honrosa.

Ya se aparejaba Erastro para seguir adelante en

su canto, cuando sintieron, por un espeso montecillo que á sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo y ruido, y levantándose los dos en pie por ver lo que era, vieron que del monte salía un pastor corriendo á la mayor priesa del mundo, con un cuchillo desnudo en la mano, y la color del rostro mudada: y que tras él venía otro ligero pastor, que á pocos pasos alcanzó al primero, y asiéndole por el cabezón del pellico, levantó el brazo en el aire cuanto pudo, y un agudo puñal que sin vaina traía se le escondió dos veces en el cuerpo, diciendo: Recibe, oh mal lograda Leónida, la vida deste traidor, que en vengaza de tu muerte sacrífico. Y esto fué con tanta presteza, que no tuvieron lugar Elicio y Erastro de estorbárselo, porque llegaron á tiempo que ya el herido pastor daba el último aliento, envuelto en estas pocas y mal formadas palabras: Dejárame, Lisandro, satisfacer al cielo con más largo arrepentimiento el agravio que te hice, después quitárame la vida, que ahora por la causa que he dicho, mal contenta de estas carnes se aparta; y sin poder decir más, cerró los ojos en sempiterna noche. Por las cuales palabras imaginaron Elicio y Erastro, que no con pequeña causa había el otro pastor ejecutado en él tan cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso, quisieran preguntárselo al pastor homicida; pero él con tirado paso, dejando al pastor muerto, y á los dos admirados, se tornó á entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle, y saber dél lo que deseaba, lo vieron tornar á salir del bosque, y estando por buen espacio desviado de ellos, en alta voz les dijo: Perdonadme, comedidos pastores, si yo no lo he sido en haber hecho presencia lo que habéis en vuestra visto, porque la justa y mortal ira que contra ese traidor tenía concebida no me dió lugar á más moderados discursos: lo que os aviso es, que si no queréis eno-

jar á la deidad que en el alto cielo mora, no hagáis las obsequias y plegarias acostumbradas por el alma traidora de aqueese cuerpo que delante tenéis, ni á él deis sepultura, si ya aquí en vuestra tierra no se acostumbra darla á los traidores; y diciendo esto á todo correr se volvió á entrar por el monte, con tanta priesa que quitó la esperanza á Elicio de alcanzarle, aunque le siguiese; y así se volvieron los dos con tiernas entrañas á hacer el piadoso oficio, y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo que tan repentinamente había acabado el curso de sus cortos días.

Erastro fué á su cabaña, que no lejos estaba, y trayendo suficiente aderezo hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estaba, y dándole el último vale, le pusieron en ella. Y no sin compasión de su desdichado caso, se volvieron á sus ganados, y recogiénolos con alguna priesa, porque ya el sol se entraba á más andar por las puertas del Occidente, se recogieron á sus acostumbrados albergues, donde no su sosiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedían, podían apartar á Elicio de pensar qué causas habían movido á los dos pastores para venir á tan desesperado trance; y ya le pesaba de no haber seguido al pastor homicida, y saber dél, si fuera posible, lo que deseaba. Con este pensamiento, y con los muchos que sus amores le causaban, después de haber dejado en segura parte su rebaño, se salió de su cabaña, como otras veces solía, y con la luz de la hermosa Diana, que resplandeciente en el cielo se mostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque adelante, buscando algún solitario lugar adonde en el silencio de la noche con más quietud pudiese soltar la rienda á sus amorosas imaginaciones, por ser cosa ya averiguada que á los tristes imaginativos corazones ninguna cosa les es de mayor gusto que la soledad, despertadora de memorias tristes ó alegres. Y así.

yéndose poco á poco, gustando de un templado céfiro que en el rostro le hería, lleno de suavísimo olor que de las olorosas flores de que el verde suelo estaba colmado, al pasar por ellas blandamente robaba envuelto en el aire delicado, oyó una voz como de persona que dolorosamente se quejaba, y recogiendo por un poco en sí mismo el aliento, porque el ruido no le estorbaba de oír lo que era, sintió que de unas apretadas zarzas, que poco desviadas dél estaban, la entristecida voz salía; y aunque interrota de infinitos suspiros, entendió que estas tristes razones pronunciaba: Cobarde y temeroso brazo, enemigo mortal de lo que á ti mismo debes, mira que ya no queda de quien tomar venganza sino de ti mismo: ¿de qué te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo? Si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar, vives engañado, porque no hay cosa más fuera de remedio que nuestra desventura; pues quien la pudiera hacer buena la tuvo tan corta, que en los verdes años de su alegre juventud ofreció la vida al carnicero cuchillo que se la quitase por la traición del malvado Carino, que hoy con perder la suya habrá aplacado en parte á aquella venturosa alma de Leónida, si en la celeste parte donde mora puede haber deseo de venganza alguna. ¡Ah, Carino, Carino! Ruego yo á los altos cielos, si dellos las justas plegarias son oídas, que no admitan la disculpa, si alguna dieres, de la traición que me hiciste, y que permitan que tu cuerpo carezca de sepultura, así como tu alma careció de misericordia. Y tú, hermosa y mal lograda Leónida, recibe en muestra del amor que en vida te tuve, las lágrimas que en tu muerte derramo; y no atribuyas á poco sentimiento el no acabar la vida con el que de tu muerte recibo; pues sería poca recompensa á lo que debo y deseo sentir, el dolor que tan presto se acabase: tú verás, si de las cosas de acá tienes cuenta, cómo este miserable cuerpo quedará un día

consumido del dolor, poco á poco, para mayor pena y sentimiento: bien así como la mojada y encendida pólvora, que sin hacer estrépito ni levantar llama en alto, entre sí mesma se consume, sin dejar de sí sino el rastro de las consumidas cenizas. Duéleme cuanto puede dolerme, oh alma del alma mía, que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obsequias y honras que á tu bondad y virtud convenían; pero yo te prometo y juro, que el poco tiempo, que será bien poco, que esta apasionada ánima mía rigiere la pesada carga deste miserable cuerpo, y la voz cansada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra cosa en mis tristes y amargas canciones, que de tus alabanzas y merecimientos. A este punto cesó la voz, por la cual Elicio conoció claramente que aquel era el pastor homicida, de que recibió mucho gusto, por parecerle que estaba en parte donde podría saber dél lo que deseaba: y queriendo llegar más cerca, hubo de tornarse á parar, porque le pareció que el pastor templaba un rabel, y quiso escuchar primero si al son dél alguna cosa diría, y no tardó mucho que con suave y acordada voz oyó que desta manera cantaba:

## LISANDRO

¡ Oh alma venturosa,  
Que del humano velo  
Libre al alta región viva volaste,  
Dejando en tenebrosa  
Cárcel de desconsuelo  
Mi vida, aunque contigo la llevaste!  
Sin ti, oscura dejaste  
La luz clara del día,  
Por tierra derribada  
La esperanza fundada  
En el más firme asiento de alegría:

En fin, con tu partida  
Quedó vivo el dolor, muerta la vida.  
Envuelto en tus despojos  
La muerte se ha llevado  
El más sublime extremo de belleza,  
La luz de aquellos ojos  
Que en haberte mirado  
Tenían encerrada su riqueza:  
Con presta ligereza  
Del alto pensamiento,  
Y enamorado pecho  
La gloria se ha deshecho,  
Como la cera al sol ó niebla al viento;  
Y toda mi ventura  
Cierra la piedra de tu sepultura.  
¿Cómo pudo la mano  
Inexorable y cruda,  
Y del intento cruel, facineroso  
Del vengativo hermano,  
Dejar libre y desnuda  
Tu alma del mortal velo hermoso?  
¿Por qué turbó el reposo  
De nuestros corazones?  
Que si no se acabaran,  
En uno se juntaran  
Con honestas y santas condiciones.  
¡Ay, fiera mano esquiva,  
Cómo ordenaste que muriendo viva!  
En llanto sempiterno  
Mi ánima mezquina  
Los años pasará, meses y días:  
La tuya en gozo eterno,  
Y edad firme y continua  
No temerá del tiempo las porfías:  
Con dulces alegrías  
Verás firme la gloria  
Que tu loable vida  
Te tuvo merecida:

Y si puede caber en tu memoria  
Del suelo no perderla,  
De quien tanto te amó debes tenerla.  
Mas ¡oh cuán simple he sido,  
Alma bendita y bella!  
De pedir que te acuerdes ni aun burlando  
De mí que te he querido,  
Pues sé que mi querella  
Se irá con tal favor eternizando:  
Mejor es, que pensando  
Que soy de ti olvidado,  
Me apriete con mi llaga,  
Haga que se deshaga  
Con el dolor la vida que ha quedado,  
Con tan extraña suerte,  
Que no tiene por mal el de la muerte.

Goza en el santo coro  
Con otras almas santas,  
Alma, de aquel seguro bien eterno,  
Alto, rico tesoro,  
Mercedes, gracias tantas,  
Que goza el que no huye el buen sendero  
Allí gozar espero,  
Si por tus pasos guío,  
Contigo en paz entera  
De eterna primavera  
Sin temor, sobresalto ni desvío;  
A esto me encamina,  
Pues será hazañas de tus obras dina.

Y pues vosotras, celestiales almas,  
Veis el bien que deseo,  
Creced las alas á tan buen deseo.

Aquí cesó la voz, pero no los suspiros del desdichado que cantado había, y lo uno y lo otro fué parte de acrecentar en Elicio la gana de saber quién era. Y rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar más presto á do la voz salía, salió á un

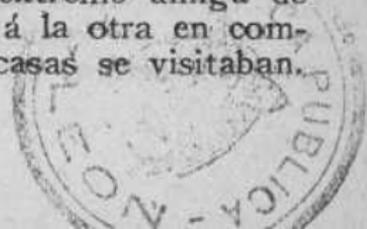
pequeño prado, que todo en redondo á manera de teatro de espesísimas é intrincadas matas estaba ceñido, en el cual vió un pastor que con extremado brío estaba con el pie derecho delante y el izquierdo atrás, y el diestro brazo levantado, á guisa de quien esperaba hacer algún recio tiro. Y así era la verdad, porque con el ruido que Elicio al romper por las matas había hecho, pensando ser alguna fiera (de la cual convenía defenderse el pastor del bosque), se había puesto á punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenía. Elicio, conociendo por su apostura su intento, antes que lo efectuase, le dijo: Sosiega el pecho, lastimado pastor, que el que aquí viene trae el suyo aparejado á lo que mandarle quisieres, y quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lágrimas y turbar el alivio que de estar solo se te podría seguir. Con estas blandas y comedidas palabras de Elicio se sosegó el pastor, y con no menos blandura le respondió, diciendo: Tu buen ofrecimiento agradezco, cualquiera que tú seas, comedido pastor; pero si ventura quieres saber de mí, que nunca la tuve, mal podrás ser satisfecho. Verdad dices, respondió Elicio, pues por las palabras y quejas que esta noche te he oído, muestras bien claro la poca ó ninguna que tienes; pero no menos satisfacerás mi deseo con decirme tus trabajos, que con declararme tus contentos; y así la fortuna te los dé en lo que desees, que no me niegues lo que te suplico, si ya el no conocerme no me lo impide; aunque para asegurarte y moverte, te hago saber que no tengo el alma tan contenta, que no sienta en el punto que es razón las miserias que me contares: esto te digo, porque sé que no hay cosa más excusada y aun perdida, que contar el miserable sus desdichas á quien tiene el pecho colmado de contentos. Tus buenas razones me obligan, respondió el pastor, á que te satisfaga en lo que me

pides, así porque no imagines que de poco y acobardado ánimo nacen las quejas y lamentaciones que dices que de mí has oído, como porque conozcas que aun es muy poco el sentimiento que nuestro á la causa que tengo de mostrarlo. Elicio se lo agradeció mucho, y después de haber pasado entre los dos más palabras de comedimiento, dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pastor del bosque, y conociendo él que no eran fingidos ofrecimientos, vino á conceder lo que Elicio rogaba. Y sentándose los dos sobre la verde yerba, cubiertos con el resplandor de la hermosa Diana, que en claridad aquella noche con su hermano competir podía, el pastor del bosque, con muestras de un tierno dolor, comenzó á decir desta manera:

En las riberas de Betis, caudalosisimo río que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que éste es el nombre desdichado mío), y de tan nobles padres, cual pluguiera al soberano Dios que en más baja fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la nobleza del linaje pone alas y esfuerza el ánimo á levantar los ojos adonde la humilde suerte no osara jamás levantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder á menudo semejantes calamidades como las que de mí oirás, si con atención me escuchas. Nació asimismo en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leónida, suma de toda la hermosura, que en gran parte de la tierra, según yo imagino, pudiera hallarse: de no menos nobles y ricos padres nacida, que su hermosura y virtud merecían. De do nació que por ser los parientes de entrambos de los más principales del lugar, y estar en ellos el mando y gobernación del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas deferencias del gobierno del pueblo, vino á poner entre ellos cizaña y mortalísima discordia; de manera, que el pueblo fué dividido en dos parcialidades: la una seguía la de mis parientes, la

otra la de los de Leónida, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó, pues, la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra amistad, que yo me enamorase de la hermosa Leónida, hija de Parmindro, principal cabeza del bando contrario: fué mi amor tan de veras, que aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venía á parar á quedar más vencido y sujeto. Poníaseme delante un monte de dificultades, que conseguir el fin de mi deseo me estorbaban, como eran el mucho valor de Leónida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas ó ninguna que se me ofrecían para descubrirle mi pensamiento; y con todo esto, cuando ponía los ojos de la imaginación en la singular belleza de Leónida, cualquiera dificultad se allanaba, de suerte que me parecía poco romper por entre agudas puntas de diamantes para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos.

Habiendo, pues, por muchos días combatido conmigo mismo, por ver si podría apartar el alma de tan ardua empresa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria á considerar con cuál podría dar á entender á Leónida el secreto amor de mi pecho: y como los principios en cualquier negocio sean siempre dificultosos, en los que tratan de amor son por la mayor parte dificultosísimos, hasta que el mismo amor, cuando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio, donde parece que están más cerradas, y así se pareció en mí, pues guiado por su pensamiento el mío, vine á imaginar que ningún medio se ofrecía mejor á mi deseo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora que era en grande extremo amiga de Leónida, y muchas veces la una á la otra en compañía de sus padres en sus casas se visitaban.



Tenia Silvia un pariente que se llamaba Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leónida, cuya bizarría y aspereza de costumbres le habían dado renombre de cruel, y así de todos los que le conocían el cruel Crisalvo era ordinariamente llamado: y ni más ni menos á Carino el pariente de Silvia, y compañero de Crisalvo, por ser entremetido y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban, del cual y de Silvia (por parecerme que me convenía) con el medio de muchos presentes y dádivas forjé la amistad, al parecer posible; á lo menos de parte de Silvia fué más firme de lo que yo quisiera, pues los regalos y favores que ella con limpias entrañas me hacía obligada de mis continuos servicios, tomó por instrumento mi fortuna para ponerme en la desdicha que ahora me veo. Era Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza del crudo corazón de Crisalvo se movió á amarla; y esto yo no lo supe sino con mi daño, y de allí á muchos días; y ya que con larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia, un día ofreciéndoseme comodidad, con las más tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga de mi lastimado pecho, diciéndole que aunque era tan profunda y peligrosa, no lo sentía yo tanto, sólo por imaginar que en su solicitud estaba el remedio de ella, advirtiéndole asimismo el honesto fin á que mis pensamientos se encaminaban, que era juntarme por legítimo matrimonio con la bella Leónida; y que pues era causa tan justa y buena, no se había de desdeñar de tomarla á su cargo. En fin por no serte prolijo, el amor me ministró tales palabras que le dijese, que ella vencida de ellas, y más por la pena que ella como discreta por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar á su cargo mi remedio y decir á Leónida lo que yo por ella sentía, prometiendo de hacer por mí todo

cuanto su fuerza é industria alcanzase, puesto que se le hacía dificultosa tal empresa, por la inimicicia grande que entre nuestros padres conocía, aunque por otra parte imaginaba poder dar principio al fin de sus discordias, si Leónida conmigo se casase. Movida, pues, con esta buena intención y enternecida con lágrimas que yo derramaba, como ya he dicho, se aventuró á ser intercesora de mi contento; y discurriendo consigo qué entrada tendría para con Leónida, me mandó que le escribiese una carta, la cual ella se ofrecía á darla cuando tiempo le pareciese. Parecióme á mí bien su parecer, y aquel mismo día le envié una que, por haber sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria, puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste como es el en que ahora me hallo. Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasión de ponerla en manos de Leónida. No, dijo Elicio, atajando las razones de Lisandro, no es justo que me dejes de decir la carta que á Leónida enviaste, que por ser la primera y por hallarte tan enamorado en aquella sazón, sin duda debe de ser discreta. Y pues me has dicho que la tienes en la memoria y el gusto que por ella granjeaste, no me lo niegues ahora en no decírmela. Bien dices, amigo, respondió Lisandro, que yo estaba entonces tan enamorado y temeroso, como ahora descontento y desesperado, y por esta razón me parece que no acerté á decir alguna, aunque fué harto acertamiento que Leónida las creyese las que en la carta iban. Ya que tanto deseas saberlas, decía desta manera:

## LISANDRO A LEONIDA

«Mientras que he podido (aunque con grandísimo dolor mío) resistir con las propias fuerzas á la amorosa llama que por ti, oh hermosa Leónida, me

abrasa, jamás he tenido atrevimiento, temeroso del subido valor que en ti conozco, de descubrirte el amor que te tengo; mas ya que es consumida aquella virtud que hasta aquí me ha hecho fuerte, hame sido forzoso, descubriendo la llaga de mi pecho, tentar con escribirte tu primero y último remedio. Que sea el primero, tú lo sabes, y de ser el último está en tu mano, de la cual espero la misericordia que tu hermosura promete y mis honestos deseos merecen. Los cuales y el fin adonde se encaminan, conocerás de Silvia que ésta te dará; y pues ella se ha atrevido, con ser quien es, á llevártela, entiende que son tan justos, cuanto á tu merecimiento se deben.»

No le parecieron mal á Elicio las razones de la carta de Lisandro, el cual prosiguiendo la historia de sus amores, dijo: No pasaron muchos días sin que esta carta viniese á las hermosas manos de Leónida, por medio de las piadosas de Silvia, mi verdadera amiga: la cual, junto con dársela, le dijo tales cosas que con ellas templó en gran parte la ira y alteración que con mi carta Leónida había recibido, como fué decirle cuánto bien se seguiría, si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa, y que al fin de tan buena intención la había de mover á no desechar mis deseos; cuanto más que no se debía compadecer con su hermosura, dejar morir sin más respeto á quien tanto como yo la amaba, añadiendo á estas otras razones que Leónida conoció que lo eran. Pero por no mostrarse al primer encuentro rendida, y á los primeros pasos alcanzada, no dió tan agradable respuesta á Silvia como ella quisiera. Pero con todo esto, por intercesión de Silvia, que á ello le forzó, respondió con esta carta que ahora te diré:

#### LEONIDA A LISANDRO

«Si entendiera, Lisandro, que tu mucho atrevi-

miento habla nacido de mi poca honestidad, en mí misma ejecutara la pena que tu culpa merece; pero por asegurarme de esto lo que yo de mí conozco, vengo á conocer que más ha procedido tu osadía de pensamientos ociosos, que de enamorados; y aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover á mí para remediallos, como á Silvia para creellos, de la cual tengo más queja por haberme forzado á responderte, que de ti que te atreviste á escribirme, pues el callar fuera digna respuesta á tu locura. Si te retraes de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber que pienso tener más cuenta con mi honra que con tus vanidades.»

Esta fué la respuesta de Leónida, la cual junto con las esperanzas que Silvia me dió, aunque ella parecía algo áspera, me hizo tener por el más bien afortunado del mundo. Mientras estas cosas entre nosotros pasaban, no se descuidaba Crisalvo de solicitar á Silvia con infinitos mensajes, presentes y servicios; mas era tan fuerte y desabrida la condición de Crisalvo, que jamás pudo mover á la de Silvia á que un pequeño favor le diese. De lo cual estaba tan desesperado é impaciente, como un agarrado y vencido toro. Por causa de sus amores había tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, habiendo los dos sido primero mortales enemigos, porque en cierta lucha que un día de una grande fiesta delante de todo el pueblo los á cada paso me hacía. Por lo que vino Crisalvo á términos tan desesperados, que muchas veces procuró matarme, aunque yo no pensaba que era por semejante ocasión, sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser el hermano de Leónida, tenía yo más cuenta con guardarme, que con ofenderle, teniendo por cierto que si yo con su hermana me casaba, tendrían fin nuestras enemistades, de lo que él estaba bien ajeno; antes se

pensaba que por serle yo enemigo había procurado tratar amores con Silvia, y no porque yo bien la quisiese; y esto le acrecentaba la cólera y enojo de manera que le sacaba de juicio, aunque él tenía tan poco, que poco era menester para acabárselo; y pudo tanto en él este mal pensamiento, que vino á aborrecer á Silvia tanto cuanto la había querido, sólo porque á mí me favorecía no con la voluntad que él pensaba, sino como Carino le decía; y así en cualesquier corrillos y juntas que se hallaba, decía mal de Silvia, dándole títulos ó renombres deshonestos. Pero como todos conocían su terrible condición y la bondad de Silvia, daban poco ó ningún crédito á sus palabras. En este medio había concertado Silvia con Leónida, que los dos nos desposásemos, y que para que más á nuestro salvo se hiciese, sería bien que un día que con Carino Leónida viniese á su casa, no volviese por aquella noche á la de sus padres, sino que desde allí en compañía de Carino se fuese á una aldea que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes míos vivían, en cuya casa con más quietud podíamos poner en efecto nuestras intenciones. Porque si del suceso de ellas los padres de Leónida no fuesen contentos, á lo menos estando ella ausente sería más fácil el concertarse. Tomado, pues, estè apuntamiento, y dando cuenta dél á Carino, le ofreció con muestra de grandísimo ánimo, que llevaría á Leónida á la otra aldea, como ella fuese contenta. Los servicios que yo hice á Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dije, los abrazos que le dí, me parece que bastaran á deshacer en un corazón de acero cualquiera mala intención que contra mí tuviera. Pero el traidor de Carino, echando á las espaldas mis palabras, obras y promesas, sin tener cuenta con la que á sí mismo debía, ordenó la traición que ahora oírás: Informado Carino de la voluntad de Leónida,

y viendo ser conforme á la que Silvia le había dicho, ordenó que la primera noche que por las muestras del día entendiesen que había de ser oscura, se pusiese por obra la ida de Leónida, ofreciéndose de nuevo á guardar el secreto y lealtad posible.

Después de hecho este concierto que has oído, se fué á Crisalvo, según después acá he sabido, y le dijo que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traía, que en una cierta noche había determinado de sacarla de casa de sus padres, y llevarla á la otra aldea, do mis parientes moraban, donde se le ofrecía coyuntura de vengar su corazón en entrambos: en Silvia, por la poca cuenta que de sus servicios había hecho; en mí, por nuestra vieja enemistad, y por el enojo que le había hecho en quitarle á Silvia, pues por sólo mi respeto le dejaba. De tal manera le supo encarecer y decir Carino lo que quiso, que con mucho menos á otro corazón no tan cruel como el suyo moviera á cualquier mal pensamiento. Llegado, pues, ya el día que yo pensé que fuera el de mi mayor contento, dejando dicho á Carino, no lo que hizo, sino lo que había de hacer, me fuí á la otra aldea á dar orden cómo recibir á Leónida. Y fué el dejarla encomendada á Carino, como quien deja á la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, ó la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilán que la despedace. ¡Ay, amigo, que llegando á este paso con la imaginación, no sé cómo tengo fuerzas para sostener la vida, ni pensamiento para pensarlo, cuanto más lengua para decirlo! ¡Ay, mal aconsejado Lisandro! ¿Cómo, y no sabías tú las condiciones dobladas de Carino? Mas ¿quién no se fiara de sus palabras, aventurando él tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? ¡Ay, mal lograda Leónida! ¡Cuán mal supe gozar de la merced que me hiciste en escogerme por tuyo! En fin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabrás, discreto

pastor, que la noche que Carino había de traer consigo á Leónida á la aldea, donde yo la esperaba, él llamó á otro pastor, que debía de tener por enemigo, aunque él se lo encubría debajo de su falsa zagales más diestros del lugar tuvieron, Carino fué vencido de Crisalvo y maltratado: de manera que concibió en su corazón odio perpetuo contra Crisalvo, y no menos lo tenía contra otro hermano mío, por haberle sido contrario en unos amores, de los cuales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rencor y mala voluntad tuvo Carino secreto hasta que el tiempo le descubrió ocasión como á un mismo punto se vengase de entrambos, por el más cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenía por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese. Crisalvo le adoraba, porque favoreciese sus pensamientos con Silvia; y era de suerte su amistad, que todas las veces que Leónida venía á casa de Silvia, Carino la acompañaba; por la cual causa le pareció bien á Silvia darle cuenta, pues era mi amigo, de los amores que yo con Leónida trataba, que en aquella sazón andaban ya tan vivos y venturosos, por la buena intercesión de Silvia, que ya no esperábamos sino tiempo y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos; los cuales sabidos de Carino, me tomó por instrumento para hacer la mayor traición del mundo. Porque un día (haciendo del leal con Crisalvo, y dándole á entender que tenía en más su amistad que la honra de su parienta) le dijo, que la principal causa por que Silvia no le amaba ni favorecía, era por estar de mí enamorada, y que ya nuestros amores iban tan al descubierto, que si él no hubiera estado ciego de la pasión amorosa, en mil señales lo hubiera ya reconocido; y que para certificarse más de la verdad que le decía, que de allí adelante mirase en ello, porque vería claramente cómo sin empacho

alguno Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas debió de quedar tan fuera de sí Crisalvo, como pareció por lo que de ellas sucedió. De allí adelante Crisalvo traía espías, por ver lo que yo con Silvia pasaba; y como yo muchas veces procurase hallarme solo con ella para tratar, no de los amores que él pensaba, sino de lo que á los míos convenía, éranle á Crisalvo referidas, con otros favores que de limpia amistad procedidos Silvia acostumbrada disimulación, el cual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañía, porque determinaba llevar una pastora, su aficionada, á la aldea que te he dicho, donde pensaba desposarse con ella. Libeo, que era gallardo y enamorado, con facilidad le ofreció su compañía. Despidióse Leónida de Silvia con estrechos abrazos y amorosas lágrimas, como presagio que había de ser la última despedida. Debía de considerar entonces la sin ventura la traición que á sus padres hacía, y no la que á ella Carino le ordenaba, y cuán mala cuenta daba de la buena opinión que della en el pueblo se tenía. Mas pasando de paso por todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencía, se entregó á la guardia de Carino, que adonde yo la aguardaba la trujese. ¡Cuántas veces se viene á la memoria, llegando á este punto, lo que soñó el día que le tuviera yo por dichoso, si en él feneciera la cuenta de los de mi vida! Acuérdome que saliendo de la aldea un poco antes que el sol acabase de quitar sus rayos de nuestro horizonte, me senté al pie de un alto fresno en el mismo camino por donde Leónida había de venir, esperando que cerrase algo más la noche para adelantarme y recibilla, y sin saber cómo y sin yo quererlo me quedé dormido; y apenas hube entregado los ojos al sueño, cuando me pareció que el árbol donde estaba arrimado, rindiéndose á la furia de un recísimo viento que soplaba, desarraigando las hondas raíces

ces de la tierra, sobre mi cuerpo se caía, y que procurando yo evadirme del grave peso, á una y otra parte me revolvía; y estando en esta pesadumbre, me pareció ver una blanca cierva junto á mí, á la cual yo ahincadamente suplicaba que como mejor pudiese apartase de mis hombros la pesada carga; y que queriendo ella, movida de compasión, hacerlo, al mismo instante salió un fiero león del bosque, y cogiéndola entre sus agudas uñas, se metió con ella por el bosque adelante, y que después que con gran trabajo me había escapado del grave peso, la iba á buscar al monte, y la hallaba despedazada y herida por mil partes: de lo cual tanto dolor sentía, que el alma se me arrancaba sólo por la compasión que ella había mostrado de mi trabajo; y así comencé á llorar entre sueños, de manera que las mismas lágrimas me despertaron, y hallando las mejillas bañadas del llanto, quedé fuera de mí, considerando lo que había soñado; pero con la alegría que esperaba tener de ver á mi Leónida, no eché de ver entonces que la fortuna entre sueños me mostraba lo que de allí á poco rato despierto me había de suceder. A la sazón que yo desperté, acababa de cerrar la noche con tanta oscuridad, con tan espantosos truenos y relámpagos, como convenía para cometer con más facilidad la crueldad que en ella se cometió. Así como Carino salió de casa de Silvia con Leónida, se la entregó á Libeo, diciéndole que se fuese con ella por el camino de la aldea que he dicho; y aunque Leónida se alteró de ver á Libeo, Carino le aseguró que no era menor amigo mío Libeo que él propio, y que con toda seguridad podía ir con él poco á poco, en tanto que él se adelantaba á darme á mí las nuevas de su llegada. Creyó la simple, en fin, como enamorada, las palabras del falso Carino, y con menor recelo del que convenía, guiada del comedido Libeo, tendía los temerosos pasos para venir

á buscar el último de su vida, pensando hallar el mejor de su contento. Adelantóse Carino de los dos, como ya te he dicho, y vino á dar aviso á Crisalvo de lo que pasaba, el cual con otros cuatro parientes suyos, en el mismo camino por donde habían de pasar, que todo era cerrado de bosque de una y otra parte, escondidos estaban: y díjoles cómo Silvia venía, y solo yo que la acompañaba, y que se alegrasen de la buena ocasión que la suerte les ponía en las manos para vengarse de la injuria que los dos le habíamos hecho, y que él sería el primero que en Silvia, aunque era parienta suya, probase los filos de su cuchillo. Apercibiéronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la inocente sangre de los dos, que tan sin cuidado de traición semejante por el camino se venían; los cuales llegados á do la celada estaba, al instante fueron con ellos los perversos homicidas, y cerráronlos en medio. Crisalvo se llegó á Leónida, pensando ser Silvia, y con injuriosas y turbadas palabras, con la infernal cólera que le señoreaba, con seis mortales heridas la dejó tendida en el suelo, á tiempo que ya Libeo por los otros cuatro, creyendo que á mí me las daban, con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra. Carino que vió cuán bien había salido el traidor intento suyo, sin aguardar razones, se les quitó delante; y los cinco traidores contentísimos, como si hubieran hecho alguna famosa hazaña, se volvieron á su aldea, y Crisalvo se fué á casa de Silvia á dar él mesmo á sus padres la nueva de lo que había hecho, por acrecentarles el pesar y sentimiento, diciéndoles que fuesen á darle sepultura á su hija Silvia, á quien él había quitado la vida, por haber hecho más caudal de la fría voluntad de Lisandro su enemigo, que no de los continuos servicios suyos. Silvia, que sintió lo que Crisalvo decía, dándole el alma lo que había sido, le dijo cómo ella estaba viva, y aun libre de todo

lo que la imputaba, y que mirase no hubiese muerto á quien le doliese más su muerte que perder él mismo la vida. Y con esto le dijo que su hermana Leónida se había partido aquella noche de su casa en traje no acostumbrado.

Atónito quedó Crisalvo de ver á Silvia viva, teniendo él por cierto que la dejaba ya muerta, y con no pequeño sobresalto acudió luego á su casa, y no hallando en ella á su hermana, con grandísima confusión y furia volvió él solo á ver quién era la que había muerto, pues Silvia estaba viva. Mientras todas estas cosas pasaban, estaba yo con una ansia extraña esperando á Carino y Leónida; y pareciéndome que ya tardaban más de lo que debían, quise ir á encontrarlos, ó á saber si por algún caso aquella noche se habían detenido, y no anduve mucho por el camino, cuando oí una lastimera voz que decía: ¡Oh soberano Hacedor del cielo!, encoge la mano de tu justicia, y abre la de tu misericordia, para tenerla de esta alma que presto te dará cuenta de las ofensas que te ha hecho. ¡Ay, Lisandro, Lisandro, y cómo la amistad de Carino te costará la vida, pues no es posible que te la acabe el dolor de haberla yo por ti perdido! ¡Ay, cruel hermano! ¿Es posible que sin oír mis disculpas, tan presto me quisiste dar la pena de mi yerro? Cuando estas razones oí, en la voz y en ellas conocí luego ser Leónida la que las decía, y présago de mi desventura, con el sentido turbado fui á tienta á dar adonde Leónida estaba envuelta en su propia sangre, y habiéndola conocido luego, dejándome caer sobre el herido cuerpo, haciendo los extremos de dolor posible, le dije: ¿Qué desdicha es ésta, bien mío? Anima mía, ¿cuál fué la cruel mano que no ha tenido respeto á tanta hermosura? En estas palabras fui conocido de Leónida; y levantando con gran trabajo los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y apretando con la mayor fuerza que pudo, juntan-

do su boca con la mía, con flacas y mal pronunciadas razones me dijo solas éstas: Mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo está sin vida, la cual te dé Dios á ti, Lisandro mío, largos y felices años, y á mí me deje gozar en la otra del reposo que á mí me ha negado; y juntando más su boca con la mía, habiendo cerrado los labios para darme el primero y último beso, al abrillos se le salió el alma, y quedó muerta en mis brazos. Cuando yo lo sentí, abandonándome sobre el cuerpo, quedé sin ningún sentido; y si como era yo el vivo, fuera el muerto, quien en aquel trance nos viera, el lamentable de Piramo y Tisbe trujera á la memoria. Mas después que volví en mí, abriendo ya la boca para llenar el aire de voces y suspiros, sentí que hacia donde yo estaba venía uno con apresurados pasos, y llegando cerca, aunque la noche hacía oscura, los ojos del alma me dieron á conocer que el que allí venía era Crisalvo, como era la verdad; él tornaba á certificarse si por ventura era su hermana Leónida la que había muerto: y como yo le conocí, sin que de mí se guardase, llegué á él como sañudo león, y dándole dos heridas, di con él en tierra; y antes de expirar le llevé arrastrando adonde Leónida estaba, y poniendo en la mano muerta de Leónida el puñal que su hermano traía, que era el mismo con que ella había muerto, ayudándole yo á ello, tres veces se le hincó por el corazón; y consolado en algo el mío con la muerte de Crisalvo, sin más detenerme tomé sobre mis hombros el cuerpo de Leónida, llevéle á la aldea donde mis parientes vivían. Y contándoles el caso, les rogué le diesen honrada sepultura, y luego determiné le tomar en Carino la venganza que en Crisalvo; el cual por haberse ausentado de nuestra aldea se ha tardado hasta hoy que le hallé á la salida de este bosque, después de haber seis meses que ando en su demanda; él ha hecho ya el fin que su traición me-

recta, y á mí no me queda ya de quien tomar venganza, sino es de la vida, que tan contra mi voluntad sostengo.

Esta es, pastor, la causa de do proceden los lamentos que me has oído. Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos, á tu buena discreción dejo que lo considere. Y con esto dió fin á su plática, y principio á tantas lágrimas, que no pudo dejar Elicio de tenerle compañía en ellas; pero después que por largo espacio habían desfogado con tiernos suspiros el uno la pena que sentía, el otro la compasión que de ella tomaba, Elicio comenzó con las mejores razones que supo á consolar á Lisandro, aunque era su mal tan sin consuelo como por el suceso de él había visto; y entre otras cosas que le dijo, y la que á Lisandro más le cuadró, fué decirle: Que en los males sin remedio, el mejor era no esperarles ninguno, y que pues de la honestidad y noble condición de Leónida se podría creer, según él decía, que de dulce vida gozaba, antes debía alegrarse del bien que ella había ganado, que no entristecerse por el que él había perdido. A lo cual respondió Lisandro: Bien conozco, amigo, que tienen fuerza tus razones para hacerme creer que son verdaderas; pero no que la tienen ni la tendrán las que todo el mundo decirme pudiere, para darme consuelo alguno: en la muerte de Leónida comenzó mi desventura, la cual se acabará cuando yo la torne á ver; y pues esto no puede ser sin que yo muera, al que me induciere á procurar la muerte, tendré yo por más amigo de mi vida. No quiso Elicio darle más pesadumbre con sus consuelos, pues él no los tenía por tales: sólo le rogó que se viniese con él á su cabaña, en la cual estaría todo el tiempo que gusto le diese, ofreciéndole su amistad en todo aquello que podría ser bueno para servirle. Lisandro se lo agradeció cuanto fué posible, y aunque no quería acetar el venir

con Elicio, todavía lo hubo de hacer forzado de su importunación: y así los dos se levantaron y se vinieron á la cabaña de Elicio, donde reposaron lo poco que de la noche quedaba. Pero ya que la blanca aurora dejaba el lecho del celoso marido, y comenzaba á dar muestras del venidero día, levantándose Erastro comenzó á poner en orden el ganado de Elicio y suyo, para sacarle al pasto acostumbrado..

Elicio convidó á Lisandro á que con él se viniese; y así viniendo los tres pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo, al subir de una ladera oyeron el sonido de una suave zampaña, que luego por los dos enamorados Elicio y Erastro fué conocido, que era Galatea quien la sonaba; y no tardó mucho que por la cumbre de la cuesta se comenzaron á descubrir algunas ovejas, y luego tras ellas Galatea, cuya hermosura era tanta, que sería mejor dejarla en su punto, pues fátan palabras para encarecerla. Venía vestida de serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo sol parecía tener envidia, porque hiriéndolos con sus rayos, procuraba quitarles la luz si pudiera; mas la que salía de la vislumbre de ellos, otro nuevo sol semejava. Estaba Erastro fuera de sí mirándola, y Elicio no podía apartar los ojos de verla. Cuando Galatea vió que el rebaño de Elicio y Erastro con el suyo se juntaba, mostrando no gustar de tenerles aquel día en su compañía, llamó á la borrega mansa de su manada, á la cual siguieron las demás, y encaminóla á otra parte diferente de la que los pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacía, sin poder sufrir tan notorio desdén, llegándose á do la pastora estaba, le dijo: Deja, hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro, y si no gustas de nuestra compañía, escoge la que más te agradare, que no por tu ausencia dejarán tus ovejas de ser bien apacentadas; pues yo, que nací para

servirte, tendré más cuenta de ellas que de las mías propias; y no quieras tan á la clara desdeñarme, pues no lo merece la limpia voluntad que te tengo, que según el viaje que traías, á la fuente de las Pizarras te encaminabas, y ahora que me has visto quieres torcer el camino: y si esto es así como pienso, dime adónde quieres hoy y siempre apacentar tu ganado, que yo te juro de no llevar allí jamás el mío. Yo te prometo, Elicio, respondió Galatea, que no por huir de tu compañía ni de la de Erastro he vuelto del camino que tú imaginas que llevaba, porque mi intención es pasar hoy la siesta en el arroyo de las Palmas en compañía de mi amiga Florisa, que allá me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apacentar hoy allí nuestros ganados; y como yo venía descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomó el camino de las Pizarras como de ella más acostumbrado: la voluntad que me tienes y ofrecimientos que me haces te agradezco, y no tengas en poco haber dado yo disculpa á tu sospecha. ¡Ay, Galatea! replicó Elicio, ¡y cuán bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer más de lo que tú quieres! Ora vayas al arroyo de las Palmas, al soto del Concejo, ó á la fuente de las Pizarras, ten por cierto que no has de ir sola, que siempre mi alma te acompaña, y si tú no la ves es porque no quieres verla, por no obligarte á remediarla. Hasta ahora, respondió Galatea, tengo por ver la primera alma, y así no tengo culpa si no he remediado ninguna. No sé cómo puedes decir eso, respondió Elicio, hermosa Galatea, que las veas para herirlas, y no para curarlas. Testimonio me levantas, replicó Galatea, en decir que yo sin armas, pues á mujeres no son concedidas, haya herido á nadie. ¡Ay, discreta Galatea! dijo Elicio, ¡cómo te burlas con lo que de mi alma sientes, á la cual invisiblemente has llegado, y no

con otras armas que con las de tu hermosura! Y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco. En menos me tendría yo, respondió Galatea, si en más le tuviese. A esta sazón llegó Erastro, y viendo que Galatea se iba y los dejaba, le dijo: ¿Adónde vas ó de quién huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros, que te adoramos, te alejas, ¿quién esperará de ti compañía? ¡Ay, enemiga, cuán al desgaire te vas, triunfando de nuestras voluntades! El cielo destruya la buena que tengo si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tú estimas las mías. ¿Ríeste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tú haces. No pudo Galatea responder á Erastro, porque andaba guiando su ganado hacia el arroyo de las Palmas, y abajando desde lejos la cabeza en señal de despedirse, los dejó: y como se vió sola, en tanto que llegaba adonde su amiga Florisa creyó estaría, con la extremada voz que el cielo plugo darle, fué cantando este soneto:

## GALATEA

Afuera el fuego, el lazo, el hielo y flecha  
De amor que abrasa, aprieta, enfría y hiere,  
Que tal llama mi alma no la quiere,  
Ni queda de tal nudo satisfecha.

Consuma, cifa, hiele, mate, estrecha  
Tenga otra voluntad cuanto quisiere,  
Que por dardo, ó por nieve, ó sed no espere  
Tener la mía en un calor de flecha.

Su fuego enfriará mi intento,  
El nudo romperá por fuerza ó arte,  
La nieve deshará mi ardiente celo,

La flecha embotará mi pensamiento:  
Y así no temeré en segura parte  
De amor el fuego, el lazo, el dardo, el hielo.

Con más justa causa se pudieran parar los brutos, mover los árboles y juntar las piedras á escuchar el suave canto y dulce armonía de Galatea, que cuando á la cítara de Orfeo, lira de Apolo y música de Anfión los muros de Troya y Tebas por sí mismos se fundaron, sin que artífice alguno pudiese en ellos las manos; y las hermanas, negras moradoras del hondo caos, á la extremada voz del incauto amante se ablandaron. El acabar el canto Galatea y llegar adonde Florisa estaba fué todo á un tiempo, de la cual fué con alegre rostro recibida, como aquella que era su amiga verdadera, y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba; y después que las dos dejaron ir á su albedrío sus ganados á que de la verde yerba paciesen, convidadas de la claridad del agua de un arroyo que por allí corría, determinaron de lavarse los hermosos rostros (pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano y enfadoso artificio con que los suyos martirizan las damas que en las grandes ciudades se tienen por más hermosas); tan hermosas quedaron después de lavadas como antes lo estaban, excepto que por haber llegado las manos con movimiento al rostro, quedaron sus mejillas encendidas y sonroseadas, de modo que un no sé qué de hermosura les acrecentaba, especialmente á Galatea, en quien se vieron juntas las tres gracias, á quien los antiguos griegos pintaban desnudas por mostrar entre otros efectos que eran señoras de la belleza. Comenzaron luego á coger diversas flores del verde prado, con intención de hacer sendas guirnaldas con que recoger los desordenados cabellos, que sueltos por las espaldas traían. En este ejercicio andaban ocupadas las dos hermosas pastoras, cuando por el arroyo abajo vieron al improviso venir una pastora de gentil donaire y apostura, de que no poco se admiraron, porque les pareció que no era pastora de su aldea ni de las otras comarcas á

ella, á cuya causa con más atención la miraron, y vieron que venía poco á poco hacia donde ellas estaban; y aunque estaban bien cerca, ella venía tan embebida y trasportada en sus pensamientos, que nunca las vió hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y vueltos los ojos al cielo daba unos suspiros tan dolorosos, que de lo más íntimo de sus entrañas parecían arrancados: torcía asimesmo sus blancas manos, y dejaba correr por sus mejillas algunas lágrimas, que líquidas perlas semejaban. Por los extremos de dolor que la pastora hacía, conocieron Galatea y Florisa que de algún interno dolor traía el alma ocupada, y por ver en qué paraban sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, y desde allí con curiosos ojos miraban lo que la pastora hacía: la cual llegándose al margen del arroyo, con atentos ojos se paró á mirar el agua que por él corría, y dejándose caer á la orilla de él, como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, cogió en ella del agua clara, con la cual lavándose los húmedos ojos, con voz baja y debilitada dijo: ¡Ay, claras y frescas aguas!, ¡cuán poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podré esperar de vosotras, ni aun de todas las que contiene el gran mar Océano, el remedio que he menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, haríades el mismo efeto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua, que más su llama acrecienta. ¡Ay, tristes ojos, causadores de mi perdición, y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caída! ¡Ay, fortuna, enemiga de mi descanso, con cuánta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo! ¡Ay, cruda hermana!, ¿cómo no aplacó la ira de tu desamorado pecho la humilde y amorosa presencia de Artidoro? ¿Qué palabras te pudo decir él para

que le dices tan aceda y cruel respuesta? Bien parece, hermana, que tú no le tenías en la cuenta que yo le tengo, que si así fuera, á fe que tú te mostraras tan humilde cuanto él á ti sujeto. Todo esto que la pastora decía, mezclaba con tantas lágrimas, que no hubiera corazón que escuchándola no se enterneciera; y después que por algún espacio hubo sosegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corría, acomodando á su propósito una copla antigua, con suave y delicada voz cantó esta glosa:

*Ya la esperanza es perdida,  
Y un solo bien me consuela:  
Que el tiempo que pasa y vuela  
Llevará presto la vida.*

Dos cosas hay en amor,  
Con que su gusto se alcanza,  
Deseo de lo mejor,  
Es la otra la esperanza  
Que pone esfuerzo al temor:  
Las dos hicieron manida  
En mi pecho y no las veo;  
Antes en la alma afligida,  
Porque me acabe el deseo,  
*Ya la esperanza es perdida.*

Si el deseo desfallece  
Cuando la esperanza mengua,  
Al contrario en mí parece,  
Pues cuanto ella más desmengua,  
Tanto más él se engrandece:  
Y no hay usar de cautela  
Con las llagas que me atizan;  
Que en esta amorosa escuela  
Mis males me martirizan,  
*Y un solo bien me consuela.*

Apenas hubo llegado  
El bien á mi pensamiento,

## LA GALATEA

Cuando el cielo, suerte y hado,  
Con ligero movimiento  
Le han del alma arrebatado:  
Y si alguno hay que se duela  
De mi mal tan lastimero,  
Al mal amaina la vela,  
Y al bien pasa más ligero  
*Que el tiempo que pasa y vuela.*  
¿Quién hay que no se consuma  
Con estas ansias que tomo,  
Pues en ellas se ve en suma  
Ser los cuidados de plomo,  
Y los placeres de pluma?  
Y aunque va tan de caída  
Mi dichosa nueva andanza,  
En ella este bien se anida:  
Que quien llevó la esperanza  
*Llevará presto la vida.*

Presto acabó el canto la pastora, pero no las lágrimas con que le solemnizaba; de las cuales movidas á compasión Galatea y Florisa, salieron de do escondidas estaban, y con amorosas y corteses palabras á la triste pastora saludaron, diciéndole entre otras razones: Así los cielos, hermosa pastora, se muestren favorables á lo que pedirles quisieres, y dellos alcances lo que deseas, que nos digas, si no te es enojoso, qué ventura ó qué destino te ha traído por esta tierra, que según la plática que nosotros tenemos della, jamás por estas riberas te habemos visto. Y por haber oído lo que poco ha cantaste, y entender por ello que no tiene tu corazón el sosiego que ha de menester, y por las lágrimas que has derramado, de que dan indicio tus hermosos ojos, en ley de buen comedimiento estamos obligadas á procurarte el consuelo que de nuestra parte fuera posible; y si fuere tu mal de los que no sufren ser consolados á lo menos conocerás en

nosotras una buena voluntad de servirte. No sé con qué podré pagaros, respondió la forastera pastora, hermosas zagalas, los corteses ofrecimientos que me hacéis, si no es con callar, y agradecellos y estimallos en el punto que merecen, y con no negaros lo que de mí saber quisiéredes, puesto que me sería mejor pasar en silencio los sucesos de mi ventura, que no con decirlos daros indicios para que me tengáis por liviana. No muestra tu rostro y gentil postura, respondió Galatea, que el cielo te ha dado tan grosero entendimiento, que con él hicieses cosa que después hubieses de perder reputación en decirla; y pues tu vista y palabras en tan poco han hecho esta impresión en nosotras, que ya te tenemos por discreta, muéstranoslo con contar-nos tu vida, si llega á tu discreción tu ventura. A lo que yo creo, respondió la pastora, en un igual andan entrambas, si ya no me ha dado la suerte más juicio para que sienta más los dolores que se ofrecen; pero yo estoy bien cierta que sobrepujan tanto mis males á mi discreción, cuanto dellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediallos; y porque la experiencia os desengañe si quisiéredes oirme, bellas zagalas, yo os contaré con las más breves razones que pudiere, cómo del mucho entendimiento que juzgáis que tengo ha nacido el mal que le hace ventaja. Con ninguna cosa, discreta zagala, satisfacerás más nuestros deseos, respondió Florisa, que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado. Apartémonos, pues, dijo la pastora, de este lugar, y busquemos otro donde sin ser vistas ni estorbadas pueda deciros lo que me pesa de habéroslo prometido, porque adivino que no estará en más en perderse la buena opinión que con vosotras he cobrado, que cuanto tarde en descubrirnos mis pensamientos, si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco. Deseosas de que la pastora cumpliese lo que prome-

tía, se levantaron luego las tres, y se fueron á un lugar secreto y apartado que ya Galatea y Florisa sabían, donde debajo de la agradable sombra de unos copados mirtos, sin ser vistas de alguno, podían todas tres estar sentadas, y luego con extremado donaire y gracia la forastera pastora comenzó á decir desta manera:

En las riberas del famoso Henares, que al vuestro dorado Tajo, hermosísimas pastoras, da siempre fresco y agradable tributo, fui yo nacida, y criada no en tan baja fortuna que me tuviese por la peor de mi aldea: mis padres son labradores, y á la labranza del campo acostumbrados, en cuyo ejercicio los imitaba, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concejiles de nuestra aldea, acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me había puesto, que ninguna cosa me daba más gusto que ver multiplicar y crecer mi ganado, sin tener cuenta con más que con procurarle los más fructíferos y abundosos pastos, claras y frescas aguas que hallar pudiese: no tenía ni podía tener más cuidados que los que podían nacer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas eran mis compañeras, en cuya soledad muchas veces convidada de la suave armonía de los dulces pajarillos, despedía la voz á mil honestos cantares, sin que en ellos mezclase suspiros ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno. ¡Ay cuántas veces, sólo por contentarme á mí misma y por dar lugar al tiempo que se pasase, andaba de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aquí la blanca azucena, allí el cárdeno lirio, acá la colorada rosa, acullá la olorosa clavellina, haciendo de todas suertes de odoríferas flores una tejida guirnalda, con que adornaba y recogía mis cabellos, y después mirándome en las claras y reposadas aguas de alguna fuente, quedaba tan gozosa de haberme visto, que no trocara mi contento por otro alguno!

Y ¡cuántas hice burla de algunas zagalas que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasión del mal que los suyos sentían, con abundancia de lágrimas y suspiros los secretos enamorados de su alma me descubrían! Acuérdome ahora, hermosas pastoras, que llegó á mí un día una zagala amiga mía, y echándome los brazos al cuello, y juntando su rostro con el mío, hechos sus ojos fuentes, me dijo: ¡Ay, hermana Teolinda!, que este es el nombre de esta desdichada, y ¡cómo creo que el fin de mis días es llevado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merecían! Yo entonces, admirada de los extremos que la veía hacer, creyendo que algún gran mal le había sucedido de pérdida de ganado ó de muerte de padre ó hermano, limpiándole los ojos con la manga de mi camisa, le rogué que me dijese qué mal era el que tanto la aquejaba. Ella, prosiguiendo en sus lágrimas y no dando tregua á sus suspiros, me dijo: ¿Qué mayor mal quieres, oh Teolinda, que me haya sucedido, que el haberse ausentado sin decirme nada el hijo del mayoral de nuestra aldea, á quien yo quiero más que á los propios ojos de la cara; y haber visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del rabadán Lisalco, una cinta encarnada que yo había dado á aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenía de los amores que el traidor con ella trataba? Cuando yo acabé de entender sus quejas, os juro, amigas y señoras mías, que no pude acabar conmigo de no reirme y decirle: Mía fe, Lidia, que así se llamaba la sin ventura, pensé que de otra mayor llaga venías herida, según te quejabas. Pero ahora conozco cuán fuera de sentido andáis vosotras las que presumís de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerías. Dime por tu vida, Lidia amiga, ¿cuánto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de

que se la haya dado Eugenio? Mejor harías de tener cuenta con tu honra y con lo que conviene al pasto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerías de amor, pues no se saca de ellas, según veo, sino menoscabo de nuestras honras y sosiego. Cuando Lidia oyó de mí tan contraria respuesta de la que esperaba de mi boca y piadosa condición, no hizo otra cosa sino bajar la cabeza, y acrecentando lágrimas á lágrimas y sollozos á sollozos, se apartó de mí, y volviendo á cabo de poco trecho el rostro, me dijo: Ruego yo á Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mío, y que el amor te trate de manera que cuentes tu pena á quien la estime y sienta en el grado que tú has hecho la mía; y con esto se fué y yo me quedé riendo de sus desvaríos. Mas ¡ay, desdichada! y ¡cómo á cada paso conozco que me va alcanzando bien su maldición, pues aun ahora temo que estoy contando mi pena á quien se dolerá poco de haberla sabido! A esto respondió Galatea: Pluguiera á Dios, discreta Teolinda, que así como hallarás en nosotras compasión de tu daño, pudieras hallar el remedio de él, que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes. Vuestra hermosa presencia y agradable conversación, dulces pastoras, respondió Teolinda, me hacen esperar eso; pero mi corta ventura me fuerza á temer estotro; mas suceda lo que sucediere, que al fin habré de contaros lo que os he prometido.

Con la libertad que os he dicho y en los ejercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre y sosegadamente, que no sabía qué pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino á tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenía, y alcanzóme en ella de manera, que con quedar su esclava creo que aun no está pagado ni satisfecho. Acaeció, pues, que un día (que fuera para mí el más venturoso de los de mi vida, si el tiempo y las

ocasiones no hubieran traído tal descuento á mis alegrías), viniendo yo con otras pastoras de nuestra aldea á cortar ramos y á coger juncia y flores y verdes espadañas para adornar el templo y calles de nuestro lugar (por ser el siguiente día solemnisima fiesta, y estar obligados los moradores de nuestro pueblo por promesa y voto á guardalla), acertamos á pasar todas juntas por un deleitoso bosque que entre el aldea y el río está puesto, adonde hallamos una junta de agraciados pastores, que á la sombra de los verdes árboles pasaban el ardor de la caliente siesta, los cuales como nos vieron, al punto fuimos de ellos conocidas, por ser todos cuál primo, y cuál hermano, y cuál pariente nuestro; y saliéndonos al encuentro, y entendido de nosotras el intento que llevábamos, con corteses palabras nos persuadieron y forzaron á que adelante no pasásemos, porque algunos de ellos traerían los ramos y flores porque íbamos: y así vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querían, y luego seis de los mozos, apercebidos de sus hocinos, se partieron con gran contento á traer los verdes despojos que buscábamos.

Nosotras, que seis éramos, nos juntamos donde los demás pastores estaban, los cuales nos recibieron con el comedimiento posible, especialmente un pastor forastero que allí estaba, que de ninguna de nosotras fué conocido, el cual era de tan gentil donaire y brío, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedé admirada y rendida. No sé qué os diga, pastoras, sino que así como mis ojos le vieron, sentí enternecerme el corazón y comenzó á discurrir por todas mis venas un hielo que me encendía, y sin saber cómo, sentí que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido pastor; y en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine á conocer que era amor el que salteado me había; luego

quisiera quejarme de él si el tiempo y la ocasión me dieran lugar á ello. En fin, yo quedé cual ahora estoy vencida y enamorada, aunque con más confianza de salud que la que ahora tengo. ¡Ay cuántas veces en aquella sazón me quise llegar á Lidia, que con nosotras estaba y decirle: perdóname, Lidia, hermana, de la desabrida respuesta que te dí el otro día, porque te hago saber que ya tengo más experiencia del mal de que te quejabas, que tú misma! Una cosa me tiene maravillada, de cómo cuantas allí estaban no conocieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazón; y debiólo de causar que todos los pastores se volvieron al forastero, y le rogaron que acabase de cantar una canción que había comenzado antes que nosotras llegásemos; el cual, sin hacerse de rogar, siguió su comenzado canto con tan extremada y maravillosa voz, que todos los que la escuchaban estaban transportados en oirla. Entonces acabé yo de entregarme de todo en todo á todo lo que el amor quiso, sin quedar en mí más voluntad que si no la hubiera tenido para cosa alguna en mi vida; y puesto que yo estaba más suspensa que todos escuchando la suave armonía del pastor, no por eso dejé de poner grandísima atención á lo que en sus versos cantaba, porque me tenía ya el amor puesta en tal extremo, que me llegara al alma si le oyera cantar cosas de enamorado, que imaginara que ya tenía ocupados sus pensamientos, y quizá en parte que no tuviesen alguna los míos en lo que deseaban; mas lo que entonces cantó no fueron sino ciertas alabanzas del pastoral estado y de la sosegada vida del campo, y algunos avisos útiles á la conservación del ganado: de que no poco quedé yo contenta, pareciéndome que si el pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratara que de sus amores, por ser condición de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que en otra cosa que en ensalzar y alabar

la causa de sus tristezas ó contentos se gasta. Ved, amigas, en cuán poco espacio estaba ya maestra en la escuela de amor. El acabar el pastor su canto, y el descubrir los que con los ramos venían, fué todo á un tiempo: los cuales, á quien de lejos los miraba, no parecían sino un pequeño montecillo que con todos sus árboles se movía, según venían pomposos y enramados; y llegando ya cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno y respondiendo todos, con muestras de grandísimo contento, y con muchos placenteros alaridos, dieron principio á un gracioso villancico.

Con este contento y alegría llegaron más presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentía de la vista del pastor. Descargados, pues, de la verde carga, vimos que traía cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas y agradables flores, las cuales con graciosas palabras á cada una de nosotras la suya presentaron y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el aldea: mas agradeciéndoles nosotras su buen comedimiento, llenas de alegría queríamos dar la vuelta al lugar, cuando Eleúco, un anciano pastor que allí estaba, nos dijo: Bien será, hermosas pastoras, que nos paguéis lo que por vosotras nuestros zagales han hecho, con dejarnos las guirnaldas, que demasiadas lleváis de lo que á buscar veníades; pero ha de ser con condición que de vuestra mano las deis á quien os pareciere. Si con tan pequeña paga quedaréis de nosotras satisfechos, respondió la una, yo por mí soy contenta; y tomando la guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo; las otras, guiadas de este ejemplo, dieron las suyas á diferentes zagales que allí estaban, que todos sus parientes eran. Yo que á lo último quedaba y que allí deudo alguno no tenía, mostrando hacer de la desenvuelta, me llegué al forastero pastor, y poniéndole la guirnalda en la

cabeza, le dije: Esta te doy, buen zagal, por dos cosas: la una, por el contento que á todos nos has dado con tu agradable canto; la otra, porque en nuestra aldea se usa honrar á los extranjeros. Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacía; pero ¿qué os diré yo de lo que mi alma sintió viéndome tan cerca de quien me la tenía robada, sino que diera cualquiera otro bien que acertara á desear en aquel punto, fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos al cuello, como le ceñí las sienes con la guirnalda? El pastor se me humilló, y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacía, y al despedirse de mí, con voz baja, hurtando la ocasión á los muchos ojos que allí había, me dijo: Mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa pastora, la guirnalda que me has dado; prenda llevas contigo, que si la sabes estimar conocerás que me quedas deudora. Bien quisiera yo responderle; pero la priesa que mis compañeras me daban era tanta, que no tuve lugar de responderle. De esta manera me volví al aldea, con tan diferente corazón del con que había salido, que yo misma de mí mesma me maravillaba. La compañía me era enojosa, y cualquiera pensamiento que me viniese, que á pensar en mi pastor no se encaminase, con gran presteza procuraba luego desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar que de amorosos cuidados estaba lleno. Y no sé cómo en tan pequeño espacio de tiempo me transformé en otro sér del que tenía; porque yo ya no vivía en mí, sino en Artidoro, que así se llama la mitad de mi alma que ando buscando: do quiera que volvía los ojos me parecía ver su figura, cualquiera cosa que escuchaba, luego sonaba en mis oídos su suave música y armonía: á ninguna parte movía los pies que no diera por hallarle en ella mi vida, si él la quisiera: en los manjares no hallaba el acostumbrado gusto, ni las manos acertaban á

tocar cosa que se le diese. En fin, todos mis sentidos estaban trocados del sér que primero tenían, ni el alma obraba por ellos como era acostumbrada. En considerar la nueva Teolinda que en mí había nacido, y en contemplar las gracias del pastor, que impresas en el alma me quedaron, se me pasó todo aquel día y la noche antes de la solemne fiesta, la cual venida, fué con grandísimo regocijo y aplauso de todos los moradores de nuestra aldea y de los circunvecinos lugares solemnizada. Y después de acabadas en el templo las sacras obla-ciones y cumplidas las debidas ceremonias, en una ancha plaza que delante del templo se hacía, á la sombra de cuatro antiguos y frondosos álamos que en ella estaban, se juntó casi la más gente del pueblo, y haciéndose todos un corro, dieron lugar á que los zagales vecinos y forasteros se ejercitasen por honra de la fiesta en algunos pastoriles ejercicios.

Luego en el instante se mostraron en la plaza un buen número de dispuestos y gallardos pastores, los cuales, dando alegres muestras de su juventud y destreza, dieron principio á mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crecida fuerza é industriosa maña en las intrincadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus pies en las largas carreras, procurando cada uno ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos que los mayores del pueblo tenían puestos para los mejores que en tales ejercicios se aventajasen; pero en estos que he contado, ni en otros muchos que callo por no ser prolija, ninguno de cuantos allí estaban vecinos y comarcanos llegó al punto que mi Artidoro, el cual con su presencia quiso honrar y alegrar nuestra fiesta y llevarse el primero honor y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, pastoras, su

destreza y gallardía; las alabanzas que todos le daban eran tantas, que yo me ensoberbecía y un desulado contento en el pecho me retozaba solo en considerar cuán bien había sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo eso me daba grandísima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se había de partir presto de nuestra aldea, y que si él se iba sin saber á lo menos lo que de mí llevaba, que era el alma, qué vida sería la mía en su ausencia, ó cómo podría yo olvidar mi pena siquiera con quejarme, pues no tenía de quién sino de mí mesma. Estando yo pues en estas imaginaciones, se acabó la fiesta y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron que por los días que había de durar el octavario de la fiesta, fuese contento de pasarlos con ellos, si otra cosa de más gusto no se lo impedía. Ninguna me la puede dar á mí mayor, gratiosos pastores, respondió Artidoro, que serviros en esto y en todo lo que más fuere vuestra voluntad, que puesto que la mía era por ahora querer buscar á un hermano mío que pocos días ha falta de nuestra aldea, cumpliré vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello: todos se lo agradecieron mucho y quedaron contentos de su quedada; pero más lo quedé yo considerando que en aquellos ocho días no podía dejar de ofrecérseme ocasión donde le descubriese lo que ya encubrir no podía.

Toda aquella noche casi se nos pasó en bailes y juegos, y en contar unas á otras las pruebas que habíamos visto hacer á los pastores aquel día, diciendo: Fulano bailó mejor que fulano, puesto que el tal sabía más mudanzas que el tal: Mingo derribó á Bras, pero Bras corrió más que Mingo; y al fin, fin, todas concluían que Artidoro, el pastor forastero, había llevado la ventaja á todos, loándole cada una en particular sus particulares gracias: las cuales alabanzas, como ya he dicho, todas en mí contento re-

dundaban. Venida la mañana del día después de la fiesta, antes que la fresca aurora perdiese el rocío aljofarado de sus hermosos cabellos, y que el sol acabase de descubrir sus rayos por las cumbres de los vecinos montes, nos juntamos hasta una docena de pastoras, de las más miradas del pueblo, y asidas unas de otras de las manos, al son de una gaita y de una zampoña, haciendo y deshaciendo intrincadas vueltas y bailes, nos salimos de la aldea á un verde prado que no lejos della estaba, dando gran contento á todos los que nuestra enmarañada danza miraban; y la ventura, que hasta entonces mis cosas de bien en mejor iba guiando, ordenó que en aquel mismo prado hallásemos todos los pastores del lugar y con ellos á Artidoro, los cuales como nos vieron, acordando luego el son de un tamborino suyo con el de nuestras zampoñas, con el mismo compás y baile nos salieron á recibir mezclándonos unos con otros confusa y concertadamente, y mudando los instrumentos el son, mudamos de baile, de manera que fué menester que las pastoras nos desasiésemos y diésemos las manos á los pastores, y quiso mi buena dicha que acerté yo á dar la mía á Artidoro. No sé cómo os encarezca, amigos, lo que en tal punto sentí, si no es deciros que me turbé de manera que no acertaba á dar paso concertado en el baile, tanto que le convenía á Artidoro llevarme con fuerza tras sí, porque no rompiese soltándome el hilo de la concertada danza, y tomando dello ocasión, le dije: ¿En qué te ha ofendido mi mano, Artidoro, que así la aprietas? El me respondió con voz que de ninguno pudo ser oída: ¿Mas qué te ha hecho á ti mi alma, que así la maltratas? Mi ofensa es clara, respondí yo mansamente; mas la tuya ni la veo ni podrá verse. Y aun ahí está el daño, replicó Artidoro, que tengas vista para hacer mal y te falte para sanarle. En esto cesaron nuestras razones, porque los bailes cesaron, quedando yo conten-

ta y pensativa de lo que Artidoro me había dicho; y aunque consideraba que eran razones enamoradas, no me aseguraban si eran de enamorado. Luego nos sentamos todos los pastores y pastoras sobre la verde yerba, y habiendo reposado un poco del cansancio de los bailes pasados, el viejo Eleúco, acordando su instrumento, que un rabel era, con la zampoña de otro pastor, rogó á Artidoro que alguna cosa cantase, pues él más que otro alguno lo debía hacer, por haberle dado el cielo tal gracia, que sería ingrato si encubriera quisiese. Artidoro, agradeciendo las alabanzas que le daba, comenzó luego á cantar unos versos que, por haberme puesto en mí sospecha aquellas palabras que antes me había dicho, los tomé tan en la memoria, que aun hasta ahora no se me han olvidado, los cuales, aunque os dé pesadumbre de oírlos, sólo porque hacen al caso para que entendáis punto por punto por los que me ha traído el amor á la ocasión en que me hallo, os los habré de decir, que son éstos:

En áspera, cerrada, oscura noche  
Sin ver jamás el esperado día,  
Y en contino crecido amargo llanto,  
Ajeno de placer, contento y risa  
Merece estar, v en una viva muerte  
Aquel que sin amor pasa la vida.

¿Qué puede ser la más alegre vida,  
Sino una sombra de una breve noche,  
O natural retrato de la muerte,  
Si en todas cuantas horas tiene el día,  
Puesto silencio al congojoso llanto,  
No admite del amor la dulce risa?

Do vive el blando amor, vive la risa,  
Y adonde muere, muere nuestra vida,  
Y el sabroso placer se vuelve en llanto,  
Y en tenebrosa sempiterna noche  
La clara luz del sosegado día,

Y es vivir sin él amarga muerte.

Los rigurosos trances de la muerte  
No huye el amator; antes con risa  
Desea la ocasión y espera el día  
Donde puede ofrecer la cara vida,  
Hasta ver la tranquila última noche,  
Al amoroso fuego, al dulce llanto.

No se llama de amor el llanto, llanto,  
Ni su muerte llamarse debe muerte,  
Ni á su noche dar título de noche,  
Ni su risa llamarse debe risa,  
Y su vida tener por cierta vida  
Y sólo festejar su alegre día.

¡ Oh venturoso para mí este día  
Do pudo poner freno al triste llanto,  
Y alegrarme de haber dado mi vida  
A quien dárme la puede, ó darme muerte!  
¿ Mas qué puede esperarse, sino es risa  
De un rostro que al sol vence y vuelve en noche?  
Vuelto ha mi oscura noche en claro día  
Amor, y en risa mi crecido llanto,  
Y mi cercana muerte en larga vida.

Estos fueron los versos, hermosas pastoras, que con maravillosa gracia y no menos satisfacción de los que le escuchaban aquel día cantó mi Artidoro, de los cuales y de las razones que antes me había dicho, tomé yo ocasión de imaginar si por ventura mi vista algún nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro había causado, y no me salió tan vana mi sospecha, que él mismo no me la certificase al volvernó al aldea. A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda cuando las pastoras sintieron grandísimo estruendo de voces de pastores y ladridos de perros, que fué causa para que dejaran la comenzada plática, y se parasen á mirar por entre las ramas lo que era; y así vieron que por un verde llano que á su mano derecha estaba atravesaba una

multitud de perros los cuales venían siguiendo una temerosa liebre, que á toda furia á las espesas matas venía á guarecerse; y no tardó mucho, que por el mismo lugar donde las pastoras estaban, la vieron entrar y irse derecha al lado de Galatea, y allí vencida del cansancio de la larga carrera y casi como segura del cercano peligro, se dejó caer en el suelo con tan cansado aliento, que parecía que faltaba poco para dar el último espíritu. Los perros por el olor y rastro la siguieron hasta entrar donde estaban las pastoras; mas Galatea, tomando la temerosa liebre en los brazos, estorbó su vengativo intento á los codiciosos perros, por parecerle no ser bien si dejaba de defender á quien della había querido valerse. De allí á poco llegaron algunos pastores, que en seguimiento de los perros y de la liebre venían; entre los cuales venía el padre de Galatea, por cuyo respeto ella, Florisa y Teolinda le salieron á recibir con la debida cortesía. El y los pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda y con deseo de saber quién fuese, porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó desta llegada á Galatea y Florisa, por el gusto que les había quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda, á la cual rogaron fuese servida de no partirse por algunos días de su compañía si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos. Antes por ver si pueden cumplirse, respondió Teolinda, me conviene estar algún día en esta ribera: y así por esto, como por no dejar imperfecto mi comenzado cuento, habré de hacerlo lo que me mandáis. Galatea y Florisa la abrazaron y le ofrecieron de nuevo su amistad y de servirla en cuanto sus fuerzas alcanzasen.

En este entretanto, habiendo el padre de Galatea y los otros pastores en el margen del claro arroyo tendido sus gabanes y sacado de sus zurrone algunos rústicos manjares, convidaron á Galatea y sus compañeras á que con ellos comiesen.

Acetaron ellas el convite, y sentándose luego, desecharon la hambre, que por ser ya subido el día comenzaba á fatigarles. En estos y en algunos cuentos que por entretener el tiempo los pastores contaron, se llegó la hora acostumbrada de recogerse al aldea. Y luego Galatea y Florisa, dando vuelta á sus rebaños, los recogieron, y en compañía de la hermosa Teolinda y de los otros pastores hacia el lugar poco á poco se encaminaron; y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana habían topado á Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio, el cual era un pastor en cuyo pecho jamás el amor pudo hacer morada, y de esto vivía él tan alegre y satisfecho, que en cualquiera conversación y junta de pastores que se hallaba, no era otro su intento sino decir mal del amor y de los enamorados, y todos sus cantares á este fin se encaminaban; y por esta tan extraña condición que tenía, era de todos los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido, y de otros estimado. Galatea y los que allí venían se pararon á escuchar, por ver si Lenio, como de costumbre tenía, alguna cosa cantaba, y luego vieron que, dando su zampoña á otro compañero suyo, al son della comenzó á cantar lo que sigue:

## LENIO

Un vano descuidado pensamiento,  
 Una loca altanera fantasía,  
 Un no sé qué, que la memoria cría  
 Sin sér, sin calidad, sin fundamento;  
 Una esperanza que se lleva el viento,  
 Un dolor con renombre de alegría,  
 Una noche confusa do no hay día,  
 Un ciego error de nuestro entendimiento;  
 Son las raíces propias de do nace

Esta quimera antigua celebrada,  
 Que amor tiene por nombre en todo el suelo.  
 Y el alma que en amor tal se complace,  
 Merece ser del suelo desterrada,  
 Y que no la recojan en el cielo.

A la sazón que Lenio cantaba lo que habéis oído, habían ya llegado con sus rebaños Elicio y Erastro en compañía del lastimado Lisandro, y pareciéndole á Elicio que la lengua de Lenio en decir mal del amor á más de lo que era razón se extendía, quiso mostrarle á la clara su engaño, y aprovechándose del mismo concepto de los versos que él había cantado, al tiempo que ya llegaba Galatea, Florisa y Teolinda y los demás pastores, al son de la zampoña de Erastro, comenzó á cantar desta manera:

## ELICIO

Merece quien en el suelo  
 En su pecho á amor encierra,  
 Que le desechen del cielo,  
 Y no le sufra la tierra.  
 Amor, que es virtud entera,  
 Con otras muchas que alcanza,  
 De una en otra semejanza  
 Sube á la causa primera:  
 Y merece el que su celo  
 De tal amor le destierra,  
 Que le desechen del cielo  
 Y no le acoja la tierra.  
 Un bello rostro y figura,  
 Aunque caduca y mortal,  
 Es un traslado y señal  
 De la divina hermosura:  
 Y el que lo hermoso en el suelo  
 Desama y echa por tierra,

Desechado sea del cielo,  
Y no le sufra la tierra.

Amor tomado en sí solo,  
Sin mezcla de otro accidente,  
Es al suelo conveniente  
Como los rayos de Apolo:  
Y el que tuviere recelo  
De amor que tal bien encierra,  
Merece no ver el cielo  
Y que le trague la tierra.

Bien se conoce que amor  
Está de mil bienes lleno,  
Pues hace del malo bueno,  
Y del que es bueno mejor:  
Y así el que discrepa un pelo  
En limpia amorosa guerra,  
Ni merece ver el cielo,  
Ni sustentarse en la tierra.

El amor es infinito  
Si se funda en ser honesto,  
Y aquel que se acaba presto,  
No es amor, sino apetito:  
Y al que sin alzar el vuelo  
Con su voluntad se cierra,  
Mátele rayo del cielo,  
Y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados pastores de ver cuán bien Elicio su parte defendía; pero no por esto el desamorado Lenio dejó de estar firme en su opinión, antes quería de nuevo volver á cantar, y á mostrar en lo que cantase, de cuán poco momento eran las razones de Elicio para escurecer la verdad tan clara que él á su parecer sustentaba; mas el padre de Galatea, que Aurelio el venerable se llamaba, le dijo: No te fatigues por agora, discreto Lenio, en querernos mostrar en tu canto lo que en tu corazón sientes,

que el camino de aquí á la aldea es breve, y me parece que es menester más tiempo del que piensas para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parecer. Guarda tus razones para lugar más oportuno, que algún día te juntarás tú y Elicio con otros pastores en la fuente de las Pizarras ó arroyo de las Palmas, donde con más comodidad y sosiego podáis argüir y aclarar vuestras diferentes opiniones. La que Elicio tiene, es opinión, respondió Lenio; que la mía no es sino ciencia averiguada, la cual en breve ó en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligo á sustentarla; pero no faltará tiempo, como dices, más aparejado para este efeto. Ese procuraré yo, respondió Elicio, porque me pesa que á tan subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar y subir de punto, como es el limpio y verdadero amor, de quien te muestras enemigo. Engañado estás, Elicio, replicó Lenio, si piensas por afeitadas y sofisticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendría por hombre si me mudase. Tan malo es, dijo Elicio, ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien; y siempre he oído decir á mis mayores que es de sabios tomar consejo. No niego yo eso, respondió Lenio, cuando yo entendiese que mi parecer no es justo; pero en tanto que la experiencia y la razón no me mostraren el contrario de lo que hasta aquí me han mostrado, yo creo que mi opinión es tan verdadera cuanto la tuya falsa. Si se castigasen los herejes de amor, dijo á esta sazón Erastro, desde ahora comenzara yo, amigo Lenio, á cortar leña con que te abrasaran por el mayor hereje y enemigo que el amor tiene. Y aun si yo nó viera otra cosa del amor, sino que tú, Erastro, le sigues y eres del bando de los enamorados, respondió Lenio, sola ella me bastara á renegar dél con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera. Pues ¿parécete, Lenio,

replicó Erastro, que no soy bu. no para enamorado? Antes me parece, respondió Lenio, que los que fueren de tu condición y entendimiento, son propios para ser ministros suyos; porque quien es cojo, con el más mínimo traspíe da de ojos, y el que tiene poco discurso, poco ha menester para que le pierda del todo; y los que siguen la bandera de este vuestro valeroso capitán, yo tengo para mí que no son los más sabios del mundo; y si lo han sido, en el punto que se enamoraron dejaron de serlo. Grande fué el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dijo, y así le respondió: Paréceme, Lenio, que tus desvariadas razones merecen otro castigo que palabras; mas yo espero que algún día pagarás lo que agora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dijeres. Si yo entendiese de ti, Erastro, respondió Lenio, que fuese tan valiente como enamorado, no dejarían de darme temor tus amenazas; mas como sé que te quedas atrás en lo uno, como vas adelante en lo otro, antes me causan risa que espanto. Aquí acabó de perder la paciencia Erastro, y si no fuera por Lisandro y por Elicio, que en medio se pusieron, él respondiera á Lenio con las manos; porque ya su lengua, turbada con la cólera, apenas podía usar su oficio. Grande fué el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los pastores, y más de la cólera y enojo que Erastro mostraba, que fué menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio y suyas, aunque Erastro, si no fuera por no perder el respeto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la cuestión fué acabada, todos con regocijo se encaminaron á la aldea, y en tanto que llegaban, la hermosa Florisa, al son de la zampoña de Galatea, cantó este soneto:

## FLORISA

Crezcan las simples ovejuelas mías  
En el cerrado bosque y verde prado,  
Y el caluroso estío é invierno helado  
Abunde en yerbas verdes y aguas frías.

Pase en sueños las noches y los días  
En lo que toca al pastoral estado,  
Sin que de amor un mínimo cuidado  
Sienta, ni sus ancianas niñerías.

Este mil bienes del amor pregona,  
Aquél publica dél vanos cuidados,  
Yo no sé si los dos andan perdidos,

Ni sabré al vencedor dar la corona:  
Sé bien que son de amor los escogidos  
Tan pocos, cuanto muchos los llamados.

Breve se les hizo á los pastores el camino, engañados y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la cual no dejó el canto hasta que estuvieron bien cerca del aldea y de las cabañas de Elicio y Erastro, que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiéndose primero del venerable Aurelio, de Galatea y Florisa que con Teolinda al aldea se fueron, y los demás pastores cada cual adonde tenía su cabaña. Aquella misma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para volverse á su tierra, ó adonde pudiese conforme á sus deseos acabar lo poco que á su parecer le quedaba de vida. Elicio con todas las razones que supo decirle, y con infinitísimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció, jamás pudo acabar con él que en su compañía siquiera algunos días se quedase; y así el sin ventura pastor abrazando á Elicio con abundantes lágrimas y suspiros se despidió dél, prometiendo de avisarle de su estado dondequiera que él estuviese; y habiéndole acompa-

ñado Elicio media legua de su cabaña, le tornó á abrazar estrechamente, y tornándose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos, se apartaron, quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevaba; y así se volvió á su cabaña á pasar lo más de la noche en sus amorosas imaginaciones, y á esperar el venidero día para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba. La cual, después que llegó á su aldea, deseando saber el suceso de los amores de Teolinda, procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella y Florisa y Teolinda; y hallando la comodidad que deseaba, la enamorada pastora prosiguió su cuento como se verá en el segundo libro.



## LIBRO II

---

Libres ya y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados habían de hacer, procuraron recogerse y apartarse con Teolinda en parte donde sin ser de nadie impedidas, pudiesen oír lo que del suceso de sus amores les faltaba. Y así se fueron á un pequeño jardín, que estaba en casa de Galatea, y sentándose las tres debajo de una verde y pomposa parra que intrincadamente por unas redes de palo se entretejía, tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que antes había dicho, prosiguió diciendo: Después de acabado nuestro baile y el canto de Artidoro, como ya os he dicho, bellas pastoras, á todos nos pareció volvernos al aldea á hacer en el templo los solenes sacrificios, y por parecernos asimismo que la solemnidad de la fiesta daba en alguna manera licencia; pero no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento, con más libertad nos holgásemos, y por esto todos los pastores y pastoras en montón confuso, alegre y regocijadamente al aldea nos volvimos, hablando cada uno con quien más gusto le daba. Ordenó, pues, la suerte y mi diligencia, y aun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello los dos nos apartamos de manera que á nuestro salvo pudiéramos hablar en aquel camino más de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respeto á lo que

á sí mismo y al otro debía. En fin, yo por sacarle á barrera, como decirse suele, le dije: Años se te harán, Artidoro, los días que en nuestra aldea estuvieres, pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte, que te deben de dar más gusto. Todo el que yo puedo esperar en mi vida, trocara, respondió Artidoro, porque fueran no años, sino siglos los días que aquí tengo de estar; pues en acabándose, no espero tener otros que más contento me hagan. ¿Tanto es el que recibes, respondí yo, en mirar nuestras fiestas? No nace de ahí, respondió él, sino de contemplar la hermosura de las pastoras de vuestra aldea. Es verdad, repliqué yo, que deben de faltar hermosas zagalas en la tuya. Verdad es que allá no faltan, respondió él, pero aquí sobran: de manera que una sola que yo he visto, basta para que en su comparación las de allá se tengan por feas. Tu cortesía te hace decir eso, oh Artidoro, respondí yo; porque bien sé que en este pueblo no hay ninguna que tanto se aventaje como dices. Mejor sé yo ser verdad lo que digo, respondió él, pues he visto la una y mirado las otras. Quizá la miraste de lejos, y la distancia del lugar, dije yo, te hizo parecer otra cosa de lo que debe ser. De la misma manera, respondió él, que á ti te veo y estoy mirando agora, la he mirado y visto á ella, y yo me holgaría de haberme engañado, si no conforma su condición con su hermosura. No me pesara á mí ser esa que dices, por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada y tenida por hermosa. Harto más, respondió Artidoro, quisiera yo que tú no fueras. Pues ¿qué perderías tú, respondí yo, si como yo no soy la que dices, lo fuera? Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé; de lo que he de perder, estoy incierto y temeroso. Bien sabes hacer el enamorado, dije yo, oh Artidoro. Mejor sabes tú enamorar, oh Teolinda, respondió él. A esto le dije: No sé si

te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. A lo que él respondió: De que yo no me engaño estoy bien seguro, y de querer tú desengañarte está en tu mano, todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte. Esa te pagaré yo con la misma, repliqué yo, por parecerme que no sería bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno. A esta sazón, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleúco el mayoral y dijo con voz alta: Ea, gallardos pastores y hermosas pastoras, haced que sientan en el aldea nuestra venida, entonando vosotras, zagalas, algún villancico, de modo que nosotros os respondamos; porque vean los del pueblo cuánto hacemos al caso los que aquí vamos para alegrar nuestra fiesta. Y porque en ninguna cosa que Eleúco mandaba, dejaba de ser obedecido, luego los pastores me dieron á mí la manó para que comenzase, y así sirviéndome de la ocasión y aprovechándome de lo que con Artidoro había pasado, dí principio al villancico:

En los estados de amor  
Nadie llega á ser perfecto,  
Sino el honesto y secreto.

Para llegar al süave  
Gusto de amor, si se acierta,  
Es el secreto la puerta  
Y la honestidad la llave;  
Y esta entrada no la sabe  
Quien presume de discreto,  
Sino el honesto y secreto.

Amar humana beldad  
Suele ser reprehendido,  
Si tal amor no es medido  
Con razón y honestidad:  
Y amor de tal calidad

Luego le alcanza en efeto  
El que es honesto y secreto.

Es ya caso averiguado,  
Que no se puede negar,  
Que á veces pierde el hablar  
Lo que el callar ha ganado:  
Y el que fuere enamorado  
Jamás se verá en aprieto,  
Si fuere honesto y secreto.

Cuanto una parlera lengua  
Y unos atrevidos ojos  
Suelen causar mil enojos  
Y poner el alma en mengua,  
Tanto este dolor desmengua,  
Y se libra de este aprieto  
El que es honesto y secreto.

No sé si acerté, hermosas pastoras, en cantar lo que habéis oído; pero sé muy bien que se supo aprovechar dello Artidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra aldea estuvo, puesto que me habló muchas veces, fué con tanto recato, secreto y honestidad, que los ociosos ojos y lenguas parleras ni tuvieron ni vieron que decir cosa á que nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenía que acabado el término que Artidoro había prometido de estar en nuestra aldea, se había de ir á la suya, procuré, aunque á costa de mi vergüenza, que no quedase mi corazón con lástima de haber callado lo que después fuera excusado decirse estando Artidoro ausente. Y así, después que mis ojos dieron licencia que los suyos hermosísimos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas las lenguas, ni dejaron de mostrar con palabras lo que hasta entonces por señas los ojos habían bien claramente manifestado. En fin, sabréis, amigas mías, que un día hallándome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido

amor y comedimiento me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenía; y aunque yo quisiera entonces hacer de la retirada y melindrosa, porque temía, como ya os he dicho, que él se partiese, no quise desdeñarle ni despedirle, y también por parecerme que los sinsabores que se dan y sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen y dejen la comenzada empresa los que en sus deseos no son muy experimentados; y por esto le dí respuesta tal cual yo deseaba dársela, quedando en resolución concertados en que él se fuese á su aldea, y que de allí á pocos días con alguna honrosa tercería me enviase á pedir por esposa á mis padres; de lo que él fué tan contento y satisfecho, que no acababa de llamar venturoso el día en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir que no trocara mi contento por ningún otro que imaginar pudiera, por estar segura que el valor y calidad de Artidoro era tal, que mi padre sería contento de recibirle por yerno. En el dichoso punto que habéis oído, pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos ó tres días á la partida de Artidoro, cuando la fortuna, como aquella que jamás tuvo término en sus cosas, ordenó que una hermana mía de poco menos edad que yo, á nuestra aldea tornase de otra adonde algunos días había estado en casa de una tía nuestra, que mal dispuesta se hallaba; y porque consideréis, señoras, cuán extraños y no pensados casos en el mundo suceden, quiero que entendáis una cosa que creo no os dejará de causar alguna admiración extraña; y es que esta hermana mía que os he dicho, que hasta entonces había estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donaire y brío, si alguno tengo, que no sólo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera que para no caer en este engaño, por la diferencia de los ves-

tidos, que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola, á lo que yo creo, nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fué en las condiciones, por ser la de mi hermana más áspera de lo que mi contento había menester, pues por ser ella menos piadosa que advertida, tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucedió, pues, que luego que mi hermana vino al aldea, con el deseo que tenía de volver al agradable pastoral ejercicio suyo, madrugó luego otro día más de lo que yo quisiera, y con las ovejas propias que yo solía llevar, se fué al prado, y aunque yo quise seguirla por el contento que se me seguía de la vista de mi Artidoro, con no sé qué ocasión mi madre me detuvo todo aquel día en casa, que fué el último de mis alegrías. Porque aquella noche, habiendo mi hermana recogido su ganado, me dijo como en secreto que tenía necesidad de decirme una cosa que mucho me importaba. Yo, que cualquiera otra pudiera pensar de la que me dijo, procuré que presto á solas nos viésemos, adonde ella con rostro algo alterado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir: No sé, hermana mía, lo que piense de tu honestidad ni menos sé si calle lo que no puedo dejar de decirte, por ver si me das alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes; y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con más respeto, debes perdonarme, porque en lo que hoy he visto hallarás la disculpa de lo que te dijere.

Cuando yo desta manera la oí hablar, no sabía qué responderle, sino decirle que pasase adelante con su plática. Has de saber, hermana, siguió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado, y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henares, al pasar por el alameda del concejo salió á mí un pastor, que con verdad osaré jurar que jamás le he visto en estos nuestros con-

tornos; y con una extraña desenvoltura me comenzó á hacer tan amorosas saluciones, que yo estaba con vergüenza y confusa, sin saber qué responderle; y él, no escarmentando del enojo, que á lo que yo creo en mi rostro mostraba, se llegó á mí, diciéndome: ¿Qué silencio es este, hermosa Teolinda, último refugio desta ánima que os adora? Y faltó poco que no me tomó las manos para besármelas, añadiendo á lo que he dicho un catálogo de requiebros que parecía que los traía estudiados. Luego dí yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando: de donde me nació sospecha que si vos, hermana, jamás le hubiérades visto ni familiarmente tratado, no fuera posible tener él atrevimiento de hablaros de aquella manera: de lo cual tomé tanto enojo, que apenas podía formar palabra para responderle; pero al fin respondí de la suerte que su atrevimiento merecía, y cual á mí me pareció que estábades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablara; y si no fuera porque en aquel instante llegó la pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haberme dicho las suyas: y es lo bueno que nunca le quise decir el engaño en que estaba, sino que así creyó él que yo era Teolinda, como si con vos mesma estuviera hablando. En fin, él se fué llamándome ingrata, desagradecida y de poco conocimiento; y á lo que yo puedo juzgar del semblante que él llevaba, á fe, hermana, que otra vez no ose hablaros, aunque más sola os encuentre. Lo que desco saber es, quién es este pastor, y qué conversación ha sido lá de entrambos, de do nace que con tanta desenvoltura él se atreviese á hablaros. A vuestra mucha discreción dejo, discretas pastoras, lo que mi alma sentiría oyendo lo que mi hermana me contaba; pero al fin, disimulando lo

mejor que pude, le dije: La mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda, que así se llamaba la turbadora de mi descanso, en haberme quitado con tus ásperas razones el fastidio y desasosiego que me daban las importunas dese pastor que dices: el cual es un forastero que habrá ocho días que está en esta nuestra aldea, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia y locura, que do quiera que me ve, me trata de la manera que has visto, dándose á entender que tiene granjeada mi voluntad; y aunque yo le he desengañado, quizá con más ásperas palabras de las que tú le dijiste, no por eso deja él de proseguir en su vano propósito: y á fe, hermana, que deseo que venga ya el nuevo día para ir á decirle que si no se aparta de su vanidad, que espere el fin della que mis palabras siempre le han significado. Y así era la verdad, dulces amigas, que diera yo por que ya fuera el alba cuanto pedirseme pudiera, sólo por ir á ver á mi Artidoro y desengañarle del error en que había caído, temerosa que con la aceda y desabrida respuesta que mi hermana le había dado, él no se desdefiase y hiciese alguna cosa que en perjuicio de nuestro concierto viniese. Las largas noches del escabroso diciembre no dieron más pesadumbre al amante que del venidero día algún contento esperase, cuanto á mí me dió disgusto aquella, puesto que era de las escasas del verano, según deseaba ver la nueva luz para ir á ver la luz por quien mis ojos veían. Y así, antes que las estrellas perdiesen del todo la claridad, estando aún en duda si era de noche ó de día, forzada de mi deseo, con la ocasión de ir á apacentar las ovejas, salí del aldea, y dando más priesa al ganado de la acostumbrada para que caminase, llegué al lugar adonde otras veces solía hallar á Artidoro: el cual hallé solo y sin ninguno que dél noticia me diese, de que no pocos saltos me dió el corazón, que casi

adivinó el mal que le estaba guardado. ¡Cuántas veces, viendo que no le hallaba, quise con mi voz herir el aire. llamando el amado nombre de mi Artidoro, y decir: ¡ven, bien mío, que yo soy la verdadera Teolinda, que más que á sí te quiere y ama!, sino que el temor que de otro que de él fuesen mis palabras oídas, me hizo tener más silencio del que quisiera! Y así después que hube rodeado una y otra vez toda la ribera y el soto del manso Henares, me senté cansada al pie de un verde sauce, esperando que del todo el claro sol con sus rayos por la faz de la tierra extendiese, para que con su claridad no quedase mata, cueva, espesura, choza ni cabaña, que de mi bien no fuese buscado. Mas apenas había dado la nueva luz lugar para discernir las colores, cuando luego se me ofreció á los ojos un cortecido álamo blanco, que delante de mí estaba, en el cual y en otros muchos vi escritas unas letras, que luego conocí ser de la mano de Artidoro, allí fijadas; y levantándome con prisa á ver lo que decían, vi, hermosas pastoras, que era esto:

Pastora en quien la belleza  
 En tanto extremo se halla  
 Que no hay á quien comparalla,  
 Sino á tu misma crudeza:  
 Mi firmeza y tu mudanza  
 Han sembrado á mano llena  
 Tus promesas en la arena,  
 Y en el viento mi esperanza.  
 Nunca imaginara yo  
 Que cupiera en lo que vi,  
 Tras un dulce alegre sí  
 Tan amargo y triste no;  
 Mas yo no fuera engañado,  
 Si pusiera en mi ventura  
 Así como en tu hermosura,



Los ojos que te han mirado.

Pues cuanto tu gracia extraña  
Promete, alegre y concierto,  
Tanto turba y desconcierta  
Mi desdicha, y enmaraña:  
Unos ojos me engañaron,  
Al parecer piadosos,  
¡Ay, ojos falsos, hermosos!  
Los que os ven, ¿en qué pecaron?

Dime, pastora crüel:  
¿A quién no podrá engañar  
Tu sabio honesto mirar  
Y tus palabras de miel?  
De mí ya está conocido,  
Que con menos que hicieras,  
Días ha que me tuvieras  
Preso, engañado y rendido.

Las letras que fijaré  
En esta áspera corteza,  
Crecedrán con más firmeza  
Que no ha crecido tu fe;  
La cual pusiste en la boca  
Y en vanos prometimientos,  
No firme al mar y á los vientos  
Como bien fundada roca.

Tan terrible y rigurosa  
Como víbora pisada,  
Tan cruel como agraciada,  
Tan falsa como hermosa:  
Lo que manda tu crueldad  
Cumpliré sin más rodeo,  
Pues nunca fué mi deseo  
Contrario á tu voluntad.

Yo moriré desterrado,  
Porque tú vivas contenta;  
Mas mira que amor no sienta  
Del modo que me has tratado;  
Porque en amorosa danza,

Aunque amor ponga estrechez,  
Sobre el compás de firmeza,  
No se sufre hacer mudanza.

Así como en la belleza  
Pasa cualquiera mujer,  
Cref yo que en el querer  
Fueras de mayor firmeza ;  
Mas ya sé por mi pasión,  
Que quiso pintar natura  
Un ángel en tu figura,  
Y el tiempo en tu condición.

Si quieres saber do voy  
Y el fin de mi triste vida,  
La sangre por mí vertida  
Te llevará donde estoy ;  
Y aunque nada no te cale  
De nuestro amor y concierto,  
No niegues al cuerpo muerto  
El triste y último vale.

Que bien serás rigurosa,  
Y más que un diamante dura,  
Si el cuerpo y la sepultura  
No te vuelven piadosa:  
Y en caso tan desdichado  
Tendré por dulce partido,  
Si fuí vivo aborrecido,  
Ser muerto y por ti llorado.

¿Qué palabras serán bastantes, pastoras, para daros á entender el extremo de dolor que ocupó mi corazón, cuando claramente entendí que los versos que había leído eran de mi querido Artidoro? Mas no hay para qué encarecérosle, pues no llegó al punto que era menester para acabarme la vida, la cual desde entonces acá tengo tan aborrecida, que no sentiría ni me podría venir mayor gusto que perderla. Los suspiros que entonces di, las lágrimas que derramé, las lástimas que hice,

fueron tantas y tales, que ninguno me oyera, que por loca no me juzgara. En fin, yo quedé tal, que sin acordarme de lo que á mi honra debía, propuse de desamparar la cara patria, amados padres y queridos hermanos, y dejar con la guardia de sí mismo al simple ganado mío; y sin entretenerme en otras cuentas, más que en aquellas que para mi gusto entendí ser necesarias, aquella misma mañana, abrazando mil veces la corteza donde las manos de mi Artidoro habían llegado, me partí de aquel lugar con intención de venir á estas riberas, donde sé que Artidoro tiene y hace su habitación, por ver si ha sido tan inconsiderado y cruel consigo, que haya puesto en ejecución lo que en los últimos versos dejó escrito: que si así fuese, desde aquí os prometo, amigas mías, que no sea menor el deseo y presteza con que le siga en la muerte, que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida. Mas ¡ay de mí! ¡y cómo creo que no hay sospecha que en mi daño sea, que no salga verdadera!, pues ha ya nueve días que á estas frescas riberas he llegado, y en todos ellos no he sabido nuevas de lo que deseo; y quiera Dios que cuando las sepa, no sean las últimas que sospecho.

Veis aquí, discretas zagalas, el lamentable suceso de mi enamorada vida. Ya os he dicho quién soy y lo que busco, si algunas sabéis de mi contento, así la fortuna os conceda el mayor que deseáis, que no me lo neguéis. Con tantas lágrimas acompañaba la enamorada pastora las palabras que decía, que bien tuviera corazón de acero quien de ellas no se doliera. Galatea y Florisa, que naturalmente eran de condición piadosa, no pudieron detener las suyas, ni menos dejaron con las más blandas y eficaces razones que pudieron de consolarla, dándole por consejo que se estuviere algunos días en su compañía, quizá haría la fortuna que en ellos algunas nuevas de Artidoro supiese; pues no

permitiría el cielo que por tan extraño engaño acabase un pastor, tan discreto como ella le pintaba, el curso de sus verdes años; y que podría ser que Artidoro, habiendo con el discurso del tiempo vuelto á mejor discurso y propósito su pensamiento, volviese á ver la deseada patria y dulces amigos; y que por esto, allí mejor que en otra parte, podía tener esperanza de hallarle. Con estas y otras razones, la pastora algo consolada, holgó de quedarse con ellas, agradeciéndoles la merced que le hacían y el deseo que mostraban de procurar su contento. A esta sazón la serena noche, aguijando por el cielo el estrellado carro, daba señal que el nuevo día se acercaba; y las pastoras con el deseo y necesidad de reposo se levantaron, y del fresco jardín á sus estancias se fueron. Mas apenas el claro sol había con sus calientes rayos deshecho y consumido la cerrada niebla que en las frescas mañanas por el aire suele extenderse, cuando las tres pastoras, dejando los ociosos lechos, al usado ejercicio de apacentar su ganado se volvieron con harto diferentes pensamientos Galatea y Florisa del que la hermosa Teolinda llevaba, la cual iba tan triste y pensativa, que era maravilla. Y á esta causa, Galatea, por ver si podría en algo divertirla, le rogó que, puesta aparte un poco la melancolía, fuese servida de cantar algunos versos al son de la zampoña de Florisa. A esto respondió Teolinda: Si la mucha causa que tengo de llorar, con la poca que de cantar tengo, entendiera que en algo se menguara, bien pudieras, hermosa Galatea, perdonarme, porque no hiciera lo que me mandas; pero por saber ya por experiencia que lo que mi lengua cantando pronuncia, mi corazón llorando lo soleniza, haré lo que quieres, pues en ello, sin ir contra mi deseo, satisfaré el tuyo. Y luego la pastora Florisa tocó su zampoña, á cuyo son Teolinda cantó este soneto:

## TEOLINDA

Sabido he por mi mal adónde llega  
La cruda fuerza de un notorio engaño,  
Y cómo amor procura con mi daño  
Darme la vida, que el temor me niega.

Mi alma de las carnes se despega,  
Siguiendo aquella que por hado extraño  
La tiene puesta en pena, en mal tamaño  
Que el bien la turba y el dolor sosiega.

Si vivo, vivo en fe de la esperanza,  
Que aunque es pequeña y débil, se sustenta,  
Siendo á la fuerza de mi amor asida.

¡Oh firme comenzar, frágil mudanza,  
Amarga suma de una dulce cuenta,  
Cómo acabáis por términos la vida!

No había bien acabado de cantar Teolinda el soneto que habéis oído cuando las tres pastoras sintieron á su mano derecha por la ladera del fresco valle el son de una zampoña, cuya suavidad era de suerte, que todas se suspendieron y pararon para con más atención gozar de la suave armonía. Y de allí á poco oyeron que al son de la zampoña el de un pequeño rabel se acordaba con tanta gracia y destreza, que las dos pastoras Galatea y Florisa estaban suspensas, imaginando qué pastores podrían ser los que tan acordadamente sonaban, porque bien vieron que ninguno de los que ellas conocían, si Elicio no, era en la música tan diestro. A este sazón dijo Teolinda: Si los oídos no me engañan hermosas pastoras, yo creo que tenéis hoy en vuestras riberas á los dos nombrados y famosos pastores Tirsi y Damon, naturales de mi patria; á lo menos Tirsi, que en la famosa Compluto, villa fundada en las riberas de nuestro Henares, fué nacido; y Damon, su íntimo y perfecto amigo, si no

estoy mal informada, de las montañas de León trae su origen, y en la nombrada Mantua Carpentánea fué criado: tan aventajados los dos en todo género de discreción, ciencia y loables ejercicios, que no sólo en el circuito de nuestra comarca son conocidos, pero por todo el de la tierra conocidos y estimados: y no penséis, pastoras, que el ingenio destes dos pastores sólo se extiende en saber lo que al pastoral estado le conviene; porque pasa tan adelante, que lo escondido del cielo, y lo no sabido de la tierra por términos y modos concertados enseñan y disputan; y estoy confusa en pensar qué causa les habrá movido á dejar Tirsi su dulce y querida Fili, y á Damon su hermosa y honesta Amarili: Fili de Tirsi, Amarili de Damon, tan amadas, que no hay en nuestra aldea ni en los contornos della persona, ni en la campaña bosque, prado, fuente ó río, que de sus encendidos y honestos amores no tengan entera noticia.

Deja por ahora, Teolinda, dijo Florisa, de alabarnos estos pastores, que más nos importa escuchar lo que vienen cantando, pues no menor gracia me parece que tienen en la voz que en la música de los instrumentos. Pues ¿qué diréis, replicó Teolinda, cuando veáis que todo eso sobrepuja la excelencia de su poesía, la cual es de manera, que al uno ya le ha dado renombre de divino, y al otro de más que humano? Estando en estas razones las pastoras, vieron que por la ladera del valle por donde ellas mismas iban se descubrían dos pastores de gallarda disposición y extremado brío, de poco más edad el uno que el otro; tan bien vestidos, aunque pastorilmente, que más parecían en su talle y apostura bizarros cortesanos, que serranos ganaderos. Traía cada uno un bien tallado pellico de blanca y finísima lana, guarnecidos de leonado y pardo. colores á quien sus pastoras eran más aficionadas; pendían de sus hombros sendos zurrones, no me-

nos vistosos y adornados que los pellicos; venían de verde laurel y fresca hiedra coronados, con los retorcidos cayados debajo del brazo puestos; no traían compañía alguna, y tan embebecidos en su música venían, que estuvieron gran espacio sin ver á las pastoras, que por la misma ladera iban caminando, no poco admiradas del gentil donaire y gracia de los pastores, los cuales con concertadas voces, comenzando el uno y replicando el otro, esto que se sigue cantaban:

## DAMON.—TIRSI

D. Tirsi, que el solitario cuerpo alejas  
Con atrevido paso, aunque forzoso,  
De aquella luz con quien el alma dejas:  
¿Cómo en son no te dueles doloroso,  
Pues hay tanta razón para quejarte  
Del fiero turbador de tu reposo?

T. Damon, si el cuerpo miserable parte  
Sin la mitad del alma en la partida,  
Dejando de ella la más alta parte,  
¿De qué virtud ó sér será movida  
Mi lengua, que por muerta ya la cuento,  
Pues con el alma se quedó la vida?

Y aunque nuestro que veo, oigo y siento,  
Fantasma soy por el amor formada,  
Que con sola esperanza me sustentó.

D. ¡Oh Tirsi venturoso, y qué envidiada  
Es tu suerte de mí con causa justa,  
Por ser de las de amor más extremada!

A ti sola la ausencia te disgusta,  
Y tienes el arrimo de esperanza,  
Con quien el alma en sus desdichas gusta.

Pero ¡ay de mí, que adonde voy me alcanza  
La fría mano del temor esquiva,  
Y del desdén la rigurosa lanza!

Ten la vida por muerte, aunque más viva

Se te muestre, pastor; que es cual la vela,  
Que cuando muere, más su luz aviva.

Ni con el tiempo que ligero vuela,  
Ni con los medios que el ausencia ofrece  
Mi alma fatigada se consuela.

T. El firme y puro amor jamás descrece  
En el discurso de la ausencia amarga,  
Antes en fe de la memoria crece.

Así que en el ausencia corta ó larga,  
No ve remedio, el amador perfeto,  
De dar alivio á la amorosa carga.

Que la memoria puesta en el objeto  
Que amor puso en el alma, representa  
La amada imagen viva al inteleto.

Y allí en blando silencio le da cuenta  
De su bien ó su mal, según la mira.  
Amorosa, ó de amor libre y exenta.

Y si ves que mi alma no suspira,  
Es porque veo á Fili acá en mi pecho,  
De modo que á cantar me llama y tira.

D. Si en el hermoso rostro algún despecho  
Vieras de Fili cuando te partiste  
Del tien que así te tiene satisfecho,

Yo sé, discreto Tirsi, que tan triste  
Vinieras como yo cuitado vengo,  
Que vi al contrario de lo que tú viste.

T. Damon, con lo que he dicho me entretengo,  
Y el extremo del mal de ausencia templo,  
Y alegre voy, si voy, si quedo ó vengo.

Que aquella que nació por vivo ejemplo,  
De la inmortal belleza acá en el suelo  
Digna de mármol, de corona y templo,

Con su rara virtud y honesto celo  
Así los ojos codiciosos ciega,  
Que de ningún contrario me recelo.

La estrecha sujeción que no le niega  
Mi alma al alma suya, el alto intento,  
Que sólo en la adorar para y sosiega,

El tener deste amor conocimiento,  
Fili, y corresponder á fe tan pura  
Destierran el dolor, traen el contento.

D. Dichoso Tirsi, Tirsi con ventura,  
De la cual goces siglos prolongados  
En amoroso gusto, en paz segura:

Yo, á quien los cortos implacables hados  
Trujeron á un estado tan incierto,  
Pobre en el merecer, rico en cuidados,

Bien es que muera; pues, estando muerto,  
No temeré á Amarili rigurosa,  
Ni del ingrato amor el desconcierto.

¡Oh más que el cielo, oh más que el sol hermosa,  
Y para mi más dura que un diamante,  
Presta á mi mal, y al bien muy perezosa!

¿Cuál ábrego, cuál cierzo, cuál levante,  
Te sopló de aspereza que así ordenas,  
Que huiga el paso, y no te esté delante?

Yo moriré, pastora, en las ajenas  
Tierras, pues tú lo mandas, condenado  
A hierros, muertes, yugos y cadenas.

T. Pues con tantas ventajas te ha dotado,  
Damon amigo, el piadoso cielo  
De un ingenio tan vivo y levantado;

Templa con él el llanto, templa el duelo,  
Considerando bien que no contino  
Nos quema el sol, ni nos enfría el hielo.

Quiero decir que no sigue un camino  
Siempre con pasos llanos reposados  
Para darnos el bien nuestro destino.

Que alguna vez por trances no pensados,  
Lejos al parecer de gusto y gloria,  
Nos lleva á mil contentos regalados.

Revuelve, dulce amigo, la memoria  
Por los honestos gustos que algún tiempo  
Amor te dió por prendas de victoria.

Y si es posible, busca un pasatiempo

Que al alma engañe, en tanto que se pasa  
Este desamorado airado tiempo.

D. Al hielo que por término me abrasa,  
Y al fuego que sin término me hiela,  
¿Quién le pondrá, pastor, término ó tasa?

En vano cansa, en vano se desvela  
El desfavorecido que procura  
A su gusto cortar de amor la tela,  
Que si sobra en amor, falta en ventura.

Aquí cesó el extremado canto de los agraciados pastores, pero no en el gusto que las pastoras habían recibido en escucharle; antes quisieran que tan presto no se acabara, por ser de aquellos que no todas veces suelen oirse. A esta sazón los dos gallardos pastores encaminaban sus pasos hacia donde las pastoras estaban, de que pesó á Teolinda, porque temió ser dellos conocida, y por esta causa rogó á Galatea que de aquel lugar se desviasen: ella lo hizo, y ellos pasaron, y al pasar oyó Galatea que Tirsi á Damon decía: Estas riberas, amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, íntimo y particular amigo tuyo, á quien dé la ventura tal suceso en sus amores, cuanto merecen sus honestos y buenos deseos. Yo ha muchos días que no sé en qué términos le trae su suerte; pero según he oído decir de la recatada condición de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que más aina debe de estar quejoso que satisfecho. No me maravillaría yo desto, respondió Damon, porque con cuantas gracias y particulares dones con que el cielo enriqueció á Galatea, al fin la hizo mujer, en cuyo frágil sujeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe, y el que ha menester el que por ellas lo menos que aventura es la vida. Lo que yo he oído decir de los amores de Elicio es, que él adora á Galatea sin salir del término que á su ho-

nestidad se debe, y que la discreción de Galatea es tanta, que no da muestras de querer ni de aborrecer á Elicio, y así debe de andar el desdichado sujeto á mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo y la fortuna medios harto perdidos, que le alarguen ó acorten la vida, de los cuales está más cierto el acortarla que el entretenerla. Hasta aquí pudo oír Galatea de lo que della y de Elicio los pastores tratando iban, de que no recibió poco contento, por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba, era lo que á su limpia intención se debía; y desde aquel punto determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasión á que la fama no saliese verdadera en lo que de sus pensamientos publicaba. A este tiempo los dos bizarros pastores con vagorosos pasos poco á poco hacia el aldea se encaminaban, con desco de hallarse á las bodas del venturoso pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casaba; y esta fué una de las causas por que ellos habían dejado sus rebaños, y al lugar de Galatea se venían; pero ya que les faltaba poco del camino, á la mano derecha dél sintieron el son de un rabel que acordaba y suavemente sonaba, y parándose Damon trabó á Tirsi del brazo, diciendole: Espera, escucha un poco, Tirsi, que si los oídos no me mienten, el son que á ellos llega es el rabel de mi buen amigo Elicio, á quien dió naturaleza tanta gracia en muchas y diversas habilidades, cuanto las oirás si le escuchas y conocerás si le tratas. No creas, Damon, respondió Tirsi, que hasta agora estoy por conocer las buenas partes de Elicio, que días ha que la fama me las tiene bien manifestadas; pero calla agora, y escuchemos si canta alguna cosa que del estado de su vida nos dé algún manifiesto indicio. Bien dices, replicó Damon, mas será menester, para que mejor le oigamos, que nos lleguemos por entre estas ramas de modo que sin ser vistos dél de más cerca le es-

cuchemos. Hiciéronlo así y pusieronse en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dijo ó cantó, dejó de ser dellos oída y aun notada. Estaba Elicio en compañía de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba por el entretenimiento y gusto que de su buena conversación recibía, y todos ó los más ratos del día en cantar y tañer se les pasaba; y á este punto, tocando su rabel Elicio y su zampoña Erastro, á estos versos dió principio Elicio.

## ELICIO

Rendido á un amoroso pensamiento  
 Con mi dolor contento,  
 Sin esperar más gloria,  
 Sigo la que persigue mi memoria,  
 Porque con tino en ella se presenta  
 De los brazos de amor libre y exenta.

Con los ojos del alma aún no es posible  
 Ver el rostro apacible  
 De la enemiga mía,  
 Gloria y honor de cuanto el cielo cría,  
 Y los del cuerpo quedan sólo en vella  
 Ciegos, por haber visto el sol en ella.

¡Oh dura servidumbre, aunque gustosa!  
 ¡Oh mano poderosa  
 De amor, que así pudiste  
 Quitarme, ingrato, el bien que prometiste  
 De hacerme, cuando libre me burlaba  
 De ti, del arco tuyo y de tu aljaba!

¡Cuánta belleza, cuánta blanca mano  
 Me mostraste tirano!

¡Cuánto te fatigaste  
 Primero que á mi cuello el lazo echaste!  
 Y aun quedaras vencido en la pelea,  
 Si no hubiera en el mundo Galatea.

Ella fué sola la que sola pudo

Rendir el golpe crudo  
 De corazón exento  
 Y avasallar el libre pensamiento,  
 El cual, si á su querer no se rindiera,  
 Por de mármol ó acero le tuviera.  
 ¿Qué libertad puede mostrar su fuero  
 Ante el rostro severo  
 Y más que el sol hermoso  
 De la que turba y causa mi reposo?  
 ¡Ay rostro, que en el suelo  
 Descubres cuanto bien encierra el cielo!  
 ¿Cómo pudo juntar naturaleza  
 Tal rigor y aspereza  
 Con tanta hermosura,  
 Tanto valor y condición tan dura?  
 Mas mi dicha consiente  
 En mi daño juntar lo diferente.  
 Este tan fácil á mi corta suerte  
 Ver con la amarga muerte  
 Junta la dulce vida,  
 Y estar su mal á do su bien anida,  
 Que entre contrarios veo  
 Que mengua la esperanza, y no el deseo.

No cantó más el enamorado pastor, ni quisieron más detenerse Tirsi y Damon, antes haciendo gallarda é improvisa muestra, hacia donde estaba Elicio se fueron, el cual como los vió, conociendo á su amigo Damon, con increíble alegría le salió á recibir, diciéndole: ¿Qué ventura ha ordenado, discreto Damon, que la des tan buena con tu presencia á estas riberas, que grandes tiempos ha que te desean? No puede ser sino buena, respondió Damon, pues me ha traído á verte, oh Elicio, cosa que yo estimo en tanto cuanto es el deseo que de ello tenia, y la larga ausencia y la amistad que te tengo me obligaba; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes de-

lante al famoso Tirsi, gloria y honor del castellano suelo. Cuando Elicio oyó decir que aquel era Tirsi, de él solamente por fama conocido, recibéndole con mucha cortesía, le dijo: Bien conforma tu agradable semblante, nombrado Tirsi, con lo que de tu valor y discreción en las cercanas y apartadas tierras la parlera fama pregona; y así, á mí á quien tus escritos han admirado é inclinado á desear conocerte y servirte, puedes de hoy más tener y tratar como verdadero amigo. Es tan conocido lo que yo gano en eso, respondió Tirsi, que en vano pregonaría la fama lo que la afición que me tienes te ha hecho decir que de mí pregona, si no conociese la merced que me haces en querer ponerme en el número de tus amigos; y porque entre los que lo son, las palabras de comedimiento han de ser excusadas, cesen las nuestras en este caso, y den las obras testimonio de nuestras voluntades.

La mía será contino de servirte, replicó Elicio, como lo verás, oh Tirsi, si el tiempo ó la fortuna me ponen en estado que valga algo para ello; porque el que agora tengo, puesto que no le trocaría con otro de mayores ventajas, es tal, que apenas me deja con libertad de ofrecer el deseo. Teniendo como tienes el tuyo en lugar tan alto, dijo Damon, por locura tendría procurar bajarle á cosa que menos fuese; y así, amigo Elicio, no digas mal del estado en que te hallas, porque yo te prometo, que cuando se comparase con el mío, hallaría yo ocasión de tenerte más envidia que lástima. Bien parece, Damon, dijo Elicio, que ha muchos días que faltas destas riberas, pues no sabes lo que en ellas amor me hace sentir; y si esto no es, no debes conocer, ni tener experiencia de la condición de Galatea, que si della tuvieses noticia, trocarías en lástima la envidia que de mí tendrías. Quien ha gustado de la condición de Amarili, ¿qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea?, respondió Da-

mon. Si la estada tuya en estas riberas, replicó Elicio, fuere tan larga como yo deseo, tú, Damon, conocerás y verás en ellas, y oirás en otras como andan en igual balanza su crueldad y gentileza: extremos que acaban la vida al que su desventura trujo á términos de adorarla. En las riberas de nuestro Henares, dijo á esta sazón Tirsi, más fama tenía Galatea de hermosa que de cruel; pero sobre todo se dice que es discreta; y si esta es la verdad, como lo debe ser, de su discreción nace el conocerse, y de conocerse estimarse, y de estimarse, no querer perderse, y del no querer perderse viene el no querer contentarte; y viendo tú, Elicio, cuán mal corresponde á tus deseos, das nombre de crueldad á lo que debías llamar honroso recato; y no me maravillo, que en fin es condición propia de los enamorados poco favorecidos. Razón tendrías en lo que has dicho, oh Tirsi, replicó Elicio, cuando mis deseos se desviarán del camino que á su honra y honestidad conviene; pero si van tan medidos como á su valor y crédito se debe, ¿de qué sirve tanto desdén, tan amargas y desabridas respuestas, y tan á la clara esconder el rostro al que tiene puesta toda su gloria en solo verle? ¡Ay, Tirsi, Tirsi!, respondió Elicio, ¡y cómo te debe tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sosegado espíritu hallas de sus efectos! No sé yo cómo viene bien lo que tú agora dices, con lo que un tiempo decías cuando cantabas:

¡Ay de cuán ricas esperanzas vengo  
Al deseo más pobre y encogido!

con lo demás que á esto añadiste. Hasta este punto había estado callando Erastro, mirando lo que entre los pastores pasaba, admirado de ver su gentil donaire y apostura, con las muestras que cada uno daba de la mucha discreción que tenía. Pero vien-

do que de lance en lance á razonar de casos de amor se habían reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio, y dijo: Bien creo, discretos pastores, que la larga experiencia os habrá mostrado que no se puede reducir á continuado término la condición de los enamorados corazones, los cuales como se gobiernan por voluntad ajena, á mil contrarios accidentes están sujetos; y así tú, famoso Tirsi, no tienes de qué maravillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por ejemplo aquello que él dice que cantabas, ni menos lo que yo sé que cantaste cuando dijiste:

La amarillez y la flaqueza mía,

donde claramente mostrabas el afligido estado que entonces poseías, porque de allí á poco llegaron á nuestras cabañas las nuevas de tu contento, solemnizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo comenzaban:

Sale el aurora, y de su fétil mano.

Por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos á tiempos, y cómo con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que hoy se ría el que ayer lloraba, y que mañana llore el que hoy ríe. Y por tener yo tan conocida esta su condición, no puede la aspereza y desdén zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas, puesto que yo no espero de ella otra cosa, sino es que se contente de que yo la quiera. El que no esperase buen suceso de un tan enamorado y medido desco como el que has mostrado, oh pastor, respondió Damon, renombre más que de desesperado merecía: por cierto que es gran cosa lo que de Galatea pretendes. Pero dime, pastor, así ella te la conceda: ¿es posible

que tan á regla tienes tu deseo, que no se adelanta á desear más de lo que has dicho? Bien puedes creerle, amigo Damon, dijo Elicio, porque el valor de Galatea no da lugar á que de ella otra cosa se desee ni se espere, y aun ésta es tan difícil de obtenerse, que á veces á Erastro se entibia la esperanza y á mí se enfría, de manera que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte que el cumplimiento della. Mas porque no es razón recibir tan honrados huéspedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quédense ellas aquí, y recojámonos al aldea, donde descansaréis del pesado trabajo del camino, y con más sosiego, si de ello gustáredes, entenderéis el desasosiego nuestro. Holgaron todos de acomodarse á la voluntad de Elicio, el cual y Erastro recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas antes de lo acostumbrado, en compañía de los dos pastores, hablando en diversas cosas, aunque todas enamoradas, hacia el aldea se encaminaron. Mas como todo el pasatiempo de Erastro era tañer y cantar, así por esto como por el deseo que tenía de saber si los dos nuevos pastores lo hacían tan bien como de ellos se sonaba, por moverlos y convidarlos á que otro tanto hiciesen, rogó á Elicio, que su rabel tocase, al son del cual así comenzó á cantar:

#### ERASTRO

Ante la luz de unos serenos ojos  
 Que al sol dan luz con que da luz al suelo,  
 Mi alma así se enciende, que recelo  
 Que presto tendrás, muerte, sus despojos.

Con la luz se conciertan los manojos  
 De aquellos rayos del señor de Dclo:  
 Tales son los cabellos de quien suelo  
 Adorar su beldad puesto de hinojos.

¡ Oh clara luz, oh rayos del sol claro,

Antes el mismo sol! De vos espero  
 Sólo que consintáis que Erastro os quiera.  
 Si en esto el cielo se me muestra avaro,  
 Antes que acabe del dolor que muero,  
 Haced, oh rayos, que de un rayo muera.

No les pareció mal el soneto á los pastores, ni les descontentó la voz de Erastro, que puesto que no era de las muy extremadas, no dejaba de ser de las acordadas, y luego Elicio, movido del ejemplo de Erastro, le hizo que tocase su zampoña, al son de la cual este soneto dijo:

## ELICIO

¡ Ay, que al alto designio que se cría  
 En mi amoroso firme pensamiento,  
 Contradicen el cielo, el fuego, el viento,  
 La agua, la tierra y la enemiga mía!  
 Contrarios son de quien temer debía,  
 Y abandonar la empresa y sano intento;  
 Mas ¿quién podrá estorbar lo que el violento  
 Hado implacable quiere, amor porfía?

El alto cielo, amor, el viento, el fuego,  
 La agua, la tierra y mi enemiga bella,  
 Cada cual con fuerza, y con mi hado,  
 Mi bien estorbe, esparza, abrase, y luego  
 Deshaga mi esperanza; que aun sin ella  
 Imposible es dejar lo comenzado.

En acabando Elicio, luego Damon al son de la misma zampoña de Erastro, desta manera comenzó á cantar:

## DAMON

Más blando fui que no la blanda cera,  
 Cuando imprimí en mi alma la figura

De la bella Amarili, esquiva y dura,  
Cual duro mármol ó silvestre fiera.

Amor me puso entonces en la esfera  
Más alta de su bien y su ventura;  
Agora temo que la sepultura  
Ha de acabar mi presunción primera.

Arrimóse el amor á la esperanza,  
Cual vid al olmo, y fué subiendo apriesa,  
Mas faltóle el humor y cesó el vuelo:

No el de mis ojos, que por larga usanza  
Fortuna sabe bien, que jamás cesa  
De dar tributo al rostro, al pecho, al suelo.

Acabó Damon, y comenzó Tirsi al son de los instrumentos de los tres pastores á cantar este soneto:

#### TIRSI

Por medio de los filos de la muerte  
Rompió mi fe, y á tal punto he llegado,  
Que no envidio el más alto y rico estado  
Que encierra humana, venturosa suerte.

Todo este bien nació de solo verte,  
Hermosa Fili, oh Fili, á quien el hado  
Dotó de un sér tan raro y extremado,  
Que en risa el llanto, el mal en bien convierte.

Como amansa el rigor de la sentencia,  
Si el condenado el rostro del rey mira,  
Y es ley que nunca tuerce su derecho;

Así ante tu hermosísima presencia  
La muerte huye, el daño se retira,  
Y deja en su lugar vida y provecho.

Al acabar Tirsi, todos los instrumentos de los pastores formaron tan agradable música, que causaba grande contento á quien la oía, y más ayudándoles de entre las espesas ramas mil suertes de

pintados pajarillos, que con divina armonía parece que como a coros les iban respondiendo. Desta suerte habían caminado un trecho, cuando llegaron á una antigua ermita que en la ladera de un montecillo estaba, no tan desviada del camino, que dejase de oirse el son de una arpa que dentro al parecer tañían, el cual oído por Érastro, dijo: Dete-neos, pastores, que según pienso, hoy oiremos todos lo que ha días que yo deseo oír, que es la voz de un agraciado mozo que dentro de aquella ermita habra doce ó catorce días se ha venido á vivir una vida más áspera de lo que á mí me parece que puedan llevar sus pocos años; ya algunas veces que por aquí he pasado, he sentido tocar un arpa y entonar una voz tan suave, que me ha puesto en grandísimo deseo de escucharla; pero siempre he llegado á punto que él le ponía en su canto; y aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, ofreciéndole á su servicio todo lo que valgo y puedo, nunca he podido acabar con él que me descubra quién es, y las causas que le han movido á venir de tan pocos años a ponerse en tanta soledad y estrechez. Lo que Érastro decía del mozo y nuevo ermitaño, puso en los pastores el mismo deseo de conocerle que él tenía, y así acordaron de llegarse á la ermita de modo que sin ser sentidos pudiesen entender lo que cantaba antes que llegasen á hablarle; y haciéndolo así, les sucedió tan bien, que se pusieron en parte donde, sin ser vistos ni sentidos, oyeron que al son de la arpa el que estaba dentro semejantes versos decía:

Si han sido el cielo, amor y la fortuna  
Sin ser de mí ofendidos,  
Contentos de ponerme en tal estado,  
En vano al aire envío mis gemidos:  
En vano hasta la luna  
Se vió mi pensamiento levantado.

¡ Oh riguroso hado!  
¡ Por cuán extrañas desusadas vías  
Mis dulces alegrías  
Han venido á parar en tal extremo  
Que estoy muriendo, y aun la vida temo!  
Contra mí mismo estoy ardiendo en ira,  
Por ver que sufro tanto  
Sin romper este pecho, y dar al viento  
Esta alma, que en mitad del duro llanto  
Al corazón retira  
Las últimas reliquias del aliento;  
Y allí de nuevo siento  
Que acude la esperanza á darme fuerza,  
Y aunque fingida á mi vivir es fuerza,  
Y no es piedad del cielo, porque ordena  
A larga vida dar más larga pena.

Del caro amigo el lastimado pecho  
Enterneció este mío,  
Y la empresa difícil tomé á cargo.  
¡ Oh discreto fingir de desvarío,  
Oh nunca visto hecho,  
Oh caso gustosísimo y amargo!  
¡ Cuán dadivoso y largo  
Amor se me mostró por bien ajeno,  
Y cuán avaro y lleno  
De temor y lealtad para conmigo!  
Pero á más nos obliga un firme amigo.

Injustas pagas, voluntades justas  
A cada paso vemos  
Dadas por mano de fortuna esquiva,  
Y de ti, falso amor, de quien sabemos  
Que te alegras y gustas  
De que un firme amador muriendo viva,  
Abrasadora y viva  
Llama se encienda en tus ligeras alas,  
Y las buenas y malas  
Saetas en cenizas se resuelvan,  
O al dispararlas contra ti se vuelvan.

¿Por qué camino, con qué fraude y maña,  
Por qué extraño rodeo  
Entera posesión de mí tomaste?  
Y ¿cómo en mi piadoso alto deseo,  
Y en mis limpias entrañas  
La sana voluntad, falso, trocaste?  
¿Juicio habrá que baste  
A llevar en paciencia el ver, perjuro,  
Que entré libre y seguro  
A tratar de tus glorias y tus penas,  
Y agora al cuello sienta tus cadenas?  
Mas no de ti, sino de mí sería  
Razón que me quejase,  
Que á tu fuego no hice resistencia.  
Yo me entregué, yo hice que soprase  
El viento que dormía  
De la ocasión con furia y violencia:  
Justísima sentencia  
Ha dado el cielo contra mí que muera,  
Aunque sólo se espera  
De mi infelice hado y desventura,  
Que no acabe mi mal la sepultura.  
¡Oh amigo dulce, oh dulce mi enemiga,  
Timbrio, y Nisida bella,  
Dichosos juntamente y desdichados!  
¿Cuál dura, inicua, inexorable estrella  
De mi daño enemiga;  
Cuál fuerza injusta de implacables hados  
Nos tiene así apartados?  
¡Oh miserable, humana, frágil suerte!  
¡Cuán presto se convierte  
En súbito pesar una alegría,  
Y sigue oscura noche al claro día!  
De la inestabilidad de la mudanza  
De las humanas cosas  
¿Cuál será el atrevido que se fie?  
Con alas vuela el tiempo presurosas,  
Y tras sí la esperanza

Se lleva del que llora y del que ríe;  
Y ya que el cielo envíe  
Su favor, sólo sirve al que con celo  
Santo levanta al cielo  
El alma en fuego de su amor deshecha,  
Y al que no más le daña que aprovecha.

Yo como puedo, buen Señor, levanto  
La una y otra palma,  
Los ojos, la intención al cielo santo,  
Por quien espera el alma  
Ver vuelto en risa su continuo llanto.

Con un profundo suspiro dió fin al lastimado canto el recogido mozo, que dentro en la ermita estaba; y sintiendo los pastores que adelante no proseguía, sin detenerse más, todos juntos entraron en ella, donde vieron á un cabo sentado encima de una dura piedra á un dispuesto y agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte y dos años, vestido de un tosco buriel, con los pies descalzos y una áspera sogá ceñida al cuerpo, que de cordón le servía. Estaba con la cabeza inclinada á un lado, y la una mano asida de la parte de la túnica que sobre el corazón caía, y el otro brazo á la otra parte flojamente derribado, y por verle desta manera, y por no haber hecho movimiento al entrar de los pastores, claramente conocieron que desmayado estaba, como era la verdad, porque la profunda imaginación de sus miserias muchas veces á semejante término le conducía. Llegóse á él, Erastro, y trabándole recio del brazo, le hizo volver en sí, aunque tan desacordado, que parecía que de un pesado sueño recordaba, las cuales muestras de dolor, no pequeño le causaron á los que lo veían, y luego Erastro le dijo: ¿Qué es esto, señor, qué es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dejéis de decirlo, que presentes tenéis quien no rehusarán fatiga alguna por dar remedio á la vuestra. No son

esos; respondió el mancebo con voz algo desmayada, los primeros ofrecimientos que me han hecho, ni aun serían los últimos que yo acertase á servir si pudiese; pero hame traído la fortuna á términos, que ni ellos pueden aprovecharme, ni yo satisfacerlos más de con el deseo. Este puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; y si otra cosa de mí deseas saber, el tiempo que no encubre nada, te dirá más de lo que yo quisiera. Si al tiempo dejas que me satisfaga de lo que me dices, respondió Erastro, poco debe agradecerse tal paga; pues él, á pesar nuestro, echa en las plazas lo más secreto de nuestros corazones. A este tiempo todos los demás pastores le rogaron que la ocasión de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió y dió á entender que no hay mal en esta vida que con ella su remedio no se alcanzase, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone á ellos; y á esto añadió otras palabras, que al obstinado mozo movieron á que con las suyas hiciese satisfechos á todos de lo que dél saber deseaban, y así les dijo: Puesto que á mí me fuera mejor, oh agradable compañía, vivir lo poco que me queda de vida sin ella, y haberme recogido á mayor soledad de la que tengo, todavía por no mostrarme esquivo á la voluntad que me habéis mostrado, determino de contaros todo aquello que entiendo bastará, y los términos por donde la mudable fortuna me ha traído el estrecho estado en que me hallo; pero porque me parece que es ya algo tarde, y según mis desventuras son muchas, sería posible que antes de contároslas la noche sobreviniese, será bien que todos juntos á la aldea nos vamos, pues á mí no me hace otra descomodidad de hacer el camino esta noche, que mañana tenía determinado, y esto me es forzoso, pues de vuestra aldea soy proveído de lo que he menester para mi sustento; y por el camino, como

mejor pudiéremos, os haré ciertos de mis desgracias. A todos pareció bien lo que el mozo ermitaño decía, y poniéndole en medio dellos, con vagorosos pasos tornaron á seguir el camino de la aldea, y luego el afligido ermitaño, con muestras de mucho dolor, desta manera al cuento de sus miserias dió principio:

En la antigua y famosa ciudad de Jerez, cuyos moradores de Minerva y Marte son favorecidos, nació Timbrio, un valeroso caballero, del cual, si sus virtudes y generosidad de ánimo hubiese de contar, á difícil empresa me pondría. Basta saber que, no sé si por la mucha bondad suya, ó por la fuerza de las estrellas que á ello me inclinaban, yo procuré por todas las vías que pude serle particular amigo, y fuéme en esto el cielo tan favorable, que casi olvidándose á los que nos conocían el nombre de Timbrio y el de Silerio, que es el mío, solamente los dos amigos nos llamaban, haciendo nosotros con nuestra continua conversación y amigables obras que tal opinión no fuese vana. Desta suerte los dos con increíble gusto y contento los mozos años pasábamos, ora en el campo en el ejercicio de la caza, ora en la ciudad en el del honroso Marte entreteniéndonos, hasta que un día (de los muchos aciagos que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho ver, le sucedió á mi amigo Timbrio una pesada pendencia con un poderoso caballero, vecino de la misma ciudad. Llegó á término la cuestión, que el caballero quedó lastimado en la honra, y á Timbrio le fué forzoso ausentarse, por dar lugar á que la furiosa discordia cesase, que entre las dos parentelas se comenzaba á encender; dejando escrita una carta á su enemigo dándole aviso que le hallaría en Italia en la ciudad de Milán ó en Nápoles, todas las veces que, como caballero, de su agravio satisfacerse quisiese. Con esto cesaron los bandos entre los parientes de en-

trambos, y ordenóse que á igual y mortal batalla el ofendido caballero, que Pransiles se llamaba, á Timbrio desafiase, y que en hallando campo seguro para la batalla se avisase á Timbrio. Ordenó más mi desgraciada suerte, que al tiempo que esto sucedió yo me hallase tan falto de salud, que apenas del lecho levantarme podía, y por esta ocasión se me pasó la de seguir á mi amigo donde quiera que fuese, el cual al partir se despidió de mí con no pequeño descontento, encargándome que en cobrando fuerzas le buscase, que en la ciudad de Nápoles le hallaría, dejándome con más pena que yo sabré agora significaros. Mas al cabo de pocos días (pudiendo en mí más el deseo que de verle tenía, que no la flaqueza que me fatigaba) me puse luego en camino; y para que con más brevedad y más seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de cuatro galeras, que en la famosa isla de Cádiz de partida para Italia puestas y aparejadas estaban. Embarquéme en una de ellas, y con próspero viento en tiempo breve las riberas catalanas descubrimos; y habiendo dado fondo en un puerto dellas, yo que algo fatigado de la mar venía, asegurado primero de que por aquella noche las galeras de allí no partían, me desembarqué con solo un amigo y un criado mío: y no creo que debía de ser la media noche cuando los marineros y los que á cargo las galeras llevaban, viendo que la serenidad del cielo calma ó próspero viento señalaba, por no perder la buena ocasión que se les ofrecía á la segunda guardia hicieron la señal de partida; y zarpando las áncoras, dieron con mucha presteza los remos al sesgado mar, y las velas al sosegado viento, y fué como digo con tanta diligencia hecho, que por mucha que yo puse para volver á embarcarme, no fuí á tiempo, y así me hube de quedar en la marina con el enojo que podrá considerar quien por semejantes y ordinarios casos habrá pasado; porque quedaba mal

acomodado de todas las cosas que para seguir mi viaje por tierra eran necesarias; mas considerando que de quedarme allí poco remedio se esperaba, acordé de volverme á Barcelona, adonde como ciudad más grande podría ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba, correspondiendo á Jerez ó á Sevilla con la paga dello. Amaneciome en estos pensamientos, y con determinación de ponerlos en efeto aguardaba á que el día más se levantase, y estando á punto de partirme, sentí un grande estruendo por la tierra, y que toda la gente corría á la calle más principal del pueblo; y preguntando á uno qué era aquello, me respondió: Llegaos, señor, á aquella esquina, que á voz de pregonero sabréis lo que deseáis. Hicelo así, y lo primero en que puse los ojos fué en un alto crucifijo, y en mucho tumulto de gente, señales que algún sentenciado á muerte entre ellos venía, todo lo que me certificó la voz del pregonero, que declaraba que por haber sido salteador y bandolero, la justicia mandaba ahorcar un hombre, que como á mí llegó, luego conocí que era el mi buen amigo Timbrio, el cual venía á pie con unas esposas á las manos y una soga á la garganta, los ojos enclavados en el crucifijo que delante llevaba, diciendo y protestando á los clérigos que con él iban, que por la cuenta que pensaba dar en breves horas al verdadero Dios, cuyo retrato delante de los ojos tenía, que nunca, en todo el discurso de su vida, había cometido cosa por donde públicamente mereciese recibir tan ignominiosa muerte, y que á todos rogaba, rogasen á los jueces le diesen algún término para probar cuán inocente estaba de lo que le acusaban.

Considérese aquí, si tanto la consideración pudo levantarse, cuál quedaría yo al horrendo espectáculo que á los ojos se me ofrecía: no sé qué os diga, señores, sino que quedé tan embelesado y fuera de mí, y de tal modo quedé ajeno de todos mis senti-

dos, que una estatua de mármol debiera de parecer á quien en aquel punto me miraba. Pero ya que el confuso rumor del pueblo, las levantadas voces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrio, y las consoladoras de los sacerdotes, y el verdadero conocimiento de mi buen amigo me hubieron vuelto de aquel embelesamiento primero, y la alterada sangre acudió á dar ayuda al desmayado corazón, y despertando en él la cólera debida á la notoria venganza de la ofensa de Timbrio, sin mirar al peligro que me ponía, sino al de Timbrio, por ver si podía librarle ó seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mía, eché mano á la espada, y con más que ordinaria furia entré por medio de la confusa turba, hasta que llegué adonde Timbrio iba, el cual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se habían desenvainado, con perplejo y angustiado ánimo estaba mirando lo que pasaba, hasta que yo le dije: ¿Adónde está, oh Timbrio, el esfuerzo de tu valeroso pecho? ¿Qué esperas ó qué aguardas? ¿Por qué no te favoreces de la ocasión presente? Procura, verdadero amigo, salvar tu vida, en tanto que esta mía hace escudo á la sinrazón que, según creo, aquí te es hecha.

Estas palabras mías y el conocerme Timbrio, fué parte para que, olvidado todo temor, rompiese las ataduras ó esposas de las manos; mas todo su ardimiento fuera poco si los sacerdotes, de compasión movidos, no ayudaran su deseo; los cuales, tomándole en peso, á pesar de lo que estorbarlo querían, se entraron con él en una iglesia que allí junto estaba, dejándome á mí en medio de toda la justicia, que con grande instancia procuraba prenderme, como al fin lo hizo, pues á tantas fuerzas juntas no fué poderosa la sola mía de resistirlas; y con más ofensa que á mi parecer mi pecado merecía, á la cárcel pública, herido de dos heridas, me llevaron: el atrevimiento mío, y el haberse es-

capado Timbrio aumentó mi culpa y el enojo en los jueces, los cuales ponderando bien el exceso por mí cometido, pareciéndoles ser justo que yo muriese, luego la cruel sentencia pronunciaron, y para otro día guardaban la ejecución.

Llegó á Timbrio esta triste nueva allá en la iglesia donde estaba, y según yo después supe, más alteración le dió mi sentencia, que le había dado la de su muerte; y por librarme della, de nuevo se ofrecía á entregarse otra vez en poder de la justicia; pero los sacerdotes le aconsejaron que servía de poco aquello, antes era añadir mal á mal, y desgracia á desgracia, pues no sería parte el entregarse él para que yo fuese suelto, pues no lo podía ser sin ser castigado de la culpa cometida. No fueron menester pocas razones para persuadir á Timbrio no se diese á la justicia; pero sosegóse con proponer en su ánimo de hacer otro día por mí lo que yo por él había hecho, por pagarme en la misma moneda, ó morir en la demanda. De toda su intención fui avisado por un clérigo que á confesarme vino, con el cual le envié á decir, que el mejor remedio que mi desdicha podía tener, era que él se salvase, y procurase que con toda brevedad él virey de Barcelona supiese todo el suceso, antes que la justicia de aquel pueblo la ejecutase en él. Supe también la causa por qué á mi amigo Timbrio llevaba el amargo suplicio, según me contó el mismo sacerdote que os he dicho; y fué que viniendo Timbrio caminando por el reino de Cataluña, á la salida de Perpignan dieron con él una cantidad de bandoleros, los cuales tenían por señor y cabeza á un valeroso caballero catalán, que por ciertas enemistades andaba en la compañía, como es ya antiguo uso de aquel reino, cuando los enemistados son personas de cuenta, salirse á ella y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas, cosa ajena de toda cristiandad, y digna

de toda lástima. Sucedió, pues, que al tiempo que los bandoleros estaban ocupados en quitar á Timbrio lo que llevaba, llegó en aquella sazón el señor y caudillo dellos, y como en fin era caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno á Timbrio se hiciese; antes pareciéndole hombre de valor y prendas, le hizo mil cortesés ofrecimientos, rogándole que por aquella noche se quedase con él en un lugar allí cerca, que otro día por la mañana le daría una señal de seguro para que sin temor alguno pudiese seguir su camino hasta salir de aquella provincia. No pudo Timbrio dejar de hacer lo que el cortés caballero le pedía, obligado de las buenas obras dél recibidas: fuéronse juntos, y llegaron á un pequeño lugar, donde por los del pueblo alegremente recibidos fueron.

Mas la fortuna, que hasta entonces con Timbrio se había burlado, ordenó que aquella mesma noche diesen con los bandoleros una compañía de soldados, sólo para este efeto juntada, y habiéndolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; y puesto que no pudieron prender al caudillo, prendieron y mataron á otros muchos, y uno de los presos fué Timbrio, á quien tuvieron por un salteador que en aquella compañía andaba; y según se debe imaginar sin duda le debía de parecer mucho, pues con atestiguar los demás presos que aquél que no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los jueces, que sin más averiguaciones lo sentenciaron á muerte, la cual fuera puesta en efecto, si el cielo, favorecedor de los justos intentos, no ordenara que las galeras se fuesen, y yo en tierra quedase para hacer lo que hasta agora os he contado que hice. Estábase Timbrio en la iglesia y yo en la cárcel, ordenando de partirse aquella noche á Barcelona; y yo que esperando estaba en qué pararía la furia de los ofendidos jueces. con

otra mayor desventura suya, Timbrio y yo de la nuestra fuimos librados. Mas ¡ojalá fuera servido el cielo que en mí solo se ejecutara la furia de su ira, con tal que la alzarán de aquel pequeño y desventurado pueblo, que á los filos de mis bárbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello! Poco más de media noche sería, hora acomodada á facinerosos insultos, y en la cual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, cuando improvisamente por todo el pueblo se levantó una confusa vocería, diciendo: ¡Al arma, al arma, que turcos hay en la tierra! Los ecos destas tristes voces ¿quién duda que no causaron espanto en los mujeriles pechos, y aun pusieron confusión en los fuertes ánimos de los varones? No sé qué os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzó á arder con tanta gana, que no parecía sino que las mismas piedras, con que las casas fabricadas estaban, ofrecían acomodada materia al encendido fuego que todo lo consumía. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los bárbaros alfanjes, y parecerse las blancas tocas de la turca gente, que encendida con segures ó hachas de duro acero, las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas, de cristianos despojos salían cargados. Cuál llevaba la fatigada madre, y cuál el pequeñuelo hijo, que con cansados y débiles gemidos, la madre por el hijo, y el hijo por la madre preguntaba; y alguno sé que hubo que con sacrílega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recién desposada virgen y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos quizá vió coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en término breve. La confusión era tanta, tantos los gritos y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponían. La fiera y endiablada canalla, viendo cuán poca resistencia se les hacía, se atrevieron á entrar en los

sagrados templos, poner las descomulgadas manos en las santas reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojándolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valía al sacerdote su santimonia, y al fraile su retraimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevaban el saco aquellos descreídos perros: los cuales, después de abrasadas las casas, robados los templos, desflorado las vírgenes, muerto los defensores, más cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venía, sin impedimento alguno se volvieron á sus bajeles, habiéndolos ya cargado de todo lo mejor que en el pueblo había, dejándole desolado y sin gente, porque toda la más gente se llevaban, y la otra á la montaña se había recogido.

¿Quién en tan triste espectáculo pudiera tener quedas las manos y enjutos los ojos? Mas ¡ay! que está tan llena de miserias nuestra vida, que tan doloroso suceso como el que os he contado, hubo cristianos corazones que se alegraron; y éstos fueron los de aquellos que en la cárcel estaban, que con la desdicha general cobraron la dicha propia, porque en son de ir á defender el pueblo, rompieron las puertas de la prisión y en libertad se pusieron, procurando cada uno no de ofender á los contrarios, sino de salvar á sí mismos; entre los cuales yo gocé de la libertad tan caramamente adquirida. Y viendo que no había quien hiciese rostro á los enemigos, por no venir á su poder ni tornar al de la prisión, desamparando el consumido pueblo, con no muy pequeño dolor de lo que había visto, y con el que mis heridas me causaban, seguí á un hombre que me dijo, que seguramente me llevaría á un monasterio que en aquellas montañas estaba, donde de mis llagas sería curado, y aun defendido, si de nuevo prender me quisiesen: seguile en fin,

como os he dicho, con deseo de saber qué habría hecho la fortuna de mi amigo Timbrio, el cual, como después supe, con algunas heridas se había escapado y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba: vino á parar al puerto de Rosas, donde estuvo algunos días, procurando saber qué suceso habría sido el mío; y que en fin, sin saber nuevas algunas se partió en una nave, y con próspero viento llegó á la gran ciudad de Nápoles.

Yo volví á Barcelona, y allí me acomodé de lo que menester había, y después ya sano de mis heridas, torné á seguir mi viaje, y sin sucederme revés alguno llegué á Nápoles, donde hallé enfermo á Timbrio; y fué tal el contento que en vernos los dos recibimos, que no me siento con fuerzas para encarrecérosle por agora. Allí nos dimos cuenta de nuestras vidas, y de todo aquello que hasta aquel momento nos había sucedido; pero todo este placer mío se aguaba con ver á Timbrio no tan bueno como yo quisiera, antes tan malo y de una enfermedad tan extraña, que si yo á aquella sazón no llegara, pudiera llegar á tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, y no solenizar las alegrías de su vista. Después que él hubo sabido de mí todo lo que quiso, con lágrimas en los ojos me dijo: ¡Ay, amigo Silerio! ¡y cómo creo que el cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dándome la salud por la vuestra, quede yo cada día con más obligación de serviros! Palabras fueron éstas de Timbrio que me enternecieron; mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y por no cansaros en decir punto por punto lo que yo le respondí y lo que él más replicó, sólo os diré, que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una señora principal de aquella ciudad, cuyos padres eran españoles, aunque ella en Nápoles había nacido: su nombre era Nísida, y su hermosura tanta, que me atre-

vo á decir que la naturaleza cifró en ella el extremo de sus perfecciones; y andaban tan á una en ella la honestidad y belleza, que lo que la una encendía, la otra enfriaba, y los deseos que su gentileza hasta el más subido cielo levantaba, su honesta gravedad hasta lo más bajo de la tierra abatía. A esta causa estaba Timbrio tan pobre de esperanza, cuan rico de pensamientos, y sobre todo falta de salud, y en términos de acabar la vida sin descubrirlos: tal era el temor y reverencia que había cobrado á la hermosa Nísida. Pero después que tuve bien conocida su enfermedad, y hube visto á Nísida, y considerando la calidad y nobleza de sus padres, determiné de posponer por él la hacienda, la vida y la honra, y más si más tuviera y pudiera, y así usé de un artificio el más extraño que hasta hoy se habrá oído ni leído; y fué que acordé de vestirme como truhán, y con una guitarra entrarme en casa de Nísida, que por ser, como ya he dicho, sus padres de los principales de la ciudad, de otros muchos truhanes era continuada. Parecióle bien este acuerdo á Timbrio, y resignó luego en las manos de mi industria todo su contento. Hice yo hacer luego muchas y diferentes galas, y en vistiéndome comencé á ensayarme en el nuevo oficio delante de Timbrio, que no poco reía de verme tan truhanamente vestido; y por ver si la habilidad correspondía al hábito, me dijo que haciendo cuenta que él era un gran príncipe y que yo de nuevo venía á visitarle, le dijese algo. Y si yo no me acuerdo mal, y si vosotros, señores, no os cansáis de escucharme, diréos lo que entonces le canté, con ser la primera vez. Todos dijeron que ninguna cosa les daría más contento, que saber por extenso todo el suceso de su negocio, y que así le rogaban que ninguna cosa, por de poco momento que fuese, dejase de contarles. Pues esa licencia me dais, dijo el ermitaño, no quiero dejaros de decir cómo co-

mencé á dar muestras de mi locura, que fué con estos versos que á Timbrio canté, imaginando ser un gran señor á quien los decía:

## SILERIO

De príncipe que en el suelo  
Va por tan justo nivel,  
*¿Qué se puede esperar dél  
Que no sean obras del cielo?*

No se ve en la edad presente  
Ni se vió en la edad pasada  
República gobernada  
De príncipe tan prudente:  
Y del que mide su celo  
Por tan cristiano nivel,

*¿Qué se puede esperar dél  
Que no sean obras del cielo?*

Del que trae por bien ajeno,  
Sin codiciar más despojo,  
Misericordia en los ojos,  
Y la justicia en el seno:

Del que lo más deste suelo  
Es lo menos que hay en él,  
*¿Qué se puede esperar dél  
Que no sean obras del cielo?*

La liberal fama vuestra,  
Que hasta el cielo se levanta,  
De que tenéis alma santa  
Nos da indicio y clara muestra  
Del que no discrepa un pelo  
De ser al cielo fiel,

*¿Qué se puede esperar dél  
Que no sean obras del cielo?*

Del que con cristiano pecho  
Siempre en el rigor se farda,  
Y á la justicia le guarda  
Con clemencia su derecho;

De aquel que levanta el vuelo  
Do ninguno llega á él,  
*¿Qué se puede esperar dél*  
*Que no sean obras del cielo?*

Estas y otras cosas de más risa y juego canté entonces á Timbrio, procurando acomodar el brío y donaire del cuerpo á que en todo diese muestras de ejercitado truhán; y salió tan bien con ello, que en pocos días fui conocido de toda la más gente principal de la ciudad, y la fama del truhán español por toda ella volaba: hasta tanto que ya en casa del padre de Nísida me deseaban ver, el cual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si de industria no aguardara á ser rogado. Mas en fin, no me pude excusar que un día de un banquete allá no fuese, donde vi más cerca la justa causa que Timbrio tenía de padecer, y la que el cielo me dió para quitarme el contento todos los días que en esta vida durare. Vi á Nísida, á Nísida vi para no ver más, ni hay más que ver después de haberla visto. ¡Oh fuerza poderosa de amor, contra quien valen poco las poderosas nuestras! Y ¿es posible que en un punto, en un momento los reparos y pertrechos de mi lealtad pusieses en términos de dar con todos ellos por tierra? ¡Ay, que si se tardara un poco en socorrerme la consideración de quien yo era, la amistad que á Timbrio debía, el mucho valor de Nísida, y el afrentoso hábito en que me hallaba, que todo era impedimento á que con el nuevo y amoroso deseo que en mí había nacido, no naciese también la esperanza de alcanzarla, que es el arri-mo con que el amor camina ó vuelve atrás en los enamorados principios! En fin, vi la belleza que os he dicho, y porque me importaba tanto el verla siempre procuré granjear el amistad de sus padres y de todos los de su casa; y esto con hacer de gracioso y bien criado, haciendo mi oficio con la ma-

yor discreción y gracia á mí posible. Y rogándome un caballero que aquel día á la mesa estaba, que alguna cosa en loor de la hermosura de Nísida cantase, quiso la ventura que me acordase de unos versos que muchos días antes para otra ocasión casi semejante yo había hecho, y sirviéndome para la presente, los dije, que eran éstos:

## SILERIO

Nísida, con quien el cielo  
 Tan liberal se ha mostrado,  
 Que en daros á vos dió al suelo  
 Una imagen y traslado  
 De cuanto encubre su velo:  
 Si él no tuvo más que os dar,  
 Ni vos más que desear,  
 Con facilidad se entiende  
 Que lo imposible pretende  
 Quien os pretende loar.

De esa beldad peregrina  
 La perfección soberana  
 Que al cielo nos encamina,  
 Pues no es posible la humana,  
 Cante la lengua divina,  
 Y diga, bien se conviene,  
 Que al alma que en sí contiene  
 Ser tan alto y milagroso,  
 Se le diese el velo hermoso  
 Más que el mundo tuvo ó tiene.

Tomó del sol los cabellos,  
 Del sesgo cielo la frente,  
 La luz de los ojos bellos  
 De la estrella más luciente,  
 Que ya no da luz ante ellos;  
 Como quien puede y se atreve  
 A la grana y á la nieve  
 Robó las colores bellas,

Que lo más perfecto dellas  
A sus mejillas se debe.

De marfil y de coral  
Formó los dientes y labios,  
Do sale rico caudal  
De agudos dichos y sabios,  
Y armonía celestial:  
De duro mármol ha hecho  
El blanco y hermoso pecho,  
Y de tal obra ha quedado  
Tanto el suelo mejorado,  
Cuanto el cielo satisfecho.

Con éstas y otras cosas que entonces canté, quedaron todos tan mis aficionados, especialmente los padres de Nísida, que me ofrecieron todo lo que menester hubiese, y me rogaron que ningún día dejase de visitarlos: y así sin descubrirse ni imaginarse mi industria, vine á salir con mi primer designio, que era facilitar la entrada en casa de Nísida, la cual gustaba en extremo de mis desenvolturas. Pero ya que los muchos días, y la mucha conversación mía, y la grande amistad que todos los de aquella casa me mostraban, hubieron quitado algunas sombras al demasiado temor que de descubrir mi intento á Nísida tenía, determiné ver á do llegaba la ventura de Timbrio, que sólo de mi solicitud la esperaba. Mas ¡ay de mí! que yo estaba entonces más para pedir medicina para mi llaga, que salud para la ajena; porque el donaire, belleza, discreción y gravedad de Nísida habían hecho en mi alma tal efeto, que no estaba en menos extremo de dolor y de amor puesta, que la del lastimado Timbrio.

A vuestra consideración discreta dejo el imaginar lo que podía sentir un corazón á quien de una parte combatían las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido, porque si las unas le

obligaban á no salir de lo que ellas y la razón le pedían, las otras le forzaban que tuviese cuenta con lo que á su contento era obligado. Estos sobresaltos y combates me apretaban de manera, que sin procurar la salud ajena, comencé á dudar de la propia, y á ponerme tan flaco y amarillo, que causaba general compasión á todos los que me miraban, y los que más la mostraban eran los padres de Nísida; y aun ella mesma con limpias y cristianas entrañas me rogó muchas veces que la causa de mi enfermedad le dijese, ofreciéndome todo lo necesario para el remedio della. ¡Ay (decía yo entre mí cuando Nísida tales ofrecimientos me hacía), ay, con cuánta facilidad, hermosa Nísida, podría remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho! Pero préciome tanto de buen amigo, que aunque tuviese tan cierto mi remedio como le tengo por imposible é incierto, imposible sería que le acetase. Y como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasía, no acertaba á responder á Nísida cosa alguna, de lo cual elia y otra hermana suya, que Blanca se llamaba (de menos años, aunque no de menos discreción y hermosura que Nísida), estaban maravilladas; y con más deseo de saber el origen de mi tristeza, con muchas importunaciones me rogaban que nada de mi dolor les encubriese.

Viendo, pues, yo que la ventura me ofrecía la comodidad de poner en efeto lo que hasta aquel punto mi industria había fabricado, una vez que acaso la bella Nísida y su hermana á solas se hallaban, tornando ellas de nuevo á pedirme lo que tantas veces, les dije: No penséis, señoras, que el silencio que hasta agora he tenido en no deciros la causa de la pena que imagináis que siento, lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues ya se sabe que si algún bien mi abatido estado en esta vida tiene, es haber granjeado con el venir á términos

de conoceros, y como criado serviros, sólo ha sido la causa imaginar que aunque la descubra, no servirá para más de daros lástima, viendo cuán lejos está el remedio della; pero ya que me es forzoso satisfaceros en esto, sabréis, señoras, que en esta ciudad está un caballero natural de mi misma patria, á quien tengo por señor, por amparo y por amigo, el más liberal, discreto y gentil hombre que en gran parte hallarse pueda, el cual está aquí ausente de la amada patria por ciertas cuestiones que allá le sucedieron, que le forzaron á venir á esta ciudad, creyendo que si allá en la suya dejaba enemigos, acá en la ajena no le faltaran amigos; mas hale salido tan al revés su pensamiento, que á un solo enemigo que él mismo sin saber cómo aquí se ha procurado, le tiene puesto en tal extremo, que si el cielo no le socorre, con acabar la vida acabará sus amistades y enemistades; y como yo conozco el valor de Timbrio (que este es el nombre del caballero cuya desgracia os voy contando, y sé lo que perderé si le pierdo), doy las muestras de sentimiento que habéis visto, y aun son pocas según á lo que me obliga el peligro en que Timbrio está puesto. Bien sé que deseáis saber, señoras, quién es el enemigo que á tan valeroso caballero, como es el que os he pintado, tiene puesto en tal extremo, pero también sé que en diciéndoolle, no os maravillaréis sino de cómo no lo tiene ya consumido y muerto: su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos y bienandanzas: este fiero enemigo tomó posesión en sus entrañas. En entrado en esta ciudad vió Timbrio una hermosa dama de singular valor y hermosura; mas tan principal y honesta, que jamás el miserable se ha aventurado á descubrirle su pensamiento. A este punto llegaba yo, cuando Nísida me dijo: Por cierto, Astor, que entonces era este el nombre mío, que no sé yo si crea que ese caballero sea tan valeroso y

discreto como dices, pues tan fácilmente se ha dejado rendir á un mal deseo tan recién nacido, entregándose tan sin ocasión alguna en los brazos de la desesperación; y aunque á mí se me alcanza poco destes amorosos efectos, todavía me parece que es simplicidad y flaqueza dejar, el que se ve fatigado dellos, de descubrir su pensamiento á quien se le causa, puesto que sea del valor que imaginarse puede; porque ¿qué afrenta se le puede seguir á ella de saber que es bien querida, ó á él que mayor mal de su aceda y desabrida respuesta, que la muerte que él mismo se procura callando? Y no sería bien que por tener un juez fama de riguroso, dejase alguno de alegar de su derecho; pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado y temeroso como ese tu amigo, dime: ¿llamarías tú cruel á la dama de quien estaba enamorado? No por cierto; que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega á su noticia, ni cae en su obligación procurar saberla para remediarla. Así que Astor, perdóname, que las obras deste tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le das.

Cuando yo oí á Nísida semejantes razones, luego quisiera con las mías descubrirle todo el secreto de mi pecho; mas como yo entendía la bondad y llaneza con que ella las hablaba, hube de detenerme, y esperar más sola y mejor conyuntura, y así le respondí: Cuando los casos de amor, hermosa Nísida, con libres ojos se miran, tantos desatinos se ven en ellos, que no menos de risa que de compasión son dignos; pero si de la sutil red amorosa se halla enlazada el alma, allí están los sentidos tan trabados y tan fuera de su propio ser, que la memoria sólo sirve de tesorera y guardadora del objeto que los ojos miraron; y el entendimiento de escudriñar y conocer el valor de la que bien ama; y la voluntad de consentir de que la memoria y entendimiento en otra cosa no se ocupan: y así los ojos ven como

espejo de alinde, que todas las cosas se les hacen mayores: ora crece la esperanza cuando son favorecidos, ora el temor cuando desechados; y así sucede á muchos lo que á Timbrio ha sucedido, que pareciéndoles á los principios altísimos el objeto á quien los ojos levantaron, pierden la esperanza de alcanzarle; pero no de manera que no les diga amor allá dentro en el alma: ¿quién sabe? ¿podría ser? y con esto anda la esperanza, como decirse suele, entre dos aguas, la cual si del todo les desamparase, con ella huiría el amor. Y de aquí nace andar entre el temer y osar el corazón del amante afligido, que sin aventurarse á decirla, se recoge y aprieta en su llaga, y espera, aunque no sabe de quién, el remedio de que se ve tan apartado. En este mismo extremo he yo hallado á Timbrio, aunque todavía á persuasiones mías ha escrito una carta á la dama por quien muere, la cual me dió para que la viese y mirase si en alguna manera se mostraba en ella descomedido, porque la enmendaría: encargóme asimismo que buscase orden de ponerla en manos de su señora, que creo será imposible, no porque yo no me aventuraré á ello, pues lo menos que aventuraré será la vida por servirle; mas porque me parece que no he de hallar ocasión para darla. Veámosla, dijo Nísida, porque deseo ver cómo escriben los enamorados discretos. Luego saqué yo una carta del seno, que algunos días antes estaba escrita, esperando ocasión de que Nísida la viese, y ofreciéndome la ventura ésta, se la mostré; la cual por haberla yo leído muchas veces se me quedó en la memoria, cuyas razones eran éstas:

## TIMBRIO A NISIDA

«Determinado había, hermosa señora, que el fin desastrado mío os diese noticia de quién yo era, pareciéndome ser mejor que alabáredes mi silencio

en la muerte, que no que vituperárades mi atrevimiento en la vida; mas porque imagino que á mi alma conviene partirse deste mundo en gracia vuestra, porque en el otro no le niegue amor el premio de lo que ha padecido, os hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad me tiene puesto, que es tal que á poder significarle, no procurara su remedio, pues por pequeñas cosas nadie se ha de aventurar á ofender el valor extremado vuestro, del cual y de vuestra honesta liberalidad espero restaurar la vida para serviros, ó alcanzar la muerte para nunca más ofenderos.»

Con mucha atención estuvo Nísida escuchando esta carta, y en acabándola de oír, dijo: No tiene de qué agraviarse la dama á quien esta carta se envía, si ya de puro grave no da en ser melindrosa enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas de esta ciudad; pero con todo eso no dejes, Astor, de dársela, pues como ya te he dicho que no se puede esperar más mal de su respuesta, que no sea peor el que agora dices que tu amigo padece; y para más animarte te quiero asegurar, que no hay mujer tan recatada y tan puesta en atalaya para mirar por su honra, que le pese mucho de ver y saber que es querida; porque entonces conoce ella que no es vana la presunción que de sí tiene, lo cual sería al revés, si viese que de nadie era solicitada. Bien sé, señora, que es verdad lo que dices, respondí yo; mas tengo temor, que el atreverme á darla, por lo menos me ha de costar negarme de allí adelante la entrada en aquella casa, de que no menor daño me vendría á mí que á Timbrio.

No quieras, Astor, replicó Nísida, confirmar la sentencia que aun el juez no tiene dada: muestra buen ánimo, que no es riguroso trance de batalla éste á que te aventuras. Pluguiera al cielo, hermosa Nísida, respondí yo, que en ese término me viera,

que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro y rigor de mil contrapuestas armas, que no la mano á dar esta amorosa carta á quien temo que siendo con ella ofendida, ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la ajena culpa merece; pero con todos estos inconvenientes pienso seguir, señora, el consejo que me has dado; puesto que aguardaré tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como agora: y en este entretanto te suplico que haciendo cuenta que tú eres á quien esta carta se envía, me des alguna respuesta que lleve á Timbrio para que con este engaño, él se entretenga un poco, y á mí el tiempo y las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer. De mal artificio quieres usar, respondió Nísida, porque puesto caso que yo agora diese en nombre ajeno alguna blanda ó esquivada respuesta, ¿no ves que el tiempo, descubridor de nuestros fines, aclarará el engaño, y Timbrio quedará de ti más quejoso que satisfecho? Cuanto más, que por no haber dado hasta agora respuesta á semejantes cartas, no querría comenzar á darlas mentirosas y fingidamente; mas aunque sepa ir contra lo que á mí mesma debo, si me prometes de decir quién es la dama, yo te diré qué, digas á tu amigo y cosa tal que él quede contento por ahora; y puesto que después las cosas sucedan al revés de lo que él pensare, no por eso se averiguará la mentira. Eso no me lo mandes, oh Nísida, respondí yo, porque en tanta confusión me pone el decirte yo á ti su nombre, como me pondría el darle á ella la carta: basta saber que es principal, y que, sin hacerte agravio alguno, no te debe nada en la hermosura, que con esto me parece que la encarezco sobre cuantas son nacidas. No me maravillo que digas eso de mí, dijo Nísida, pues los hombres de vuestra condición y trato, lisonjear es su propio oficio; mas dejando todo esto á una parte, porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo, te aconsejo

que le digas que fuiste á dar la carta á su dama, y que has pasado con ella todas las razones que conmigo sin faltar punto, y cómo leyó tu carta, y el ánimo que te daba para que á su dama la llevase, pensando que no era ella á quien venía, y que aunque no te atreviste á declarar del todo, que has conocido della, que cuando sepa ser ella para quien la carta venía, no le causará el engaño y desengaño mucha pesadumbre. Desta suerte recibirá él algún alivio en su trabajo, y después al descubrir tu intención á su dama, puedes responder á Timbrio lo que ella te respondiere; pues hasta el punto que ella lo sepa queda en fuerza esta mentira, y la verdad de lo que sucediere, sin que haga al caso el engaño de agora.

Admirado quedé de la discreta traza de Nísida, y aun no sin sospecha de la verdad de mi artificio: y así besándole las manos por el buen aviso, y quedando con ella que de cualquiera cosa que en este negocio sucediere, había de dar particular cuenta, vine á contar á Timbrio todo lo que con Nísida me había sucedido, que fué parte para que la tuviese en su alma la esperanza, y volviese de nuevo á sustentarle, y desterrar de su corazón los nublados del frío temor que hasta entonces le tenían ofuscado; y todo este gusto se le acrecentaba el prometerle yo á cada paso que los míos no serían dados sino en servicio suyo, y que otra vez que con Nísida me hallase, sacaría el juego de maña con tan buen suceso como sus pensamientos merecían. Una cosa se me ha olvidado de deciros; que en todo el tiempo que con Nísida y su hermana estuve hablando, jamás la menor hermana habló palabra, sino que con un extraño silencio estuvo siempre colgada de las mías: y séos decir, señores, que si callaba, no era por no saber hablar con toda discreción y donaire, porque en estas dos hermanas mostró naturaleza todo lo que ella puede y vale, y con todo esto no sé si os

diga que holgara que me hubiera negado el cielo la ventura de haberlas conocido, especialmente á Nísida, principio y fin de toda mi desdicha; pero ¿qué puedo hacer, si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorbarse? Yo quise, quiero y querré bien á Nísida, tan sin ofensa de Timbrio, cuanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamás la habló que en favor de Timbrio no fuese, encubriendo siempre con más que ordinaria discreción, la pena propia por remediar la ajena. Sucedió, pues, que como la belleza de Nísida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la vieron, no pudiendo tener en mi pecho tan rico tesoro encubierto, cuando solo ó apartado alguna vez me hallaba con algunas amorosas y lamentables canciones le descubría con velo de fingido nombre; y así una noche pensando que ni Timbrio ni otro alguno me escuchaba, por dar alivio un poco al fatigado espíritu, en un retirado aposento, sólo de un laúd acompañado, canté unos versos, que por haberme puesto en una confusión gravísima, os los habré de decir, que eran éstos:

## SILERIO

¿Qué laberinto es éste, do se encierra  
 Mi loca levantada fantasía?  
 ¿Quién ha vuelto mi paz en cruda guerra,  
 Y en tal tristeza toda mi alegría?  
 ¿O cuál hado me trujo á ver la tierra  
 Que ha de servir de sepultura mía?  
 ¿O quién reducirá mi pensamiento  
 Al término que pide un sano intento?  
 Si por romper este mi frágil pecho,  
 Y despojarme de la dulce vida,  
 Quedase el suelo y cielo satisfecho  
 De que á Timbrio guardé la fe debida  
 Sin que me acordara el crudo hecho,

Yo fuera de mí mismo el homicida;  
 Mas si yo acabo, en él acaba luego  
 La amorosa esperanza y crece el fuego.

Lluevan y caigan las doradas flechas  
 Del ciego dios, y con rigor insano  
 Al triste corazón vengan derechas  
 Disparadas con fiera airada mano;  
 Que aunque ceniza y polvo queden hechas  
 Las heridas entrañas, lo que gano  
 En encubrir su dolorosa llaga  
 Es rica de mi mal ilustre paga.

Silencio eterno á mi cansada lengua  
 Pondrá la ley de la amistad sincera,  
 Por cuya sin igual virtud desmengua  
 La pena que acabar jamás espera,  
 Mas aunque nunca acabe y ponga en mengua  
 La honra y la salud, será cual era  
 Mi limpia fe, más firme y contrastada  
 Que roca en medio de la mar airada.

Del humor que derraman estos ojos,  
 Y de la lengua el piadoso oficio,  
 Del bien que se le debe á mis enojos,  
 Y de la voluntad el sacrificio  
 Lleve los dulces premios y despojos  
 El claro amigo, y muéstrese propicio  
 El cielo á mi deseo, que pretende  
 El bien ajeno, y á sí mismo ofende.

Socorre, oh blando amor, levanta y guía  
 Mi bajo ingenio en la ocasión dudosa,  
 Y al esperado punto esfuerzo envía  
 Al alma y á la lengua temerosa,  
 La cual podrá, si lleva su osadía,  
 Facilitar la más difícil cosa,  
 Y romper contra el hado y desventura  
 Hasta llegar á la mayor ventura.

El estar tan transportado en mis continuas imagi-  
 naciones fué ocasión para que yo no tuviese cuenta

en cantar estos versos que he dicho, con tan baja voz como debiera, ni el lugar do estaba era tan escondido, que estorbara que de Timbrio no fueran escuchados, el cual así como los oyó, le vino al pensamiento que el mío no estaba libre de amor, y que si yo alguno tenía, era á Nísida, según se podía colegir de mi canto; y aunque él alcanzó la verdad de mis pensamientos, no alcanzó la de mis deseos, antes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella misma noche é irse adonde de ninguno fuese hallado, sólo por dejarme comodidad de que sólo á Nísida sirviese. Todo esto supe yo de un paje suyo, sabidor de todos sus secretos, el cual vino á mí muy angustiado, y me dijo: Acudid, señor Silerio, que Timbrio mi señor y vuestro amigo nos quiere dejar, y partirse esta noche, y no me ha dicho dónde, sino que le apareje no sé qué dineros y que á nadie diga que se parte; principalmente me dijo que á vos no lo dijese; y este pensamiento le vino después que estuvo escuchando no sé qué versos que poco ha cantábades, y según los extremos que le he visto hacer, creo que va á desesperarse; y por parecerme que debo antes acudir á su remedio que obedecer su mandado, os lo vengo á decir, como á quien puede ser parte para que no ponga en efecto tan dañado propósito. Con extrañio sobresalto escuché lo que el paje me decía, y fui luego á ver á Timbrio en su aposento; y antes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacía, el cual estaba tendido encima de su lecho boca abajo, derramando infinitas lágrimas, acompañadas de profundos suspiros, y con baja voz y mal formadas razones me pareció que éstas decía: Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud y trabajo tiene bien merecido, y no quieras por lo que te parece que debes á mi amistad, dejar de dar gusto á tu deseo, que yo refrenaré el mío, aunque sea con el medio extremo de

la muerte; que, pues, tú della me libraste, cuando con tanto amor y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que agora te pague en parte tan buena obra con dar lugar á que sin el impedimento que mi presencia causarte puede, goces de aquella en quien cifró el cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento: de una sola cosa me pesa, dulce amigo, y es que no puedo despedirme de ti en esta amarga partida; mas admite por disculpa el ser tú la causa della. ¡ Oh Nísida, Nísida y cuán cierto está de tu hermosura, que se ha de pagar la culpa del que se atreve á mirarla, con la pena de morir por ella! Silerio la vió, y si no quedara cual imagino que ha quedado, perdiera en gran parte conmigo la opinión que tiene de discreto; mas pues mi ventura así lo ha querido, sepa el cielo que no soy menos amigo de Silerio, que él lo es mío; y para muestras desta verdad, apártese Timbrio de su gloria, destiérrese de su contento, vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio y de Nísida, dos verdaderas y mejores mitades de su alma: y luego con mucha furia se levantó del lecho y abrió la puerta, y hallándome allí, me dijo: ¿Qué quieres, amigo, á tales horas? ¿Hay por ventura algo de nuevo? Hay tanto, le respondí yo, que aunque hubiera menos no me pesara. En fin, por no cansaros más, yo llegué á tales términos con él, que le persuadí y dí á entender ser su imaginación falsa, no en cuanto estaba yo enamorado, sino en el de quién, porque no era Nísida, sino de su hermana Blanca; y súpelo decir esto de manera que él lo tuvo por verdadero; y porque más crédito á ello diese, la memoria me ofreció unas estancias que muchos días antes yo mesmo había hecho á otra dama del mismo nombre, y dijele que para la hermana de Nísida las había compuesto, las cuales vinieron tan á propósito, que aunque sea fuera dél decirlas agora, no las quiero pasar en silencio, que fueron éstas:

## SILERIO

¡ Oh Blanca, á quien rendida está la nieve,  
Y en condición más que la nieve helada!  
No presumáis ser mi dolor tan leve,  
Que estéis de remediarle descuidada:  
Mirad que si mi mal no ablanda y mueve  
Vuestra alma en mi desdicha conjurada,  
Se volverá tan negra mi ventura,  
Cuanto sois Blanca en nombre y hermosura.

Blanca gentil en cuyo blanco pecho  
El contento de amor se anida y cierra:  
Antes que el mío en lágrimas deshecho  
Se vuelva polvo y miserable tierra,  
Mostrad el vuestro en algo satisfecho  
Del amor y dolor que el mío encierra;  
Que ésta será tan caudalosa paga,  
Que á cuanto mal padezco satisfaga.

Blanca sois vos, por quien trocar quería  
De oro el más finísimo ducado,  
Y por tan alta posesión tendría  
Por bien perder la del más alto estado:  
Pues esto conocéis, oh Blanca mía,  
Dejad ese desdén de enamorado,  
Y haced, oh Blanca, que el amor acierte  
A sacar, si sois vos, blanca mi suerte.

Puesto que con pobreza tal me hallara  
Que tan sola una blanca poseyera,  
Si ella fuéades vos, no me trocara  
Por el más rico que en el mundo hubiera:  
Y si mi sér en aquel sér tornara  
De Juan de Espera en Dios, dichoso fuera,  
Si al tiempo que las tres Blancas buscase,  
A vos, oh Blanca, entre ellas os hallase.

Adelante pasara con su cuento Silerio, si no lo estorbara el son de muchas zampoñas y acordados caramillos, que á sus espaldas se oía; y volviendo

la cabeza, vieron venir hacia ellos hasta una docena de gallardos pastores, puestos en dos hileras, y en medio venía un dispuesto pastor, coronado con una guirnalda de madreselva, y de otras diferentes flores. Traía un bastón en la una mano, y con grave paso poco á poco se movía, y los demás pastores con el mismo aplauso y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y extraña muestra. Luego que Elicio los vió conoció ser Daranio el pastor que en medio traían, y los demás ser todos circunvecinos, que á sus bodas querían hallarse, á las cuales asimismo Tirsi y Damon vinieron, y por alegrar la fiesta de desposorio, y honrar al nuevo desposado, de aquella manera hacia la aldea se encaminaban; pero viendo Tirsi que su venida había puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la aldea la pasasen, donde sería servido con la voluntad posible, y haría satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio lo prometió, y á esta sazón llegó el montón de alegres pastores, los cuales conociendo á Elicio, y Daranio á Tirsi, á Damon sus amigos, con señales de grande alegría se recibieron, y renovando la música, y renovando el contento, tornaron á proseguir el comenzado camino; y ya que llegaban junto al aldea llegó á sus oídos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocían la extremada condición suya; y así como Lenio los vió y conoció, sin interrumpir el suave canto, desta manera cantando hacia ellos se vino:

## LENIO

Por bienaventurada,  
Por llena de contento y alegría  
Será por mí juzgada  
Tan dulce compañía,

Si no siente de amor la tiranía.

Y besaré la tierra  
Que pisa aquel que de su pensamiento  
El falso amor destierra,  
Y tiene el pecho exento  
De esta furia cruel, de este tormento.

Y llamaré dichoso  
Al rústico, advertido ganadero,  
Que vive cuidadoso  
Del pobre manso apero,  
Y muestra el rostro al crudo amor severo.

Deste tal las corderas  
Antes que venga la sazón madura  
Serán ya parideras,  
Y en la ocasión más dura  
Hallarán claras aguas y verdura.

Si estando amor airado  
Con él pusiere en su salud desvío,  
Llevaré su ganado  
Con el ganado mío  
Al abundoso pasto, al claro río.

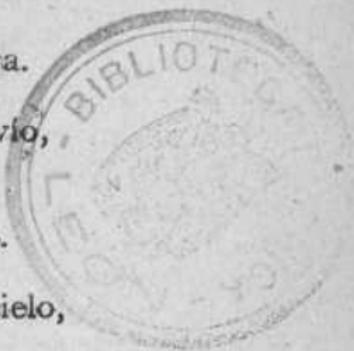
Y en tanto del incienso  
El humo santo irá volando al cielo,  
A quien decirle pienso  
Con pío y justo celo,  
Las rodillas postradas por el suelo:

¡Oh cielo santo y justo!  
Pues eres protector del que pretende  
Hacer lo que es tu gusto,  
A la salud atiende  
De aquel que por servirte, amor le ofende.

No lleve este tirano  
Los despojos á ti sólo debidos,  
Antes con larga mano  
Y premios merecidos  
Restituye su fuerza á los sentidos.

En acabando de cantar Lenio, fué de todos los

BIBLIOTECAS PARA EL SOLDADO  
EN LOS FRENTE Y HOSPITALES



pastores cortesanamente recibido; el cual, como oyesse nombrar á Damon y á Tirsi, á quien él sólo por fama conocía, quedó admirado en ver su extremada presencia, y así les dijo: ¿Qué encarecimientos bastarían, aunque fueran los mejores que en la elocuencia pudieran hallarse, á poder levantar y encarecer el valor vuestro, famosos pastores, si por ventura las niñerías de amor no se mezclaran con las veras de vuestros celebrados escritos? Pero, pues, ya estáis héticos de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza, con estimar y alabar vuestra rara discreción os pague lo que os debe, imposible será que yo deje de vituperar vuestros pensamientos. Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondió Tirsi, sin las sombras de la vana opinión que los ocupa, vieras luego la claridad de los nuestros, y que por ser amorosos merecen más gloria y alabanza, que por ninguna otra sutileza ó discreción que encerrar pudieran. No más, Tirsi, no más, replicó Lenio, que bien sé que con tantos y tan obstinados enemigos, poca fuerza tendrán mis razones. Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aquí están, que ni aun burlando la contradijeran, y en esto podrás ver, Lenio, cuán fuera vas della, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones. Pues á fe, dijo Lenio, que no te salve á ti la tuya, oh Elicio, sino, dígalo el aire, á quien continuo acrecientas con suspiros, y la yerba destes prados que va creciendo con tus lágrimas, y los versos que el otro día cantaste y en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá qué es lo que en ti alabas y en mí vituperas. No quedara Lenio sin respuesta, si no vieran venir hacia donde ellos estaban á la hermosa Galatea con las discretas pastoras Florisa y Teolinda; la cual, por no ser conocida de Damon y Tirsi, se había puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron y fueron de los pasto-

res con alegre acogimiento recibidas, principalmente de los enamorados Elicio y Erastro, que con la vista de Galatea tan extraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro disimularle, en señal dél, sin mandárselo alguno, hizo señas á Elicio que su zampofia tocase, al son de la cual con alegres y suaves acentos cantó los siguientes versos:

## ERASTRO

Vea yo los ojos bellos  
 Deste sol que estoy mirando,  
 Y si se van apartando,  
 Váyase el alma tras ellos:  
 Sin ellos no hay claridad,  
 Ni mi alma no la espere;  
 Que ausente dellos no quiere  
 Luz, salud ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,  
 Que no es posible alaballos,  
 Mas ha de dar por mirallos  
 De la vida los despojos:  
 Yo los veo, y yo los vi,  
 Y cada vez que los veo  
 Les doy un nuevo deseo  
 Tras el alma que les di.

Ya no tengo más que dar,  
 Ni imagino más que dé,  
 Si por premio de mi fe  
 No se admite el desear:  
 Cierta está mi perdición,  
 Si estos ojos do el bien sobra  
 Los pusieron en la obra,  
 Y no en la sana intención.

Aunque durase este día  
 Mil siglos como deseo,  
 A mí que tanto bien veo,  
 Un punto me parecía:

No hace el tiempo ligero  
 Curso en alternar mi edad,  
 Mientras miro la beldad  
 De la vida por quien muero.

En esta vista reposa  
 Mi alma, y halla sosiego,  
 Y vive en el vivo fuego  
 De su luz pura y hermosa:  
 Y hace amor tan alta prueba  
 Con ella, que en esta llama  
 A dulce vida la llama,  
 Y cual fénix la renueva.

Salgo con mi pensamiento  
 Buscando mi dulce gloria,  
 Y al fin hallo en mi memoria  
 Encerrado mi contento:  
 Allí está, y allí se encierra  
 No en mandos, no en poderíos,  
 No en pompas, no en señoríos,  
 Ni en riquezas de la tierra.

Aquí acabó su canto Erastro, y se acabó el camino de llegar á la aldea, adonde Tirsi, Damon y Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasión de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas pastoras Galatea y Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero día á las bodas de Daranio, dejaron á los pastores, y todos ó los más con el desposado se quedaron, y ellas á sus casas se fueron. Y aquella misma noche, solicitado Silerio de su amigo Erastro, y por el deseo que le fatigaba de volver á su ermita, dió fin al suceso de su historia, como se verá en el siguiente libro.

El regocijado alboroto que con la ocasión de las bodas de Daranio aquella noche en el aldea había, no fué parte para que Elicio, Tirsi, Dámon y Erastro dejasen de acomodarse en parte, donde sin ser de

alguno estorbados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia; el cual, después que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió desta manera: Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dije quedó él satisfecho de que mi pena procedía, no de amores de Nísida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiéndome perdón de la falsa imaginación que de mí había tenido, me tornó á encargar su remedio; y así yo olvidado del mío no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos días se pasaron, en los cuales la fortuna no me mostró tan abierta ocasión como yo quisiera para descubrir á Nísida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntaba cómo á mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenía ya alguna noticia de ellos. A lo que yo le dije, que todavía el temor de ofenderla no me dejaba aventurar á decirle cosa alguna; de lo cual Nísida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde y de poca discreción, añadiendo á esto que pues yo me acobardaba, ó que Timbrio no sentía el dolor que yo dél publicaba ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como decía. Todo esto fué parte para que me determinase, y en la primera ocasión me descubriese, como lo hice un día que sola estaba; la cual escuchó con extraño silencio todo lo que decirle quise, y yo como mejor pude le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenía, el cual era tan fuerte, que me había movido á mí á tomar tan abatido ejercicio como era el de truhán, sólo por tener lugar de decirle lo que decía, añadiendo á éstas otras razones que á Nísida le debió parecer que lo eran; mas no quiso mostrar entonces por palabras lo que después con obras no pudo tener cubierto, antes con gravedad y honestidad extraña reprendió mi atrevimiento, acusó mi osadía, afeó mis palabras, y desmayó mi confianza, pero no de manera que me desterrase de su presencia, que era lo que yo más temía; sólo concluyó con

decirme que de allí adelante tuviese más cuenta con lo que á su honestidad era obligado y procurase que el artificio de mi mentiroso hábito no se descubriese: conclusión fué ésta que cerró y acabó la tragedia de mi vida, pues por ella entendí que Nísida daría oídos á las quejas de Timbrio. ¿En qué pecho pudo haber ni puede el extremo de dolor que entonces en el mío se encerraba, pues el fin de su mayor deseo era el remate y fin de su contento? Alegrábame el buen principio que al remedio de Timbrio había dado, y esta alegría en mi pesar redundaba, por parecerme, como era la verdad, que en viendo á Nísida en poder ajeno, el propio mío se acababa. ¡Oh fuerza poderosa de verdadera amistad, á cuánto te extiendes, y á cuánto me obligaste! Pues yo mismo, forzado de tu obligación, afilé con mi industria el cuchillo que había de degollar mis esperanzas, las cuales, muriendo en mi alma vivieron y resucitaron en la de Timbrio, cuando de mí supo todo lo que con Nísida pasado había; pero ella andaba tan recatada con él y conmigo, que nunca de todo punto dió á entender que de la solicitud mía y amor de Timbrio se contentaba, ni menos se desdeñó de suerte, que sus sinsabores y desvíos hiciesen á los dos abandonar la empresa. Hasta que, habiendo llegado á noticia de Timbrio, cómo su enemigo Pransiles (aquel caballero que él había agraviado en Jerez), deseoso de satisfacer su honra le enviaba á desafiar, señalándole campo franco y seguro en una tierra del Estado del duque de Gravina, dándole término de seis meses desde entonces hasta el día de la batalla; el cuidado deste aviso no fué parte para que se descuidase de lo que á sus amores convenía; antes con nueva solicitud mía y servicios suyos, vino á estar Nísida de manera que no se mostraba esquiva, aunque la mirase Timbrio y en casa de sus padres visitase, guardando en todo tan honesto decoro quanto á su valor era obligada. Acercándose ya el término

del desafío, y viendo Timbrio serle inexcusable aquella jornada, determinó de partirse, y antes que lo hiciese escribió á Nísida una carta, tal, que acabó con ella en un punto lo que yo en muchos meses atrás y en muchas palabras no había comenzado. Tengo la carta en la memoria, y por hacer al caso de mi cuento, no os dejaré de decir, que así decía:

## TIMBRIO A NISIDA

Salud te envía aquel que no la tiene,  
Nísida, ni la espera en tiempo alguno,  
Si por tus manos mismas no le viene.

El nombre aborrecible de importuno  
Temo me adquirirán estos renglones,  
Escritos con mi sangre de uno en uno.

Mas la furia cruel de mis pasiones  
De tal modo me turban, que no puedo  
Huir las amorosas sinrazones.

Entre un ardiente osar y un frío miedo  
Arrimado á mi fe y al valor tuyo,  
Mientras ésta recibes triste quedo:

Por ver que en escribirte me destruyo,  
Si tienes á donaire lo que digo,  
Y entregas al desdén lo que no es suyo.

El cielo verdadero me es testigo  
Si no te adoro desde el mismo punto  
Que vi ese rostro hermoso y mi enemigo.

El verte y adorarte llegó junto,  
Porque ¿quién fuera aquel que no adorara  
De un ángel bello el sin igual trasunto?

Mi alma tu belleza al mundo rara  
Vió tan curiosamente, que no quiso  
En el rostro parar la vista clara.

Allá en el alma tuya un paraíso  
Fué descubriendo de bellezas tantas,  
Que dan de nueva gloria cierto aviso.

Con estas ricas alas te levantas

Ha ta llegar al cielo, y en la tierra  
Al abio admiras, y al que es simple espantas.

¡ Dichosa el alma que tal bien encierra,  
Y no meros dichoso el que por ella  
La suya rinde á la amorosa guerra!

En deuda soy á mi fatal estrella  
Que me quiso rendir á quien encubre  
En tan hermoso cuerpo alma tan bella.

Tu condición, señora, me descubre  
El oculto sigafío de mi pensamiento,  
Y de temor á mi esperanza cubre.

Fero en fe de mi justo honroso intento  
Hayo buen rostro á la desconfianza,  
Y cobro al postrer punto nuevo aliento.

¡ Qué en que no hay amor sin esperanza:  
Pensó que es opinión; que yo no espero,  
Y de amor la fuerza más me alcanza.

Fero sola tu bondad te adoro y quiero,  
Adorado también de tu belleza,  
Que fué la red que amor tendió primero,

Fero atraer con rara sutileza  
A mi alma descuidada libre mía  
A mi noroso fiudo y su estrechez.

Sustenta amor su mando y tiranía  
Con cualquiera belleza en algún pecho,  
Pero no en la curiosa fantasía,

Que mira, no de amor el lazo estrecho  
Que tiende en los cabellos de oro fino,  
Dejando al que los mira satisfecho,

Ni en el pecho, á quien llama alabastrino  
Quien del pecho no pasa más adentro,  
Ni en el marfil del cuello peregrino;

Sino del alma el escondido centro  
Mira, y contempla mil bellezas puras  
Que le acuden y salen al encuentro.

¡ Mortales y caducas hermosuras  
No satisfacen á la inmortal alma,  
Sino que la luz perfecta no anda á oscuras.

Tu sin igual virtud lleva la palma,  
Y los despojos de mis pensamientos,  
Y á los torpes sentidos tiene en calma.

Y en esta sujeción están contentos,  
Porque miden su dura amarga pena  
Con el valor de tus merecimientos.

Aro en el mar, y siembro en el arena,  
Cuando la fuerza extraña del deseo  
A más que á contemplarte me condena.

Tu alteza entiendo, mi bajeza veo,  
Y en extremos que son tan diferentes,  
Ni hay medios que esperar, ni le poseo.

Ofrécense por esto inconvenientes  
Tantos á mi remedio, cuantas tiene  
El cielo estrellas, y la tierra gentes.

Conozco lo que al alma le conviene,  
Sé lo mejor, y á lo peor me atengo,  
Llevado del amor que me entretiene.

Mas ya, Nísida bella, al paso vengo  
De mí con mortal ansia deseado,  
Do acabaré la pena que sostengo.

El enemigo brazo levantado  
Me espera y la feroz aguda espada,  
Contra mí con tu saña conjurado.

Presto será tu voluntad vengada  
Del vano atrevimiento de esta mía,  
De ti sin cesar alguna desechada.

Otro más duro trance, otra agonía,  
Aunque fuera mayor que de la muerte,  
No turbara mi triste fantasía.

Si cupiera en mi corta amarga suerte  
Verte de mis deseos satisfecha,  
Así como al contrario puedo verte.

La senda de mi bien hállola estrecha,  
La de mi mal tan ancha y espaciosa,  
Cual de mi desventura ha sido hecha.

Por ésta corre airada y presurosa  
La muerte en tu desdén fortalecida,

De triunfar de mi vida deseosa.

Por aquélla mi bien va de vencida,  
De tu rigor, señora, perseguido,  
Que es el que ha de acabar mi corta vida.

A términos tan tristes conducido  
Me tiene mi ventura, que ya temo  
Al enemigo airado y ofendido,

Sólo por ver que el fuego en que me quemo  
Es hielo en ese pecho, y esto es parte  
Para que yo acobarde al paso extremo.

Que si tú no te muestras de mi parte,  
¿A quién no temerá mi flaca mano,  
Aunque más la acompañe esfuerzo y arte?

Pero si me ayudaras, ¿qué romano  
O griego capitán me contrastara,  
Que al fin su intento no saliera vano?

Por el mayor peligro me arrojara,  
Y de las fieras manos de la muerte  
Los despojos seguro arrebatará.

Tú sola puedes levantar mi suerte  
Sobre la humana pompa, ó derribarla  
Al centro, do no hay bien con que se acierte.

Que si como ha podido sublimarla  
El puro amor, quisiera la fortuna,  
En la difícil cumbre sustentarla,

Subida sobre el cielo de la luna  
Se viera mi esperanza, que ahora yace  
En lugar do no espera en cosa alguna.

Tal estoy ya, que ya me satisface  
El mal que tu desdén airado esquivo  
Por tan extraños términos me hace,

Sólo por ver que en tu memoria vivo,  
Y que te acuerdas, Nísida, siquiera  
De hacerme mal, que yo por bien recibo.

Con más facilidad contar pudiera  
Del mar los granos de la blanca arena,  
Y las estrellas de la octava esfera,

Que no las ansias, el dolor, la pena,

A que el fiero rigor de tu aspereza,  
Sin haberte ofendido, me condena.

No midas tu valor con mi bajeza;

Que al respeto de tu sér famoso  
Por tierra quedará cualquier alteza.

Así cual soy te amo, y decir oso  
Que me adelanto en firme enamorado  
Al más subido término amoroso.

Por esto no merezco ser tratado  
Como enemigo, antes me parece  
Que debería ser remunerado.

Mal con tanta beldad se compadece  
Tamaña crueldad, y mal asienta  
Ingratitud do tal valor florece.

Quisiérate pedir, Nísida, cuenta  
De un alma que te dí: ¿dónde la echaste?  
¿O cómo estando ausente me sustenta?

¿Ser señora de un alma no acetaste?  
Pues ¿qué te puede dar quien más te quiera?  
¡Cuán bien tu presunción aquí mostrate?

Sin alma estoy desde la vez primera  
Que te ví por mi mal y por bien mío;  
Que todo fuera mal si no te viera.

Allí el freno te dí de mi albedrío;  
Tú me gobiernas, por ti sola vivo,  
Y aun puede mucho más tu poderío.

En el fuego de amor puro me vivo  
Y me deshago, pues cual fénix luego  
De la muerte de amor vida recibo.

En fe desta mi fe te pido y ruego  
Sólo que creas, Nísida, que es cierto  
Que vivo ardiendo en amoroso fuego.

Y que tú puedes ya, después de muerto,  
Reducirme á la vida, y en un punto  
Del mar airado conducirme al puerto.

Que está para conmigo en ti tan junto  
El querer y el poder, que es todo uno  
Sin discrepar y sin faltar un punto.  
Y acabo por no ser más importuno.

No sé si las razones de esta carta, ó las muchas que yo antes á Nísida había dicho, asegurándole el verdadero amor que Timbrio le tenía, ó los continuos servicios de Timbrio, ó los cielos que así lo tenían ordenado, movieron las entrañas de Nísida para que en el punto que la acabó de leer me llamasen, y con lágrimas en los ojos me dijese: ¡Ay, Silerio, Silerio, y cómo creo que á costa de la salud mía has querido granjear la de tu amigo! Hagan los hados, que á este punto me han traído, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras; y si de las unas y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el cielo, al cual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga más encubierto: mas ¡ay, cuán liviano descargo es éste para tan pesada culpa!, pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que agora quiero decirte, contentarla á ella, y acabar mi vida. Confuso me tenían estas palabras de Nísida, y más el sobresalto con que las decía; y queriendo con las más disminuir á que sin temor alguno se declarase, no fué menester importunarla mucho, que al fin me dijo que no sólo amaba, pero que adoraba á Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasión de la partida de Timbrio no la forzara á descubrirla. Cuál yo quedé, pastores, oyendo lo que Nísida decía, y la voluntad amorosa que tener á Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo: y aun es bien que carezca de encarecimiento dolor que á tanto se extiende; no porque me pesase de ver á Timbrio querido, sino de verme á mí imposibilitado de tener jamás contentos, pues estaba y está claro que ni podía ni puedo vivir sin Nísida, á la cual, como otras veces he dicho, viéndola en ajenas manos puesta, era enajenarme yo de todo gusto, y si alguno la suerte en este trance me concedía, era considerar el bien de

mi amigo Timbrio, y esto fué parte para que no llegase á un mismo punto mi muerte y la declaración de la voluntad de Nísida.

Escuchéla como pude, y aseguréla como supí de la entereza del pecho de Timbrio, á lo cual ella me respondió que ya no había necesidad de asegurarle aquello, porque estaba de manera, que no podía ni le convenia dejar de creerme, y sólo me rogaba, si fuese posible, procurase de persuadir á Timbrio buscasse algún medio honroso para no venir á batalla con su enemigo: y reconociéndole yo ser eso imposible sin quedar descomulgado, se sosegó, y quitándose del cuello unas preciosas reliquias, me las dió para que á Timbrio de su parte las diese. Quedó ansimesmo concertado entre los dos, que ella sabía que sus padres habían de ir á ver el combate de Timbrio, y que llevarian á ella y á su hermana consigo; mas por que no le bastaría el ánimo de estar presente al riguroso trance de Timbrio, que ella fingiría estar mal dispuesta, con la cual ocasión se quedaría en una casa de placer donde sus padres habían de pasar, que media legua estaba de la villa don le se había de hacer el combate, y que allí esperaría su mala ó buena suerte según la tuviese Timbrio: na dóme también que para acortar el deseo que tendría de saber el suceso de Timbrio, que lleváse yo conmigo una toca blanca, que ella me dió, y que si Timbrio venciése, me la atase al brazo, y volviese á darle las nuevas; y si fuese vencido, que no le atase, y así ella sabría por la señal de la toca desde lejos el principio de su contento ó el fin de su vida. Prometile de hacer todo lo que me mandaba, y tomando las reliquias y la toca me despedí de ella con la mayor tristeza y el mayor contento que jamás tuve: mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio el alegría. El supo de mí lo que de parte de Nísida le llevaba, y quedó con ella un hermano,

contento y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba, por ninguno le tenía, pareciéndole que en ser favorecido de su señora, aun la misma muerte contrastar no le podría. Paso agora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido á lo que á mi solicitud debía, porque fueron tales, que mostraba estar fuera de seso tratando en ello. Esforzado, pues, y animado con esta buena nueva, comenzó á aparejar su partida, llevando por padrinos un caballero español y otro napolitano. Y á la fama de este particular duelo se movió á verlo infinita gente del reino, yendo también allá los padres de Nísida, llevando con ellos á ella y á su hermana Blanca; y como á Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar que no en la ventaja dellas, sino en la razón que tenía, fundaba su derecho, y así las que escogió fueron espada y daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos días faltaban al término señalado, cuando de la ciudad de Nápoles se partieron con otros muchos caballeros Nísida y su padre, habiendo llegado primero ella, acordándome muchas veces que no me olvidase de nuestro concierto; pero mi cansada memoria, que jamás sirvió sino de acordarme solas las cosas de mi disgusto, por no mudar su condición, se olvidó tanto de lo que Nísida me había dicho, quanto vió que convenía para quitarme la vida; ó á lo menos para ponerme en el miserable estado en que agora me veo. Con grande atención estaban los pastores escuchando lo que Silerio contaba, quando interrumpió el hilo de su cuento la voz de un lastimado pastor, que entre unos árboles cantando estaba, y no tan lejos de las ventanas de la estancia donde ellos estaban, que dejase de oirse todo lo que decía. La voz era de suerte que puso silencio á Silerio, el cual en ninguna manera quiso pasar adelante, antes rogó á los demás pastores que la escuchasen, pues para

lo poco que de su cuento quedaba, tiempo habría de acabarlo. Hiciéraseles de mal esto á Tirsi y Damon, si no les dijera Elicio: Poco se perderá, pastores, en escuchar al desdichado Mireno, que sin duda es el pastor que canta, y á quien ha traído la fortuna á términos, que imagino que no espera él ninguno en su contento. ¿Cómo le ha de esperar, dijo Erastro, si mañana se desposa Daranio con la pastora Silveria, con quien él pensaba casarse? Pero en fin han podido más con los padres de Silveria las riquezas de Daranio, que las habilidades de Mireno. Verdad dices, replicó Elicio; pero con Silveria más había de poder la voluntad que de Mireno tenía conocida, que otro tesoro alguno: cuanto más, que no es Mireno tan pobre, que aunque Silveria se casara con él, fuera su necesidad notada. Por estas razones que Elicio y Erastro dijeron, creció el deseo en los pastores de escuchar lo que Mireno cantaba; y así rogó Silerio que más no se hablase, y todos con atento oído se pararon á escucharle; el cual afligido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro día con Daranio se desposaba, con la rabia y dolor que le causaba este hecho se había salido de su casa acompañado de solo su rabel, y convidándole la soledad y silencio de un pequeño pradecillo que junto á las paredes de la aldea estaba, y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharía, se sentó al pie de un árbol, y templando su rabel, desta manera cantando estaba:

## MIRENO

¡Cielo sereno, que con tantos ojos  
Los dulces amorosos hurtos miras,  
Y con tu curso alegras ó entristeces  
A aquel que en tu silencio sus enojos  
A quien los causa dice, ó al que retiras

De gusto tal, y espacio no le ofreces!  
Si acaso no careces  
De tu benignidad para conmigo,  
Pues ya con sólo hablar me satisfago,  
Y sabes cuanto hago,  
No es mucho que ahora escuches lo que digo;  
Que mi voz lastimera  
Saldrá con la doliente ánima fuera.

Ya mi cansada voz, ya mis lamentos  
Bien poco ofenderán al aire vano,  
Pues á término tal soy reducido,  
Que ofrece amor á los airados vientos  
Mis esperanzas, y en ajena mano  
Ha puesto el bien que tuve merecido.  
Será el fruto cogido,  
Que sembró mi amoroso pensamiento,  
Y regaron mis lágrimas cansadas,  
Por las afortunadas  
Manos, á quien faltó merecimiento  
Y sobró la ventura,  
Que allana lo difícil y asegura.

Pues el que ve su gloria convertida  
En tan amarga dolorosa pena,  
Y tomando su bien cualquier camino  
¿Por qué no acaba la enojosa vida?  
¿Por qué no rompe la vital cadena  
Contra todas las fuerzas del destino?  
Poco á poco camino  
Al dulce trance de la amarga muerte:  
Y así, atrevido aunque cansado brazo,  
Sufrid el embarazo.

Del vivir, pues ensalza nuestra suerte  
Saber que á amor le place,  
Que el dolor haga lo que el hierro hace.

Cierta mi muerte está, pues no es posible  
Que viva aquel que tiene la esperanza  
Tan muerta, y tan ajeno está de gloria;  
Pero temo que amor haga imposible

Mi muerte, y que una falsa confianza  
Dé vida, á mi pesar, á la memoria.

Mas ¡qué! si por la historia  
De mis pasados bienes la paseo,  
Y miro bien que todos son pasados,  
Y los graves cuidados

Que triste agora en su lugar poseo,  
Ella será más parte

Para que della y del vivir me aparte.

¡Ay, bien único y sólo al alma mía,  
Sol que mi tempestad aserenaste,  
Término del valor que se desea!

¿Será posible que se llega el día  
Donde he de conocer que me olvidaste?

¿Y que permita amor que yo le vea?

Primero que esto sea,  
Primero que tu blanco hermoso cuello  
Esté de ajenos brazos rodeado,  
Primero que el dorado,  
Oro es mejor decir, de tu cabello  
A Daranio enriquezca,  
Con fenecer mi vida el mal fenezca.

Nadie por fe te tuvo merecida  
Mejor que yo, mas veo que es fe muerta

La que con obras no se manifiesta;

Si se estimara el entregar la vida  
Al dolor cierto y á la gloria incierta,

Pudiera yo esperar alegre fiesta;

Mas no se admite en esta

Cruda ley que amor usa, el buen deseo,  
Pues es proverbio antiguo entre amadores,  
Que son obras amores,

Y yo que por mi mal sólo poseo

La voluntad de hacellas,

¿Qué no me ha de faltar, faltando en ellas?

En ti pensaba yo que se rompiera

Esta ley del avaro amor usada,

Pastora, y que los ojos levantaras

A una alma de la tuya prisionera,  
Y á tu propio querer tan ajustada,  
Que si la conocieras la estimaras:  
Pensé que no trocaras  
Una fe que dió muestras de tan buena,  
Por una que quilata sus deseos  
Con los vanos arreos  
De la riqueza de cuidados llena ;  
Entregásete al oro  
Por entregarme á mí continuo al lloro.

Abatida pobreza, causadora  
Deste dolor que me atormenta el alma,  
Aquel te loa que jamás te mira:  
Turbóse en ver tu rostro mi pastora,  
A su amor tu aspereza puso en calma,  
Y así por no encontrarte, el pie retira,  
Mal contigo se aspira  
A conseguir intentos amorosos ;  
Tú derribas las altas esperanzas,  
Y siembras mil mudanzas  
En mujeriles pechos codiciosos ;  
Tú jamás perficionas  
Con amor el valor de las personas.

Sol es el oro, cuyos rayos ciegan  
La vista más aguda, si se ceba  
En la vana apariencia del provecho.  
A liberales manos no se niegan  
Las que gustan de hacer notoria prueba  
De un blando, codicioso, hermoso pecho.  
Oro tuerce el derecho  
De la limpia intención y fe sincera,  
Y más que la firmeza de un amante  
Acaba un diamante,  
Pues su dureza vuelve un pecho cera  
Por más duro que sea,  
Pues se le da con él lo que desea.

De ti me pesa, dulce mi enemiga,  
Que tantas tuyas puras perfecciones

Con una avara muestra has afeado:  
Tanto del oro te mostraste amiga,  
Que echaste á las espaldas mis pasiones,  
Y al olvido entregaste mi cuidado.  
En fin, ¡ que te has casado!  
¡ Casádotte has, pastora! El cielo haga  
Tan buena tu elección como querrias,  
Y de las penas mías  
Injustas, no recibas justa paga.  
Mas ¡ ay! que el cielo amigo  
Da premio á la virtud, y al mal castigo.

Aquí dió fin á su canto el lastimado Mireno con muestras de tanto dolor, que le causó á todos los que le escuchaban, principalmente á los que le conocían y sabían sus virtudes, gallarda disposición y honroso trato. Y después de haber dicho entre los pastores algunos discursos sobre la extraña condición de las mujeres, en especial sobre el casamiento de Silveria, que olvidada del amor y bondad de Mireno, á las riquezas de Daranio se había entregado, deseosos de que Silerio diese fin á su cuento, puesto silencio á todo, sin ser menester pedírselo, él comenzó á seguir, diciendo: Llegando, pues, el día del riguroso trance, habiéndose quedado Nísida media legua antes de la villa en unos jardines como conmigo habla concertado, con excusa que dió á sus padres de no hallarse bien dispuesta, al partirme della me encargó la brevedad de mi tornada, con la señal de la toca, porque en traerla ó no, ella entendiese el bueno ó el mal suceso de Timbrio. Tornéselo á prometer, agraviándome de que tanto me lo encargase. Y con esto me despedí della y de su hermana, que con ella se quedaba. Y llegado al puesto del combate, y llegada la hora de comenzarle, después de haber hecho los padrinos de entrambos las ceremonias y amonestaciones que en tal caso se requieren, puestos los dos caballeros en la

estacada, al temeroso son de una ronca trompeta se acometieron con tanta destreza y arte, que causaba admiración en quien los miraba. Pero el amor, ó la razón, que es lo más cierto, que á Timbrio favorecía, le dió tal esfuerzo, que aunque á costa de algunas heridas, en poco espacio puso á su contrario de suerte, que teniéndole á sus pies herido y desangrado, le importunaba que si quería salvar la vida, se rindiese; pero el desdichado Pransiles le persuadía que le acabase de matar, pues le era más fácil á él y de menos daño pasar por mil muertes, que rendirse una; mas el generoso ánimo de Timbrio es de manera, que ni quiso matar á su enemigo, ni menos que se confesase por rendido: sólo se contentó con que dijese y conociese que era tan bueno Timbrio como él; lo cual Pransiles confesó de buena gana, pues hacía en esto tan poco, que sin verse en aquel término pudiera muy bien decirlo. Todos los circunstantes que entendieron lo que Timbrio con su enemigo había pasado, lo alabaron y estimaron en mucho. Y apenas habe yo visto el feliz suceso de mi amigo, cuando con alegría increíble y presta ligereza volví á dar las nuevas á Nísida. Pero ¡ay de mí! que el descuido de entonces me ha puesto en el cuidado de agora. ¡Oh memoria, memoria mía! ¿Por qué no la tuviste para lo que tanto me importaba? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura, que el principio de aquella alegría fuese el remate y fin de todos mis contentos. Yo volví á ver á Nísida con la presteza que he dicho, pero volví sin ponerme la blanca toca al brazo. Nísida, que con crecido deseo estaba esperando y mirando desde unos altos corredores mi tornada, viéndome volver sin la toca, entendió que algún siniestro revés á Timbrio había sucedido, y creyólo y sintiólo de manera, que sin ser parte otra cosa, faltándole todos los espíritus, cayó en el suelo con tan extraño desmayo, que todos por muerta la tu-

vieron: cuando ya yo llegué, hallé toda la gente de su casa alborotada, y á su hermana haciendo mil extremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nísida. Cuando yo la vi en tal estado, creyendo firmemente que era muerta, y viendo que la fuerza del dolor me iba sacando de sentido, temeroso que estando fuera dél no diese ó descubriese algunas muestras de mis pensamientos, me salí de la casa, y poco á poco volví á dar las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero como me hubiesen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo, y alma, no fueron tan ligeros mis pasos, que no lo hubiesen sido más otros que la triste nueva á los padres de Nísida llevasen, certificándoles cierto, que de un agudo parasismo había quedado muerta. Debió de oír esto Timbrio; y debió quedar cual yo quedé, si no quedó peor: sólo sé decir que cuando llegué á do pensaba hallarle, era ya algo anochecido, y supe de uno de sus padrinos que con el otro y por la posta se había partido á Nápoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido y deshonorado salido hubiera. Luego imaginé yo lo que ser podía, y púseme luego en camino para seguirlo: y antes que á Nápoles llegase, tuve nuevas ciertas de que Nísida no era muerta, sino que le había dado un desmayo que le duró veinte y cuatro horas, al cabo de las cuales había vuelto en sí con muchas lágrimas y suspiros.

Con la certidumbre desta nueva me consolé, y con más contento llegué á Nápoles, pensando hallar allí á Timbrio; pero no fué así, porque el caballero con quien él había venido me certificó que en llegando á Nápoles se partió sin decir cosa alguna, y que no sabía á qué parte; sólo imaginaba que según le vió triste y melancólico después de la batalla, que no podía creer sino que á desesperarse hubiese ido. Nuevas fueron éstas que me tornaron á mis primeras lágrimas, y aun no contenta mi ventura con

esto, ordenó que al cabo de pocos días llegasen á Nápoles los padres de Nísida, sin ella y sin su hermana, las cuales, según supe y según era pública voz, entrambas á dos se habían ausentado una noche, viniendo con sus padres á Nápoles, sin que se supiese de ellas nueva alguna. Tan confuso quedé con esto que no sabía qué hacerme ni decirme: y estando puesto en esta confusión tan extraña, vine á saber, aunque no muy cierto, que Timbrio en el puerto de Gaeta en una gruesa nave que para España iba se había embarcado, y pensando que podría ser verdad, me vine luego á España, y en Jerez y en todas las partes que imaginé que podría estar, lo he buscado sin hallar dél rastro alguno: finalmente he venido á la ciudad de Toledo, donde están todos los parientes de los padres de Nísida, y lo que he alcanzado á saber es, que ellos se vuelven á Toledo sin haber sabido nuevas de sus hijas. Viéndome, pues, yo ausente de Timbrio, ajeno de Nísida, y considerando que ya que los hallase, ha de ser para gusto suyo y perdición mía; cansado ya y desengañado de las cosas deste falso mundo en que vivimos, he acordado de volver el pensamiento á mejor norte, y gastar lo poco que de vivir me queda, en servicio del que estima los deseos y las obras en el punto que merecen; y así he escogido este hábito que veis, y la ermita que habéis visto, donde en dulce soledad reprima mis deseos y encamine mis obras á mejor paradero: puesto que como viene de tan atrás la corrida de las malas inclinaciones que hasta aquí he tenido, no son tan fáciles de parar, que no trascorran algo, y vuelva la memoria á combatirme, representándome las pasadas cosas; y cuando en estos puntos me veo, al son de aquella arpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el cielo le tenga y se acuerde de llamarme á mejor vida.

Este es, pastores, el suceso de mi desventura; y si he sido largo en contárosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me dejéis volver á mi ermita, porque aunque vuestra compañía me es agradable, he llegado á términos que ninguna cosa me da más gusto que la soledad; y de aquí entenderéis la vida que paso, y el mal que sustento. Acabó con esto Silerio su cuento; pero no las lágrimas con que muchas veces le había acompañado. Los pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damañ y Tirsi, los cuales con muchas razones le persuadieron á no perder la esperanza de ver á su amigo Timbrio con más contento que él sabría imaginar, pues no era posible sino que tras tanta fortuna aserenase el cielo, del cual se debía esperar que no consentiría que la falsa nueva de la muerte de Nísida, á noticia de Timbrio con más verdadera relación no viniese antes que la desesperación le acabase; y que de Nísida se podía creer y conjeturar, que por ver á Timbrio ausente se habría partido en su busca; y que si entonces la fortuna por tan extraños accidentes los había apartado, agora por otros no menos extraños sabría juntarlos. Todas estas razones y otras muchas que le dijeron le consolaron algo, pero no de manera que despertasen la esperanza de verse en la vida más contenta, ni aun él la procuraba, por parecerle que la que había escogido era la que más le convenía. Gran parte era ya pasada de la noche, cuando los pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el día quedaba, en el cual se habían de celebrar las bodas de Daranio y Silveria. Pero apenas había dejado la blanca aurora el enfadoso lecho del celoso marido, cuando dejaron los suyos todos los más pastores del aldea, y cada cual como mejor pudo, comenzó por su parte á regocijar la fiesta. Cuál trayendo verdes ramos para adornar la puerta

de los desposados, y cuál con su tamborino y flauta les daba la madrugada; acullá se oía la regocijada gaita, acá sonaba el acordado rabel, allí el antiguo salterio, aquí los cursados albugues; quién con coloradas cintas adornaba sus castañetas para los esperados bailes, quién pulía y repulía sus rústicos aderezos para mostrarse galán á los ojos de alguna su querida pastorcilla, de modo que por cualquier parte de la aldea que se fuese, todo sabía á contento, placer y fiesta. Sólo el triste y desdichado Mireno era aquel á quien todas estas alegrías causaban suma tristeza; el cual habiéndose salido del aldea por no ver hacer sacrificio de su gloria, se subió en una costezuela que junto al aldea estaba; y allí sentándose al pie de un antiguo fresno, puesta la mano en la mejilla, y la caperuza encajada hasta los ojos, que en el suelo tenía clavados, comenzó á imaginar el desdichado punto en que se hallaba, y cuán sin poderlo estorbar, ante sus ojos había de ver coger el fruto de sus deseos; y esta consideración le tenía de suerte, que lloraba tan tierna y amargamente, que ninguno en tal trance le viera que con lágrimas no le acompañara.

A esta sazón, Damon y Tirsi, Elicio y Erastro, se levantaron, y asomándose á una ventana que al campo salía, lo primero en quien pusieron los ojos fué en el lastimado Mireno, y en verle de la suerte que estaba, conocieron bien el dolor que padecía; y movidos á compasión, determinaron todos de ir á consolarle, como lo hicieran, si Elicio no les rogara que le dejaran ir solo, porque imaginaba que por ser Mireno tan amigo suyo, con él, más abiertamente que con otro, su dolor comunicaría. Los pastores se lo concedieron, y yendo allá Elicio, hallóle tan fuera de sí, y tan en su dolor transportado, que ni le conoció Mireno, ni le habló palabra; lo cual visto por Elicio, hizo señal á los demás pastores que viniesen; los cuales temiendo algún

extraño accidente á Mireno sucedido, pues Elicio con priesa los llamaba, fueron luego allá, y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fijo en el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno que una estatua semejaba, pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirsi, Damon y Erastro no volvió de su extraño embelesamiento, sino fué, que á cabo de un buen espacio de tiempo, casi como entre dientes, comenzó á decir: ¿Tú eres, Silveria, Silveria? Si tú lo eres, yo no soy Mireno, y si soy Mireno, tú no eres Silveria; porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, ó Mireno sin Silveria: pues ¿quién soy yo, desdichado? O ¿quién eres tú, desconocida? Yo bien sé que no soy Mireno, porque tú no has querido ser Silveria, á lo menos la Silveria que ser debías y yo pensaba que fueras.

A esta sazón alzó los ojos, y como vió alrededor de sí los cuatro pastores, y conoció entre ellos á Elicio, se levantó, y sin dejar su amargo llanto, le echó los brazos al cuello, diciéndole: ¡Ay verdadero amigo mío! y cómo agora no tendrás ocasión de envidiar mi estado, como le envidiabas cuando de Silveria me veías favorecido: pues si entonces me llamaste venturoso, agora puedes llamarme desdichado; y trocar todos los títulos alegres que en aquel tiempo me dabas, en los de pesar que agora puedes darme: yo sí que te podré llamar dichoso, Elicio, pues te consuela más la esperanza que tienes de ser querido, que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado. Confuso me tienes, oh Mireno, respondió Elicio, de ver los extremos que haces por lo que Silveria ha hecho, sabiendo que tiene padres, á quien ha sido justo haber obedecido. Si ella tuviera amor, replicó Mireno, poco inconveniente era la obligación de los padres para dejar de cumplir con lo que el amor debía; de do vengo á considerar, oh Elicio, que si me quiso bien, hizo mal en casarse; y si fué fingido el amor que me mostraba,

hizo peor en engañarme, y ofrecirme el desengaño á tiempo que no puede aprovecharme, si no es con dejar en sus manos la vida. No está en término la tuya, Mireno, replicó Elicio, que tengas por remedio el acabarla, pues podría ser que la mudanza de Silveria no estuviese en la voluntad, sino en la fuerza de la obediencia de sus padres; y si tú la quisiste limpia y honestamente doncella, también la puedes querer agora casada, correspondiendo ella agora como entonces á tus buenos y honestos deseos. Mal conoces á Silveria, Elicio, respondió Mireno, pues imaginas della que ha de hacer cosa de que pueda ser notada. Esta misma razón que has dicho te condena, respondió Elicio, pues si tú, Mireno, sabes de Silveria, que no hará cosa que mal le esté, en la que ha hecho no debe de haber errado. Si o ha errado, respondió Mireno, ha acertado á quitarme todo el buen suceso que de mis buenos pensamientos esperaba; y sólo en esto la culpa, que nunca me advirtió deste daño, antes temiéndome dél, con firme juramento me aseguraba que eran imaginaciones mías, y que nunca á la suya había llegado pensar con Daranio casarse, ni se casaría, sin conmigo no, con él ni con otro alguno, aunque aventurara en ello quedar en perpetua desgracia con sus padres y parientes: y debajo deste seguro y prometimiento faltar y romper la fe agora de la manera que has visto, ¿qué razón hay que tal consienta, ó que corazón que tal sufra? Aquí tornó Mireno á renovar su llanto, y aquí de nuevo le tuvieron lástima los pastores. A este instante llegaron dos zagales adonde ellos estaban, que el uno era pariente de Mireno, y el otro criado de Daranio, que á llamar á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro venían, porque las fiestas de su desposorio querían comenzarse. Pesábales á los pastores de dejar solo á Mireno, pero aquel pastor su pariente se ofreció á quedar con él; y aún Mireno dijo á Elicio que se quería ausentar de

aquella tierra, por no ver cada día á los ojos la causa de su desventura. Elicio le loó su determinación, y le encargó que doquiera que estuviese le avisase de cómo le iba. Mireno se lo prometió; y sacando del seno un papel, le rogó que en hallando comodidad se le diese á Silveria. Y con todo se despidió de todos los pastores, no sin muestra de mucho dolor y tristeza: el cual no se hubo bien apartado de su presencia, cuando Elicio, deseoso de saber lo que en el papel venía, viendo que pues estaba abierto, importaba poco leerle, le descogió, y convidando á los otros pastores á escucharle, vió que en él venían escritos estos versos:

## MIRENO A SILVERIA

El pastor que te ha entregado  
 Lo más de cuanto tenía,  
 Pastora, agora te envía  
 Lo menos que le ha quedado,  
 Que es este pobre papel,  
 Adonde claro verás  
 La fe que en ti no hallarás,  
 Y el dolor que queda en él,  
 Pero poco acaso hace  
 Darte desto cuenta estrecha,  
 Si mi fe no me aprovecha  
 Y mi mal te satisface:  
 No pienses que es mi intención  
 Quejarme porque me dejas;  
 Que llegan tarde las quejas  
 De mi temprana pasión.  
 Tiempo fué ya que escucharas  
 El cuento de mis enojos,  
 Y aun si lloraran mis ojos,  
 Las lágrimas enjugaras:  
 Entonces era Mireno  
 El que era de ti mirado.

Mas ¡ay, cómo te has trocado,  
Tiempo bueno, tiempo bueno!

Si durara aquel engaño,  
Templárase mi disgusto,  
Pues más vale un falso gusto,  
Que un notorio y cierto daño;  
Pero tú, por quien se ordena  
Mi terrible mal andanza,  
Has hecho con tu mudanza  
Falso el bien, cierta la pena.

Tus palabras lisonjeras  
Y mis crédulos oídos  
Me han dado bienes fingidos,  
Y males que son de veras:  
Los bienes con su apariencia  
Crecieron mi sanidad;  
Los males con su verdad  
Han doblado mi dolencia.

Por esto juzgo y discierno  
Por cosa cierta y notoria,  
Que tiene el amor su gloria  
A las puertas del infierno:  
Y que un desdén acarrea  
Y un olvido en un momento  
Desde la gloria al tormento,  
Al que en amar no se emplea.

Con tanta presteza has hecho  
Este mudamiento extraño,  
Que estoy ya dentro del daño  
Y no salgo del provecho.  
Porque imagino que ayer  
Era cuando me querías,  
O á lo menos lo fingías,  
Que es lo que se ha de creer.

Y el agradable sonido  
De tus palabras sabrosas  
Y razones amorosas  
Aun me suena en el oído.

Estas memorias süaves  
Al fin me dan más tormento,  
Pues tus palabras el viento  
Llevó, y las obras quien sabes.

¿Eras tú la que jurabas  
Que se acabasen tus días,  
Si á Mireno no querías  
Sobre todo cuanto amabas?

¿Eras tú, Silveria, quien  
Hizo de mí tal caudal,  
Que siendo todo tu mal,  
Me tenías por tu bien?

¡ Oh, qué títulos te diera  
De ingrata, como mereces,  
Si como tú me aborreces,  
También yo te aborreciera!  
Mas no puedo aprovecharme  
Del mediq de aborrecerte,  
Qué estimo más el quererte  
Que tú has hecho el olvidarme.

Triste gemido á mi canto  
Ha dado tu mano fiera,  
Invierno á mi primavera,  
Y á mi risa amargo llanto;  
Mi gasajo ha vuelto en luto,  
Y de mis blandos amores  
Cambió en abrojos las flores,  
Y en veneno el dulce fruto.

Y aun dirás, y esto me daña,  
Que es el haberte casado,  
Y el haberme así olvidado,  
Una honesta honrosa hazaña.  
Disculpa fuera admitida,  
Si no te fuera notorio  
Que estaba en tu desposorio  
El fin de mi triste vida.

Mas en fin tu gusto fué  
Gusto, pero no fué justo,

Pues con premio tan injusto  
Pagó mi inviolable fe:  
La cual por ver que se ofrece  
De mostrar la fe que alcanza,  
Ni la muda tu mudanza,  
Ni mi mal la desfallece.

Quien esto vendrá á entender  
Cierto estoy que no se asombre,  
Viendo al fin que yo soy hombre,  
Y tú, Silveria, mujer,  
Adonde la ligereza  
Hace de continuo asiento,  
Y adonde en mí el sufrimiento  
Es otra naturaleza.

Ya te contemplo casada,  
Y de serlo arrepentida,  
Porque ya es cosa sabida  
Que no estarás firme en nada:  
Procura alegre llevarlo  
El yugo que echaste al cuello,  
Que podrás aborrecello,  
Y no podrás desecharlo.

Mas eres tan inhumana  
Y de tan mudable ser,  
Que lo que quisiste ayer,  
Has de aborrecer mañana:  
Y así por extraña cosa  
Dirá aquel que de ti hable:  
Hermosa, pero mudable;  
Mudable, pero hermosa.

No parecieron mal los versos de Mireno á los pastores, sino la ocasión á que se habían hecho, considerando con cuánta presteza la mudanza de Silveria le había traído á punto de desamparar al amada patria y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mesmo le sucediese. Entrados, pues, en el aldea, y llegados adonde Da-

ranio y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre y regocijadamente, cuanto en las riberas del Tajo en muchos tiempos se había visto: que por ser Daranio uno de los más ricos pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las hermosas pastoras de toda la ribera, acudieron á sus bodas toda ó la más pastoria de aquellos contornos, y así se hizo una célebre junta de discretos pastores y hermosas pastoras; y entre los que á los demás en muchas y diversas habilidades se aventajaron fueron el triste Orompo y el celoso Orfenio, el ausente Crisio y el desamado Marsilio, mancebos todos, y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea, y al celoso Orfenio la insufrible rabia de los celos, siendo enamorado de la hermosa pastora Eandra; el ausente Crisio al verse apartado de Claraura, bella y discreta pastora á quien él por único bien suyo tenía; y al desesperado Marsilio el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba. Eran todos amigos y de una misma aldea, y la pasión del uno el otro no la ignoraba; antes en dolorosa competencia muchas veces se habían juntado á encarecer cada cual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar como mejor podía, que su dolor á cualquier otro se aventajaba, teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado; y tenían todos tal ingenio, ó por mejor decir, tal dolor padecían, que como quiera que le significasen, mostraban ser el mayor que imaginarse podía: por estas disputas y competencias eran famosos y conocidos en toda la ribera del Tajo, y habían puesto deseo á Tirsi y á Damon de conocerlos; y viéndolos allí juntos, unos á otros se hicieron corteses y agradables recibimientos, principalmente todos con admiración miraban á los dos pastores Tirsi y Damon, hasta allí dellos solamente por fama conocidos.

A esta sazón salió el rico pastor Daranio á la serrana vestido: traía camisa alta de cuello plegado; almilla de frisa, sayo verde escotado, zaragüelles de delgado lienzo, antiparras azules; zapato redondo, cinto tachonado, y de la color del sayo una cuartada caperuza.

No menos salió bien aderezada su esposa Silveria porque venía con saya y cuerpos leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argentería, invención de Galatea y Florisa que la vistieron, garbín turquesado con fluecos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos, y sortija de oro, y sobre todo su belleza, que más que todo la adornaba. Salió tras ella la sin par Galatea, como sol tras el aurora, y su amiga Florisa, con otras muchas y hermosas pastoras que por honrar las bodas á ellas habían venido, entre las cuales también iba Teolinda con cuidado de hurtar el rostro á los ojos de Damon y Tirsi por no ser dellos conocida: y luego las pastoras, siguiendo á los pastores que guiaban, al son de muchos pastoriles instrumentos, hacia el templo se encaminaron: en el cual espacio le tuvieron Elicio y Erastro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que durara aquel camino más que la larga peregrinación de Ulises; y con el contento de verla iba tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio le dijo: ¿Qué miras, pastor, si á Galatea no miras? Pero ¿cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello y el mármol de su pecho? Todo eso he podido ver, oh Erastro, respondió Elicio, y ninguna cosa de cuantas has dicho es causa de mi tormento, sino es la aspereza de su condición, que si no fuera tal como tú sabes, todas las gracias y bellezas que



lo malo nos parece bueno, y lo bueno malo, y así amamos lo uno, y aborrecemos lo otro, y este tal amor no merece premio, sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho, oh Erastro, que si tú quieres y amas la hermosura de Galatea, con intención de gozarla, y en esto para el fin de tu deseo sin pasar adelante á querer su virtud, su acrecentamiento de fama, su salud, su vida y bienes, entiendo que no amas como debes, ni debes ser remunerado como quieres. Quisiera Erastro replicar á Elicio, y darle á entender cómo no entendía bien del amor con que á Galatea amaba; pero estorbólo el son de la zampoña del desamorado Lenio, el cual quiso también hallarse á las bodas de Daranio, y regocijar la fiesta con su canto; y así puesto delante de los desposados, en tanto que al templo llegaban, al son del rabel de Eugenio estos versos fué cantando:

## LENIO

Desconocido, ingrato Amor, que asombras  
 A veces los gallardos corazones;  
 Y con vanas figuras, vanas sombras,  
 Pones al alma libre mil prisiones:  
 Si de ser dios te precias, y te nombras  
 Con tan subido nombre, no perdones  
 Al que rendido al lazo de himeneo  
 Rindiere al nuevo nudo su deseo.

En conservar la ley pura y sincera  
 Del santo matrimonio pon tu fuerza,  
 Descoge en este campo tu bandera,  
 Haz á tu condición en esto fuerza:  
 ¡Qué bella flor, qué dulce fruto espera  
 Por pequeño trabajo el que se esfuerza  
 A llevar este yugo como debe,  
 Que aunque parece carga, es carga leve!  
 Tú puedes, si te olvidas de tus hechos  
 Y de tu condición tan desabrida,

Hacer alegres tálamos y lechos  
Do el yugo conyugal á dos anida:  
Enciértrate en sus almas y en sus pechos  
Hasta que acabe el curso de su vida,  
Y vayan á gozar, como se espera,  
De la agradable eterna primavera.

Deja las pastoriles cabañuelas,  
Y al libre pastorcillo hacer su oficio,  
Vuela más alto ya, pues tanto vuelas,  
Y aspira á mejor grado y ejercicio:  
En vano te fatigas y desvelas  
En hacer de las almas sacrificio,  
Si no las rindes con mejor intento  
Al dulce de himeneo ayuntamiento.

Aquí puedes mostrar la poderosa  
Mano de tu poder maravilloso,  
Haciendo que la nueva tierna esposa  
Quiera, y que sea querida de su esposo,  
Sin que aquella infernal rabia celosa  
Les turbe su contento y su reposo,  
Ni el desdén sacudido y zahareño  
Les prive del sabroso y dulce sueño.

Mas si, pérfido Amor, nunca escuchadas  
Fueron de ti plegarias de tu amigo,  
Bien serán estas más desechadas,  
Que te soy y seré siempre enemigo:  
Tu condición, tus obras mal miradas,  
De quien es todo el mundo buen testigo,  
Hacen que yo no espere de tu mano  
Contento alegre, venturoso y sano.

Ya se maravillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de ver con cuánta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamándole dios y de mano poderosa; cosa que jamás le habían oído decir: mas habiendo oído los versos con que acabó su canto, no pudieron dejar de reirse, porque ya les pareció que se iba colerizando, y que si ade-

lante en su canto pasara, él pusiera el amor como otras veces solia; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y así llegados al templo y hechas en él por los sacerdotes las acostumbradas ceremonias, Daranio y Silveria quedaron en perpetuo y estrecho nudo ligados, no sin envidia de muchos que los miraban, ni dolor de algunos que la hermosura de Silveria codiciaban; pero todo dolor sobrepusiera el que sintiera el sin ventura Mireno, si á este espectáculo se hallara presente. Vuelos, pues, los desposados del templo con la misma compañía que habían llevado, llegaron á la plaza de la aldea, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer públicamente demostración de sus riquezas, haciendo á todo el pueblo un generoso y suntuoso convite. Estaba la plaza tan enramada, que una hermosa verde floresta parecía, entretejidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del sol en todo aquel circuito no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con muchas espadañas y con mucha diversidad de flores se mostraba. Allí, pues, con general contento de todos se solemnizó el generoso banquete al son de muchos pastoriles instrumentos sin que diesen menos gusto que el que suelen dar las acordadas músicas que en los reales palacios se acostumbran; pero lo que más autorizó la fiesta, fué ver que en alzándose las mesas, en el mismo lugar con mucha presteza hicieron un tablado, para efeto de que los cuatro discretos y lastimados pastores Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, que por honrar las bodas de su amigo Daranio, y por satisfacer el deseo que Tirsi y Damon tenían de escucharles, querían allí en público recitar una égloga, que ellos mismos de la ocasión de sus mismos dolores habían compuesto. Acomodados, pues, en sus asientos todos los pastores y pastoras que allí estaban, después que la zampoña de Erastro, y la

lira de Lenio y los otros instrumentos hicieron prestar á los presentes un sosegado y maravilloso silencio, el primero que se mostró en el humilde teatro fué el triste Orompo con un pellico negro vestido, y un cayado de amarillo boj en la mano, el remate del cual era una fea figura de la muerte: venía con hojas de funesto ciprés coronado, insinias todas de la tristeza que en él reinaba por la inmadura muerte de su querida Listea; y después que con triste semblante los llorosos ojos á una y á otra parte hubo tendido, con muestras de infinito dolor y amargura rompió el silencio con semejantes razones:

#### OROMPO

Salid de lo hondo del pecho cuitado,  
 Palabras sangrientas con muerte mezcladas,  
 Y si los suspiros os tienen atadas,  
 Abrid y romped el siniestro costado:  
 El aire os impide, que está ya inflamado  
 Del fiero veneno de vuestros acentos,  
 Salid, y siquiera os lleven los vientos,  
 Que todo mi bien también me han llevado.

Poco perderéis en veros perdidas,  
 Pues ya os ha faltado el alto sujeto,  
 Por quien en estilo grave y perfeto  
 Hablábades cosas de punto subidas:  
 Notadas un tiempo y bien conocidas  
 Fuisteis por dulces, alegres, sabrosas,  
 Agora por triste, amargas, llorosas,  
 Seréis de la tierra y del cielo tenidas.

Pero aunque salgáis, palabras, temblando,  
 ¿Con cu'les podréis decir lo que siento,  
 Si es incapaz mi fiero tormento  
 De irse cual es al vivo pintando?  
 Mas ¡ay, que me falta el cómo y el cuándo  
 De significar mi pena y mi mengua!

Aquello que falta y no puede la lengua,  
Suplan mis ojos contino llorando.

¡Oh muerte, que atajas y acortas el hilo  
De mil pretensiones gustosas humanas,  
Y en un volver de ojos las sierras allanas,  
Y haces iguales á Henares y al Nilo!

¿Por qué no templaste, traidora, el estilo  
Tuyo cruel? ¿Por qué á mi despecho  
Probaste en el blanco y más lindo pecho,  
De tu fiero alfanje la furia y el filo?

¿En qué te ofendían, oh falsa, los años  
Tan tiernos y verdes de aquella cordera?  
¿Por qué te mostraste con ella tan fiera?  
¿Por qué en el suyo creciste mis daños?  
¡Oh mi enemiga y amiga de engaños!  
De mí, que te busco, te escondes y ausentas,  
Y quieres y trabas razones y cuentas  
Con el que más teme tus males tamaños.

En años maduros tu ley tan injusta  
Pudiera mostrar su fuerza crecida,  
Y no descargar la dura herida.  
En quien del vivir ha poco que gusta:  
Mas esa tu hoz que todo lo ajusta,  
Ni mando ni ruego jamás la doblega,  
Así con rigor la flor tierna siega  
Como la caña fludosa y robusta.

Cuando á Listea del suelo quitaste,  
Tu ser, tu valor, tu fuerza, tu brío,  
Tu ira, tu mando y tu señorío  
Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.  
Llevando á Listea, también te llevaste  
La gracia, el donaire, belleza y cordura  
Mayor de la tierra, y en su sepultura  
Este bien todo con ella encerraste.

Sin ella en tiniebla perpetua ha quedado  
Mi vida penosa, que tanto se alarga,  
Que es insufrible á mis hombros su carga,  
Que es muerte la vida del que es desdichado:

Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,  
 Ni espero en el tiempo, ni espero en el cielo,  
 Ni tengo de quién espere consuelo,  
 Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.

¡ Oh, vos que sentís qué cosa es dolores!  
 Venid y tomad consuelo en los míos,  
 Que en viendo su ahinco, sus fuerzas, sus bríos,  
 Veréis que los vuestros son mucho menores:  
 ¿ Do estáis agora, gallardos pastores?  
 ¿ Crisio, Marsilio y Orfenio, qué hacéis?  
 ¿ Por qué no venís? ¿ Por qué no tenéis,  
 Por más que los vuestros, mis daños mayores?

Mas ¿ quién es aquel que asoma y que quiebra  
 Por la encrucijada de aqueste sendero?  
 Marsilio es sin duda, de amor prisionero,  
 Belisa es la causa á quien siempre celebra;  
 A éste le roe la fiera culebra  
 Del crudo desdén el pecho y el alma,  
 Y pasa su vida en tormenta sin calma,  
 Y aun no es cual la mía su suerte tan negra.

El piensa que el arma, que el alma le aqueja,  
 Es más que el dolor de mi desventura,  
 Aquí será bien que entre esta espesura  
 Me esconda por ver si acaso se queja.  
 Mas ¡ ay! que á la pena que nunca me deja,  
 Pensar igualarla es gran desatino,  
 Pues abre la senda y cierra el camino  
 Al mal que se acerca, y al bien que se aleja.

## MARSILIO

Pasos que al de la muerte  
 Me lleváis paso á paso,  
 Forzoso he de acusar vuestra pereza  
 Seguid tan dulce suerte,  
 Que en este amargo paso  
 Está mi bien, y en vuestra ligereza.  
 Mirad que la dureza

De la enemiga mía  
En el airado pecho  
Contrario á mi provecho,  
En su entereza está cual ser solla;  
Huigamos, si es posible,  
Del áspero rigor suyo terrible.

¿A qué apartado clima,  
A qué región incierta  
Iré á vivir, que pueda asegurarme  
Del mal que me lastima,  
Del ansia triste y cierta,  
Que no se ha de acabar hasta acabarme?  
Ni estar quedo, ó mudarme  
A la arenosa Libia,  
O al lugar donde habita  
El fiero y blanco escita,  
Un solo punto mi dolor alivia;  
Que no está mi contento  
En hacer de lugares mudamiento.

Aquí y allí me alcanza  
El desdén riguroso  
De la sin par cruel pastora mía,  
Sin que amor ni esperanza  
Un término dichoso  
Me pueda prometer en tal porfía  
Belisa, luz del día,  
Gloria de la edad nuestra,  
Si valen ya contigo  
Kuegos de un firme amigo,  
Templa el rigor airado de tu diestra,  
Y el fuego deste mío  
Pueda en tu pecho deshacer el frío.

Mas sorda á mi lamento,  
Más implacable y fiera  
Que á la voz del cansado marinero  
El riguroso viento,  
Que el mar turba y altera,  
Y amenaza á la vida el fin postrero:

Mármol, diamante, acero,  
Alpestre y dura roca,  
Robusta, antigua encina,  
Roble que nunca inclina  
La altiva rama al cierzo que le toca,  
Todo es blando y süave  
Comparado al rigor que en tu alma cabe.

Mi duro amargo hado,  
Mi inexorable estrella,  
Mi voluntad que todo lo consiente,  
Me tienen condenado,  
Belisa ingrata y bella,  
A que te sirva y ame eternamente:  
Aunque tu hermosa frente  
Con riguroso ceño,  
Y tus serenos ojos  
Me anuncien mil enojos,  
Serás desta alma conocido dueño,  
En tanto que en el suelo  
La cubriere mortal corpóreo velo.

¿Hay bien que se le iguale  
Al mal que me atormenta?  
¿Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?  
El uno y otro sale  
De toda humana cuenta,  
Y aun yo sin ella en viva muerte vivo:  
En el desdén avivo  
Mi fe, y allí se enciende  
Con el helado frío:  
Mirad qué desvarío,  
Y el dolor desusado que me ofende,  
Y si podrá igualarse  
Al mal que más quisiere aventajarse.  
¿Mas quién es el que mueve  
Las ramas intrincadas  
Deste acopado mirto y verde asiento?

## OROMPO

Un pastor que se atreve,  
Con razones fundadas  
En la pura verdad de su tormento,  
Mostrar que el sentimiento  
De su dolor crecido  
Al tuyo se aventaja,  
Por más que tú lo estimes,  
Levantes y sublimes.

## MARSILIO

Vencido quedarás en tal baraja,  
Orompo, fiel amigo,  
Y tú mismo serás dello testigo.  
Si de las ansias mías,  
Si de mi mal insano,  
La más mínima parte conocieras,  
Cesaran tus porfías,  
Orompo, viendo llano,  
Que tú penas de burla, y yo de veras.

## OROMPO

Haz, Marsilio, quimeras  
De tu dolor extraño;  
Y al mío menoscaba,  
Que la vida me acaba:  
Que yo espero sacarte deste engaño,  
Mostrando al descubierto  
Que el tuyo es sombra de mi mal, que es cierto:  
Pero la voz sonora  
De Crisio oigo que suena,  
Pastor que en la opinión se te parece:  
Escuchémosle ahora,  
Que su cansada pena  
No menos que la tuya se engrandece.

## MARSILIO

Hoy el tiempo me ofrece  
Lugar y coyuntura,  
Donde pueda mostraros  
A entrambos, y enteraros  
De que sola la mía es desventura.

## OROMPO

Atiende ahora, Marsilio,  
La voz de Crisio y lamentable estilo.

## CRISIO

¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!  
¡Cuán fuera debió estar de conocerte  
El que igualó tu fuerza y violencia  
Al poder invencible de la muerte!  
Que cuando con mayor rigor sentencia,  
¿Qué puede más su limitada suerte  
Que deshacer el fiudo y recia liga,  
Que á cuerpo y alma estrechamente liga?  
Tu duro alfanje á mayor mal se extiende,  
Pues un espíritu en dos mitades parte.  
¡Oh milagros de amor que nadie entiende;  
Ni se alcanza por ciencia ni por arte,  
Que deje su mitad con quien la entiende  
Allá mi alma, y traiga acá la parte  
Más frágil, con la cual más mal me siente,  
Que estar mil veces de la vida ausente!  
Ausente estoy de aquellos ojos bellos  
Que serenaban la tormenta mía,  
Ojos, vida de aquel que pudo vellos,  
Si de allí no pasó la fantasía;  
Que verlos y pensar de merecellos  
Es loco atrevimiento y demasia:

Yo los vi, desdichado, y no los veo,  
Y márame de verlos el deseo.

Deseo, y con razón, ver dividida  
(Por acortar el término á mi daño)  
Esta antigua amistad, que tiene unida  
Mi alma al cuerpo con amor tamaño,  
Que siendo de las carnes despedida  
Con ligereza presta y vuelo extraño  
Podrá tornar á ver aquellos ojos,  
Que son descanso y gloria á sus enojos.

Enojos son la paga y recompensa  
Que amor concede al amador ausente,  
En quien se cifra el mayor mal y ofensa,  
Que en los males de amor se encierra y siente:  
Ni poner discreción á la defensa,  
Ni un querer firme, levantado, ardiente,  
Aprovecha á templar deste tormento  
La dura pena y el furor violento.

Violento es el rigor desta dolencia,  
Pero junto con esto es tan durable,  
Que se acaba primero la paciencia  
Y aun de la vida el curso miserable:  
Muerte, desvíos, celos, inclemencia,  
De airado pecho condición mudable,  
No atormentan así, ni dañan tanto  
Como este mal, que el nombre pone espanto.

Espanto fuera, si dolor tan fiero  
Dolores tan mortales no causara,  
Pero todos son flacos, pues no muero  
Ausente de mi vida dulce y cara;  
Mas cese aquí mi canto lastimero,  
Que á compañía tan discreta y rara  
Como es la que allí veo, será justo  
Que muestre al verla más sabroso gusto.

OROMPO

Gusto nos da, buen Crisio, tu presencia,

Y más viniendo á tiempo que podremos  
Acabar nuestra antigua diferencia.

## CRISIO

Orompo, si es tu gusto, comencemos,  
Pues que juez de la contienda nuestra  
Tan recto aquí, en Marsilio le tendremos.

## MARSILIO

Indicio dais y conocida muestra  
Del error en que os trae tan embebidos  
Esa vana opinión notoria vuestra,  
Pues queréis que á los míos preferidos  
Vuestros dolores tan pequeños sean,  
Harto llorados, más que conocidos.

Mas porque el suelo y cielo juntos vean  
Cuánto vuestro dolor es menos grave  
Que las ansias que el alma me rodean,

La más pequeña que en mi pecho cabe,  
Pienso mostrar en vuestra competencia  
Así como mi ingenio torpe sabe.

Y dejaré á vosotros la sentencia,  
Y el juzgar si mi mal es muy más fuerte  
Que el riguroso de la larga ausencia:

O el amargo espantoso de la muerte,  
De quien entrambos os quejáis sin tiento,  
Llamando dura y corta á vuestra suerte.

## OROMPO

Deso yo soy, Marsilio, muy contento,  
Pues la razón que tengo de mi parte  
El triunfo le asegura á mi tormento.

## CRISIO

Aunque de exagerar me falta el arte,  
Veréis cuando yo os muestre mi tristeza  
Cómo quedan las vuestras á una parte.

## MARSILIO

¿Qué ausencia llega á la inmortal dureza  
De mi pastora, que es con ser tan dura,  
Señora universal de la belleza?

## OROMPO

¡ Oh, á qué buen tiempo llega y coyuntura  
Orfenio! ¿Veisle asomado? Estad atentos,  
Oiréisle ponderar su desventura.

Celos en la ocasión de sus tormentos,  
Celos, cuchillo y ciertos turbadores  
De las paces de amor y los contentos.

## CRISIO

Escuchad, que ya canta sus dolores.

## ORFENIO

¡ Oh sombra oscura, que contino sigues  
A mi confusa triste fantasía,  
Enfadosa tiniebla, siempre fría,  
Que á mi contento y á mi luz persigues!

¿Cuándo será que tu rigor mitigues,  
Monstruo cruel y rigorosa arpía?

¿Qué ganas en turbarme el alegría?  
O ¿qué bien en quitármela consigues?

Mas si la condición de que te arreas  
Se extiende á pretender quitar la vida

Al que te dió la tuya y te ha engendrado,  
 No me debe admirar que de mí seas  
 Y de todo mi bien fiero homicida,  
 Sino de verme vivo en tal estado.

## OROMPO

Si el prado deleitoso,  
 Orfenio, te es alegre cual solía  
 En tiempo más dichoso,  
 Ven, pasarás el día  
 En nuestra lastimada compañía.  
 Con los tristes el triste  
 Bien ves que se acomoda fácilmente.  
 Ven, que aquí se resiste  
 Por desta clara fuente  
 Del levantado sol el rayo ardiente:  
 Ven, y el usado estilo  
 Levanta, y como sueles te defiende  
 De Crisio y de Marsilio,  
 Que cada cual pretende  
 Mostrar que sólo es mal el que le ofende.  
 Yo sólo en este caso  
 Contrario habré de ser á ti y á ellos,  
 Pues los males que peso  
 Bien podré encarecellos,  
 Mas no mostrar la mayor parte de ellos.

## ORFENIO

No al gusto le es sabrosa  
 Así á la corderuela deshambriada  
 La yerba, ni gustosa  
 Salud restituída  
 A aquel que ya la tuvo por perdida,  
 Como es á mí sabroso  
 Mostrar en la contienda que se ofrece,  
 Que el dolor riguroso

Que el corazón padece,  
Sobre el mayor del suelo se engrandece.

Calle su mal sobrado  
Orompo, encubra Crisio su dolencia,  
Marsilio esté callado:  
Muerte, desdén ni ausencia,  
No tengan con los celos competencia.

Pero si el cielo quiere  
Que hoy salga al campo la contienda nuestra,  
Comience el que quisiere,  
Y dé á los otros muestra  
De su dolor con torpe lengua ó diestra.

Que no está en la elegancia,  
Y modo de decir el fundamento  
Y principal sustancia  
Del verdadero cuento,  
Que en la pura verdad tiene su asiento.

## CRISIO

Siento, pastor, que tú arrogancia mucha  
En esta lucha de pasiones nuestras.  
Dará mil muestras de tú desvarío.

## ORFENIO

Templa ese brío, ó muéstralo á su tiempo,  
Que es pasatiempo, Crisio, tu congoja;  
Que alma que afloja con volver el paso,  
No hay que hacer caso de su sentimiento.

## CRISIO

Es mi tormento tan extraño y fiero,  
Que presto espero que tú mismo digas  
Que á mis fatigas no se iguala alguna.

MARSILIO

Desde la cuna soy yo desdichado.

OROMPO

Aun engendrado pienso que no estaba,  
Cuando sobraba en mí la desventura.

ORFENIO

En mí se apura la mayor desdicha.

CRISIO

Tu mal es dicha, comparado al mío.

MARSILIO

Opuesto al brío de mi mal extraño,  
Es gloria el daño que á vosotros daña.

OROMPO

Esta maraña quedará muy clara,  
Cuando á la clara mi dolor descubra:  
Ninguno encubra agora su tormento,  
Que yo del mío doy principio al cuento:

Mis esperanzas, que fueron  
Sembradas en parte alguna,  
Dulce fruto prometieron,  
Y cuando darle quisieron,  
Convirtióle el cielo en pena:  
Vi su flor maravillosa  
En mil muestras deseosa  
De darme una rica suerte,

Y en aquel punto la muerte  
Cortómela de envidiosa.  
Yo quedé cual labrador,  
Que del trabajo contino  
De su espaciosa labor  
Fruto amargo de dolor  
Le concede su destino:  
Y aun le quita la esperanza  
De otra buena nueva andanza,  
Porque cubrió con la tierra  
El cielo donde se encierra  
De su bien la confianza.  
Pues si á término he llegado  
Que de tener gusto ó gloria  
Vivo ya desesperado,  
De que yo soy más penado,  
Es cosa cierta y notoria:  
Que la esperanza asegura  
En la mayor desventura  
Un dichoso fin que viene:  
Mas ¡ay de aquel que la tiene  
Cerrada en la sepultura!

## MARSILIO

Yo, que el humor de mis ojos  
Siempre derramado ha sido  
En lugar donde han nacido  
Cien mil espinas y abrojos,  
Que el corazón me han herido,  
Yo si soy el desdichado,  
Pues con nunca haber mostrado  
Un momento el rostro enjuto,  
Ni hoja, ni flor, ni fruto  
He del trabajo sacado.  
Que si alguna muestra viera  
De algún pequeño provecho,  
Sosegárase mi pecho,

Y aunque nunca se cumpliera,  
Quedara al fin satisfecho:  
Porque viera que valía  
Mi enamorada porfía  
Con quien es tan desabrida,  
Que á mi hielo está encendida,  
Y á mi fuego helada y fría.  
Pues si es el trabajo vano  
De mi llanto y sospirar,  
Y dél no pienso cesar,  
¿A mi dolor inhumano  
Cuál se le podrá igualar?  
Lo que tu dolor concierta  
Es, que está la causa muerta,  
Orompo, de tu tristeza,  
La mía en más entereza  
Cuando más me desconcierta.

## CRISIO

Yo, que teniendo en sazón  
El fruto que se debía  
A mi continua pasión,  
Una súbita ocasión  
De gozarla me desvía;  
Muy bien podré ser llamado  
Sobre todo desdichado,  
Pues que vendré á padecer,  
Pues no puedo perecer  
Adonde el alma he dejado.  
Del bien que lleva la muerte,  
El no poder recobrallo,  
En alivio se convierte,  
Y un corazón duro y fuerte  
El tiempo suele ablandallo:  
Mas en ausencia se siente  
Con un extraño accidente,  
Sin sombra de ningún bien,

Celos, muertes y desdén;  
 Que esto y más teme el ausente.  
 Cuando tarda el cumplimiento  
 De la cercana esperanza,  
 Aflige más el tormento,  
 Y allí llega el sufrimiento  
 Adonde ella nunca alcanza:  
 En las ansias desiguales  
 El remedio de los males  
 Es el no esperar remedio;  
 Mas carecen deste medio  
 Las de ausencia más mortales.

## ORFENIO

El fruto que fué sembrado  
 Por mi trabajo contino,  
 A dulce sazón llegado  
 Fué con próspero destino  
 En mi poder entregado:  
 Y apenas pude llegar  
 A términos tan sin par  
 Cuando vine á conocer  
 La ocasión de aquel placer  
 Ser para mí de pesar.  
 Yo tengo el fruto en la mano,  
 Y el tenerlo me fatiga,  
 Porque en mi mal inhumano  
 A la más granada espiga  
 La roe un fiero gusano:  
 Aborrezco lo que quiero,  
 Y por lo que vivo muero,  
 Y yo me fabrico y pinto  
 Un revuelto laberinto,  
 De do salir nunca espero.  
 Busco la muerte en mi daño,  
 Que ella es vida á mi dolencia  
 Con la verdad, mas me engaño;

Y en ausencia y en presencia  
 Va creciendo un mal tamaño.  
 No hay esperanza que acierte  
 A remediar mal tan fuerte,  
 Ni por estar ni alejarme  
 Es imposible apartarme  
 Desta triste viva muerte.

## OROMPO

¿No es error conocido  
 Decir que el daño que la muerte hace  
 Por ser tan extendido,  
 En parte satisface,  
 Pues la esperanza quita  
 Que el dolor administra y solicita?

Si de la gloria muerta  
 No se quedara viva la memoria  
 Que el gusto desconcierta,  
 Es cosa ya notoria  
 Que el no esperar tenella  
 Templá el dolor en parte de perdella.

Pero si está presente la memoria,  
 La memoria del bien ya fenecido  
 Más viva y más ardiente  
 Que cuando poseído,  
 ¿Quién duda que esta pena  
 No está más que otras de miserias llena?

## MARSILIO

Si á un pobre caminante  
 Le sucediese por extraña vía  
 Huírsele delante  
 Al fenecer el día  
 El albergue esperado,  
 Y con vana presteza procurado,  
 Quedaría sin duda

Confuso del temor que allí le ofrece  
La escura noche y muda,  
Y más si no amanece;  
Que el cielo á su ventura  
No concede la luz serena y pura.

Yo soy el que camino  
Para llegar á albergue venturoso,  
Y cuando más vecino  
Pienso estar del reposo,  
Cual fugitiva sombra  
El bien me huye, y el dolor me asombra.

## CRISIO

Cual raudo y hondo río  
Suele impedir al caminante el paso,  
Y al viento, nieve y frío  
Le tiene en campo raso,  
Y el albergue delante  
Se le muestra de allí poco distante;

Tal mi contento impide  
Esta penosa y tan prolija ausencia,  
Que nunca se comide  
A aliviar su dolencia,  
Y casi ante mis ojos  
Veo quien remediara mis enojos.

Y el ver de mis dolores  
Tan cerca la salud, tanto me aprieta  
Que los hace mayores,  
Pues por causa secreta,  
Cuanto el bien es cercano,  
Tanto más lejos huye de mi mano.

## ORFENIO

Mostróseme á la vista  
Un rico albergue de mil bienes lleno,  
Triunfé de su conquista,

Y cuando más sereno  
Se me mostraba el hado,  
Vilo en escuridad negra cambiado.  
Allí donde consiste  
El bien de los amantes bien queridos,  
Allí mi mal asiste,  
Allí se ven unidos  
Los males y desdenes,  
Donde suelen estar todos los bienes.  
Dentro desta morada  
Estoy, de do salir nunca procuro,  
Por mi dolor fundada  
De tan extraño muro,  
Que pienso que le abaten  
Cuantos le quieren, miran y combaten.

## OROMPO

Antes el sol acabará el camino  
Que es propio suyo, dando vuelta al cielo  
Después de haber tocado en cada sino,  
Que la parte menor de nuestro duelo  
Podamos declarar como se siente,  
Por más que el bien hablar levante el vuelo.  
Tú dices, Crisio, que el que vive ausente,  
Muere: yo, que estoy muerto, pues mi vida  
A muerte la entregó el hado inclemente.  
Y tú, Marsilio, afirmas que perdida  
Tienes de gusto y bien toda esperanza,  
Pues un fiero desdén es tu homicida.  
Tú repites, Orfenio, que la lanza  
Aguda de los celos te traspasa,  
No sólo el pecho, que hasta el alma alcanza.  
Y como el uno lo que el otro pasa  
No siente, su dolor sólo exagera,  
Y piensa que al dolor del otro pasa.  
Y por nuestra contienda lastimera  
De tristes argumentos está llena

Del caudaloso Tajo la ribera.

Ni por esto desmengua nuestra pena,  
Antes por el tratar la llaga tanto  
A mayor sentimiento nos condena.

Cuanto puede decir la lengua, y cuanto  
Pueden pensar los tristes pensamientos  
Es ocasión de renovar el llanto.

Cesen, pues, los agudos argumentos,  
Que en fin no hay mal que no fatigue y pene,  
Ni bien que dé seguros los contentos.

Harto mal viene quien su vida tiene  
Cerrada en una estrecha sepultura,  
Y en soledad amarga se mantiene.

¡ Desdichado del triste sin ventura  
Que padece de celos la dolencia,  
Con quien no valen fuerzas ni cordura:

Y aquel que en el rigor de larga ausencia  
Pasa los tristes miserables días,  
Llegado al flaco arrimo de paciencia:

Y no menos aquel que en sus porfías  
Siente, cuando más arde, en su pastora  
Entrañas duras é intenciones frías.

#### CRISIO

Hágase lo que pide Orompo agora,  
Pues ya de recoger nuestro ganado  
Se va llegando á más andar la hora:

Y en tanto que al albergue acostumbrado  
Llegamos, y que el sol claro se aleja,  
Escondiendo su faz del verde prado,

Con voz amarga y lamentable queja,  
Al son de los acordes instrumentos  
Cantemos el dolor que nos aqueja.

#### MARSILIO

Comienza, pues, oh Crisio, y tus acentos

Lleguen á los oídos de Claraura  
Llevados mansamente de los vientos,  
Como á quien todo su dolor restaura.

## CRISIO

Al que ausencia viene á dar  
Su cáliz triste á beber,  
No tiene mal que temer,  
Ni ningún bien que esperar.  
En esta amarga dolencia  
No hay mal que no esté cifrado  
Temor de ser olvidado,  
Celos de ajena presencia,  
Quien la viniere á probar,  
Luego vendrá á conocer  
Que no hay mal de que temer,  
Ni menos bien que esperar.

## MARSILIO

En mi terrible pesar  
Ya faltan por más enojos,  
Las lágrimas á los ojos,  
Y el aliento al sospirar.  
La ingratitude y desdén  
Me tienen ya de tal suerte,  
Que espéro y llamo á la muerte  
Por más vida y por más bien:  
Poco se podrá tardar,  
Pues faltan en mis enojos,  
Las lágrimas á los ojos  
Y el aliento al sospirar.

## OROMPO

Ved si es mal el que me aqueja  
Más que muerte conocida,

Pues forma quejas la vida  
 De que la muerte la deja.  
 Cuando la muerte llevó  
 Toda mi gloria y contento,  
 Por darme mayor tormento,  
 Con la vida me dejó:  
 El mal viene, el bien se aleja  
 Con tan ligera corrida,  
 Que forma quejas la vida  
 De que la muerte la deja.

## ORFENIO

Celos, á fe, si pudiera,  
 Que yo hiciera por mejor  
 Que fueran celos amor,  
 Y que el amor celos fuera.  
 Deste truco granjeara  
 Tanto bien y tanta gloria,  
 Que la palma y la vitoria  
 De enamorado llevara:  
 Y aun fueran de tal manera  
 Los celos en mi favor,  
 Que á ser los celos amor,  
 El amor yo sólo fuera.

Con esta última canción del celoso Orfenio dieron fin á su égloga los discretos pastores, dejando satisfechos de su discreción á todos los que escuchado los habían: especialmente á Damon y á Tirsi, que gran contento en oírlos recibieron, pareciéndoles que de más de pastoril ingenio parecían las razones y argumentos que para salir con su propósito los cuatro pastores habían propuesto. Pero habiéndose movido contienda entre muchos de los circunstantes sobre cuál de los cuatro había alegado mejor de su derecho, en fin se vino á conformar el parecer de todos con el que dió el discreto Damon, dicién-

doles: Que él para sí tenía que entre todos los disgustos y sinsabores que el amor trae consigo, ninguno fatiga tanto al enamorado pecho, como la incurable pestilencia de los celos, y que no se podían igualar á ella la pérdida de Orompo, ausencia de Crisio, ni la desconfianza de Marsilio: la causa es, dijo, que no cabe en razón natural que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse, puedan por largo tiempo apremiar la voluntad á quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas; porque el que tuviese voluntad y deseo de alcanzar lo imposible, claro está que cuanto más el deseo le sobrase, tanto más el entendimiento le faltaría: y por esta misma razón digo, que la pena que Orompo padece, no es sino una lástima y compasión del bien perdido; y por haberle perdido de manera que no es posible tornarle á cobrar, esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe; que puesto que el humano entendimiento no puede estar tan unido siempre en la razón, que deje de sentir la pérdida del bien que cobrar no se puede, y que en efeto ha de dar muestra de su sentimiento con tiernas lágrimas, ardientes sospiros y lastimosas palabras, so pena de que quien esto no hiciese, antes por bruto que por hombre racional sería tenido: en fin, el discurso del tiempo cura esta dolencia, la razón la mitiga, y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. Todo esto es al revés en el ausencia, como apuntó bien Crisio en sus versos, que como la esperanza en el ausente ande tan junta con el deseo, dale terrible fatiga la dilación de la tornada; porque como no le impide otra cosa el gozar su bien, sino algún brazo de mar, ó alguna distancia de tierra, parécele que teniendo la principal, que es la voluntad de la persona amada que se hace notorio agravio á su gusto, que cosas que son tan menos como un poco de agua ó tierra le impidan su felicidad y gloria. Júntase

asimesmo á esta pena el temor de ser olvidado, las mudanzas de los humanos corazones; y en tanto que la ausencia dura, sin duda alguna que es extraño el rigor y aspereza con que trata al alma del desdichado ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puédesse llevar con algún alivio su tormento; y si sucediere ser la ausencia de manera que sea imposible volver á la presencia deseada, aquella imposibilidad viene á ser el remedio, como el de la muerte. El dolor de que Marsilio se queja, puesto que es como el mismo que yo padezco, y por esta causa me había de parecer mayor que otro alguno, no por eso dejara de decir lo que la razón me muestra, antes que aquello á que la pasión me incita. Confieso que es terrible dolor querer y no ser querido; pero mayor sería amar y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiásemos por lo que la razón y la experiencia nos enseña, veríamos que todos los principios en cualquiera cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepción en los casos de amor, antes en ellos más se confirma y fortalece: así que quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable término; porque como el amor sea, y ha de ser voluntario, y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero, ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciéndole que está obligada á amarme porque yo la amo: que puesto que la persona amada debe en ley de naturaleza y en buena cortesía no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso te ha de ser forzoso y de obligación que corresponda del todo y por todo á los deseos de su amante; que si esto así fuese, mil enamorados importunos habría que por su solicitud alcanzasen lo que quizá no se les debía de derecho; y como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halla en mí la que es de mi bien querida partes tan

buenas que la muevan é inclinen á quererme: y así no está obligada, como ya he dicho, á amarme, como yo estaré obligado á adorarla, porque hallé en ella lo que á mí me falta: y por esta razón no debe el desdeñado quejarse de su amada, sino de su ventura, que le negó las gracias que al conocimiento de su señora pudieran mover á bien quererle; y así debe procurar con continuos servicios; con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las ejercitadas virtudes, adobar y enmendar en él la falta que naturaleza hizo: que éste es tan principal remedio, que estoy para afirmar que será imposible dejar de ser amado el que con tan justos medios procurare granjear la voluntad de su señora; y pues este mal del desdén tiene el bien deste remedio, consuélase Marsilio, y tenga lástima al desdichado y celoso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor parte que en las de amor imaginar se puede. ¡Oh celos turbadores de la sosegada paz amorosa! ¡Celos, cuchillo de las más firmes esperanzas! No sé yo qué pudo saber de linajes el que á vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al revés, que por el mismo caso dejara el amor de serlo, si tales hijos engendrara. ¡Oh celos, hipócritas y fementidos ladrones! Pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algún pecho, luego procuráis mezclaros con ella, volviéndoos de su color, y aun procuráis usurparle el mando y señorío que tiene: y de aquí nace que como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros éfetos dais á conocer que no sois el mismo amor, todavía procuráis que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo, como lo sois, nacidos de una baja sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados á los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilísimas envidias, sustentados de chismes y mentiras. Y porque se vea la destrucción que

hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos celos, en siendo el amante celoso, conviene, con paz sea dicho de los celosos enamorados, conviene, digo, que sea como lo es, traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado; y á tanto se extiende la celosa furia que le señorea, que á la persona que más quiere es á quien más mal desea.

Querría el amante celoso que sólo para él su dama fuese hermosa, y fea para todo el mundo: desea que no tenga ojos para ver más de lo que él quisiere, ni oídos para oír, ni lengua para hablar; que sea retirada, desabrida, soberbia y mal acondicionada; y aun á veces desea, apretado desta pasión diabólica, que su dama se muera, y que todo se acabe, todas estas pasiones engendran los celos en los ánimos de los amantes celosos: al revés de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica en los verdaderos y comedidos amadores, porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discreción, valentía, liberalidad, comedimiento y todo aquello que le puede hacer loable á los ojos de las gentes. Tiene más asimismo la fuerza deste crudo veneno, que no hay antidoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le cuadre: todo esto cabe en el enamorado celoso, y más; cualquiera sombra le espanta, cualquiera niñería le turba, y cualquiera sospecha falsa ó verdadera le deshace. Y á toda esta desventura se le añade otra, que son las disculpas que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los celos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo celoso admitirlas, síguese que esta enfermedad es sin remedio, y que á todas las demás debe anteponerse. Y así es mi parecer, que Orfenio es el más penado, pero no el m's enamorado; porque no son los celos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente; y si son señales de amor, es

como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta; y así el enamorado celoso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado; y también el ser celoso es señal de poca confianza del valor de sí mismo. Y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el cual sin llegar á la escuridad de los celos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas, que le escurezcan el sol de su contento, ni dellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito y temeroso: que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendría por soberbio, y demasíadamente confiado; porque, como dice un común proverbio nuestro, quien bien ama, teme; y aun es razón que tema el amante, que como la cosa que ama es en extremo buena, ó á él le pareció serlo, no parezca lo mismo á los ojos de quien la mirare: y por la mesma causa se engendra el amor en otro que pueda y venga á turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrían ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza; y este temor ha de ser tan secreto, que no le salga á la lengua para decirle, ni aun á los ojos para significarle: y hace tan contrarios efectos este temor del que los celos hacen en los pechos enamorados, que cría en ellos nuevos deseos de acrecentar más el amor si pudiesen, de procurar con toda solícitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrándose liberales, comedidos, galanes, limpios y bien criados: y tanto cuanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y más es digno que los celos se vituperen. Calló en diciendo esto el famoso Damon, y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos que escuchado le habían, dejando á todos satisfechos de la verdad que con tanta llaneza

les había mostrado. Pero no se quedara sin respuesta, si los pastores Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio hubieran estado presentes á su plática; los cuales, cansados de la recitada égloga, se habían ido á casa de su amigo Daranio. Estando todos en esto, ya que los bailes y danzas querían renovarse, vieron que por una parte de la plaza entraban tres dispuestos pastores, que luego de todos fueron conocidos; los cuales eran el gentil Francenio, el libre Lauso y el anciano Arsindo, el cual venía en medio de los dos pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos; y atravesando por medio de la plaza, vinieron á parar adonde Tirsi, Damon, Elicio y Erastro, y todos los más principales pastores estaban, á los cuales con corteses palabras saludaron, y con no menor cortesía fueron dellos recibidos, especialmente Lauso de Damon, de quien era antiguo y verdadero amigo. Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsindo en Damon, y en Tirsi, comenzó á hablar desta manera: La fama de vuestra sabiduría, que cerca y lejos se extiende, discretos y gallardos pastores, es la que á estos pastores y á mí nos trae á suplicaros queráis ser jueces de una graciosa contienda que entre estos dos pastores ha nacido, y es, que la fiesta pasada, Francenio y Lauso, que están presentes, se hallaron en una conversación de hermosas pastoras, entre las cuales, por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del día, entre otros muchos juegos ordenaron el que se llama de los propósitos. Sucedió, pues, que llegando la vez de proponer y comenzar á uno de estos pastores, quiso la suerte que la pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenía, fuese, según él dice, la tesorera de los secretos de su alma, y la que por más discreta y más enamorada en la opinión de todos estaba. Llegándose, pues, al oído, le dijo:

Huyendo va la esperanza.

La pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir después cada uno en público lo que al otro había dicho en secreto, hallóse que la pastora había seguido el propósito, diciendo:

Tenella con el deseo.

Fué celebrada por los que presentes estaban la agudeza desta respuesta; pero el que más la solemnizó fué el pastor Lauso, y no menos le pareció bien á Francenio; y así cada uno viendo que lo propuesto y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosallos; y después de haberlo hecho, cada cual procura que su glosa á la del otro se aventaje; y para asegurarse desto, me quisieron hacer juez dello; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba nuestras riberas, aconsejéles que á vosotros viniesen, de cuya extremada ciencia y sabiduría cuestiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, y yo he querido tomar el trabajo de hacer esta guirnalda para que sea dada en premio al que vosotros, pastores, viéredes que mejor ha glosado. Calló Arsindo, y esperó la respuesta de los pastores, que fué agradecerle la buena opinión que dellos tenía, y ofrecerse de ser jueces desapasionados en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó á repetir los versos, y á decir su glosa, que era ésta:

*Huyendo va la esperanza:  
Tenella con el deseo.*

#### GLOSA

Cuando me pienso salvar  
En la fe de mí querer,  
Me viene luego á faltar  
Las faltas del merecer

Y las sobras del pesar:  
 Muérese la confianza,  
 No tiene pulsos la vida,  
 Pues se ve en mi mala andanza,  
 Que del temor perseguida  
*Huyendo va la esperanza.*

Huye, y llévase consigo  
 Todo el gusto de mi pena,  
 Dejando por más castigo  
 Las llaves de mi cadena  
 En poder de mi enemigo:  
 Tanto se aleja, que creo  
 Que presto se hará invisible,  
 Y en su ligereza veo  
 Que ni puedo, ni es posible  
*Tenella con el deseo.*

Dicha la glosa de Francenio, Lauso comenzó la  
 suya, que así decía:

En el punto que os miré,  
 Como tan hermosa os vi,  
 Luego temí y esperé;  
 Pero en fin tanto temí,  
 Que con el temor quedé,  
 De veros esto se alcanza:  
 Una flaca confianza  
 Y un temor acobardado,  
 Que por no verle á su lado  
*Huyendo va la esperanza.*

Y aunque me deja y se va  
 Con tan extraña corrida,  
 Por milagro se verá  
 Que se acabará mi vida,  
 Y mi amor no acabará:  
 Sin esperanza me veo;  
 Mas por llevar el trofeo  
 De amador sin interese,

No querría, aunque pudiese  
*Tenella con el deseo.*

En acabando Lauso de decir su glosa, dijo Arsindo: Veis aquí, famosos Damon y Tirsi, declarada la causa sobre que es la contienda destes pastores: sólo resta agora que vosotros deis la guirnalda á quien viéredes que con más justo título la merece, que Lauso y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendrán por bien lo que por vosotros fuere juzgado. No entendas, Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran de la calidad que tú los imaginas, se puede ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna, en estas discretas glosas: lo que yo sé decir dellas, y lo que Damon no querrá contradecirme, es que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dar á la pastora que dió la ocasión á tan curiosa y loable contienda: y si deste parecer quedáis satisfechos, pagádnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrándolas con vuestras agradables canciones, y autorizándolas con vuestra honrosa presencia. A todos pareció bien la sentencia de Tirsi, los dos pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las pastoras y pastores que á Lauso conocían, se maravillaban de ver la libre condición suya en la red amorosa envuelta; porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua y en la contienda que con Francenio había tomado, que no estaba su voluntad tan exenta como solía, y andaba entre sí imaginando quién podría ser la pastora que de su libre corazón triunfado había. Quién imaginaba que la discreta Belisa, y quién que la gallarda Leandra, y algunos que la sin par Arminda, moviéndoles á imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenía de visitar las cabañas destas pastoras, y ser cada una dellas para

sujetar con su gracia, valor y hermosura otros tan libres corazones como el de Lauso; y desta duda tardaron muchos días en certificarse, porque el enamorado pastor apenas de sí mismo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la juventud del pueblo renovó las danzas, y los pastoriles instrumentos formaron una agradable música. Pero viendo que ya el sol apresuraba su carrera hacia el ocaso, cesaron las concertadas voces; y todos los que allí estaban determinaron de llevar á los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi había prometido, en el espacio que había desde la plaza hasta la casa de Daranio, al son de la zampoña de Erastro estos versos fué cantando:

## ARSINDO

Haga señales el cielo  
De regocijo y contento  
En tan venturoso día:  
Celébrese en todo el suelo  
Este alegre casamiento  
Con general alegría:  
Cámbiese de hoy más el llanto  
En süave y dulce canto,  
Y en lugar de los pesares  
Vengan gustos á millares  
Que destierren el quebranto.  
Todo el bien suceda en colmo  
Entre desposados tales,  
Tan para en uno nacidos:  
Peras les ofrezca el olmo,  
Cerezas los carrascales,  
Guindas los mirtos floridos:  
Hallen perlas en los riscos,  
Uvas les den los lentiscos,  
Manzanas los algarrobos,  
Y sin temor de los lobos

Ensanchen más sus apriscos.  
Y sus machorras ovejas  
Vengan á ser parideras,  
Con que doblen su ganancia  
Las solícitas abejas  
En los surcos de sus eras  
Hagan miel en abundancia:  
Logren siempre su semilla  
En el campo y en la villa  
Cogida á tiempo y sazón;  
No entre en sus viñas pulgón  
Ni en su trigo la neguilla.  
Y dos hijos presto tengan  
Tan hechos en paz y amor  
Cuanto pueden desear:  
Y en siendo crecidos vengan  
A ser el uno doctor,  
Y otro cura del lugar:  
Sean siempre los primeros  
En virtudes y en dineros;  
Que sí serán, y aun señores,  
Si no salen fiadores  
De agudos alcabaleros.

Más años que Sarra vivan  
Con salud tan confirmada,  
Que dello pese al doctor:  
Y ningún pesar reciban  
Ni por hija mal casada,  
Ni por hijo jugador:  
Y cuando los dos estén  
Viejos cual Matusalén,  
Mueran sin temor de daño,  
Y háganles su cabo de año  
Por siempre jamás amén.

Con grandísimo gusto fueron escuchados los rústicos versos de Arsindo, en los cuales más se alargara, si no lo impidiera el llegar á casa de Daranio,

el cual convidando á todos los que con él venían, se quedó en ella; si no fué que Galatea y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi y Damon no fuese conocida, no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisieran Elicio y Erastro acompañar á Galatea hasta su casa, pero no fué posible que lo consintiese, y así se hubieron de quedar con sus amigos; y ellas se fueron cansadas de los bailes de aquel día, y Teolinda con más pena que nunca, viendo que en las solenes bodas de Daranio, donde tantos pastores habían acudido, sólo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginación pasó aquella noche en compañía de Galatea y Florisa, que con más libres y desapasionados corazones la pasaron, hasta que en el nuevo venidero día les sucedió lo que se dirá en el libro que sigue.

Con gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero día para despedirse de Galatea y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo á su querido Artidoro, con intención de fenecer la vida en triste y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura, que del amado pastor alguna nueva no supiese. Llegada, pues, la hora deseada, cuando el sol comenzaba á tender sus rayos por la tierra, ella se levantó, y con lágrimas en sus ojos pidió licencia á las dos pastoras para proseguir su demanda; las cuales con muchas razones le persuadieron que en su compañía algunos días más esperase, ofreciéndole Galatea de enviar algún pastor de los de su padre á buscar á Artidoro por las riberas de Tajo, y por donde se imaginase que podría ser hallado. Teolinda agradeció sus ofrecimientos, pero no quiso hacer lo que le pedían; antes después de haber mostrado con las mejores palabras que supo la obligación en que quedaba de servir todos los días de su vida las obras que dellas había recibido, y abrazándolas con tierno sentimiento, les rogaba que una sola hora no la detuviesen.

Viendo, pues, Galatea y Florisa cuán en vano trabajaban en pensar detenerla, le encargaron que de cualquiera suceso bueno ó malo que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificándola del gusto que de su contento, ó la pena que de su desgracia recibirían. Teolinda se ofreció ser ella misma quien las nuevas de su buena dicha trujese, pues las malas no tendría sufrimiento la vida para resistirla, y así sería excusado que della saberse pudiesen. Con esta promesa de Teolinda se satisficieron Galatea y Florisa, y determinaron de acompañarla algún trecho fuera del lugar. Y así tomando las dos solas sus cayados, y habiendo proveído el zurrón de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salieron con ella del aldea, á tiempo que ya los rayos del sol más derechos y con más fuerza comenzaban á herir la tierra. Y habiéndola acompañado casi media legua del lugar, al tiempo que ya querían volverse y dejarla, vieron atravesar por una quebrada, que poco desviada dellas estaba, cuatro hombres de á caballo y algunos de á pie, que luego conocieron ser cazadores en el hábito y en los halcones y perros que llevaban: y estándolos con atención mirando por ver si los conocían, vieron salir de entre unas espesas matas, que cerca de la quebrada estaban, dos pastoras de gallardo talle y brío: traían los rostros rebozados con dos blancos lienzos; y alzando la una dellas la voz, pidió á los cazadores que se detuviesen, los cuales así lo hicieron, y llegándose entrambas á uno dellos, que en su talle y postura el principal de todos parecía, le asieron las riendas del caballo, y estuvieron un poco hablando con él, sin que las tres pastoras pudiesen oír palabra de las que decían, por la distancia del lugar que lo estorbaba. Solamente vieron que á poco espacio que con él hablaron, el caballero se apeó, y habiendo, á lo que juzgarse pudo, mandado á los que le acompañaban que se

volviesen, quedando solo un mozo con el caballo, trabó á las dos pastoras de las manos, y poco á poco comenzó á entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba: lo cual visto por las tres pastoras Galatea, Florisa y Teolinda, determinaron de ver, si pudiesen, quién eran las disfrazadas pastoras y el caballero que las llevaba: y así acordaron de rodear por una parte del bosque, y mirar si podían ponerse en alguna que pudiese serlo para satisfacerles de lo que deseaban. Y haciéndolo así, como pensado lo habían, atajaron al caballero y á las pastoras, y mirando Galatea por entre las ramas lo que hacían, vió que torciendo sobre la mano derecha, se emboscaban en lo más espeso del bosque, y luego por sus mismas pisadas les fueron siguiendo, hasta que el caballero y las pastoras, pareciéndoles estar bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo que de infinitas breñas estaba rodeado, se pararon. Galatea y sus compañeras se llegaron tan cerca, que sin ser vistas ni sentidas veían todo lo que el caballero y las pastoras hacían y decían; las cuales, habiendo mirado á una y otra parte por ver si podrían ser vistas de alguno, aseguradas desto, la una se quitó el rebozo, y apenas se le hubo quitado cuando de Teolinda fué conocida; y llegándose al oído de Galatea, le dijo con la más baja voz que pudo: Extrañísima aventura es ésta, porque si no es que con la pena que traigo he perdido el conocimiento, sin duda alguna aquella pastora que se ha quitado el rebozo es la bella Rosaura, hija de Roselio, señor de una aldea que á la nuestra está vecina, y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido á ponerse en tan extraño traje, y á dejar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran. Mas ¡ay desdichada!, añadió Teolinda, que el caballero que con ella está es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto á esta vuestra aldea tiene otras dos suyas. Verdad dices, Teolinda, res-

pondió Galatea, que yo le conozco; pero calla y *séségate*, que presto veremos con qué intento ha sido aquí su venida. Quietóse con esto Teolinda, y con atención se puso á mirar lo que Rosaura hacía, la cual, llegándose al caballero, que de edad de veinte años parecía, con voz turbada y airado semblante le comenzó á decir: En parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu desamor y descuido la deseada venganza. Pero aunque yo la tomase de ti tal, que la vida te costase, poca recompensa sería al daño que me tienes hecho. Vesme aquí, desconocido Grisaldo, desconocida por conocerte; ves aquí que ha mudado el traje por buscarte la que nunca mudó la voluntad de quererte. Considera, ingrato y desamorado, que la que apenas en su casa y con sus criadas sabía mover el paso, agora por tu causa anda de valle en valle y de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañía. Todas estas razones que la bella Rosaura decía, las escuchaba el caballero con los ojos hincados en el suelo, y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte que en la mano tenía. Pero no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguió su plática: Dime, ¿conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no ha mucho tiempo que enjugó tus lágrimas, atajó tus suspiros, remedió tus penas, y sobre todo la que creyó tus palabras? O ¿por suerte entiendes tú que eres aquél á quien parecían cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podían para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿Eres tú acaso, Grisaldo, aquel cuyas infinitas lágrimas ablandaron la dureza del honesto corazón mío? Tú eres, que ya te veo, y yo soy, que ya me conozco. Pero si tú eres Grisaldo, el que yo creo, y yo soy Rosaura, la que tú imaginas, cúmpleme la palabra que me diste, darte he yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas

con Leopersia, la hija de Marcelio, tan á gu to tuyo, que eres tú mesmo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho por venir á estorbar el cumplimiento della; y si tú la puedes hacer verdadera, á tu conciencia lo deju. ¿Qué respondes á esto, enemigo mortal de mi descanso? ¿Otorgas por ventura callando, lo que por el pensamiento sería justo que no te pasase? Alza los ojos ya, y ponlos en éstos que por su mal te miraron; levántalos, y mira á quién engañas, á quién dejas, y á quién olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, á la que siempre te trató verdades; dejas á quien ha dejado á su honra y á sí mesma por seguirte; olvidas á la que jamás te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en bondad del ánimo y en la firmeza de la fe. Cúmpleme, señor, la que me diste, si te precias de caballero y no te desprecias de cristiano. Mira que si no correspondes á lo que me debes, que rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te consume, al aire que te falte, al agua que te anegue, á la tierra que no te sufra, y á mis parientes que me venguen; mira que si faltas á la obligación que me tienes, que has de tener en mí una perpetua turbadora de tus gustos en cuanto la vida me durare: y aun después de muerta, si ser pudiese, con continuas sombras espantaré tu fementido espíritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos: advierte que no pido sino lo que es mío, y que tú ganas en darlo lo que en negarlo pierdes: mueve agora tu lengua para desengañarme, de cuantas la has movido para ofenderme.

Calló diciendo esto la hermosa dama, y estuvo un poco esperando á ver lo que Grisaldo respondía, el cual, levantando el rostro, que hasta allí inclinado ha-

bfa tenido, encendido con la vergüenza que las razones de Rosaura le habían causado, con sosegada voz le respondió desta manera: Si yo quisiese negar, oh Rosaura, que no te soy deudor de más de lo que dices, negaría asimesmo que la luz del sol es clara, y aún diría que el fuego es frío y el aire duro. Así que en esta parte confieso lo que te debo, y que estoy obligado á la paga; pero que yo confiese que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido y tu riguroso desdén imposibilitado; y no quiero en esta verdad poner otro testigo que á tí mesma, como á quien tan bien sabe cuántas veces y con cuántas lágrimas rogué que me aceptases por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de serlo te había dado; y tú, por las causas que te imaginaste, ó por parecerte ser bien corresponder á las vanas promesas de Artandro, jamás quisiste que á tal ejecución se llegase: antes de día en día me ibas entreteniendo y haciendo pruebas de mi firmeza, pudiendo asegurarla de todo punto con admitirme por tuyo. También sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenía de ponerme en estado, y la priesa que daba á ello, trayendo los ricos y honrosos casamientos que tú sabes, y cómo yo con mil excusas me apartaba de sus importunaciones, dándotelas siempre á ti para que no dilatases más lo que tanto á tí convenía y yo deseaba, y que al cabo de todo esto te dije un día que la voluntad de mi padre era que yo con Leopersia me casase, y tú en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dijiste que más no te hablase, y que me casase norabuena con Leopersia, ó con quien más gusto me diese. Sabes también que yo te persuadí muchas veces que dejases aquellos celosos devaneos, que yo era tuyo y no de Leopersia, y que jamás quisiste admitir mis disculpas ni condescender con mis ruegos; antes perseverando en tu obstinación y dureza, y en favorecer á Artandro, me enviaste á decir que te daría gusto en que

la rebozada pastora, su compañera, no aguijara á abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo y la pastora primero que quitasen á Rosaura la daga de las manos, la cual á Grisaldo decía: Déjame, traidor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desarrollado desdén no haga probar la muerte. Esa no gustarás tú por mi ocasión, replicó Grisaldo, pues quiero que mi padre falte antes á la palabra que por mí á Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto á lo que conozco que te debo: sosiega el pecho, Rosaura, pues yo te aseguro que este mío no sabrá desear otra cosa que la que fuere de tu contento.

Con estas enamoradas razones de Grisaldo resucitó Rosaura de la muerte de su tristeza á la vida de su alegría, y sin cesar de llorar se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiéndole de las manos en señal de la merced que le hacía. Grisaldo hizo lo mismo, y echándole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando éntrambos cantidad de amorosas lágrimas. La pastora arrebozada, viendo el feliz suceso de su compañera, fatigada del cansancio que había tomado en ayudar á quitar la daga á Rosaura, no pudiendo más sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parecido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea y Florisa; pero más lo fué Teolinda, pues sin poderlo disimular, alzó la voz, diciendo: ¡Oh, cielos, y qué es lo que veo! ¿No es, por ventura, ésta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? Ella es, sin duda alguna. Y sin más detenerse, salió de donde estaba, y con ella Galatea y Florisa; y como la otra pastora viese á Teolinda, luego la conoció, y con abiertos brazos se fueron la una á la otra, admiradas de haberse hallado en tal lugar, y en tal sazón y coyuntura. Viendo, pues, Grisaldo y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacía, y que habían sido descubiertos de las pastoras Galatea y Florisa, con no poca vergüenza de que los hubiesen hallado de aquélla

jamás te viese. Yo hice lo que me mandaste, y por no tener ocasión de quebrar tu mandamiento, viendo también que cumplía el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, ó á lo menos desposarme mañana, que así está concertado entre sus parientes y los míos; porque veas, Rosaura, cuán disculpado estoy de la culpa que me pones, y cuán tarde has tú venido en conocimiento de la sinrazón que conmigo usabas. Mas porque no me juzgues de aquí adelante por tan ingrato como en tu imaginación me tienes pintado, mira si hay algo en que pueda satisfacer tu voluntad, que como no sea casarme contigo, aventuraré por servirte la hacienda, la vida y la honra.

En tanto que estas palabras Grisaldo decía, tenía la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lágrimas, que daban bien á entender el dolor que en el alma sentía; pero viendo élla que Grisaldo callaba, dando un profundo y doloroso suspiro, le dijo: Como no puede caber en tus verdes años tener, oh Grisaldo, larga y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo que un pequeño desdén mío te haya puesto en la libertad que publicas; pero si tú conocieras que los celosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo más te quisiese redundaban; mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasión que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mías, y en tal manera, que me dices que mañana te casas con Leopersia, pero yo te certifico que antes que á ella llesves al tálamo, me has de llevar á mí á la sepultura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo muerto, de cuya alma fuiste siempre señor absoluto; y porque claro conozcas y veas que la que perdió por ti su honestidad y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aquí traigo pondrá en efecto mi des-

esperando y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fementido pecho encierras. Y diciendo esto sacó del seno una desnuda daga, y con gran celeridad se iba á pasar el corazón con ella, si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo y suerte se levantaron, y limpiándose las lágrimas, con disimulación y comedimiento recibieron á las pastoras, que luego de Grisaldo fueron conocidas. Mas la discreta Galatea, por volver en seguridad el disgusto que quizá de su vista los dos enamorados pastores habían recibido, con aquel donaire con que ella todas las cosas decía, les dijo: No os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo y Rosaura, pues sólo servirá de acrecentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viésemos, y en parte donde ninguna se nos ha encubierto de vuestros pensamientos; y pues el cielo los ha traído á término tan dichoso, en satisfacción dello asegurad vuestros pechos y perdonad nuestro atrevimiento. Nunca tu presencia, hermosa Galatea, respondió Grisaldo, dejó de dar gusto do quiera que estuviese, y siendo ésta verdad tan conocida, antes quedamos en obligación á tu vista, que con desabrimiento de tu llegada. Con estas pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda y Teolinda pasaban, las cuales, después de haberse abrazado una y dos veces, con tiernas palabras, mezcladas con amorosas lágrimas, la cuenta de su vida se demandaban, teniendo suspensos mirándolas á todos los que allí estaban, porque se parecían tanto, que casi no se podían decir semejantes, sino una misma cosa; y si no fuera porque el traje de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea y Florisa no supieran diferenciallas; y entonces vieron con cuánta razón Artidoro se había engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese.

Mas viendo Florisa que el sol estaba hacia la mitad

del cielo, y que sería bien buscar alguna sombra que de sus rayos las defendiese, ó á lo menos volverse á la aldea, pues faltándoles la ocasión de apacentar sus ovejas, no debían estarse tanto en el prado, dijo á Teolinda y á Leonarda: Tiempo habrá, pastoras, donde con más comodidad podais satisfacer nuestros deseos, y daros mas larga cuenta de vuestros pensamientos, y por agora busquemos á dó pasar el rigor de la siesta que nos amenaza, ó en una fresca fuente que está á la salida del valle que atrás dejamos, ó tornándonos á la aldea, donde será Leonarda tratada con la voluntad que tú, Teolinda, de Galatea y de mí conoces. Y si á vosotras, pastoras, hago solo este ofrecimiento, no es porque me olvide de Grisaldo y Rosaura, sino porque me parece que á su valor y merecimiento no puedo ofrecerles mas del deseo. Ese no faltará en mí mientras la vida me durare, respondió Grisaldo, de hacer, pastora, lo que fuere en tu servicio, pues no se debe pagar con menos la voluntad que nos muestras; mas por parecerme que será bien hacer lo que dices, y por tener entendido que no ignorais lo que entre mí y Rosaura ha pasado, no quiero deteneros ni detenerme en referirlo: solo os ruego seais servidas de llevar á Rosaura en vuestra compañía á vuestra aldea, en tanto que yo aparejo en la mía algunas cosas que son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean; y porque Rosaura quede libre de sospecha, y no la pueda tener jamás de la fe de mi pensamiento, con voluntad considerada mia, siendo vosotras testigos de ella, le doy la mano de ser su verdadero esposo: y diciendo esto, tendió la suya, y tomó la de la bella Rosaura, y ella quedó tan fuera de sí de ver lo que Grisaldo hacia, que apenas pudo responderle palabra, sino que se dejó tomar la mano, y de allí á un pequeño espacio dijo: A términos me habia traído el amor, Grisaldo, señor mio, que con menos que por mí hicieras te quedara perpetuamente obligada: pero pues tú has querido corresponder antes á ser quien eres que no á

mi merecimiento, haré yo lo que en mí es, qué es darte de nuevo el alma en recompensa deste beneficio, y después el cielo de tan agradecida voluntad te dé la paga. No más, dijo á esta sazón Galatea, no más, señores, que adonde andan las obras tan verdaderas, no han de tener lugar los demasiados comedimientos. Lo que resta es, rogar al cielo que traiga á dichoso fin estos principios, y que en larga y saludable paz goceis vuestros amores. Y en lo que dices, Grisaldo, que Rosaura venga á nuestra aldea, es tanta la merced que en ello nos haces, que nosotras mismas te lo suplicamos. De tan buena gana iré en vuestra compañía, dijo Rosaura, que no se con qué lo encarezca más, que con decirnos qué no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañía. Pues ea, dijo Florisa, que el aldea es lejos, y el sol mucho, y nuestra tardanza de volver á ella notada: vos, señor Grisaldo, podeis ir á hacer lo que os conviniere que en casa de Galatea hallareis á Rosaura, y á estas, una pastora, que no merecen ser llamadas dos las que tanto se parecen. Sea como querais, dijo Grisaldo; y tomando á Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos que otro día enviaría Grisaldo un pastor de los muchos de su padre á avisar á Rosaura de lo que habia de hacer: y que enviando aquel pastor, sin ser notado podria hablar á Galatea ó á Florisa, y dar la órden que mas conviniese.

A todos pareció bien este concierto, y habiéndolo salido del bosque, vió Grisaldo que le estaba esperando su criado con el caballo, y abrazando de nuevo á Rosaura, y despidiéndose de las pastoras, se fué acompañado de lágrimas y de los ojos de Rosaura, que nunca del se apartaron hasta que le perdieron de vista. Como las pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda con deseo de saber la causa de su venida. Y Rosaura asimesmo fue contando á Galatea y á Florisa la ocasión que la habia movido á tomar el hábito de pastora, y á venir á buscar á Grisaldo diciendo:

No os causará admiración, hermosas pastoras, el verme á mí en este traje, si supiérades hasta do se extiende la poderosa fuerza de amor, la cual no solo hace mudar el vestido á los que bien quieren, sino la voluntad y el alma, de la manera que mas es de su gusto; y hubiera yo perdido el mio eternamente, si de la invención deste traje no me hubiera aprovechado. Porque sabreis, amigas, que estando yo en la aldea de Leonarda, de quien mi padre es señor, vino á élla Grisaldo con intención de estarse allí algunos días, ocupado en el sabroso ejercicio de la caza; y por ser mi padre muy amigo del suyo, ordenó hospedarle en casa, y de hacerle todos los regalos que pudiese. Hízolo asi: y la venida de Grisaldo á mi casa fué para sacarme á mí della; porque en efecto, aunque sea á costa de mi vergüenza, os habré de decir que la vista, la conversación, el valor de Grisaldo, hicieron tal impresión en mi alma, que sin saber cómo, á pocos días que él allí estuvo, yo no estuve mas en mí, ni quise, ni pude estar sin hacerle señor de mi libertad. Pero no fué tan arrebatadamente, que primero no estuviése satisfecha que la voluntad de Grisaldo de la mia un punto no discrepaba, según el me dió á entender con muchas y muy verdaderas señales. Enterada pues yo en esta verdad, y viendo cuán bien me estaba tener á Grisaldo por esposo, vine á condescender con sus deseos, y á poner en efecto los míos: y así, con la intercesion de una doncella mia en un apartado corredor nos vimos Grisaldo y yo muchas veces, sin que nuestra estada solos á mas se extendiese que á vernos, y á darme él la palabra que hoy con mas fuerza delante de vosotras me ha tornado á dar. Ordenó pues mi triste ventura que en el tiempo que yo de tan dulce estado gozaba, vino asimesmo á visitar á mi padre un valeroso caballero aragonés, que Artrando se decía, el cual vencido á lo que él mostró de mi hermosura, si alguna tengo, con grandísima sollicitud procuró que yo con el me casase sin que mi padre lo supiese. Habia en este

medio procurado Grisaldo traer á efecto su propósito, y mostrándome yo algo más dura de lo que fuese menester, le iba entreteniendo con palabras con intención que mi padre saliese al camino de casarme, y que entonces Grisaldo me pidiese por esposa; pero no quería él hacer esto, porque sabía que la voluntad de su padre era casarle con la rica y hermosa Leopersia, que bien debeis conocerla por la fama de su riqueza y hermosura. Vino esto á mi noticia, y tomé ocasión de pedirle celos, aunque fingidos, solo por hacer prueba de la entereza de su fé; y fuí tan descuidada, ó por mejor decir tan simple, que pensando que granjeaba algo en ello, comencé á hacer algunos favores á Artrando, lo cual visto por Grisaldo, muchas veces me significó la pena que recibia de lo que yo con Artrando pasaba, y aún me avisó que si no era mi voluntad de que él me cumpliese la palabra que me había dado, que no podía dejar de obedecer á la de sus padres. A todas estas amonestaciones y avisos respondí yo sin ninguno, llena de soberbia y arrogancia, confiada en que los lazos que mi hermosura había echado al alma de Grisaldo, no podrían tan fácilmente ser rompidos, ni aun tocados de otra cualquiera belleza. Mas salióme tan al revés mi confianza, como me lo mostró presto Grisaldo, el cual cansado de mis necios y esquivos desdenes, tuvo por bien de dejarme y venir obediente al mandato de su padre. Pero apenas se hubo él partido de mi aldea, y apartado de mi presencia, cuando yo conocí el error en que había caído, y con tanto ahinco me comenzó á fatigar el ausencia de Grisaldo y los celos de Leopersia, que la ausencia dél me acababa, y los celos della me consumían. Considerando pues que si mi remedio se dilatava, habia de dejar en las manos del dolor la vida, determiné de aventurar á perder lo menos, que á mi parecer era la fama, por ganar lo mas, que es á Grisaldo: y así con excusa que dí á mi padre de ir á ver una lía mía, señora de otra aldea á la nuestra cercana, salí de mi casa acompa-

fiada de muchos criados de mi padre; y llegada en casa de mi tía, le descubrí todo el secreto de mi pensamiento, y le rogué fuese servida de que yo me pusiese en este hábito, y viniese á hablar á Grisaldo, certificándole que si yo misma no venía, que tendrían mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió con condición que trujese á Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiaba: y enviando por ella á nuestra aldea, y acomodándome desús vestido y advirtiéndonos de algunas cosas que las dos habíamos de hacer, nos despedimos dellas habrá ocho dias; y habiendo seis que llegamos á la aldea de Grisaldo, jamás hemos podido hallar lugar de hablarle á solas como yo deseaba, hasta esta mañana que supe que venía á caza, y le aguardé en el mismo lugar donde él se despidió: y he pasado con él todo lo que vosotras, amigas, habeis visto: del cual venturoso suceso quedo tan contenta, cuanto es razón lo quede la que tanto lo deseaba. Esta es, pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en contárosla, echad la culpa al deseo que teníades de saberla, y al mio, que no pudo hacer menos de satisfaceros. Antes quedamos tan obligadas, respondió Florisa, á la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en servirte, no saldremos de la deuda. Yo soy la que quedo en ella, replicó Rosaura, y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dejando esto aparte, volved los ojos, pastoras, y vereis los de Teolinda y Leonarda tan llenos de lágrimas, que moverán á los vuestros á no dejar de acompañarlos en ellas.

Volvieron Galatea y Florisa á mirarlas, y vieron ser verdad lo que Rosaura decía: y lo que el llanto de las dos hermanas causaba era que, despues de haber dicho Leonarda á su hermana todo lo que Rosaura habia contado á Galatea y á Florisa, le dijo: Sabrás, hermana, que así como tu faltaste de nuestra aldea, se imaginó qu te habia llevado el pastor Artidoro, que aquel mesmo dia faltó él también, sin que de nadie se

despidiera: confirmé yo esta opinión en mis padres, porque les conté lo que con Artidoro habia pasado en la floresta: con este indicio creció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca y de Artidoro, y en efeto lo pusiera por obra, si de allí á dos dias no viniera á nuestra aldea un pastor, que al momento que fué visto, todos le tuvieron por Artidoro: llegando estas nuevas á mi padre de que allí estaba el robador tuyo, luego vino con la justicia donde el pastor estaba, la cual le preguntaron si te conocía, ó adonde te habia llevado. El pastor negó con juramento que en toda su vida te habia visto, ni sabia que era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se maravillaron de que el pastor negaba conocerte, habiendo estado diez dias en el pueblo, y hablado y bailado contigo muchas veces, y sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpable en lo que se le imputaba, y sin querer admitir disculpa suya, ni escucharle palabra, le llevaron á la prisión, donde estuvo algunos dias sin que ninguno le hablase: al cabo de los cuales, yéndole á tomar su confesión, tornó á jurar que no te conocía, y que en toda su vida habia estado mas dé aquella vez en nuestra aldea, y que mirasen (y esto otras veces lo habia dicho) que aquel Artidoro que ellos pensaban ser él, por ventura no fuese un hermano suyo, que le parecía en tanto extremo como descubriría la verdad cuando les mostrase que se habian engañado, teniendo á él por Artidoro; porque él se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural del aldea de Grisaldo; y en efeto, tantas demostraciones dió, y tantas pruebas hizo, que conocieron claramente todos que él no era Artidoro, de que quedaron mas admirados, y decian que tal maravilla como la de parecernos yo á ti, y Galercio á Artidoro, no se habia visto en el mundo. Esto que de Galercio se publicaba, me movió á ir á verle muchas veces á do estaba preso; y fué la vista de suerte que quedé sin ella, á lo menos para mirar cosas que me den gusto, en tanto que á Galercio no

viere; pero lo que mas mal hay en esto, hermana, es que él se fué de la aldea sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo tuve lugar de decírselo, y así me quedé con la pena que imaginarse puede, hasta que la tia de Rosaura me envió á pedir á mí por algunos dias, todo á fin de venir á acompañar á Rosaura, de lo que recibí sumo contento por saber que veníamos á la aldea de Galercio, y que allí le podría hacer sabidor de la deuda en que me estaba; pero he sido tan corta de ventura, que há cuatro dias que estamos en su aldea, y nunca le he visto, aunque he preguntado por él, y me dicen que está en el campo con su galugar de ir á buscar á Galercio, del cual podría sanado. He preguntado también por Artidoro, y hanme dicho que de unos dias á esta parte no parece en el aldea; y por no apartarme de Rosaura no he tenido ber nuevas de Artidoro. Esto es lo que á mi me ha sucedido, y lo demás que has visto con Grisaldo, despues que faltas, hermana, en la aldea. Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba; pero cuando llegó á saber que en la aldea de Artidoro no sé sabia dél nueva alguna, no pudo tener las lágrimas, aunque en parte se consoló, creyendo que Galercio sabría nuevas de su hermano; y así determinó de ir otro dia á buscar á Galercio do quiera que estuviese, y habiéndole contado con la mas brevedad que pudo Leonarda todo lo que había sucedido despues que en busca de Artidoro andaba, abrazándola otra vez se volvió adonde las pastoras estaban, que un poco desviadas del camino iban, por entre unos árboles que del calor del sol un poco las defendian; y en llegando á ellas Teolinda, les contó todo lo que su hermana le había dicho, con el suceso de sus amores, y la semejanza de Galercio y Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dijo Galatea: Quien ve la semejanza tan extraña que hay entre tí, Teolinda, y tu hermana, no tiene de qué maravillarse aunque otras vea, pues ninguna, á lo que yo oéo, á la vuestra iguala. No hay

duda, respondió Leonarda, sino que la que hay entre Artidoro y Galercio es tanta, que si á la nuestra no iguala, á lo menos en ninguna cosa se quedará atrás. Quisiera el cielo, dijo Florisa, que así como los cuatro os semejais unos á otros, así os acomodeis y parezcáis en la ventura, siendo tan buena la que la fortuna conceda á vuestros deseos, que todo el mundo envidie vuestros contentos, como admira vuestras semejanzas. Replicara á estas razones Teolinda, si no lo estorbara la voz que oyeron que dentro los árboles salía y parándose todas á escucharla, luego conocieron ser la del pastor Lauso, de que Galatea y Florisa grande contento recibieron, porque en extremo deseaban saber de quién andaba Lauso enamorado, y creyeron que desta duda las sacaría lo que el pastor cantase, y por esta ocasión, sin moverse de donde estaban con grandísimo silencio le escucharon. Estaba el pastor sentado al pie de un verde sauce, acompañado de solos sus pensamientos. Y de un pequeño rabel, al son del cual desta manera cantaba.

## LAUSO

Si yo dijere el bien del pensamiento,  
 En mal se vuelva cuanto bien poseo.  
 Que no es para decirse el bien que siento.  
 De mí mismo se encubra mi deseo,  
 Enmudezca la lengua en esta parte,  
 Y en el silencio ponga su trofeo.  
 Pare aquí el artificio, cese el arte  
 De exagerar el gusto, que en una alma  
 Con mano liberal amor reparte.  
 Baste decir que en sosegada calma  
 Paso el mar amorosa confiado  
 De honesto triunfo vencedora palma.  
 Sin saberse la causa, lo causado  
 Se sepa; que es un bien tan sin medida,  
 Que solo para el alma es reservado.  
 Ya tengo nuevo ser, ya tengo vida,  
 Ya puedo cobrar nombre en todo el suelo

De ilustre y clara fama conocida.

Que el limpio intento, el amoroso celo

Que encierra el pecho enamorado mío,

Alzarme puede al más subido cielo.

En tí Silena, espero, en tí confío,

Silena, gloria de mi pensamiento,

Norte por quien se rige mi albedrío.

Espero que el sin par entendimiento

Tuyo levantes á entender que valgo

Por fé lo que no está en merecimiento.

Confío que tendrás, pastora, en algo

(Después de hacerte cierta la experiencia)

La sana libertad de un pecho hidalgo.

¿Qué bienes nos asegura tu presencia?

¿Qué males no destierra, y quién sin ella

Sufrirá un punto la terrible ausencia?

¡Oh más que la belleza misma bella,

Más que la propia discreción discreta,

Sol á mis ojos y á mi mar estrella!

No la que fué de la nombrada Creta,

Robada por el falso hermoso toro,

Iguale á tu hermosura tan perfeta.

Ni aquella que en sus faldas granos de oro

Sintió llover, por quien después no pudo

Guardar el virginal rico tesoro.

Ni aquella que con brazo airado y crudo

En la sangre castísima del pecho

Tiñó el puñal de su limpieza agudo.

No cantó mas el enamorado pastor, ni por lo que cantado habia pudieron las pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban, que puesto que Lauso nombró á Silena en su canto, por este nombre no fué la pastora conocida: y así imaginaron que como Lauso habia andado por muchas partes de España y aun de toda Asia y Europa, que alguna pastora forastera sería la que habia rendido la libre voluntad suya; mas volviendo á considerar que le habia visto pocos dias atrás triunfar de la libertad, y hacer burla de los enamorados, sin duda creyeron que con disfrazado nombre celebraba alguna conocida pastora, á quien habia hecho señora de

sus pensamientos: y así sin satisfacerse en su sospecha se fueron hacia la aldea, dejando al pastor en el mismo lugar donde estaba. Mas no hubieron andado mucho, cuando vieron venir desde lejos algunos pastores que luego fueron conocidos, porque eran Tirsi, Damon, Elicio, Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Prompo, Daranio, Orfenio y Marsilio, con todos los principales pastores de la aldea, y entre ellos el desamorado Lenio, con el lastimado Silerio, los cuales salían á tener la siesta á la fuente de las Pizarras, á la sombra que en aquel lugar hacían las enricadas ramas de los espesos y verdes árboles; y antes que los pastores llegasen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda y Rosaura de rebozarse cada una con un blanco lienzo, porque de Tirsi y Damon no fuesen conocidas. Los pastores llegaron haciendo corteses recibimientos á las pastoras, convidándolas á que en su compañía la siesta pasar quisiesen; mas Galatea se escuso con decir que aquellas forasteras pastoras que con ella venían, tenían necesidad de ir á la aldea: con esto se despidió dellos llevando tras sí las almas de Elicio y Erastro, y aun las encubiertas pastoras los deseos de conocerlas de cuantos allí estaban. Ellas se fueron á la aldea, y los pastores á la fresca fuente; pero antes que allá llegasen, Silerio se despidió de todos, pidiendo licencia para volverse á su ermita; y puesto que Tirsi, Damon, Elicio y Erastro le rogaron que por aquel día con ellos se quedase, jamás lo pudieron acabar con él, antes abrazándolos á todos se despidió, encargando y rogando á Erastro que no dejase de verle todas las veces que por su ermita pasase. Erastro se lo prometió; y con esto, torciendo el camino, acompañado de su continua pesadumbre, se volvió á la soledad de su ermita, dejando á los pastores no sin dolor de ver la estrechez de vida que en tan verdes años había escogido; pero más se sentía entre aquellos que le conocían y sabían la calidad y valor de su persona.

Llegados los pastores á la fuente, hallaron en ella á tres caballeros y á dos hermosas damas que de camino venían, y fatigados del cansancio y convidados del ameno y fresco lugar, les pareció ser bien dejar el camino que llevaban, y pasar allí las calurosas horas de la siesta. Venían con ellos algunos criados, de manera que en su apariencia mostraban ser personas de calidad. Quisieran los pastores, así como los vieron, dejarles el lugar desocupado; pero uno de los caballeros, que el principal parecía, viendo que los pastores de comedidos se querían ir á otra parte, les dijo: Si era por ventura vuestro contento, gallardos pastores, pasar la siesta en este deleitoso sitio, no os lo estorbe nuestra compañía, antes nos haced merced de que con la vuestra aumenteis nuestro contento, pues no promete menos vuestra gentil disposición y manera; y siendo el lugar, como lo es tan acomodado para mayor cantidad de gente, hareis agravio á mí y á estas damas, sino venís en lo que yo en su nombre y el mío os pido. Con hacer, señor, lo que nos mandas, respondió Elicio, cumpliremos nuestro deseo, que por agora no se extendía á más que venir á este lugar á pasar en él en buena conversación las enfadosas horas de la siesta; y aunque fuera diferente nuestro intento, le torciéramos solo por hacer lo que pedís. Obligado quedo, respondió el caballero, á muestras de tanta voluntad, y para más certificarme y obligarme con ella, sentáos, pastores, al rededor desta fresca fuente, donde con algunas cosas que estas damas traen para regalo del camino, podeis despertar la sed, y mitigar en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece. Todos lo hicieron así, obligados de su buen comedimiento. Hasta este punto habían tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces; pero viendo que los pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan extraña, que en gran admiración puso á todos los que la vieron, pareciéndoles que des-

pués de la de Galatea no podía haber en la tierra otra que se igualase.

Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una dellas, que de más edad parecía á la más pequeña en cierto donaire y brío se aventajaba. Sentados pues y acomodados todos, el segundo caballero, que hasta entonces ninguna cosa había hablado, dijo: Cuando me paro á considerar, agradables pastores, la ventaja que hace al cortesano y soberbio trato el pastoral y humilde vuestro, no puedo dejar de tener lástima á mí mismo, y á vosotros honesta envidia. ¿Por qué dices eso, amigo Darinto? dijo el otro caballero. Dígolo, señor, replicó estotro, porque veo con cuánta curiosidad vos y yo, y los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos, y aumentar las haciendas, y cuán poco viene á lucirnos, pues los rostros están marchitos de los mal digeridos manjares comidos á deśhoras, y tan costosos como mal gastados: la púrpura, el oro, el brocado, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que más bien parezcamos á los ojos de quien nos mira: todo lo cual puedes ver diferente en los que siguen el rústico ejercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los cuales podría ser, y aun es así, que se hubiesen sustentado y sustentan de manjares simples y en todo contrario de la vana compostura de los nuestros, y con todo eso mira el moreno de sus rostros, que promete más entera salud que la blancura quebrada de los nuestros, y cuán bien les está á sus robustos y sueltos miembros un pellico de blanca lana, una caperuza parda y unas antiparras de cualquier color que sean: y con esto á los ojos de sus pastoras deben de parecer más hermosos que los bizarros cortesanos á los de las retiradas damas. ¿Qué te diría pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condición, y de la honestidad de sus amores? No te digo más, sino que conmigo puede tanto lo que de la vida pastoral conozco, que de buena

gana trocaría la mía con ella. En deuda te estamos todos los pastores, dijo Elicio, por la buena opinión que de nosotros tienes; pero con todo eso te se decir que hay en la rústica vida nuestra tantos resbaladeros y trabajos, como se encierran en la cortesana vuestra. No podré yo dejar de venir en lo que dices, replicó Darinto, porque ya se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra; pero en fin, en la pastoral hay menos que en la ciudadana, por estar más libre de ocasiones que alteren y desasosieguen el espíritu. Cuán bien se conforma con tu opinión, Darinto, dijo Damon, la de un pastor amigo mío, que Lauso se llama, el cual, después de haber gastado algunos años en cortesanos ejercicios, y algunos otros, en los trabajosos del guro Marte, al fin se ha reducido á la pobreza de nuestra rústica vida, y antes que á ella viesese, mostró desearlo mucho, como parece por una canción que compuso y envió al famoso Larsileo, que en los negocios de la corte tiene larga y ejercitada experiencia, y por haberme á mí parecido bien, la lo mé toda en la memoria, y aun os lo dijera, si imaginara que á ella me diera lugar el tiempo, y á vosotros no os cansara el escucharla. Ninguna otra cosa nos dará más gusto que escucharte, discreto Damon, respondió Darinto, llamando á Damon por su nombre, que ya le sabía por haberle oído nombrar á los otros pastores sus amigos; y así yo de mi parte te ruego nos digas la canción de Lauso, que pues ella es hecha, como dices, á mi propósito, y tú la has tomado de memoria, imposible será que deje de ser buena. Comenzaba Damon á arrepentirse de lo que había dicho, y procuraba excusarse de lo prometido; mas los caballeros y damas se lo rogaron tanto, y todos los pastores, que él no pudo excusar al decirlo. Y así, habiéndose sossegado un poco, con gentil donaire y gracia dijo desta manera.

## DAMON

En vano imaginar de nuestra gente,  
De mil contrarios vientos arrojada  
Acá y allá con curso presuroso:  
La humana condición flaca, doliente  
En caducos placeres ocupada,  
Do busca sin hallarle algún reposo  
El mundo mentiroso,  
Falso prometedor de alegres gustos:  
La voz de sus sirenas  
Mal escuchada apenas,  
Cuando cambia su gusto en mil disgustos:  
La babilonia, el caos que miro y leo  
En todo cuanto veo:  
El cauteloso trato cortesano  
Junto con mi deseo,  
Puesto han la pluma en la cansada mano.

Quisiera yo, señor, que allí llegara  
Do llega mi deseo, el corto vuelo  
De mi grosera mal cortada pluma.  
Solo para que luego se ocupara  
En levantar al más subido cielo  
Vuestra rara bondad y virtud suma;  
Mas ¿quién hay que presuma  
Echar sobre sus hombros tanta carga,  
Si no es un nuevo Atlante  
En fuerzas tan bastante,  
Que poco el cielo le fatiga y carga?  
Y aún le será forzoso que se ayude,  
Y el grave peso mude  
Sobre los brazos de otro Alcides nuevo,  
Y aunque se encorve y sude,  
Yo tal fatiga por descanso apruebo.

Ya que á mis fuerzas esto es imposible,  
Y el inútil deseo doy por muestra  
De lo que encierra el justo pensamiento,  
Veamos si quizá será posible  
Mover la flaca mal contenta diestra  
A mostrar por enigma algún contento  
Mas tan sin fuerzas sienta  
Mi fuerza en esto, que será forzoso

Que apliquéis los oídos  
A los tristes gemidos  
De un desdeñado pecho congojoso,  
A quien el cielo, el aire, el mar, la tierra  
Hacen continuo guerra,  
Todos en su desdicha conjurados,  
Que se remata y cierra  
Con la corta ventura de sus hados.

Si esto no fuera, fácil cosa fuera  
Tender por la región del gusto el paso  
Y reducir cien mil á la memoria  
Pintando el monte, el río y la ribera.  
No amor, el hado, la fortuna y caso  
Rindieron á un pastor toda su gloria:  
Mas desta dulce historia  
El tiempo triunfa, y solo queda della  
Una pequeña sombra,  
Que ahora espanta, asombra  
Al pensamiento que más piense en ella:  
Condición propia de la humana suerte  
Que el gusto nos convierte  
En pocas horas en mortal disgusto,  
Y nadie habrá que acierte  
En muchos años con un firme gusto.

Vuelva ó revuelva en alto, suba ó baje  
El vano pensamiento al hondo abismo,  
Corra en un punto desde Tilo á Batro,  
Que él dirá cuanto más sude y trabaje,  
Y del término salga de sí mismo  
Puesto en la esfera, ó en el cruel baratro  
¡Oh una, y tres, y cuatro,  
Cinco, y seis, y más veces venturoso  
El simple ganadero,  
Que con un pobre apero  
Vive con más contento y más reposo  
Que el rico Craso, ó el avariento Mida!  
Pues con aquella vida  
Robusta, pastoral, sencilla y sana,  
De todo punto olvida  
Esta misera, falsa cortesana.

En el rigor del erizado invierno  
Al tronco entero de robusta encina  
De Vulcano abrasada se calienta,

Ta allí en sosiego trata del gobierno  
 Mejor de su ganado y determina  
 Dar de sí al cielo no enricada cuenta.  
 Y cuando ya se ahuyenta  
 El encogido, estéril, yerto frío,  
 Y el gran señor de Delo  
 Abrasa el aire, el suelo,  
 En el márgen sentado de algún río  
 De verdes sauces y álamos cubierto,  
 Con rústico concierto  
 Suelta la voz, ó toca el caramillo,  
 Y á veces se ve cierto  
 Las aguas detenerse por oílo.

Poco allí le fatiga el rostro grave  
 Del privado, que muestra en apariencia  
 Mandar allí do no es obedecido;  
 Ni el alto exagerar con voz suave  
 Del falso adulador, que en poca ausencia  
 Muda opinión, señor, bando y partido;  
 Ni el desdén sacudido  
 Del sutil secretario le fatiga,  
 Ni la altivez honrada  
 De la llave dorada,  
 Ni de los varios principes la liga,  
 Ni del manto ganado un punto parte,  
 Porque el furor de Marte  
 A una y otra parte suene airado,  
 Regido por tal arte,  
 Que apenas su secuaz se ve medrado.

Reduce á pocos pasos sus pisadas  
 Del alto monte al apacible llano,  
 Desde la fresca fuente al claro río,  
 Sin que por ver las tierras apartadas  
 Las movibles campañas del Oceano  
 Are con loco, antiguo desvario;  
 No le levanta el brío  
 Saber que el gran monarca invicto vive  
 Bien cerca de su aldea,  
 Y aunque su bien desea,  
 Poco disgusto en no verle recibe,  
 No como el ambicioso entremetido,  
 Que con seso perdido  
 Anda tras el favor, tras la privanza,

Sin nunca haber teñido  
 En turca ó mora sangre, espada ó lanza.  
 No su semblante ó su color se muda  
 Porque mude color, mude semblante  
 El señor á quien sirve; pues no tiene  
 Señor que fuerce á que con lengua muda  
 Siga cual Clicie á su dorado amante  
 El dulce ó amargo gusto que le viene:  
 No le vereis que pene  
 De temor que un desculdo, una nonada  
 En el ingrato pecho  
 Del señor el derecho  
 Borre de sus servicios, y sea dada  
 De breve despedida la sentencia:  
 No muestra en apariencia  
 Otro de lo que cierra el pecho sano;  
 Que la rústica ciencia  
 No alcanza el falso trato cortesano.  
 ¿Quién tendrá vida tal en menosprecio?  
 ¿Quién no dirá que aquella sola es vida  
 Que al sosiego del alma se encamina?  
 El no tenerla el cortesano en precio,  
 Hace que su honrada sea conocida  
 De quien aspira al bien y al mal declina.  
 ¡Oh vida do se afina  
 En soledad el gusto acompañado!  
 ¡Oh pastoral hajeza,  
 Más alta que la alteza  
 Del cetro más subido y levantado!  
 ¡Oh flores olorosas, oh sombríos  
 Bosques, oh claros ríos!  
 ¡Quién gozar os pudiera un breve tiempo  
 Sin que los males míos  
 Turbasen tan honesto pasatiempo!  
 Canción, á parte vas do serán luego  
 Conocidas tus faltas y tus sobras  
 Mas di, si aliento cobras,  
 Con rostro humilde enderezado á ruego:  
 Señor, perdón, porque el que acá me envía,  
 En vos y en su deseo se confía.

Esta es, señores, la canción de Lauso, dijo Damon

en acabándola: la cual fue tan celebrada de Larsileo, cuanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron. Con razón lo puedes decir, respondió Darinto, pues la verdad y artificio suyo es digno de justas alabanzas. Estas canciones son las de mi gusto, dijo á este punto el desamorado Lenio; y no aquellas que á cada paso llegan á mis oídos, llenas de mil simples conceptos amorosos, tan mal dispuestos é intrincados, que osaré jurar que hay algunas, que ni las alcanza quien las oye, por discreto que sea, ni las entiende quien las hizo. Pero no menos fatigan otras que se enzarzan en dar alabanzas á Cupido y en exagerar su poder, su valor, sus maravillas y milagros, haciéndole señor del cielo y de la tierra, dándole otros mil atributos de potencia, de mando y señorío; y lo que más me cansa á mí de los que las hacen, es, que cuando hablan de amor, entienden de un no sé quién, que ellos llaman Cupido, que la mesma significación del nombre nos declara quién es él, que es un apéto sensual y vano, digno de todo vituperio.

Habló el desamorado Lenio, y en fin hubo de parar en decir mal del amor; pero como todos los más de los que allí estaban conocían su condición, no repararon mucho en sus razones, si no fué Erastro, que le dijo: ¿Piensas, Lenio, por ventura, que siempre estás hablando con el simple Erastro, que no sabe contradecir tus opiniones, ni responder á tus argumentos? Pues quiérote advertir que te será sano callar por ahora, ó á lo menos tratar de otras cosas que de decir mal de amor, si ya no gustas que la discreción y ciencia de Tirsí y de Damon te alumbren de la ceguedad en que estás, y te muestren á la clara lo que ellos entienden y lo que tú debes entender del amor y de sus cosas ¿Qué me podrán ellos decir que yo no sepa? dijo Lenio; ó ¿qué les podré yo replicar que ellos no ignoren? Soberbia es esa, Lenio, respondió Elicio, y en ella muestras cuán fuera vas del camino de la verdad de amor, y que te riges más por el norte de tu parecer y anto-

jo, que no por el que debías regirte, que es el de la verdad y experiencia. Antes por la mucha que yo tengo de sus obras, respondió Lenio, le soy tan contrario como maestro y mostraré mientras la vida me durare. ¿En qué fundas tu razón? dijo Tirsi. ¿En qué, pastor? respondió Lenio: en que por los efectos que hacen, conozco cuán mala es la causa que los produce. ¿Cuáles son los efectos de amor que tú tienes por tan malos? replicó Tirsi. Yo te los diré, si con atención me escuchas, dijo Lenio; pero no querría que mi plática enfadase los oídos de los que están presentes, pudiendo pasar el tiempo en otra conversación de más gusto. Ninguna cosa habrá que sea más del nuestro, dijo Darinto, que oír tratas desta materia, especialmente entre personas que tan bien sabrán defender su opinión; y así por mi parte, si la destos pastores no lo estorba, te ruego, Lenio, que sigas adelante la comenzada plática. Eso haré yo de buen grado, respondió Lenio, porque pienso mostrar claramente en ella cuánta razón me fuerza á seguir la opinión que sigo, y á vituperar cualquiera otra que á la mía se opusiere. Comienza pues, oh Lenio, dijo Damon, que no estarás más en ella de cuanto mi compañero Tirsi descubra la suya. A esta sazón, ya que Lenio se preparaba á decir los vituperios de amor, llegaron á la fuente el venerable Aurelio, padre de Galatea, con algunos pastores, y con él asimismo venían Galatea y Florisa, con las tres rebozadas pastoras, Rosaura, Teolinda y Leonarda, á las cuales, habiéndolas topado á la entrada de la aldea, y sabiendo dellas la junta de pastores que en la fuente de las Pizarras quedaba, á ruego suyo las hizo volver, fiadas las forasteras pastoras en que por sus rebozos no serían de alguno conocidas. Levantáronse todos á recibir á Aurelio y á las pastoras, las cuales se sentaron con las damas, y Aurelio y los pastores con los demás pastores. Pero cuando las damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas, que no podían apartar los ojos de mí-

rarla. No lo fué menos Galatea de la hermosura dellas, especialmente de la que de mayor edad parecía. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento; pero todo cesó cuando supieron lo que entre el discreto Tirsi y el desamorado Lenio estaba concertado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en extremo deseaba ver aquella junta, y oír aquella disputa; y más entonces, donde tendría Lenio quien tan bien le supiese responder; y así sin más esperar, sentándose Lenio en un tronco de un desmochado olmo, con voz al principio baja, y después sonora, desta manera comenzó á decir.

### LENIO

Ya casi adivino, valerosa y discreta compañía, cómo ya en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido y temerario, pues con el poco ingenio y menos experiencia que puede prometer la rústico vida en que yo algún tiempo me he criado, quiero tomar contienda en materia tan ardua como esta con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas academias, y cuyos bien sabidos estudios no pueden asegurar en mi pretensión sino segura pérdida. Pero confiado que á las veces la fuerza del natural ingenio adornado con algún tanto de experiencia, suele descubrir nuevas sendas, con que facilitan las ciencias por largos años sabidas, quiero atreverme hoy á mostrar en público las razones que me han movido á ser tan enérgico de amor, que he merecido por ello alcanzar renombre de desamorado; y aunque otra cosa no me moviera á hacer esto sino vuestro mandamiento, no me excusara de hacerlo: cuanto más, que no será pequeña la gloria que de aquí he de grangear, aunque pierda la empresa, pues al fin dirá la fama que tuve ánimo para competir con el nombrado Tirsi; y así con este presupuesto, sin querer ser favorecido sino es de la razón que tengo, á ella solo invoco y ruego de tal fuerza á

mis palabras y argumentos, que se muestre en ellas y en ellos las que tengo para ser tan enemigo del amor como publico.

Es, pues, amor, según he oído decir á mis mayores, un deseo de belleza: y esta definición le dan entre otras muchas los que en esta cuestión han llegado más al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza, forzosamente se me ha de conceder que cuando fuere la belleza que se amare, tal será el amor con que se ama. Y porque la belleza es en dos maneras, corpórea é incorpórea, el amor que la belleza corporal amare como último fin suyo, este tal amor no puede ser bueno, y éste es el amor de que yo soy enemigo; pero como la belleza corpórea se divide asimismo en dos partes, que son en cuerpos vivos y en cuerpos muertos, también puede haber amor de belleza corporal que sea bueno. Muéstrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones y de hembras, y ésta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas, y que todas juntas hagan un todo perfecto, y formen un cuerpo proporcionado de miembros y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva, consiste en pinturas, estatuas, edificios; la cual belleza puede amarse, sin que el amor con que se amare se vitupere. La belleza incorpórea se divide también en dos partes: en las virtudes y ciencias del ánimo; y el amor que á la virtud se tiene, necesariamente ha de ser bueno y ni más ni menos el que se tiene á las virtuosas ciencias y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza la causa que engendra el amor en nuestros pechos, síguese que en el amar la una ó la otra consista ser el amor bueno ó malo; pero como la belleza incorpórea se considera con los ojos del entendimiento limpios y claros, y la belleza corpórea se mira con los ojos corporales, en comparación de los incorpóreos, turbios y ciegos; y como sean más prestos los ojos del cuerpo á mirar la belleza presente

corporal que agrada, que no los del entendimiento á considerar la ausente incorpórea que glorifica, síguese que más ordinariamente aman los mortales la caduca y mortal belleza que los destruye, que no la singular y divina que los mejora. Pues deste amor, ó desear la corporal belleza, han nacido, nacen y nacerán en el mundo asolación de ciudadés, ruina de Estados, destrucción de imperios y muertes de amigos; y cuando ésto generalmente no suceda, ¿que desdichas mayores, que tormentos más graves, que incendio, qué celos, qué penas, qué muertes puede imaginar el humano entendimiento, que á las que padece el miserable amante puedan compararse? Y es la causa desto que, como toda la felicidad del amante consistía en gozar la belleza que desea, y esta belleza sea imposible poseerse y gozarse enteramente, aquel no poder llegar al fin que se desea, engendra en él los suspiros, las lágrimas, las quejas y desabrimientos.

Pues que sea verdad que la belleza de quien hablo no se puede gozar perfecta y enteramente, está manifiesto y claro; porque no está en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera dél, y no sea toda suya; porque las extrañas, conocida cosa es que están siempre debajo del arbitrio de la que llamamos fortuna y caso, y no en poder de nuestro albedrío, y así se concluye que donde hay amor hay dolor: y quien esto negase, negaría asimismo que el sol es claro, y que el fuego abrasa. Mas porqué se venga con más facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra, por las pasiones del ánimo discurriendo se verá clara la verdad que sigo. Son, pues, las pasiones del ánimo, como mejor vosotros sabéis, discretos caballeros y pastores, cuatro generalés, y no más. Desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las presentes calamidades; las cuales pasiones, por ser como vientos contrarios que la tranquilidad del ánima perturban, con más propio vocablo perturbaciones son llamadas:

y destas perturbaciones la primera es propia del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo: y así es el deseo principio y origen de todas nuestras pasiones, de do proceden como cualquier arroyo de su fuente. Y de aquí viene que todas las veces que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones, luego nos mueve á seguirla y á buscarla, y buscándola y siguiéndola, á mil desordenados fines nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano á procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrastra del ahnado, y lo que peor es, el mismo padre de la propia hija: este deseo es el que nuestros pensamientos á dolorosos peligros acarrea. Ni aprovecha que le hagamos obstáculo con la razón, que puesto que nuestro mal claramente conozcamos, no por eso sabemos retirarnos dél; y no se contenta amor de detenernos á una sola voluntad atentos, antes como el deseo de las cosas, como ya está dicho, todas las pasiones nacen, así del primer deseo que nace en nosotros, otros mil se derivan, y estos son los enamorados no menos diversos que infinitos, y aunque; todas las mas de las veces miren á un solo fin, con todo eso, como son diversos los objetos y diversa la fortuna de los amadores de cada uno, sin duda alguna diversamente se desea.

Hay algunos que por llegar á alcanzar lo que desean, ponen toda su fuerza en una carrera, en la cual ¡oh cuántas y cuán duras cosas se encuentran! ¡cuántas veces se cae, y cuántas agudas espinas atormentan sus pies, y cuántas veces primero se pierde la fuerza y el aliento, que den alcance á lo que procuran! Algunos otros hay que ya de la cosa amada son poseedores, y ninguna otra desean ni piensan, sino en mantenerse en aquel estado, y teniendo en esto solo ocupados sus pensamientos, y en esto solo todas sus obras y tiempo consumido, en la felicidad son míseros, en la riqueza pobres, y en la ventura desventurados. Otros que ya están fuera de la posesión de sus bienes, pro-

curan tornar á ellos, usando para ello mil ruegos, mil promesas, mil condiciones, infinitas lágrimas, y al cabo en estas miserias ocupándose, se ponen á términos de perder la vida. Mas no se ven estos tormentos en la entrada de los primeros deseos, porque entonces el engañoso amor nos muestra una senda por do entremos, al parecer ancha y espaciosa, la cual despues poco á poco se va cerrando de manera, que para volver ni pasar adelante ningun camino se ofrece: y asi engañados y traidos los míseros amantes con una dulce y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos mal formadas palabras que en sus pechos una falsa y flaca esperanza engendran, arrojándose luego á caminar tras ella, aguijados del deseo, y despues á poco trecho y á pocos dias, hallando la senda de su remedio cerrada, y el camino de su gusto impedido, acuden luego á regar su rostro con lágrimas, á turbar el aire con suspiros, fatigar los oidos con lamentables quejas; y lo peor es, que si acaso con las lágrimas, con los suspiros y con las quejas no pueden venir al fin de lo que desean, luego mudan de estilo, y procuran alcanzar por malos medios lo que por buenos no pueden. De aquí nacen los odios, las iras, las muertes, asi de amigos como de enemigos. Por esta causa se ha visto y se ve á cada paso, que las tiernas y delicadas mujeres se ponen á hacer cosas tan extrañas y temerarias, que aun solo el imaginarlas pone espanto. Por éstas se ven los santos y conyugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal advertida esposa, ora del incauto y descuidado marido. Por venir al fin deste deseo es traidor el hermano al hermano, el padre al hijo, y el amigo al amigo. Este rompe enemistades, atropella respetos, traspasa leyes, olvida obligaciones y solicita parientas.

Mas porque claramente se vea cuánta es la miseria de los enamorados, ya se sabe que ningun apetito tiene tanta fuerza en nosotros, ni con tanto ímpetu al objeto propuesto nos lleva, como aquel que de las es-

puelas de amor es solicitado; y de aqui viene qué ninguna alegría ó contento pasa tanto del debido término, como aquella del amante cuando viene á conseguir alguna cosa de las que desea; y esto se ve, porque ¿qué persona habrá de juicio, si no es el amante, que tenga á suma felicidad un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve amoroso volver de ojos, y otras cosas semejantes de tan poco momento cuando las considera un entendimiento desapasionado? Y no por estos gustos tan colmados, que á su parecer los amantes consiguen se ha de decir que son felices y bienaventurados; porque no hay ningun contento suyo, que no venga acompañado de innumerables disgustos y sinsabores, conque amor se los agua y turba; y nunca llegó gloria amorosa adonde llega y alcanza la pena: y es tan mala el alegría de los amantes que los saca fuera de si mesmos, tornándolos descuidados y locos; porque, como ponen todo su intento y fuerzas en mantenerse en aquel gustoso éstado que ellos se imaginan, de otra cosa se descuidan, de que no poco daño se les sigue, así de hacienda como de honra y vida. Pues á trueco de lo que he dicho, se hacen ellos mesmos esclavos de mil congojas, y enemigos de si propios. Pues ¿qué, cuando sucede que en medio de la carrera de sus gustos, les toca el hierro frio de la pesada lanza de los celos? Allí se les oscurece el cielo, se les turba el aire, y todos los elementos se les vuelven contrarios. No tienen entónces de quien esperar contento, pues no se le puede dar el conseguir el fin que desean: allí acude el témor contino, la desesperación ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa y el verdadero llanto, con otros mil extraños y terribles; accidentes que le consumen y atañan. Todas las ocasiones de la cosa amada le fatigan, si mira, si rie, si torna, si vuelve, si calla, si habla; y finalmente todas las gracias que le movieron á querer bien, son las mesmas que atormentan al amante celoso. Y ¿quien

no sabe que si la ventura á manos llenas no favorece á los amorosos principios, y con presta diligencia á dulce fin los conduce, cuán costosos le son al amante cualesquier otros medios que el dèsdichado pone para conseguir su intento? ¿Qué de lágrimas derrama? ¿Qué de suspiros esparce? ¿Cuántas cartas escribe? ¿Cuántas noches no duerme? ¿Cuántos y cuán contrarios pensamientos le combaten? ¿Cuántos recelos le fatigan, y cuántos temores le sobresaltan? ¿Hay por ventura Tántalo que más fatiga tenga entre las aguas y el manzano puesto, que la que tiene él misèrable amante entre el temor y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorecido los cantares de las hijas de Dánao, tan sin provecho derramados, que jamás llegan á conseguir una mínima parte de su intento. ¿Hay águila que así destruya las entrañas de Ticio, como destruyen y roen los celos las del amante celoso? ¿Hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sísifo, como carga el amor contínuo los pensamientos de los enamorados? ¿Hay rueda de Ixion que mas presto se vuelva y atormente, que las prestas y varias imaginaciones de los temerosos amantes? ¿Hay Mínos ni Radamanto que así castiguen y apremien las desdichadas condenadas almas, como castiga y apremia el amor al enamorado pecho que al insufrible mando suyo está sujeto? No hay cruda Megera, ni rabiosa Tisifone, ni vengadora Alecto, que así maltraten el ánima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo á los sin ventura que le reconocen por señor y se le humillan como vasallos: los cuales por dar alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen, ó á lo menos dijeron los antiguos gentiles, que aquel instinto que incita y mueve al enamorado para amar mas que á su propia vida la ajena, era un dios á quien pusieron por nombre Cupido; y que así, forzados de su deidad, no podian dejar de seguir y caminar tras lo que él queria. Movióles á decir esto, y á dar nombre

de dios á este deseo, el ver los efetos sobrenaturales que hacen en los enamorados.

Sin duda parece que es sobre natural cosa estar un amante en un instante mesmo temeroso y confiado, arder lejos de su amada, helarse cuando mas cerca délla: mudo cuando parlero, y parlero cuando mudo. Extraña cosa es asimismo seguir á quien me huye, alabar á quien me vitupera, dar voces á quien no me escucha, servir á una ingrata, y esperar en quien jamás promete ni puede dar cosa que buena sea. ¡Oh amarga dulzura, oh venenosa medecina de los amantes no sanos! ¡Oh triste alegría, oh flor amorosa, que ningun fruto señalas, sino de tardo arrepentimiento! Estos son los efectos deste dios imaginado; estas son sus hazañas y maravillosas obras: y aun tambien puede verse en la pintura, con que figuraban á éste su vano dios, cuán vanos ellos andaban: pintábanle niño, desnudo, alado, vendados los ojos, con arco y saetas en las manos, por darnos á entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado, se vuelve de la condicion de un niño simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento. Decian asimismo que entre las saetas suyas tenia dos, la una de plomo y la otra de oro, con las cuales diferentes efetos hacia, porque la de plomo engendraba odio en los pechos que tocaba, y la de oro crecido amor en los que heria, por solo avisarnos que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer. Y por esta ocasion no en balde cantan los poetas á Atalanta vencida de tres hermosas manzanas de oro; y á la bella Danae preñada de la dorada lluvia; y al piadoso Eneas descender al infierno con el ramo de oro en la mano: en fin, el oro y la dádiva es una de las mas fuertes saetas que el amor tiene, y con la que mas corazones sujeta; bien al revés de la de plomo, metal bajo y menospreciado, como lo es la pobreza, la cual antes engendra odio y aborreci-

miento donde llega, que otra b nevolencia alguna. Pero si las razones hasta agora por mí dichas, no bastan   persuadir la que yo tengo de estar mal con éste perdido amor, de quien trato hoy, observad en algunos ejemplos verdaderos y pasados los efetos suyos, y vereis, como yo veo, que no ve ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que sigo. Vemos pues  qu n, sino este amor, es aquel que al justo Lot hizo romper el casto intento, y violar   las propias hijas suyas? Éste es sin duda el que hizo que el escogido David fuese adúltero y homicida; y el que forzó al libidinoso Amon   procurar el torpe ayuntamiento de Tamar, su querida hermana; y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traidoras faldas de Dalila, por do perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y al cabo él y otros muchos la vida: este fue el que movió la lengua de Herodes para prometer   la bailadota niña la cabeza del precursor de la vida: este hace que se dude de la salvación del mas sabio y rico rey de los reyes, y aun de todos los hombres: este redujo los fuertes brazos del famoso Hercules, acostumbrados á regir la pesada maza,   torcer un peque uelo huso, y ejercitarse en mujeriles ejercicios: este hizo que la furiosa y enamorada Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano: este cortó la lengua   Progne, Aragne y   Hipólito, infam    Pasifae, destruyó   Troya y mat    Egisto: este hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera reina pasase su casto pecho con la aguda espada: este puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisba el vaso de mortífero veneno, que la acab  la vida. Este quitó la suya al valiente Turno, y el reino   Tarquino, el mando   Marco Antonio y la vida y la honra   su amiga. Este en fin entregó nuestras Españas   la bárbara furia agarena, llamada   la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas porque pienso que primero nos cubrir  la noche con su sombra, que yo

acabase de traeros á la memoria los ejemplos que se ofrecen á la mia, de las hazañas que el amor ha hecho y cada dia hace en el mundo, no quiero pasar mas adelante en ellos, ni aun en la comenzada plática, por dar lugar á que el famoso Tirsi me responda, rogándoos primero, señores, no os enfadé oír una canción, que algunos dias há tengo hecha en vituperio deste mi enemigo, la cual, si bien me acuerdo, dicé desta manera:

Sin que me pongan miedo el hielo y fuego,  
 El arco y flechas del amor tirano,  
 En su deshonra he de mover mi lengua:  
 Que ¿quién ha de temer á un niño ciego  
 De vario antojo y de juicio insano,  
 Aunque más amenace daño y mengua?  
 Mi gusto crece, mi valor desmengua  
 Cuando la voz levanto  
 Al verdadero canto,  
 Que en vituperio del amor se forma  
 Con tal verdad, con tal manera y forma,  
 Que á todo el mundo su maldad descubre,  
 Y claramente informa,  
 Del cierto daño que el amor encubre.  
 Amor es fuego que consume el alma,  
 Hielo que hiela, flecha que abre el pecho  
 Que de sus mañas vive descuidado:  
 Turbado mar do no se ha visto calma,  
 Ministro de ira padre del despecho,  
 Enemigo de amigo disfrazado,  
 Dador de escaso bien y mal colmado:  
 Afable, lisonjero,  
 Tirano, crudo y fiero,  
 Y Circe engañadora que nos muda  
 En varios monstruos, sin que humana ayuda  
 Pueda al pasado ser nuestro volvernós,  
 Aunque ligera acuda  
 Lá luz de la razón á socorrernos:  
 Yugo, que humilla al más erguido cuello,  
 Blanco á do se encaminan los deseos  
 Del ocio blando sin razón nacidos:

Red engañosa de su sutil cabello,  
 Que cubre y prendé en torpes actos feos  
 Los que del mundo son en más tenidos;  
 Sabroso mal de todos los sentidos,  
 Ponzofia disfrazada  
 Cual pildora dorada:  
 Rayo que adonde toca, abrasa y hiende:  
 Airado brazo que á traición ofende,  
 Verdugo del cautivo pensamiento,  
 Y del que se defiende  
 Del dulce halago de su falso intento:  
 Daño que aplace en los principios, cuando  
 Se regala la vista en el sugeto  
 Que cual el cielo bello le parece;  
 Más tanto cuanto más pasa mirando,  
 Tanto más pena en público y secreto  
 El corazón que todo lo parece:  
 Mudo hablador, parlero que enmudece,  
 Cuerdo que desatina,  
 Pura total ruina  
 De la más concertada alegre vida:  
 Sombra de bien en males convertida,  
 Vuelo que nos levanta hasta la esfera,  
 Para que en la caída  
 Quede vivo el pesar y el gusto muera:  
 Invisible ladrón que nos destruye  
 Y roba lo mejor de nuestra hacienda,  
 Llevándonos el alma á cada paso;  
 Ligereza que alcanza al que más huye,  
 Enigma que ninguno hay que la entienda,  
 Vida que de continuo está en traspaso,  
 Guerra elegida, y que nace acaso:  
 Tregua que poco dura,  
 Amada desventura,  
 Prefiez, que por jamás á sazón llega:  
 Enfermedad que al ánima se pega:  
 Cobarde que se arroja al mal y atreve,  
 Deudor que siempre niega  
 La deudá averiguada que nos debe  
 Cercado laberinto do se anida  
 Una fiera cruel que se sustenta  
 De rendidos humanos corazones:  
 Lazo donde se enlaza nuestra vida,

Señor que al mayordomo pide cuenta  
De las obras, palabras é intenciones:  
Codicia de mil varias pretensiones,  
Gusano que fabrica  
Estancia pobre ó rica  
Dó poco espacio habita, y al fin muere;  
Querer que nunca sabe lo que quiere,  
Nube que los sentidos escurece,  
Cuchillo que nos hiere;  
Este es amor : seguidle, si os parece.

Con esta cancion acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella y con él dejó admirados á algunos de los que presentes estaban, especialmente á los caballeros, pareciéndoles lo que Lenio habia dicho, de mas caudal que de pastoril ingenio parecia, y con gran deseo y atencion estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiéndose todos en su imaginacion, que sin duda alguna á la de Lenio haria ventaja, por la que Tirsi le hacia en la edad y en la esperiencia, y en los mas acostumbrados estudios, y asimismo les aseguraba esto, porque deseaban que la opinion desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad que la lastimada Teolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura, y aun la dama que con Darinto y su compañero venia, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio mil puntos de los sucesos de sus amores; y esto fue cuando llegó a tratar de lágrimas y suspiros, y de cuán caros se compraban los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea y la discreta Florisa iban fuera desta cuenta, porque hasta entonces no se la habia tomado amor de sus hermosos y rebeldes pechos, y así estaban atentas no mas de á escuchar la agudeza con que los dos famosos pastores disputaban, sin que de los efectos de amor que oian viesan alguno en sus libres voluntades; pero siendo la de Tirsi reducir á mejor término la opinion del desamorado pastor, sin esperar ser rogado, teniendo de su boca colgados los

ánimos de los circunstantes, poniéndose frontero de Lenio, con suave y levantado tono desta manera comenzó á decir.

### TIRSI

Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado pastor, no me asegurara que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan lejos agora se halla, antes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinion, te dejara con ella por castigo de tus sinrazones. Mas porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho, los buenos principios que tienes para poder reducirte á mejor propósito, no quiero dejar con mi silencio á los que nos oyen escandalizados, al amor desfavorecido, y á tí pertinaz y vanaglorioso: y así ayudado del amor, á quien llamo, pienso en pocas palabras dar á entender cuán otras son sus obras y defectos, de los que tú dél has publicado, hablando solo del amor que tú entiendes; el cual tú definiste; diciendo que era un deseo de belleza, declarando asimismo qué cosa era belleza, y poco despues desmenuzaste todos los efectos que el amor, de quien hablamos, hacia en los enamorados pechos, confirmándolo al cabo con varios y desdichados sucesos por el amor causados. Y aunque la definición que del amor hiciste sea la mas general que se suele dar, todavía no lo es tanto que no se pueda contradecir, porque amor y deseo son dos cosas diferentes: que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama. La razón está clara en todas las cosas que se poseen, que entonces no se podrá decir que se desean, sino que se aman: como el que tiene salud, no dirá que desea la salud, sino que la ama; y el que tiene hijos, no podrá decir que desea hijos, sino que ama los hijos; ni tampoco las cosas que se desean se puede decir que se aman, como la muerte de los enemigos, que se desea y no

se ama. Y así que por esta razón el amor y deseo vienen á ser diferentes afectos de la voluntad. Verdad es que amor es padre del deseo, y entre otras definiciones que del amor se dan, esta es una. Amor es aquella primera mutación que sentimos hacer en nuestra mente, por el apetito que nos conmueve y nos tira á sí y nos deleita y aplice; y aquel placer engendra movimiento en el ánimo, el cual movimiento se llama deseo; y en resolución, deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama: y un querer de aquello que se posee, y el objeto suyo es el bien: y como se hallan diversas especies de deseos, el amor es una especie de deseo que atiende y mira al bien que se llama bello; pero para más clara definición y división del amor, se ha de entender que en tres maneras se divide, en amor honesto, en amor útil y en amor deleitable. Y á estas tres suertes de amor se reducen cuantas maneras de amar y desear pueden caer en nuestra voluntad; porque el amor honesto mira á las cosas del cielo, eternas y divinas; el útil á las de la tierra, alegres y perecederas, como son las riquezas, mandos y señoríos; el deleitable á las gustosas y placenteras, como son las bellezas corporales vivas, que tú, Lenio, dijiste. Y cualquiera suerte destes amores que he dicho, no debe ser de ninguna lengua vituperada; porque el amor honesto siempre fue, es y ha de ser limpio, sencillo, puro y divino, y que solo en Dios para y sosiega. El amor provechoso, por ser como es natural, no debe condenarse, ni menos el deleitable, por ser más natural que el provechoso. Que sean naturales estas dos suertes de amor en nosotros, la experiencia nos lo muestra, porque luego que el atrevido primer padre nuestro pasó el divino mandamiento, y de señor quedó hecho siervo, y de libre esclavo; luego conoció la miseria en que había caído, y la pobreza en que estaba: y así tomó en el momento las hojas de los árboles que le cubriesen, y sudó

y trabajó rompiendo la tierra para sustentarse y vivir con la menos incomodidad que pudiese; y tras esto (obedeciendo mejor á su Dios en ello que en otra cosa) procuró tener hijos y perpetuar y deleitar en ellos la generacion humana; y así como por su obediencia entró la muerte en él, y por él en todos sus descendientes, así heredamos juntamente todos sus afectos y pasiones, como heredamos su misma naturaléza; y como él procuró remediar su necesidad y pobreza, también nosotros no podemos dejar de procurar y desear remediar la nuestra; y de aquí nace el amor que tenemos a las cosas útiles á la vida humana; y tanto quanto mas alcanzamos dellas, tanto mas nos parece que remediamos nuestra falta; y por el mismo consiguiente heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros hijos, y deste deseo se sigue el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como solo y verdadero medio que tales deseos á dichoso fin conduce.

Así que este amor deleitable, solo y sin mezcla de otro accidente, es digno antes de alabanza que de vituperio. Y este es el amor que tú, Lenio, tienes por enemigo; y cáusalo que no le entiendes ni conoces, porque nunca le has visto solo y en su misma figura, sino siempre acompañado de deseos perniciosos, lascivos y mal colocados; y esto no es culpa del amor, que siempre es bueno, sino de los accidentes que se le llegan, como vemos que acaece en algun caudaloso rio, el cual tiene su nacimiento de alguna líquida y clara fuente, que siempre claras y frescas aguas le va ministrando, y á poco espacio que da la limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan.

Así que este primer movimiento, amor ó deseo, como llamarlo quisieres, no puede nacer sino de buen principio; y aun dellos es el conocimiento de

la belleza, la cual, conocida por tal, casi parece imposible que de amar se deje; y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros ánimos, que ella sola fue parte para que los antiguos filósofos (ciegos y sin lumbré de fe que los encaminase) llevados de la razón natural, y traídos de la belleza que en los estrellados cielos y en la máquina y redondez de la tierra contemplaban, admirados de tanto concierto y hermosura, fueron con el entendimiento rastreando, haciendo escala por estas causas segundas hasta llegar á la primer causa de las causas, y conocieron que habia un solo principio sin principio de todas las cosas; pero lo que mas los admiró y levantó la consideración, fue ver la compostura del hombre tan ordenada, tan perfeta y tan hermosa, que le vinieron á llamar mundo abreviado; y así es verdad, que en todas las obras hechas por el mayordomo de Dios, naturaleza, ninguna es de tanto primor ni que mas descubra la grandeza y sabiduría de su Hacedor. Porque en la figura y compostura del hombre se cifra y cierra la belleza que en todas las otras partes della se reparte: y de aquí nace que esta belleza conocida se ama, y como toda ella mas se muestre y resplandezca en el rostro, luego como se ve un hermoso rostro llama y tira la voluntad á amarle. De do se sigue, que como los rostros de las mujeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones, ellas son las que son de nosotros mas queridas, servidas y solicitadas, como á cosa en quien consiste la belleza que naturalmente mas á nuestra vista contenta. Pero viendo el Hacedor y criador nuestro, que es propia naturaleza del ánima nuestra estar continuo en perpetuo movimiento y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su propio centro, quiso, porque no se arrojase á rienda suelta á desear las cosas precederas y vanas, y esto sin quitarle la libertad del libre albedrío, ponerle encima de sus tres potencias una despierta centinela, que la avisase de los peligros que la

contrastaban y de los enemigos que la perseguían; la cual fue la razón que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos: y viendo a i mismo que la belleza humana había de llevar tras sí nuestros afectos é inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, á lo menos quiso templarle y corregirle, ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del cual al varon y á la hembra los mas de los gustos y contentos amorosos naturales le son licitos y debidos. Con estos dos remedios puestos por la divina mano, se viene á templar la demasía que puede haber en el amor natural que tú, Lenio, vituperas, el cual amor de sí es tan bueno, que si en nosotros falase, el mundo y nosotros acabaríamos.

En este mismo amor de quien voy hablando, están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza; que el amor te conforme la casta voluntad de la cosa amada la suya temple; es fortaleza, porque el enamorado cualquier adversidad puede sufrir por amor de quien ama; es justicia, porque con ella á la que bien quiere sirve, forzándole la misma razón á ello; es prudencia, porque de toda sabiduría está el amor adornado. Mas yo te demando, oh Lenio, tú que has dicho que el amor es causa de ruina de imperios, destrucción de ciudades, de muertes de amigos, de sacrilegios hechos, inventor de traiciones, transgresor de leyes; digo que te demando que me digas, ¿cuál loable cosa hay hoy en el mundo, por buena que sea, que el uso della no pueda en mal ser convertida? Condénese la filosofía, porque muchas veces nuestros defectos descubre, y muchos filósofos han sido malos; abrásense las obras de los heroicos poetas, porque con sus sátiras y versos los vicios reprenden y vituperan; vitupérese la medicina, porque los venenos descubre; llámese inútil la elocuencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante, que ha puesto en duda la verdad conocida; no se forjen armas, porque los ladrones y los homicidas

las usan, ni se fabriquen casas. porque pueden caer sobre sus habitadores; prohibase la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad; ninguno procure tener hijos, porque Edipo, instigado de cruelísima faria, mató á su padre, y Oreste hirió el pecho de la madre propia; téngase por malo el fuego, porque suele abrasar las casas y consumir las ciudades; desdénese el agua, porque con ella se anegó toda la tierra; condénense en fin los elementos, porque pueden ser de algunos perversos perversamente usados. Y desta mane a cualquier cosa buena puede ser en mala convertida, y proceder della efectos malos, si en las manos de aquellos son puestas, que como irracionales, sin mediocridad del apetito gobernarse dejan.

Aquella antigua Cartago, émula del imperio romano, la belicosa Numancia, la adornada Corinto, la soberbia Tebas, y la docta Atenas, y la ciudad de Dios, J. rusalén, que fueron vencidas y asoladas; digamos por eso, que el amor fue causa de su destruicion y ruina. Asi que debrian los que tienen por costumbre de decir mal de amor, decirlo delos mismos, porque los dones de amor, si con templanza se usan, son dignos de perpetua alabanza; pues siempre los medios fueron alabados en todas las cosas, como vituperados los extremos; que si abrazamos la virtud mas de aquello que basta, el sabio granjeará nombre de loco, y el justo de inícuo. Del antiguo Cremona trágico fue opinion. que como el vino mezclado con el agua es bueno, asi el amor templado es provechoso, lo que es al revés en el inmoderado: la generacion de los animales racionales y brutos seria ninguna, si del amor no procediese, y faltando en la tierra, quedaria desierta y vacua. Los antiguos creyeron que el amor era obra de dioses, dada para conservacion y cura de los hombres. Pero viniendo á lo que tú, Lenio, dijistes de los tristes y extraños efectos que el amor en los enamorados pechos hace, teniéndolos

siempre en continuas lágrimas, profundos suspiros desesperadas imaginaciones, sin concederles jamás una hora de reposo; veamos por ventura, qué cosa puede desearse en esta vida, que el alcanzarla no cueste fatiga y trabajo, y tanto cuanto es de valor la cosa, tanto mas se ha de padecer y se padece por ella. Porque el deseo presupone falta de lo deseado, y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del ánimo nuestro. Pues si todos los deseos humanos se pueden pagar y contentarse sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dé parte dello, y con todo eso se compadece el seguirlos, ¿qué mucho es que por alcanzar aquello que no puede satisfacer ni contentar al deseo, sino con ello mesmo, se padezca, se lllore, se tema y se espere?

El que desea señoríos, mandos, honras y riquezas, ya que ve que no puede subir al último grado que quisiera, como llegue á ponerse en algun buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza que le falta de no poder subir á mas, le hace parar donde puede, y como mejor puede. Todo lo cual es contrario en el amor, porque el amor no tiene otra paga ni otra satisfaccion sino el mismo amor, y él propio es su propia y verdadera paga: y por esta razon es imposible que el amante esté contento hasta que á la clara conozca que verdaderamente es amado, certificándole desto las amorosas señales que ellos saben, y así estiman en tanto un regalado volver de ojos, una prenda cualquiera que sea de su amada, un no sé qué de risa, de habla, de burlas que ellos de veras toman, como indicios que les van asegurando la paga que desean, y así todas las veces que ven señales en contrario destas, ésle fuerza al amante lamentarse y afligirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, cuando la favorable fortuna y el blando amor se los concede; y como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad ajena á que sea una propia con

la mía, y juntar dos diferentes almas en tan indisoluble nudo y estrechez, que de las dos sean unos los pensamientos, y unas todas las obras, no es mucho que por conseguir tan alta empresa, se padezca mas que por otra cosa alguna, pues despues de conseguida satisface y alegra sobre todas las que en esta vida se desean. Y no todas veces son las lágrimas con razón y causa derramadas, ni esparcidos los suspiros de los enamorados; porque si todas sus lágrimas y suspiros se causaron de ver que no se responde á su voluntad como se debe y con la paga que se requiere, habria de considerar primero adonde levantaron la fantasía; y si la subieron mas arriba de lo que su merecimiento alcanza, no es maravilla que cual nuevos Icaros caigan abrasados en el rio de las miserias, de las cuales no tendrá la culpa el amor, sino su locura.

Con todo eso yo no niego, sino afirmo, que el deseo de alcanzar lo que se ama, por fuerza ha de causar pesadumbre, por la razon de la carestía que presupone, como ya otras veces he dicho; pero tambien digo que el conseguirla sea de grandísimo gusto y contento, como lo es al cansado el reposo, y de salud al enfermo. Junto con esto confieso que si los amantes señalasen, como en el uso antiguo, con piedras blancas y negras sus tristes ó dichosos dias, sin duda alguna que serian mas los infelices; mas tambien conozco que la calidad de sola una blanca piedra haria ventaja á la cantidad de otras infinitas negras. Y por prueba desta verdad, vemos que los enamorados jamás de serlo se arrepienten; antes si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa, como a enemigo le desecharian, porque aun el sufrirlas les es suave: y por esto, oh amadores, no os impida ningun temor para dejar de ofreceros y dedicaros a amar lo que mas os pareciere dificultoso, ni os quejeis ni arrepintais si a la grandeza vuestra las cosas bajas habeis levantado, que amor iguala lo quequeño a lo

sublime, y lo menos á lo mas: y con justo acuerdo templa las diversas condiciones de los amantes, cuando con puro afeto la gracia suya en sus corazones recibe. No cedais a los peligros, porque la gloria sea tanta que quite el sentimiento de todo dolor; y como a los antiguos capitanes y emperadores en premio de sus trabajos y fatigas les eran, segun las grandezas de sus vitórias, aparejados triunfos, así á los amantes les están guardados muchedumbre de placeres y contentos: y como á aquellos el glorioso recibimiento les hacia olvidar todos los incómodos y disgustos pasados, así al amante, de la amada amado, los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los inquietos días en suma tranquilidad y alegría se convierten. De manera, Lenio, que si por sus afetos tristes les condenas, por los gustosos y alegres les debes absolver.

Y á la interpretacion que diste de la figura de Cupido, estoy por decir que vas tan engañado en ella como casi en las demas cosas que contra el amor has dicho. Porque pintarle, niño, ciego, desnudo, con las alas y saetas, no quiere significar otra cosa, sino que el amante ha de ser niño en no tener condición doblada, sino pura y sencilla; ha de ser ciego a todo cualquier otro objeto que se le ofriere, si no es aquel a quien ya supo mirar y entregarse; ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama; ha de tener alas de ligereza, para estar pronto a todo lo que por su parte se le quiere mandar; píntanle con saetas, porque la llaga del enamorado pecho ha de ser profunda y secreta, y que apenas se descubra sino á la misma causa que ha de remediarla. Que el amor hiera con dos saetas, las cuales obran en diferentes maneras, es darnos a entender que en el perfeto amor no ha de haber medio de querer y no querer en un mesmo punto, sino que el amante ha de amar enteramente, sin mezcla de alguna tibieza. En fin, Lenio, este amor es el que si

consumió á los troyanos, engrandeció á los griegos: si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crecer los edificios de Roma: si quitó el reino á Torquino, redujo á libertad la república; y aunque pudiera traer aquí muchos ejemplos en contrario de los que traje de los efectos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de sí son tan notorios: solo quiero rogarte te dispongas á creer lo que he mostrado, y que tengas paciencia para oír una canción mia, que parece que en competencia de la tuya se hizo; y si por ella y por lo que te he dicho no quisieres reducirte á ser de la parte de amor, y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que dél he declarado. si el tiempo de agora lo concede, ó en otro cualquiera que tú escogieres y señalares, te prometo satisfacer á todas las réplicas y argumentos que en contrario de los míos decir quisieres; y por agora estáme atento y escucha.

Salga del limpio enamorado pecho

La voz sonora, y en suave acento  
 Cante de amor las aítas maravillas,  
 De modo que contento y satisfecho  
 Quede el mas libre y suelto pensamiento,  
 Sin que las sienta con no mas de oíllas.  
 ¡ tú, dulce amor, que puedes referillas  
 Por mi lengua, si quieres,  
 Tal gracia le concede,  
 Que con la palma quede  
 De gusto y gloria por decir quién eres;  
 Que si me ayudas, como yo confío,  
 Verá-se en presto vuelo  
 Subir al cielo tu valor y el mio.

Es el amor principio del bien nuestro,  
 Medio por do se alcanza y se granjea  
 El mas dichoso fin que se pretende:  
 De todas ciencias sin igual maestro,  
 Fuego, que aunque de hielo un pecho sea,

En claras llamas de virtud le enciende:  
 Poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende  
 Raiz de donde nace  
 La venturosa planta  
 Que al cielo nos levanta  
 Con tal fruto, que al alma satisface,  
 De bondad, de valor, de honesto cielo,  
 De gusto sin segundo,  
 Que alegra al mundo y enamora al cielo:  
     Cortesano, galan, sabio, discreto,  
 Gallardo, liberal, manso, esforzado,  
 De aguda vista, aunque de ciegos ojos:  
 Guardador verdadero del respeto,  
 Capitan que en la guerra do a triunfado  
 Sola la honra quiere por despojos:  
 Flor que crece entre espinas y entre abrojos  
 Que á vida y alma adorna:  
 Del temor enemigo,  
 De la esperanza amigo:  
 Huésped que mas alegra cuando torna,  
 Instrumento de honrosos ricos bienes,  
 Por quien se mira y medra  
 De honrosa hiedra en las honradas sienes:  
     Instinto natural, que nos conmueve  
 A levantar los pensamientos, tanto  
 Que apenas llega allí la vista humana:  
 Escala por do sube el que se atreve  
 A la dulce region del cielo santo:  
 Sierra, en su cumbre deleitosa y llana  
 Facilidad que lo intrincado allana:  
 Norte por quien se guia  
 En este mar insano  
 El pensamiento sano:  
 Alivio de la triste fantasía,  
 Padrino que no quiere nuestra afrenta:  
 Farol que no se encubre,  
 Mas nos descubre el puerto en la tormenta:  
     Pintor, que en nuestras ánimas retrata

Con apacibles sombras y colores  
 Ora mortal, ora inmortal belleza:  
 Sol que todo nublado desbarata,  
 Gusto á quien son sabrosos los dolores:  
 Espejo en quien se ve naturaleza:  
 Liberal, que en su punto la franqueza  
 Pone con justo medio:  
 Espiritu de fuego  
 Que alumbra al que es más ciego:  
 Del odio y del temor solo remedio:  
 Argos que nunca puede estar dormido,  
 Por mas que á sus orejas  
 Lleguen consejas de algun dios fingido:  
 Ejército de armada infantería  
 Que atropella con cien mil dificultades,  
 Y siempre queda con victoria y palma,  
 Morada adonde asiste el alegría,  
 Rostro que nunca encubre las verdades,  
 Mostrando claro lo que está en el alma:  
 Por donde la tormenta es dulce calma,  
 Con solo que se espere  
 Tenerla en tiempo alguno:  
 Refrigerio oportuno  
 Que cura el desdefiado cuando muere:  
 En fin, amor es vida, es gloria, es gusto,  
 Alma, feliz sosiego:  
 Segidle luego, que el seguirle es justo.

El fin del razonamiento y cancion del Tirsi fue principio para confirmar de nuevo en todos la opinion que de discreto tenia, si no fue en el desamorado Lenio, á quien no pareció tan bien su respuesta, que le satisficiese al entendimiento y le mudase de su primer propósito. Vióse esto claro, porque ya iba dando muestras de querer responder y replicar á Tirsi, si las alabanzas que á los dos daban Darinto y su compañero, y todos los pastores y pastoras presentes, no lo estorbaran, porque tomando la mano el

amigo de Darinto, dijo: En este punto acabo de conocer cómo la potencia y sabiduría de amor por todas las partes de la tierra se extiende, y que donde mas se afina y apura es en los pastorales pechos, como nos lo ha mostrado lo que hemos oído al desamorado Lenio al discreto Tirsi, cuyas razones y argumentos mas parecen de ingenios entre libros y las aulas criados, que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crecidos. Pero no me maravilla ya yo tanto desto, si fuese de aquello opinion del que dijo que el saber de nuestras almas era acordarse de lo que ya sabian, presuponiendo que todas se criaban enseñadas: mas cuando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma era como una tabla rasa, la cual no tenia ninguna cosa pintada, no puedo dejar de admirarme de ver cómo haya sido posible que en la compañía de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las ciencias, que apenas saben disputarse en las nombradas universidades: si ya no quiero persuadirme á lo que primero dije, que el amor por todo se extiende, y á todos se comunica; al caído levanta, al simple avisa y al avisado perfecciona.

Si conocieras, señor, respondió a esta sazón Elicio, cómo la crianza del nombrado Tirsi no ha sido entre los árboles y florestas, como tú imaginas, sino en las reales cortes y conocidas escuelas, no te maravillarás de lo que ha dicho, sino de lo que ha dejado por decir: y aunque el desamorado Lenio, por su humildad ha confesado que la rusticidad de su vida pocas prendas de ingenio puede prometer, con todo eso te aseguro que los más floridos años de su edad gastó, no en el ejercicio de guardar las cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tormes en loables estudios y discretas conversaciones. Así que, si la plática que los dos han tenido, de más que de pastores te parece, contémplos como fueron, y no como agora

son: cuanto más, que hallarás pastores en estas nuestras riberas, que no te causarán menos admiración si los oyes, que los que ahora has oído; porque en ellas apacientan sus ganados los famosos y conocidos Franio, Siralvo, Filardo, Silvano, Lisardo y los dos Mantos, padre e hijo, uno en la lira y otro en la poesía sobre todo extremo extremados; y para remate de todo, vuelve los ojos y conoce el conocido Damon, que presente tienes, donde puede parar tu deseo, si desea conocer el extremo de discreción y sabiduría. Responder quería el caballero á Elicio, cuando una de aquellas damas que con él venían dijo a la otra: Páreceme, señora Nísida, que pues el sol va ya declinando, que sería bien que nos fuésemos, si habemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre.

No hubo bien dicho esto la dama, cuando Darinto y su compañero la miraron, mostrando que les había pesado de que hubiese llamado por su nombre á la otra. Pero así como Elicio oyó el nombre de Nísida, le dió en el alma si era aquella Nísida de quien el ermitaño Silerio tantas cosas había contado, y el mismo pensamiento les vino a Tirsi, Damon y a Erastro. Y por certificarse Elicio de lo que sospechaba, dijo: Pocos días há señor Darinto, que yo y algunos de los que aquí estamos, oímos nombrar el nombre de Nísida, como aquella dama agora ha hecho, pero de más lágrimas acompañado y con más sobresaltos referido. ¿Por ventura, respondió Darinto, hay alguna pastora en estas vuestras riberas, que se llame Nísida? No, respondió Elicio; pero esta que yo digo, en ellas nació, y en las apartadas del famoso Sebeto fué criada. ¿Qué es lo que dices, pastor? replicó el otro caballero. Lo que oyes, respondió Elicio, y lo que más oirás, si me aseguras una sospecha que tengo. Dímelas, dijo el caballero, que podría ser te satisficiese. A esto replicó Elicio: A dicha señor, ¿tu propio nombre es Tímbrio? No te puedo negar esa ver-

dad, respondió el otro, porque Timbrio me llamo, el cual nombre quisiera encubrir hasta otra sazón más oportuna; mas la voluntad que tengo de saber por qué sospechaste que así me llamaba, me fuerza á que no te encubra nada de lo que de mí saber quisieres. Según eso, tampoco me negarás, respondió Elicio, que esta dama que contigo traes se llama Nísida, y aun por lo que yo puedo conjeturar, la otra se llama Blanca, y es su hermana. En todo has acertado, respondió Timbrio; pero pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado no me niegues tú la causa que te ha movido a preguntármelo. Ella es tan buena y será tan de tu gusto, replicó Elicio, cual lo verás antes de muchas horas.

Todos los que no sabían lo que el ermitaño Silerio a Elicio, Tirsi, Damon y Erastro había contado, estaban confusos oyendo lo que entre Timbrio y Elicio pasaba. Mas a este punto dijo Damon volviéndose a Elicio: No entretengas, oh Elicio, las buenas nuevas que puedes dar a Timbrio; y aun yo, dijo Erastro, no me detendré un punto de ir a dársela al lastimado Silerio del hallazgo de Timbrio. ¡Santos cielos, y qué es lo que oigo! dijo Timbrio; ¿y qué es lo que dices, pastor? ¿Es por ventura ese Silerio que has nombrado el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi vida, el que yo deseo ver mas que á otra cosa que me pueda pedir el deseo? Sácame desta duda luego, así crezcan y multipliquen tus rebaños de manera que te tengan envidia todos los vecinos ganaderos. No te fatigues tanto, Timbrio, dijo Damon, que el Silerio que Erastro dice es el mismo que tú dices, y el que desea saber mas de tu vida que sostener y aumentar la suya propia; porque despues que te partiste de Nápoles, segun el nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia, que la pena della, con la que le causaban otras pérdidas que él nos contó, le ha reducido á términos, que en una pequeña ermita que poco menos de una legua está de aquí distante, pasa la

mas estrecha vida que imaginarse puede, con determinación de esperar allí la muerte, pues de saber el suceso de tu vida no podia ser satisfecho. Esto sabemos cierto Tirsi, Elicio, Erastro y yo, porque él mismo nos ha contado la amistad que contigo tenia, con toda la historia de los casos á entrambos sucedidos, hasta que la fortuna por tan extraños accidentes os apartó para apartarle á él á vivir en tan extraña soledad que te causará admiracion cuando le veas. Véale yo, y llegue luego el último remate de mis dias, dijo Timbrio; y así os ruego, famosos pasadores, por aquella cortesía que en vuestros pechos mora, que satisfagais este mio con decirme adonde está esa ermita adonde Silerio vive. Adonde muere podrás mejor decir, dijo Erastro; però de aquí adelante vivirá con las nuevas de tu venida; y pues tanto su gusto y el tuyo deseas, levántate y vamos, que antes que el sol se ponga te pondré con Silerio: mas ha de ser con condicion que en el camino nos cuentes todo lo que te ha sucedido despues que de Nápoles te partiste, que de todo lo demás hasta aquel punto satisfechos están algunos de los presentes.

Poca paga me pides, respondió Timbrio, para tan gran cosa como me ofreces; porque no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mi saber quisieres y mas; y volviéndose á las damas que con él venian, les dijo: Pues con tan buena ocasion, querida y señora Nísida, se ha rompido el presupuesto que traíamos de no decir nuestros propios nombres, con el alegría que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos á ver á Silerio, á quien vos y yo debemos las vidas y el contento que poseemos. Excusado es, señor Timbrio, respondió Nísida, que vos me rogueis que haga cosa que tanto deseo y que tan bien me está el hacerla: vamos enhorabuena, que ya cada momento que tarda de verle se me hará un siglo. Lo mismo dijo la otra dama, que era su hermana Blanca, la

misma que Silerio habia dicho, y la que mas muestra dió de contento. Solo Darinto con las nuevas de Silerio se puso tal, que los labios no movia, antes con un extraño silencio se levantó y mandó á un su criado que le trujese el caballo en que allí habia venido: sin despedirse de ninguno subió en él, y volviendo las riendas, á paso tirado se desvió de todos. Cuando esto vió Timbrio, subió en otro caballo, y con mucha priesa siguió á Darinto hasta que le alcanzó, y trabando por las riendas del caballo, le hizo estar quieto, y allí estuvo con él hablando un buen rato, al cabo del cual Timbrio se volvió donde los pastores estaban, y Darinto siguió su camino, enviando á disculparse con Timbrio del haberse partido sin despedirse dellos.

En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarda y Florisa á las hermosas Nísida y Blanca se llegaron; y la discreta Nísida en breves razones les contó la amistad tan grande que entre Timbrio y Silerio habia, con mucha parte de los sucesos por ellos pasados; pero con la vuelta de Timbrio todos quisieron ponerse en camino para la ermita de Silerio; sino que á la misma sazón llegó á la fuente una hermosa pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurrón al hombro y cayado en la mano, la cual como vió tan agradable compañía, con lágr mas en los ojos les dijo: Si por ventura hay entre vosotros, señores, quien de los extraños efectos y casos de amor tenga alguna noticia, y las lágrimas y suspiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien está siente á ver si es posible remediar y detener las mas amargas lágrimas y profundos suspiros que jamás de ojos y pechos enamorados salieron: acudid, pues, pastores, á lo que os digo, vereis cómo con la experiencia de lo que os muestro hago verdaderas mis palabras; y en diciendo esto volvió las espaldas, y todos cuantos allí estaban la siguieron.

Viendo, pues, la pasiora que la seguian, con pre-

suroso paso se entró por entre unos árboles que á un lado de la fuente estaban; y no hubo andado mucho, cuando volviéndose á los que tras ella iban, les dijo; Veis allí, señores, la causa de mis lágrimas, porque aquel pastor que allí parece es un hermano mío, que por aquella pastora ante quien está hincado de hinojos, sin duda alguna él dejará la vida en manos de su crueldad. Volvieron todos los ojos á la parte que la pastora señalaba, y vieron que al pie de un verde sauce estaba arrimada una pastora, vestida como cazadora ninfa, con una rica aljaba que del lado le pendía, y un encorvado arco en las manos, con sus hermosos y rubios cabellos cogidos con una verde guirnalda; el pastor estaba ante ella de rodillas con un córdel echado á la garganta y un cuchillo desenvainado en la derecha mano, y con la izquierda tenia asida á la pastora de un blanco cendal que encima de los vestidos traía.

Mes' raba la pastora ceño en su rostro, y estar des- gustada de que el pastor allí por fuerza la detuviese; mas cuando ella vió que la estaban mirando, con grande ahinco procuraba desasirse de la mano del lastimado pastor, que con abundancia de lágrimas, tiernas y amorosas palabras, le estaba rogando que siquiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecía; pero la pastora desdeñosa y airada se apartó dél á tiempo que ya todos los pastores llegaban cerca tanto, que oyeron al enamorado mozo, que en tal manera á la pastora hab'aba. ¡Oh ingrata y desconocida Galateia, y con cuán justo título has alcanzado el renombre de cruel que tienes! Vuelve, endurecida, los ojos á mirar al que por mirarte está en el extremo de dolor que imaginarse puede. ¿Por qué huyes de quien te sigue? ¿Por qué no admites á quien te sirve, y por qué aborreces al que te adora? ¡Oh sin razon enemiga mia, dura cual levantado risco, airada cual ofendida sierpe, sorda cual muda selva, esquivada como rústica, rústica como

fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas se ceba! ¿Será posible que mis lágrimas no te ablanden, que mis suspiros no te apiaden y que mis servicios no te muevan? Sí que será posible, pues así lo quiere mi corta y desdichada suerte; y aun será también posible que tú no quieras apretar este lazo que á la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio deste corazon que te adora: vuelve, pastora, vuelve y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes añudar este cordel á mi garganta, ó ensangrentar este cuchillo en mi pecho.

Estas y otras semejantes razones decia el lastimado pastor, acompañadas de tantos sollozos y lágrimas, que movian a compasion a todos cuantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel y desamorada pastora dejaba de seguir su camino, sin querer aun volver los ojos a mirar al pastor que por ella en tal estado quedaba: de que no poco se admiraron todos los que su airado desden conocieron; y fue de manera, que hasta el desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la pastora: y así él con el anciano Arsindo se adelantaron a rogarle tuviese por bien de volver á escuchar las quejas del enamorado mozo, aunque nunca tuviese intencion de remediarlas. Mas no fue posible mudarla de su propósito, antes les rogó que no la tuviesen por descomedida en no hacer lo que le mandaban, porque su intencion era de ser enemiga mortal del amor y de todos los enamorados, por muchas razones que á ello la movian y aun dellas era haberse desde su niñez dedicado á seguir el ejercicio de la casta Diana: añadiendo a estas tantas causas para no hacer el ruego de los pastores, que Arsindo tuvo por bien de dejarla y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el cual como vió que la pastora era tan enemiga del amor, como parecia, y que tan de todo en todo con la condicion desamorada suya se conformaba, determinó de saber quién era, y de seguir su compañía por al-

gunos días, y así le declaró como él era el mayor enemigo que el amor y los enamorados tenían, rogándole que pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañía, que no sería mas de lo que ella quisiese. La pastora se holgó de saber la intención de Lenio, y le concedió que con ella viniese hasta su aldea, que dos leguas de la de Lenio era.

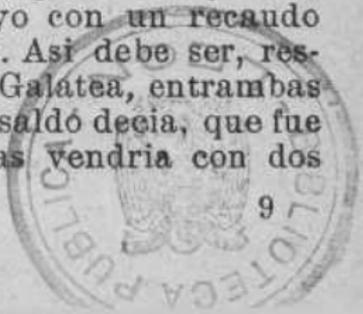
Con esto se despidió Lenio de Arsindo, rogándole que le disculpase con todos sus amigos y les dijese la causa que le había movido á irse con aquella pastora: y sin esperar mas, él y Gelasia alargaron el paso, y en poco rato desaparecieron. Cuando Arsindo volvió á decir lo que con la pastora había pasado, halló que todos aquellos pastores habían llegado á consolar al enamorado pastor, y que las dos de las tres rebozadas pastoras, la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea y la otra abrazada con la bella Rosaura, que asimesmo el rostro cubierto tenía. La que con Galatea estaba, era Teolinda, y la otra su hermana Leonarda, las cuales así como vieron al desesperado pastor, que con Gelasia hallaron, un celoso y enamorado desmayo les cubrió el corazón, porque Leonarda creyó que el pastor era su querido Galercio, y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro: y como las dos le vieron tan rendido y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento, que sin sentido alguno la una en las faldas de Galatea, la otra en los brazos de Rosaura desmayadas cayeron. Pero de allí á poco rato volviendo en sí Leonarda, á Rosaura dijo: ¡Ay señora mía, y cómo creo que todos los pasos de mi remedio me tiene tomados la fortuna; pues la voluntad de Galercio está tan agena de ser mía como se puede ver por las palabras que aquel pastor ha dicho a la desamada Gelasia! porque te hago saber, señora que aquel es el que ha robado mi libertad, y aun el que ha de dar fin a mis días. Maravillada

quedó Rosaura de lo que Leonarda decia: y mas lo fue cuando habiendo tambien vuelto en sí Teolinda, ella y Galatea la llamaron, y juntándose todos con Florisa y Leonarda, Teolinda dijo cómo aquel pastor era el su deseado Artidoro; pero aun no le hubo bien nombrado, cuando su hermona le respondió que se engañaba, que no era sino Galercio su hermano. ¡Ay, traidora Leonarda! respondió Teolinda, y ¿no te basta haberme una vez apartado de mi bien, sino agora que le hallo quieres decir que es tuyo? pues desengañate, que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga. Sin duda que te engañas; hermana, respondió Leonarda, y no me maravillo, que en este mismo error cayeron todos los de nuestra aldea, creyendo que este pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron á entender que no era sino su hermano Galercio; que tanto se parece el uno al otro, como nosotras la una a la otra: y aun si puede haber mayor semejanza, mayor semejanza tienen. No, lo quiero creer, respondió Teolinda, porque aunque nosotras nos parecemos tanto, no tan fácilmente se hallan estos milagros en naturaleza; y así te hago saber que en tanto que la experiencia no me haga mas cierta de la verdad, que tus palabras me hacen, yo no pienso dejar de creer que aquel pastor que allí veo es Artidoro; y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condición y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida, se puede esperar o temer que tan presto haya hecho laudanza, y me olvide. Sosegacs, pastoras, dijo entonces Rosaura, que yo os sacaré presto desa duda en que estais; y dejándolas á ellas, se fué adonde el pastor estaba dando á aquellos pastores cuenta de la estraña condición de Gelasia, y de las sinrazones que con él usaba.

A su lado tenia el pastor la hermosa pastorcilla que decia ser su hermano, á la cual llamó Rosaura, y apartándose con ella á un cabo, la importunó y

rogó le dijese cómo se llamaba su hermano, y si tenía otro alguno que le pareciese. A lo cual la pastora respondió que se llamaba Galercio, y que tenía otro que se llamaba Artidoro, que le parecía tanto, que apenas se diferenciaban, si no es por alguna señal de los vestidos, ó por el órgano de la voz, que en algo difería. Preguntóle también qué se había hecho Artidoro. Respondióle la pastora que andaba en unos montes algo de allí apartados, repastando parte del ganado de Grisaldo, con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca había querido entrar en el aldea, ni tener conversacion con hombre alguno, después que de las riberas del Henares había venido; y con estas le dijo otras particularidades tales, que Rosaura quedó satisfecha de que aquel pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda había dicho y aquella pastora decía, de la cual supo el nombre, que se llamaba Maurisa: y trayéndola consigo adonde Galatea y las otras pastoras estaban, otra vez en presencia de Teolinda y Leonarda contó todo lo que de Artidoro y Galercio sabía con lo que quedó Teolinda sosegada, y Leonarda descontenta, viendo cuán descuidadas estaban las mentes de Galercio de pensar en cosas suyas.

En las pláticas que las pastoras tenían, acertó que Leonarda llamó por su nombre á la encubierta Rosaura, y oyéndolo Maurisa, dijo: Si yo no me engaño, señora, por vuestra causa ha sido aquí mi venida y la de mi hermano. ¿En qué manera? dijo Rosaura. Yo os lo diré, si me dáis licencia de que á solas os lo diga, respondió la pastora. De buena gana, replicó Rosaura; y apartándose con ella la pastora, le dijo: Sin duda alguna, hermosa señora, que á vos y á la pastora Galatea, mi hermano y yo con un recaudo de nuestro amo Grisaldo venimos. Así debe ser, respondió Rosaura, y llamando á Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decía, que fue avisarles como de allí á dos dias vendria con dos



amigos suyos á llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarían sus bodas, y juntamente con esto dió de parte de Grisaldo á Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar á Rosaura habia mostrado. Rosaura y Galatea agradecieron á Maurisa el buen aviso, y en pago dél la discreta Galatea quería partir con ella el presente que Grisaldo le habia enviado, pero nunca Maurisa quiso recibirlo. Allí de nuevo se tornó á informar Galatea de la semejanza extraña que entre Galercio y Artidoro habia. Todo el tiempo que Galatea y Rosaura gastaban en hablar á Maurisa, le entretenian Teolinda y Leonarda en mirar á Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galercio, que tanto al de Artidoro semejaba, no podia apartarlos de mirar; y como los de la enamorada Leonarda sabian lo que miraban, tambien le era imposible á otra parte volverlos. A esta sazón ya los pastores habian consolado á Galercio, aunque para el mal que padecia cualesquier consejos y consuelos tenia por vanos y excusados, todo lo cual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura y Galatea, viendo que los pastores hácia ella se venían, despidieron á Maurisa, diciéndole que dijese á Grisaldo cómo Rosaura estaria en casa de Galatea. Maurisa se despidió dellas, y llamando á su hermano, en secreto le contó lo que con Rosaura y Galatea pasado habia, y así con buen comedimiento se despidió dellas y de los pastores, y con su hermana dió la vuelta á su aldea; pero las enamoradas hermanas Teolinda y Leonarda que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos y la vida de su vida, entrambas á dos se llegaron á Galatea y á Rosaura, y les rogaron les diesen licencia para seguir á Galercio, dando por excusa Teolinda que Galercio les diria adonde Artidoro estaba; y Leonarda, que podria ser que la voluntad de Galercio se trocase viendo la obligacion en que le estaba. Las pastoras se la concedieron, con la condi-

cion que antes Galatea á Teolinda habia pedido, que era que de todo su bien ó su mal la avisase. Tornóselo á prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiéndose, siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban.

Lo mismo hicieron luego, aunque por diferente parte, Timbrio, Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio, que á la ermita de Silerio con las hermosas hermanas Nísida y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos y ellas despediéndose del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura y Florisa, y asimismo de Elicio y Erastro, que no quisieron dejar de volver con Galatea, ofreciéndose Aurelio que en llegando á su aldea iria luego con Elicio y Erastro á buscarlos á la ermita de Silerio, y llevaria algo con que satisfacer la incomodidad que para agasajar tales huéspedes Silerio tendria: con este presupuesto unos por una, y otros por otra parte se apartaron, y echando al despedirse menos al anciano Arsindo, vieron que sin despedirse de ninguno iba lejos por el mismo camino que Galercio y Maurisa y las rebozadas pastoras llevaban, de que se maravillaron; y viendo que ya el sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas del Occidente, no quisieron detenerse allí mas, por llegar á la aldea antes que las sombras de la noche. Viéndose, pues, Elicio y Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podian, y por aligerar el cansancio del camino, y aun por cumplir el mandato de Florisa, que les mandó que en tanto que á la aldea llegaban, algo cantasen, al son de la zampoña de Florisa, desta manera comenzó á cantar Elicio, y á responder Erastro.

*El.* El que quisiere ver la hermosura  
Mayor que tuvo, ó tiene, ó terná el suelo,  
El fuego y el crisol, donde se apura  
La blanca castidad y el limpio celo,

Todo lo que es valor, ser y cordura,  
Y cifrado en la tierra un nuevo cielo,  
Juntas en uno alteza y cortesía,  
Venga á mirar á la pastora mia.

*Er.* Venga á mirar á la pastora mia  
Quien quisiere contar de gente en gente  
Que vió otro sol, que daba luz al dia,  
Mas claro, que el que sale de del Oriente:  
Podrá decir cómo su fuego enfria,  
Y abrasa al alma que tocar se siente  
Del vivo rayo de sus ojos bellos,  
Y que no hay mas que ver despues de vellos.

*El.* Y que no hay mas que ver despues de vellos,  
Sábenlo bien estos cansados ojos,  
Ojos, que por mi mal fueron tan bellos,  
Ocasión principal de mis enojos:  
Vilos, y ví que se abrasaba en ellos  
Mi alma, y que entregaban los despojos  
De todas sus potencias á su llama.  
Que me abrasa y me hiela, arroja y llama.

*Er.* Que me abrasa y me hiela, arroja y llama,  
Esta dulce enemiga de mi gloria,  
De cuyo ilustre ser puede la fama  
Hacer estraña y verdadera historia:  
Solo sus ojos, do el amor derrama  
Toda su gracia y fuerza mas notoria,  
Darán materia que levante al cielo  
La pluma del mas bajo humilde vuelo.

*El.* La pluma del mas bajo humilde vuelo,  
Si quiere levantarse hasta la esfera,  
Cante la cortesía y justo celo  
Desta fénix sin par, sola y primera:  
Gloria de nuestra edad, honra del suelo,  
Valor del claro Tajo y su ribera,  
Cordura sin igual, rara belleza  
Donde mas se estremó naturaleza.

*Er.* Donde mas se estremó naturaleza,  
Donde ha igualado el pensamiento al arte,

Donde juntó el valor y gentileza  
 Que en diversos sujetos se reparte:  
 Y adonde la humildad con la grandeza  
 Ocupan solas una mesma parte,  
 Y adonde tiene amor su albergue nido,  
 La bella ingrata mi enemiga ha sido.

*El.* La bella ingrata mi enemiga ha sido  
 Quien quiso, y pudo, y supo en un momento  
 Tenerme de un sutil cabello asido  
 El libre vagoroso pensamiento:  
 Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,  
 Tal gusto y gloria en las prisiones siento,  
 Que estiendo el pie y el cuello á las cadenas,  
 Llamando dulce tan amargas penas.

*Er.* Llamando dulces tan amargas penas  
 Paso la corta fatigada vida,  
 Del alma triste sustentada apenas,  
 Y aunque apenas del cuerpo sostenida:  
 Ofrecióle fortuna á manos llenas  
 A mi breve esperanza fe cumplida;  
 ¿Qué gusto pues, qué gloria ó bien se ofrece  
 Do mengua la esperanza y la fe crece?

*El.* Do mengua la esperanza y la fe crece,  
 Se descubre y parece el alto intento  
 Del firme pensamiento enamorado,  
 Que solo confiado en amor puro,  
 Vive cierto y seguro de una paga  
 Que alma satisfaga limpiamente.

*Er.* El misero doliente, a quien sujeta  
 La enfermedad y aprieta, se contenta  
 Cuando mas le atormenta el dolor fiero,  
 Con cualquiera ligero breve alivio;  
 Mas cuando ya mas tibio el daño toca,  
 A la salud invoca y busca entera;  
 Asi desta manera el tierno pecho  
 Del amador, deshecho en llanto triste,  
 Dice que el bien consiste de su pena  
 En que la luz serena de los ojos,

A quien dió los despojos de su vida,  
Le mire con fingida ó cierta muestra,  
Mas luego amor le adiestra y le desmanda,  
Y mas cosas demanda que primero.

*El.* Ya traspone el otero el sol hermoso,  
Erastro, y á reposo nos convida  
La noche denegrida que se acerca.

*Er.* Y el aldea está cerca, y yo cansado.

*El.* Pongamos pues silencio al canto usado.

Bien tomaran por partido los que escuchando á Elicio y á Erastro iban, que mas el camino se alargara, por gustar mas del agradable canto de los enamorados pastores; pero el cerrar de la noche, y el llegar á la aldea hizo que dél cesasen, y que Aurelio, Galatea, Rosaura y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio y Erastro hicieron lo mismo en las suyas, con intencion de irse luego adonde Tirsi y Damon, y los demás pastores estaban, que así quedó concertado entre ellos y el padre de Galatea: solo esperaban á que la blanca luna desterrase la escuridad de la noche; y así como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fueron á buscar á Aurelio, y todos juntos la vuelta de la ermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente libro.





# LIBRO I

---

Era tanto el deseo que el enamorado Timbrio y las dos hermosas hermanas Nísida y Blanca llevaban de llegar á la ermita de Silerio, que la ligereza de los pasos, aunque era mucha, no era posible que á la de la voluntad llegase; y por conocer esto no quisieron Tirsi y Damon importunar á Timbrio cumplierse la palabra que habia dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido despues que se apartó de Silerio; pero todavia, llevados del deseo que tenian de saberlo, se lo iban ya á preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oidos de todos una voz de un pastor, que un poco apartado del camino entre unos verdes árboles cantando estaba, que luego en el son no muy concertado de la voz y en lo que cantaba, fue de los mas que allí venian conocido, principalmente de su amigo Damon, porque era el pastor Lauso el que al son de un pequeño rabel unos versos decia, y por ser el pastor tan conocido, y saber ya todos la mudanza que de su libre voluntad habia hecho, de comun parecer recogieron el paso, y se pararon á escuchar lo que Lauso cantaba, que era esto:

## LAUSO

¿Quién mi libre pensamiento  
Me le vino á sujetar?  
¿Quién pudo en flaco cimiento  
Sin ventura fabricar  
Tan altas torres de viento?

¿Quién rindió mi libertad  
 Estando en seguridad  
 De mi vida satisfecho?  
 ¿Quién abrió y rompió mi pecho,  
 Y robó mi voluntad?

¿Dónde está la fantasía  
 De mi esquiva condición?  
 ¿Dó el alma que ya fue mía,  
 Y dónde mi corazón  
 Que no está donde solía?  
 Mas yo todo ¿dónde estoy?  
 ¿Dónde vengo? ¿adónde voy?  
 ¿A dicha sé yo de mí?  
 ¿Soy por ventura el que fui,  
 O nunca he sido el que soy?  
 Estrecha cuenta me pido  
 Sin poder averigualla,  
 Pues á tal punto he venido  
 Que aquello que mi se halla  
 Es sombra de lo que he sido:  
 No me entiendo de entenderme  
 Ni me valgo por valerme;  
 Y en tan ciega confusion  
 Cierta está mi perdicion  
 Y no pienso de perderme.

La fuerza de mi cuidado  
 Y el amor que lo consiente  
 Me tienen en tal estado  
 Que adoro el tiempo presente,  
 Y lloro por el pasado:  
 Véome en este morir,  
 Y en el pasado vivir;  
 Y en este adoro mi muerte,  
 Y en el pasado la suerte  
 Que ya no puede venir.

En tan estraña agonía  
 El sentido tengo ciego,  
 Pues viendo que amor portía,

Y que estoy dentro del fuego,  
 Aborrezco el agua fría:  
 Que si no es la de mis ojos  
 Que el fuego aumenta y despojas  
 En esta amorosa fragua,  
 No quiero, ni busco otra agua,  
 Ni otro alivio á mis enojos.

    Todo mi bien comenzara,  
 Todo mi mal feneciera,  
 Si mi ventura ordenara  
 Que de ser mi fe sincera  
 Silena se asegurara:  
 Suspiros, aseguralda,  
 Ojos míos, enteralda  
 Llorando en esta verdad:  
 Pluma, lengua, voluntad,  
 En tal razón confirmalda.

No pudo ni quiso el presuroso Timbrio aguardar á que mas adelante el pastor Lauso con su canto pasase, porqñe rogando á los pastores que el camino de la ermita le enseñasen, si ellos quedarse querian, hizo muestras de adelantarse, y asi todos le siguieron, y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba, que no pudo dejar de sentirlo y de salirles al encuentro, como lo hizo, con cuya compañía todos se holgaron, especialmente Damon, su verdadero amigo, con el cual se acompañó todo el camino que desde allí á la ermita habia, razonando en diversos acaescimientos que á los dos habian sucedido despues que dejaron de verse, que fue desde el tiempo que el valeroso y nombrado pastor Astraliano habia dejado los cisalpinos pastos, por ir á reducir aquellos que del famoso hermano y de la verdadera religion se habian rebelado, y al cabo vinieron á reducir su razonamiento á tratar de los amores de Lauso, preguntándole ahincadamente Damon que le dijese quién era la pastora que con tanta facilidad de la libre voluntad le

habia rendido; y cuando esto no pudo saber de Lauso, le rogó con grandes veras que á lo menos le dijese en qué estado se hallaba, si era de temor ó de esperanza, si le fatigaba ingratitud, ó si le atormentaban celos. A todo lo cual satisfizo bien Lauso, contándole algunas cosas que con su pastora le habian sucedido: y entre otras le dijo, cómo hallándose un dia celoso y desfavorecido, habia llegado á términos de desesperarse ó de dar alguna muestra que en daño de su persona y en el del crédito y honra de su pastora redundase; pero que todo se remedió con haberla hablado, y haberle ella asegurado ser falsa la sospecha que tenia. Confirmado todo esto con darle un anillo de su mano, que fue parte para volver á mejor discurso su entendimiento, y para solenizar aquel favor con un soneto, que de algunos que le vieron fue por bueno estimado. Pidió entonces Damon á Lauso que le dijese; y así sin poder escusarse le hubo de decir, que era éste:

## LAUSO

Rica y dichosa prenda, que adornaste  
 El precioso marfil, la nieve pura;  
 Prenda que de la muerte y sombra oscura  
 A nueva luz y vida me tornaste:  
 El claro cielo de tu bien trocaste  
 Con el infierno de mi desventura,  
 Porque viviese en dulce paz segura  
 La esperanza que en mi resucitaste.  
 ¿Sabes cuánto me cuestas, dulce prenda?  
 El alma, y aun no quedo satisfecho,  
 Pues menos doy de aquello que recibo.  
 Mas porque el mundo tu valor entienda,  
 Se tú mi alma, enciértrate en mi pecho,  
 Verán cómo por tí sin alma vivo.

Dijo Lauso el soneto, y Damon le tornó á rogar que si otra alguna cosa a su pastora habia escrito se la dijese, pues sabia de cuánto gusto le era á él oír

sus versos. A esto respondió Lauso: Eso será, Damon, por haberme sido tú maestro en ellos, y el deseo que tienes de ver lo que en mí aprovechaste, te hace desear oírlos: pero sea lo que fuere, que ninguna cosa de las que yo pudiere, te ha de ser negada: y así te digo, que en estos mismos días, cuando andaba celoso y mal seguro, envié estos versos a mi pastora:

## LAUSO A SILENA

En tan notoria simpleza  
Nacida de intento sano  
El amor rige la mano,  
Y la intención tu belleza:  
El amor y tu hermosura,  
Silena, en esta ocasión  
Juzgarán á discreción  
Lo que tendrás tú á locura.

El me fuerza, y ella mueve  
A que te adore y escriba,  
Y como en los dos estriba  
Mi fe, la mano se atreve;  
Y aunque en esta grave culpa  
Me amenaza tu rigor,  
Mi fe, tu hermosura, amor,  
Darán del yerro disculpa.

Pues con un arrimo tal  
(Puesto que culpa me dén)  
Bien podré decir el bien  
Que ha nacido de mi mal:  
El cual bien, según yo siento,  
No es otra coza, Silena,  
Sino que tenga en la pena  
Un extraño sufrimiento.

Y no lo encarezco poco  
Este bien de ser sufrido,  
Que si no lo hubiera sido,  
Ya el mal me tuviera loco:  
Mas mis sentidos de acuerdo

## LA GALATEA

Todos han dado en decir,  
Que ya que haya de morir,  
Que muera sufrido y cuerdo.

Però bien considerado,  
Mal podrá tener paciencia  
En la amorosa dolencia  
Un celoso desamado;  
Que en el mal de mis enojos  
Todo mi bien desconcierta  
Tener la esperanza muerta,  
Y el enemigo á los ojos.

Goce, pastora, mil años  
El bien de tu pensamiento,  
Que yo no quiero contento  
Granjeado con tus daños:  
Sigue tu gusto, señora,  
Pues te parece tan bueno;  
Que yo por el bien ageno  
No pienso llorar agora.

Porque fuera liviandad  
Entregar mi alma al alma  
Que tiene por gloria y palma  
El no tener libertad:  
Mas ¡ay! que fortuna quiere,  
Y el amor que viene en ello,  
Que no pueda huir el cuello  
Del cuchillo que me hiere.

Conozco claro que voy  
Tras quien ha de condenarme,  
Y cuando pienso apartarme,  
Mas quedo y mas firme estoy.  
¿Qué lazos, qué redes tienen,  
Silena, tus ojos bellos,  
Que cuanto mas huyo dellos,  
Mas me enlazan y detienen?

¡Ay, ojos de quien recelo  
Que si soy de vos mirado,  
Es por crecerme el cuidado,

Y por menguarme el consuelo!  
 Ser vuestras vistas fingidas  
 Conmigo, es pura verdad,  
 Pues pagan mi voluntad  
 Con prendas aborrecidas.

¡Que recelos qué temores,  
 Persiguen mi pensamiento,  
 Y qué de contrarios siento  
 En mis secretos amores!  
 Déjame, aguda memoria,  
 Olvídate, no te acuerdes  
 Del bien ageno, pues pierdes  
 En ello tu propia gloria.

Con tantas firmas afirmas  
 El amor que está en tu pecho,  
 Silena, que á mi despecho  
 Siempre mis males confirmas:

¡Oh pérfido amor cruel!  
 ¿Cuál ley tuya me condena  
 Que dé yo el alma á Silena  
 Y que me niegue un papel?

No más, Silena, que toco  
 En puntos de tal porfía,  
 Que el menor dellos podría  
 Dejarme sin vida, ó loco:  
 No pase de aquí mi pluma  
 Pues tú la haces sentir,  
 Que no puedo reducir  
 Tanto mal á breve suma.

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos, y en alabar la singular hermosura, discreción, donaire, honestidad y valor de su pastora, á él y á Damon se les aligeró la pesadumbre del camino, y se les pasó el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la ermita de Silerio, en la cual no querian entrar Timbrio, Nísida y Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenó de

otra manera, porque habiéndose adelantado Tirsi y Damon á ver lo que Silerio hacia, hallaron la ermita abierta y sin ninguna persona dentro, y estando confusos, sin saber dónde podria estar Silerio a tales horas, llegó á sus oídos el son de su arpa, por do entendieron que él no debia de estar lejos; y saliendo á buscarle guiados por el sonido de la arpa, con el resplandor claro de la luna vieron que estaba sentado en el tronco de un olivo, solo y sin otra compañía que la de su arpa, la cual tan dulcemente tocaba, que por gozar de tan suave armonía no quisieron los pastores llegar á hablarle, y mas cuando oyeron que con estremada voz estos versos comenzó á cantar:

## SILERIO

Ligeras horas del ligero tiempo,  
 Para mí perezosas y cansadas,  
 Si no estais en mi daño conjuradas,  
 Parézcas ya que es de acabarme tiempo.  
 Si agora me acabais, haréislo á tiempo  
 Que están mis desventuras mas colmadas:  
 Mirad que menguarán si sois pesadas;  
 Que mal se acaba, si da tiempo al tiempo,  
 No os pido que vengais dulces, sabrosas,  
 Pues no hallareis camino, senda ó paso  
 De reducirme al ser que ya he perdido,  
 Horas, á cualquier otro venturosas,  
 Aquella dulce del mortal traspaso,  
 Aquella de mi muerte sola os pido.

Después que los pastores escucharon lo que Silerio cantado habia, sin que él los viese, se volvieron á encontrar los demás que allí venian con intencion que Timbrio hiciese lo que agora oireis. Que fue, que habiéndole dicho de la manera que habian hallado á Silerio, y en el lugar do quedaba, le rogó Tirsi que sin que ninguno dellos se le diese á conocer, se fuesen llegando poco á poco hacia él, ora los viese ó no,

porque aunque la noche hacia clara, no por eso seria alguno conocido, y que hiciese asimismo que Nísida ó él algo cantasen; y todo esto hacia por entretener el gusto que de su venida habia de recibir Silerio. Contentóse Timbrio della, y diciéndoselo á Nísida, vino en su mesmo parecer, y asi cuando á Tirsi le pareció que estaban ya tan cerca, que de Silerio podrian ser oidos, hizo á la bella Nísida que comenzase; la cual al son del rabel del celoso Orfenio, desta manera comenzó á cantar:

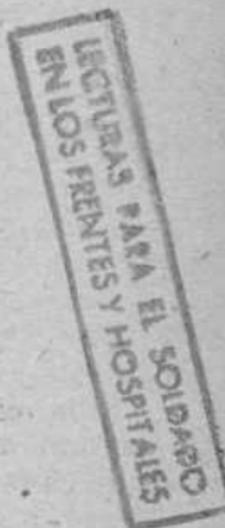
## NISIDA

Aunque es el bien que poseo  
 Tal, que el alma satisface,  
 Le turba en parte y deshace  
 Otro bien que ví y no veo:  
 Que amor y fortuna escasa,  
 Enemigos de medida,  
 Me dan el bien per mi vida,  
 Y el mal sin término ó tasa.

En el amoroso estado  
 Aunque sobre el merecer  
 Tan solo viene el placer  
 Cuando el mal acompañado;  
 Andan los males unidos  
 Sin un momento apartarse,  
 Los bienes por acabarse,  
 En mil partes divididos.

Lo que cuesta, si se alcanza,  
 Del amor algún contento  
 Declárelo el sufrimiento,  
 El amor y la esperanza:  
 Mil penas cuesta una gloria,  
 Un contento mil enojos,  
 Sábenlo bien estos ojos,  
 Y mi cansada memoria.

La cual se acuerda contino  
 De quien pudo mejoralla,



Y para hallarle, no halla  
Alguna senda ó camino.  
¡Ay dulce amigo de aquél  
Que te tuvo por tan suyo,  
Cuanto él se tuvo por tuyo,  
Y cuanto yo lo soy dél!  
Mejora con tu presencia  
Nuestra no pensada dicha,  
Y no la vuelva en desdicha  
Tu tan larga esquiva ausencia:  
A duro mal me provoca  
La memoria que me acuerda,  
Que fuiste loco, y yo cuerda,  
Y eres cuerdo, y yo estoy loca.  
    Aquel que por buena suerte  
Tú mesmo quisiste darme,  
No ganó tanto en ganarme  
Cuanto ha perdido en perderte:  
Mitad de su alma fuiste,  
Y medio por quien la mía  
Pudo alcanzar la alegría  
Que tu ausencia tiene

Si la extremada gracia con que la hermosa Nísida cantaba causó admiracion á los que con ella iban, ¿qué causaria en el pecho de Silerio, que sin faltar punto, notó y escuchó todas las circunstancias de su canto? Y como tenia tan en el alma la voz de Nísida, apenas comenzó a resonar en sus oidos el acento suyo, cuando él se llegó á alborotar, y á suspender y enagenar de si mesmo, elevado en lo que escuchaba. Y aunque verdaderamente le pareció que era la voz de Nísida aquella, tenia tan perdida la esperanza de verla, y mas en semejante lugar, que en ninguna manera podia asegurar su sospecha. Desta suerte llegaron todos donde él estaba; y en saludándole Tirsi, le dijo: Tan aficionado nos dejaste, amigo Silerio, de la condicion y conversacion tuya, que

atraídos Damon y yo de la experiencia, y toda esta compañía de la fama della, dejando el camino que llevábamos, te hemos venido á buscar á tu ermita, donde no hallándote, como no te hallamos, quedara sin cumplirse nuestro deseo, si el son de tu arpa y de tu estimado canto aquí no nos hubiera encaminado. Harto mejor fuera, señores, respondió Silerio, que no me hallárades, pues en mí no hallareis sino ocasiones que á tristeza os muevan, pues la que yo padezco en el alma, tiene cuidado el tiempo cada día de renovarla, no solo con la memoria del bien pasado, sino con las sombras del presente, que al fin lo serán, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa que bienes fingidos y temores ciertos.

Lástima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conocían, principalmente en Timbrio, Nísida y Blanca, que tanto le amaban, y luego quisieran dársele á conocer, si no fuera por no salir de lo que Tirsi les había rogado: el cual hizo que todos sobre la verde yerba se sentasen, y de manera que los rayos de la clara luna hiriesen de espaldas los rostros de Nísida y Blanca, porque Silerio no los conociese. Estando, pues, desta suerte, y después que Damon á Silerio había dicho algunas palabras de consuelo, porque el tiempo no se pasase todo en tratar en cosas de tristeza, y por dar principio á que la de Silerio feneciese, le rogó que su arpa tocase, al son de la cual el mismo Damon cantó este soneto:

## DAMON

Si el áspero furor del mal airado  
Por largo tiempo en su rigor durase,  
Mal se podría hallar quien entregase  
Su flaca nave al piélago alterado.

No permanece siempre en un estado  
El bien ni el mal, que el uno y otro vase;  
Por que si huyese el bien, y el mal quedase,  
Ya sería el mundo á confusión tornado.

La noche al día, y el calor al frío,  
 La flor al fruto van en seguimiento,  
 Formando de contrarios igual tela.

La sujecion se cambia en señorío,  
 En el placer el pensar, la gloria en viento,  
*Che per tal variar na ura é bella.*

Acabó Damon de cantar, y luego hizo de señas á Timbrio que lo mismo hiciese: el cual al son de la arpa de Silerio dió principio á un soneto, que en el tiempo del hervor de sus amores habia hecho, el cual de Silerio era tan sabido, como del mismo Timbrio.

#### TIMBRIO

Tan bien fundada tengo la esperanza,  
 Que aunque mas sople riguroso viento,  
 No podrá desdeír de su cimiento;  
 Tal fe, tal suerte y tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado soneto, porque el oír Silerio su voz, y el conocerle todo fue uno, y sin ser parte á otra cosa, se levantó de do sentado estaba, y se fue á abrazar del cuello de Timbrio con muestras de tan extraño contento y sobresalto, que sin hablar palabra se traspuso y estuvo un rato sin acuerdo, con tanto dolor de los presentes, temerosos de algun mal suceso, que ya condenaban por mala el astucia de Tirsi; pero quien mas extremos de dolor hacia, era la hermosa Blanca, como aquella que tiernamente le amaba. Acudió luego Nosisa y su hermana á remediar el desmayo de Silerio: el cual á cabo de poco espacio volvió en sí, diciendo, ¡Oh poderoso cielo! ¿es posible que el que tengo presente es mi verdadero amigo Timbrio? ¿Es Timbrio el que oigo? ¿Es Timbrio el que veo? Sí es, si no me burla mi ventura, y mis ojos no me engañan. Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mio, respondió Timbrio, que yo soy el que <sup>2</sup>n tí no

era, y el que no fuera jamás, si el cielo no permitiera que te hallara. Cesen ya tus lágrimas Silerio amigo, si por mí las has derramado, pues ya me tienes presente; que yo atajaré las mias, pues te tengo delante, llamándome el mas dichoso de cuantos viven en el mundo, pues mis desventuras y adversidades han traído tal descuento, que goza mi ánima de la posesión de Nísida, y mis ojos de tu presencia. Por estas palabras de Timbrio entendió Silerio que la que cantado habia, y la que allí estaba era Nísida; pero certificóse mas en ello, cuando ella mesma le dijo: ¿Qué es esto, Silerio mio? ¿Qué soledad y qué hábito es éste, que tantas muestras dan de tu descontento? ¿Qué falsas sospechas, ó qué engaños te han conducido á tal extremo, para que Timbrio y yo le tuviésemos de dolor toda la vida, ausentes de tí, que nos la diste? Engaños fueron, hermosa Nísida, respondió Silerio; mas por haber traído tales desengaños, serán celebrados de mi memoria el tiempo que ella me durare.

Lo mas deste tiempo tenia Blanca asida una mano de Silerio, mirándole atentamente al rostro, derramando algunas lágrimas, que de la alegría y lástima de su corazon daban manifiesto indicio. Largo seria de contar las palabras de amor y contento que entre Silerio, Timbrio, Nísida y Blanca pasaron, que fueron tan tiernas y tales, que todos los pastores que las escuchaban tenían los ojos bañados en lágrimas de alegría. Contó luego Silerio brevemente la ocasion que le habia movido á retirarse en aquella ermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la dellos no habia podido saber nueva alguna, y todo lo que dijo fue ocasion de avivar mas en el pecho de Timbrio el amor y amistad que á Silerio tenia; y en el de Blanca, la amistad de su miseria: y así como acabó de contar Silerio lo que despues que partió de Nápoles le habia sucedido, rogó á Timbrio que lo mesmo hiciese, porque en extremo lo deseaba; y que no se recelase de los pastores que estaban presentes,

que todos ellos ó los mas sabian ya su mucha amistad, y parte de sus sucesos.

Holgóse Timbrio de hacer lo que Silerio pedia; y mas se holgaron los pastores, que asimesmo lo deseaban: que ya porque Tirsi se lo habia contado, todos sabian los amores de Timbrio y Nísida, y todo a quello que el mesmo Tirsi de Silerio habia oido. Sentados, pues, todos, como ya he dicho, en la verde yerba, con maravillosa atencion estaban esperando lo que Timbrio diria, el cual dijo: Despues que la fortuna me fue tan favorable y tan adversa, que me dejó vencer á mi enemigo, y me venció con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nísida, con el dolor que pensarse puede, en aquel mesmo instante me partí para Nápoles, y confirmándose allí el desdichado suceso de Nísida, por no ver las casas de su padre, donde yo la habia visto, y porque las calles, ventanas y otras partes donde yo la solia ver no me renovasen continuamente la memoria de mi bien pasado, sin saber qué camino tomase, y sin tener algun discurso mi albedrío, salí de la ciudad, y á cabo de dos dias llegué á la fuerte Gaeta, donde hallé una nave que ya queria desplegar las velas al viento para partirse á España: embarquéme en ella, no mas de por huir la odiosa tierra donde dejaba mi cielo; mas apenas los diligentes marineros zarparon los ferros y descogieron las velas, y al mar algun tanto se alargaron, cuando se levantó una no pensada y súbita borrasca, y una ráfaga de viento embistió las velas del navio con tanta furia, que rompió el árbol del trinquete, y la vela mesana abrió de arriba abajo: acudieron luego los prestos marineros al remedio, y con dificultad grandisima amainaron todas las velas, porque la borrasca crecia, y la mar comenzaba á alterarse, y el cielo daba señales de durable y espantosa fortuna. No fue volver al puerto posible, porque era maestral el viento que soplabá, y con tan grande violencia, que fue forzoso poner la vela del trinquete

al árbol mayor; y amollar, como dicen, en popa, dejándose llevar donde el viento quisiese; y así comenzó la nave llevada de su furia á correr por el levantado mar con tanta ligereza, que en dos dias que duró el maestral discurrimos por todas las islas de aquel derecho sin poder en ninguna tomar abrigo, pasando siempre á vista dellas, sin que Estrombalo nos abrigase, ni Lipar nos acogiese ni el Cimbalo, Lampadosa, ni Pantanalea sirviesen para nuestro remedio: y pasamos tan cerca de Berbería, que los recién derribados muros de la Goleta se descubrian, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban.

No fue pequeño el miedo de los que en la nave iban, temiendo que si el viento algo mas reforzaba, era forzoso embestir en la enemiga tierra; mas cuando desto estaban mas temerosos, la suerte que mejor nos la tenia guardada, ó el cielo que escuchó los votos y promesas que allí se hicieron, ordenó que el maestral se cambiase en un mediodía tan reforzado, y que tocaba en la cuarta del jaloque, que en otros dos dias nos volvió al mismo puerto de Gaeta, donde habíamos partido; con tanto consuelo de todos, que algunos se partieron á cumplir las romerías y promesas que en el peligro pasado habian hecho: estuvo allí la nave otros cuatro dias reparándose de algunas cosas que le faltaban, al cabo de los cuales tornó á seguir su viaje con mas sosegado mar y próspero viento, llevando á vista la hermosa ribera de Génova, llena de adornados jardines, blancas casas y relumbrantes chapiteles, que heridos de los rayos del sol, reverberan con tan encendidos rayos que apenas dejan mirarse.

Todas estas cosas que desde la nave se miraban, pudieran causar contento, como le causaban á todos los que en la nave iban, si no á mí que me era ocasion de mas pesadumbre: solo el descanso que tenia era entretenerme lamentando mis penas, cantándolas, ó por mejor decir, llorándolas al son de un laud

de uno de aquellos marineros: y una noche me acuerdo, y aun es bien que me acuerde, pues en ella comenzó á amanecer mi día, que estando sosegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas á los árboles, y los marineros sin cuidado alguno, por diferentes partes del navío tendidos, y el timonero casi dormido por la bonanza que habia, y por la que el cielo aseguraba; en medio deste silencio, y en medio de mis imaginaciones, como mis dolores no me dejaban entregar los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tomé el laud, y comencé á cantar unos versos que habré de repetir agora; porque se advierta de qué extremo de tristeza, y cuán sin pensarlo me pasó la suerte al mayor de alegría que imaginar supiera; era, si no me acuerdo mal, lo que cantaba, esto:

## TIMBRIO

Agora que calla el viento,  
 Y el sesgo mar está en calma,  
 No se calle mi tormento,  
 Salga con la voz el alma  
 Para mayor sentimiento;  
 Que para contar mis males,  
 Mostrando en parte que son  
 Por fuerza, han de dar señales  
 El alma y el corazón  
 De vivas ansias mortales.

Llevóme el amor en vuelo  
 Por uno y otro dolor  
 Hasta ponerme en el cielo,  
 Y agora muerte y amor  
 Me han derribado en el suelo:  
 Amor y muerte ordenaron  
 Una muerte y amor tal,  
 Cual en Nísida causaron,  
 Y de mi bien y su mal  
 Eterna fama ganaron.

Con nueva voz y terrible  
De hoy mas, y en son espantoso  
Hará la fama creible  
Que el amor es poderoso,  
Y la muerte es invencible:  
De su poder satisfecho  
Quedará el mundo, si advierte  
Qué hazañas los dos han hecho,  
Qué vida llevó la muerte,  
Qué tal tiene amor mi pecho.

Mas creo, pues no he venido  
A morir, ó estar mas loco  
Con el daño que he sufrido,  
O que muerte puede poco,  
O que no tengo sentido;  
Que si sentido tuviera,  
Según mis penas crecidas  
Me persiguen donde quiera,  
Aunque tuviera mil vidas,  
Cien mil veces muerto fuera.

Mi vitoria tan subida  
Fue con muerte celebrada  
De la mas ilustre vida  
Que en la presente ó pasada  
Edad fue, ni es conocida:  
Della llevé por despojos  
Dolor en el corazón,  
Mil lágrimas en los ojos,  
En el alma confusión,  
Y en el firme pecho enojos.

¡Oh fiera mano enemiga!  
¡Cómo si allí me acabaras,  
Te tuviera por amiga,  
Pues con matarme estorbaras  
Las ánsias de mi fatiga!  
¡Oh, cuán amargo descuento  
Trujo la vitoria mia,  
Pues pagaré, segun siento,

El gusto solo de un día  
 Con mil siglos de tormento!  
 Tú, mar, que escuchas mi llanto  
 Tú, cielo, que lo ordenaste,  
 Amor, por quien lloro tanto,  
 Muerte, que mi bien llevaste,  
 Acabad ya mi quebranto;  
 Tú, mar, mi cuerpo recibe,  
 Tú, cielo, acoge mi alma,  
 Tú, amor, con la fama escribe  
 Que muerte llevó la palma  
 Desta vida que no vive.

No os descuideis de ayudarme,  
 Mar, cielo, amor y la muerte,  
 Acabad ya de acabarme,  
 Que será la mejor suerte  
 Que yo espero y podreis darme;  
 Pues si no me anega el mar,  
 Y no me recoge el cielo,  
 Y el amor ha de durar,  
 Y de no morir recelo,  
 No sé en qué habré de parar.

Acuérdome que llegaba á estos últimos versos que he dicho, cuando sin poder pasar adelante, interrompido de infinitos suspiros y sollozos que de mi lastimado pecho despedía, aquejado de la memoria de mis desventuras, del puro sentimiento dellas vine á perder el sentido con un parasismo tal, que me tuvo un buen rato fuera de todo acuerdo; pero ya despues que el amargo accidente hubo pasado, abrí mis cansados ojos, y halléme puesta la cabeza en las faldas de una mujer vestida en hábito de peregrina, y á mi lado estaba otra con el mismo traje adornada, la cual estando de mis manos asida, la una y la otra tiernamente lloraban.

Cuando yo me ví de aquella manera, quedé admirado y confuso, y estaba dudando si era sueño aque-

llo que veía, porque nunca tales mujeres habia visto jamás en la nave despues que en ella andaba. Pero desta confusion me sacó presto la hermosa Nísida, que aquí está, que era la peregrina que allá estaba, diciéndome: ¡Ay Timbrio, verdadero señor y amigo mio! ¡qué falsas imaginaciones, ó qué desdichados accidentes han sido parte para poneros donde agora estais, y para que yo y mi hermana tuviésemos tan poca cuenta con lo que á nuestras honras debíamos, y que sin mirar en inconveniente alguno hayamos querido dejar nuestros amados padres, y nuestros usados trajes con intencion de buscaros, y desengañaros de tan incierta muerte mia, que pudiera causar la verdadera vuestra! Cuando yo tales razones oí, de todo punto acabé de creer que soñaba, y que era alguna vision aquella que delante de los ojos tenia, y que la continua imaginacion que de Nísida no se apartaba, era la causa que allí a los ojos viva la representase. Mil preguntas les hice, y á todas ellas enteramente me satisficieron primero que pudiese sosegar el entendimiento, y enterarme que ellas eran Nísida y Blanca.

Mas cuando yo fui conociendo la verdad, el gozo que sentí fue de manera, que tambien me puso en condicion de perder la vida, como el dolor pasado habia hecho. Allí supe de Nísida cómo el engaño y descuido que tuviste, oh Silerio, en hacer la señal de la toca, fue la causa para que creyendo algun mal suceso mio, le sucediese el parosismo y desmayo tal, que todos creyeron que era muerta, como yo lo pensé, y tú, Silerio, lo creiste: díjome tambien cómo despues de vuelta en sí supo la verdad de la vitoria mia, junto con mi súbita y arrebatada partida, y la ausencia tuya, cuyas nuevas la pusieron en extremo de hacer verdaderas las de su muerte; pero ya que al último término no la llevaron, hicieron con ella y con su hermana, por industria de una ama suya que con ellas venia, que vistiéndose en hábitos de peregrinas.

desconocidamente se saliesen de con sus padres una noche que llegaban junto á Gaeta á la vuelta que á Nápoles se volvian; y fue a tiempo que la nave donde yo estaba embarcado, despues de reparada de la pasada tormenta, estaba ya para partirse, y diciendo al capitan que querian pasar en España para ir á Santiago de Galicia, se concertaron con él, y se embarcaron con presupuesto de venir á buscarme á Jerez, do pensaban hallarme, ó saber de mí nueva alguna: y en todo el tiempo que en la nave estuvieron, que serian cuatro dias, no habian salido de un aposento que el capitan en la popa les habia dado, hasta que oyéndome cantar los versos que os he dicho, y conociéndome en la voz, y en lo que en ellos decia, salieron al tiempo que os he contado, donde solemnizando con alegres lágrimas el contento de habernos hallado, estábamos mirándonos los unos á los otros, sin saber con qué palabras engrandecer nuestra nueva y no pensada alegría, la cual se acrecentara mas, y llegara al término y punto que agora llega, si de tí, amigo Silerio, allí supiéramos nueva alguna; pero como no hay placer que venga tan entero, que de todo en todo al corazon satisfaga, en el que entonces teníamos no solo nos faltó tu presencia, pero aun las nuevas della. La claridad de la noche, el fresco y agradable viento (que en aquel instante comenzó á herir las velas próspera y blandamente), el mar tranquilo y desembarazado cielo, parece que todos juntos y cada uno por sí ayudaban á solenizar la alegría de nuestros corazones.

Mas la fortuna variable, de cuya condicion no se puede prometer firmeza alguna, envidiosa de nuestra ventura quiso turbarla con la mayor desventura que imaginarse pudiera, si el tiempo y los prósperos sucesos no la hubieran reducido á mejor término. Sucedió, pues, que á la sazón que el viento comenzaba á refrescar, los solícitos marineros izaron mas todas las velas, y con general alegría de todos seguro y

próspero viaje se aseguraban. Uno de ellos, que a una parte de la proa iba sentado, descubrió con claridad de los bajos rayos de la luna que cuatro bajeles de remo á larga y tirada boga, con gran celeridad y priesa hácia la nave se encaminaban, y al momento conoció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó á gritar: Arma, arma, que bajeles turquescos se descubren.

Esta voz y súbito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave, que sin saber darse maña en el cercano peligro, unos á otros se miraban; mas el capitán della (que en semejantes ocasiones algunas veces se habia visto) viniéndose a proa, procuró reconocer qué tamaño de bagajes y cuántos eran, y descubrió dos mas que el marinero, y conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de recibir; pero disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar la artillería, y cargar las velas todo lo más que se pudiese la vuelta de los contrarios bajeles, por ver si podría entrarse entre ellos, y jugar de todas bandas la artillería.

Acudieron luego todos á las armas, y repartidos por sus postas como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperaban. ¿Quién podrá significaros, señores, la pena que yo en esta sazón tenía, viendo con tanta celeridad turbado mi contento, y tan cerca de poder perderle; y mas cuando ví que Nísida y Blanca se miraban sin hablarse palabra, confusas del estruendo y vocería que en la nave andaba, y viéndome á mí rogarles que en su aposento se encerrasen, y rogasen á Dios que de las enemigas manos nos librase? Paso y punto fue éste, que desmaya la imaginación, cuando dél se acuerda la memoria: sus descubiertas lágrimas, y la fuerza que yo me hacia por no mostrar las mías, me tenían de tal manera, que casi me olvidara de lo que debía hacer, de quién era, y á lo que el peligro obligaba; mas en fin las hice retraer á su estancia casi desmayadas, y ce-

rrándolas por defuera, acudí á ver lo que el capitán ordenaba, el cual con prudente solicitud todas las cosas al caso necesarias estaba proveyendo; y dando cargo á Darinto, que es aquel caba lero que hoy se partió de nosotros, de la guarda del castillo de proa, y encomendándome á mí el de popa, él con algunos marineros y pasajeros, por todo el cuerpo de la nave á una y á otra parte discurría. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto menos en calmar el viento, que fue la total causa de la perdición nuestra. No osaron los enemigos llegar á bordo, porque viendo que el tiempo calmaba, les pareció mejor aguardar el día para embestirnos.

Hiciéronlo así, y el día venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran quince los bajeles gruesos los que cercados nos tenían, y entonces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitán ni alguno de los que con él estaban, esperó á ver lo que los contrarios harían, los cuales luego como vino la mañana echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron á decir á nuestro capitán que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bajeles, y mas que eran todos los mejores de Argel; amenazándole de parte de Arnaut Mami, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le había de colgar de una entena en cogiéndole, y añadiendo á estas otras amenazas, el renegado le persuadía que se rindiese; mas no queriéndolo hacer el capitán, respondió al renegado que se alargase de la nave, sino que le echaría á fondo con la artillería. Oyó Arnaut esta respuesta, y luego cebando el navío por todas partes, comenzó á jugar desde lejos el artillería con tanta priesa, furia y estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzó á hacer lo mesmo tan venturosamente, que á uno de los bajeles que por la popa le combatían echó á fondo, porque le acertó con una

bala junto á la cinta, de modo que sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los turcos apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces, y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo, y no con poco nuestro.

Mas por no iros cansando contándoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, solo diré que despues de habernos combatido diez y seis horas, y despues de haber muerto nuestro capitán y toda la mas gente del navío, á cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último entraron furiosamente en el navío. Tampoco, aunque quiera, no podré encarecer el dolor que á mi alma llegó, cuando ví que las amadas prendas mias, que agora tengo delante, habian de ser entonces entregadas y venidas á poder de aquellos crueles carniceros; y asi llevado de la ira que este temor y consideración me causaba, con pecho desarmado me arrojé por medio de las bárbaras espadas: pero sucedióme al revés mi pensamiento, porque abrazándose conmigo tres membrudos turcos, y yo, forcejeando con ellos, de tropel venimos á dar todos en la puerta de la cámara donde Nísida y Blanca estaban, y con el ímpetu del golpe se rompió y abrió la puerta, que hizo manifiesto el tesoro que allí estaba encerrado, del cual codiciosos los enemigos, el uno dellos asió á Nísida, y el otro á Blanca; y yo que de los dos me ví libre, al otro que me tenia hice dejar la vida á mis pies: y de los dos pensaba hacer lo mismo, si ellos advertidos del peligro no dejaran la presa de las damas, y con dos grandes heridas no me derribaran en el suelo. Lo cual visto por Nísida, arrojándose sobre mi herido cuerpo con lamentables voces pedia á los dos turcos la acabasen.

En este instante, atraído de las voces y lamentos de Blanca y Nísida, accedió á aquella estancia Arnaut, el general de los bajeles, é informándose de los soldados de lo que pasaba, hizo llevar á Nísida y á Blanca á su galera, y á ruego de Nísida mandó tam-

bien que á mí me llevasen, pues no estaba aun muerto. Desta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron á la enemiga galera capitana, adonde fuí luego curado con alguna diligencia, porque Nísida habia dicho al capitán. que yo era hombre principal y de gran rescate, con intencion que cebados de la codicia y del dinero que de mí podrian haber, con algo mas recato mirasen por la salud mia. Sucedió, pues, que estando curándome las heridas, con el dolor dellas volví en mi acuerdo, y volviendo los ojos á una parte y á otra, conocí que estaba en poder de mis enemigos y en el bajel contrario; pero ninguna cosa me llegó tan al alma como fué ver en la popa de la galera á Nísida y á Blanca sentadas á los pies del perro general, derramando por sus ojos infinitas lágrimas, indicios del interno dolor que padecian.

No el temor de la afrentosa muerte que esperaba, cuando tú della, buen amigo Silerio, en Cataluña me libraste: no la falsa nueva de la muerte de Nísida, de mí por verdadera creida: no el dolor de mis mortales heridas, ni otra cualquiera afliccion que imaginar pudiera, me causó, ni causará mas sentimiento, que el que me vino de ver á Nísida y Blanca en poder de aquel bárbaro descreído, donde á tan cercano y claro peligro estaban puestas sus honras. El dolor deste sentimiento hizo tal operacion en mi alma, que torné de nuevo á perder los sentidos, y á quitar la esperanza de mi salud y vida al cirujano que me curaba, de tal modo, que creyendo que era muerto, paró en medio de la cura, certificando á todos que ya yo desta vida habia pasado.

Oidas estas nuevas por las dos desdichadas hermanas, digan ellas lo que sintieron, si se atreven, que yo solo sé decir, que despues supe que levantándose las dos de do estaban, tirándose de sus rubios cabellos, y arañándose sus hermosos rostros, sin que nadie pudiese detenerlas, vinieron donde yo desmayado estaba, y allí comenzaron á hacer tan lastimero llanto,

que los mismos pechos de los crueles bárbaros enterrecieron. Con las lágrimas de Nísida, que en el rostro me caian, ó por las ya frias y enconadas heridas, que gran dolor me causaban torné á volver de nuevo en mi acuerdo, para acordarme de mi nueva desventura. Pasaré en silencio agora las lastimeras y amorosas palabras que en aquel desdichado punto entre mí y Nísida pasaron, por no entristecer tanto el alegre en que agora nos hallamos; ni quiero decir por extenso los trances que ella me contó que con el capitán habia pasado: el cual, vencido de su hermosura, mil promesas, mil regalos, mil amenazas le hizo porque viniese á condescender con la desordenada voluntad suya; pero mostrándose ella con él tan esquiva como honrada, y tan honrada como esquiva, pudo todo aquel dia y la noche siguiente defenderse de las pesadas importunaciones del cosario.

Mas como la continua presencia de Nísida iba creciendo en él por puntos el libidinoso deseo, sin duda alguna se pudiera temer, como yo temia, que dejando los ruegos y usando la fuerza, Nísida perdiere su honra, ó la vida, que era lo mas cierto que de su bondad se podia esperar, pero cansada ya la fortuna de habernos puesto en el mas bajo estado de miseria, quiso darnos á entender ser verdad lo que de la inestabilidad suya se pregona, por un medio que nos puso en términos de rogar al cielo que en aquella desdichada suerte nos mantuviese, á trueco de no perder la vida sobre las hinchadas ondas del mar airado: el cual (á cabo de dos dias que cautivos fuimos, y á la sazón que llevábamos el derecho viaje de Berbería), movido de un furioso jaloque, comenzó á hacer montañas de agua, y azotar con tanta furia la cosaria armada, que sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrenillaron y acudieron al usado remedio de la vela del trinquete al árbol, y á dejarse llevar por donde el viento y mar quisiese: y de tal manera creció la tormenta, que en menos de media

hora esparció y apartó á diferentes partes los bajeles, sin que ninguno pudiese tener cuenta con seguir su capitan; antes en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bajel á quedar solo, y á ser el que mas peligro amenazaba; porque comenzó á hacer tanta agua por las costuras, que por mucho que por todas las cámaras de popa, proa y mesana le agotaban, siempre en la sentina llegaba el agua á la rodilla; y añadióse á toda esta desgracia sobrevenir la noche, que en semejantes casos mas que en otros algunos el medroso temor acrecienta: y vino con tanta escuridad y nueva borrasca. que de todo en todo, todos desesperamos de remedio.

No querais mas saber, señores, sino que los mismos turcos rogaban á los cristianos que iban al remo cautivos, que invocasen y llamasen á sus santos y á su Cristo, para que de tal desventura los librase; y no fueron tan en vano las plegarias de los míseros cristianos que allí iban, que movido el alto cielo dellas dejase sosegar el viento, antes le creció con tanto ímpetu y furia, que al amanecer del día, que solo pudo conocerse por las horas de reloj de arena por quien se rigen, se halló el mal gobernado bajel en la costa de Cataluña, tan cerca de tierra y tan sin poder apartarse della, que fue forzoso alzar un poco mas la vela, para que con mas furia embistiese en una ancha playa que delante se nos ofrecia; que el amor de la vida les hizo parecer dulce á los turcos la esclavitud que esperaban.

Apenas hubo la galera embestido en tierra, cuando luego acudió á la playa mucha gente armada, cuyo traje y lengua dió á entender ser catalanes, y ser de Cataluña aquella costa; y aun aquel mismo lugar donde á riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mia escapaste. ¡Quién pudiera exagerar agora el gozo de los cristianos, que del insufrible y pesado yugo del amargo cautiverio veian libres y desembarazos sus cuellos, y las plegarias y ruegos que los turcos, poco

antes libres, hacian á sus mismos esclavos, rogándoles fuesen parte para que de los indignados cristianos maltratados no fuesen; los cuales ya en la playa los esperaban con deseo de vengarse de la ofensa que estos mismos turcos les habian hecho, saqueándoles su lugar, como tú, Silerio, sabes! Y no les salió vano el temor que tenian, porque entrando los del pueblo en la galera que encallada en la arena estaba, hicieron tan cruel matanza en los cosarios, que muy pocos quedaron con la vida: y si no fuera que les cegó la codicia de robar la galera, todos los turcos en aquel primero ímpetu fueran muertos.

Finalmente, los turcos que quedaron, y cristianos cautivos que allí veniamos, todos fuimos saqueados, y si los vestidos que yo traia no estuvieran sangrentados, creo que aun no me los dejaran. Darinto, que tambien alli venia, acudió luego á mirar por Nísida y Blanca, y á procurar que me sacasen á tierra, donde fuese curado. Cuando yo salí y reconocí el lugar donde estaba; y consideré el peligro en que en él me habia visto, no dejó de darme alguna pesadumbre, causada de temor no fuese conocido y castigado por lo que no debia; y asi rogué á Darinto que sin poner dilacion alguna prócurase que á Barcelona nos fuésemos, diciéndole la causa que me movia á ello, pero no fue posible, porque mis heridas me fatigaban de manera, que me forzaron á que allí algunos dias estuviese, como estuve, sin ser de mas de un cirujano visitado. En este entretanto fue Darinto á Barcelonas donde proveyéndose de lo que menester habíamos, dió la vuelta, y hallándome mejor y con mas fuerza, luego nos pusimos en camino para la ciudad de Toledo, por saber de los parientes de Nísida, que si sabian de sus padres, á quien ya hemos escrito todo el suceso de nuestras vidas, pidiéndole perdon de nuestros pasados yerros. Y todo el contento y dolor de estos buenos y malos sucesos, lo há acrecentado ó disminuido la ausencia tuya, Silerio.

Mas pues el cielo agora con tantas ventajas ha dado remedio á nuestras calamidades, no resta otra cosa sino que, dándole las debidas gracias por ello, tú, Silerio amigo, deseches la trisieza pasada con la ocasion de la alergia presente, y procures darla á quien há muchos dias que por tu causa vive sin ella, como lo sabrás cuando mas á solas y contigo las comuniqué. Otras algunas cosas me quedan por decir, que me han sucedido en el discurso desta mi peregrinacion: pero dejarlas he por agora, por no dar con la proligidad dellas disgusto á estos pastores, que han sido el instrumento de todo mi placer y gusto. Este es, pues, Silerio amigo, y amigos pastores, el suceso de mi vida. Ved si por la que he pasado y por la que agora paso, me puedo llamar el más lastimado y venturoso hombre de los que hoy viven. Con estas últimas palabras dió fin á su cuento el alegre Timbrio, y todos los que presentes estaban se alegraron del felice suceso que sus trabajos habian tenido; pasando el contento de Silerio á todo lo que decirse puede, el cual, tornando de nuevo á abrazar á Timbrio, forzado del deseo de saber quién era la persona que por su causa sin contento vivia, pidiendo licencia á los pastores, se apartó con Timbrio á una parte, donde supo del que la hermosa Blanca, hermana de Nísida, era la que mas que á sí la amaba, desde el mismo dia y punto que ella supo quién él era, y el valor de su persona; y que jamás, por no ir contra aquello que á su honestidad estaba obligada, habia querido descubrir este pensamiento sino á su hermana, por cuyo medio esperaba tenerle honrado en el cumplimiento de sus deseos. Díjole asimismo Timbrio, cómo aquel caballero Darinto, que con él venia, y de quien él habia hecho mencion en la plática pasada, conociendo quién era Blanca, y llevado de su hermosura, se habia enamorado della con tantas veras, que la pidió por su esposa á su hermana Nísida, la cual le desengañó que Blanca no le haria en manera alguna; y

que agraviado desto Darinto, creyendo que por el poco valor suyo le deseenaban, y por sacarle desta sospecha, le hubo de decir Nísida cómo Blanca tenia ocupados los pensamientos en Silerio: mas que no por esto Darinto habla desmayado, ni dejado la empresa, porque como supo que de tí, Silerio, no sabia nueva alguna, imaginó que los servicios que él pensaba hacer á Blanca y el tiempo la apartarian de su intencion primera: y con este presupuesto jamás nos quiso dejar, hasta que aver, oyendo á los pastores las ciertas nuevas de tu vida, y conocido el contento que con ellas Blanca habia recibido, y considerando ser imposible que pareciendo Silerio pudiese Darinto alcanzar lo que deseaba, sin despedirse de ninguno se habia con muestras de grandísimo dolor apartado de todos. Junto con esto aconsejó Timbrio á su amigo fuese contento de que Blanca le tuviese, escogiéndola y acetándola por esposa, pues ya la conocia, y no ignoraba su valor y honestidad, encareciéndole el gusto y placer que los dos tendrían viéndose con tales dos hermanas casados. Silerio le respondió que le diese espacio para pensar en aquel hecho, aunque él sabia que al cabo era imposible dejar de hacer lo que él le mandase.

A esta sazon comenzaba ya la blanca aurora á dar señales de su nueva venida, y las estrellas poco á poco iban escondiendo la claridad suya: y á este mismo punto llegó á los oídos de todos la voz del enamorado Lauso, el, cual como su amigo Damon, habia sabido que aquella noche la habian de pasar en la ermita de Silerio, quiso venir á hallarse con él y con los demás pastores: y como todo su gusto y pasatiempo era cantar al son de su rabel los sucesos prósperos ó adversos de sus amores, llevado de la condicion suya, y convidado de la soledad del camino y de la sabrosa armonía de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado canto á saludar el venidero dia, con baja voz semejantes versos venia cantando:

## LAUSO

Alzo la vista á la mas noble parte  
 Que puede imaginar el pensamiento,  
 Donde miro el valor, admiro el arte  
 Que suspende el mas alto entendimiento  
 Mas si quereis saber quién fue la parte :  
 Que puso fiero yugo al cuello exerto,  
 Quién me entregó, quién lleva mis desp  
 Mis ojos son, Silena, y son tus ojos.

Tus ojos son, de cuya luz serena  
 Me viene la que al cielo me encamina,  
 Luz de cualquiera escuridad agena,  
 Segura muestra de la luz divina:  
 Por ella el fuego, el yugo y la cadena,  
 Que me consume, carga y desatina,  
 Es refrigerio, alivio, es gloria, es palma  
 Al alma, y vida que te ha dado el alma.

Divinos ojos, bien del alma,  
 Término y fin de todo mi deseo,  
 Ojos que serenais el turbio dia,  
 Ojos por quien yo veo, si algo veo;  
 En vuestra luz mi pena y mi alegría  
 Ha puesto amor; y en vos contemplo y leo  
 La dulce amarga verdadera historia  
 Del cierto infierno, de mi incierta gloria.

En ciega escuridad andaba. cuando  
 Vuestra luz me faltaba, oh bellos ojos,  
 Acá y allá, sin ver el cielo, errando  
 Entre agudas espinas y entre abrojos;  
 Mas luego en el momento que tocando  
 Fueron al alma mia los manojos  
 De vuestros rayos claros, ví á la clara  
 La senda de mi bien abierta y clara.

Vi que sois y sereis, ojos serenos,  
 Quien me levanta y puede levantarme  
 A que entre corto número de buenos  
 Venga como mejor á señalarme:

Esto podreis hacer no siendo agenos,  
Y con pequeño acuerdo de mirarme;  
Que el gusto del mas bien enamorado  
Consiste en mirar y ser mirado.

Si esto es verdad, Silena, ¿quién ha sido  
Es, ni será, que con firmeza pura,  
Cual yo, te quiera, ni te habrá querido,  
Por mas que amor le ayude y la ventura?  
La gloria de tu vista he merecido  
Por mi inviolable fe; mas es locura  
Pensar que pueda merecerse aquello,  
Que apenas puede contemplarse en ello.

El canto y el camino acabó á un mismo punto el enamorado Lauso, el cual de todos los que con Silerio estaban fué amorosamente recibido, acrecentando con su presencia el alegría que todos tenian, por el buen suceso que los trabajos de Silerio habian tenido: y estándoselos Damon contando asomó por junto á la ermita el venerable Aurelio, que con algunos de sus pastores traia algunos regalos con que regalar y satisfacer á los que allí estaban, como lo había prometido el día antes que dellos se partió. Maravillados quedaron Tirsi y Damon de verle venir sin Elicio y Erastro, y mas lo fueron cuando vinieron á entender la causa de haberse quedado. Llegó Aurelio, y su llegada aumentara mas el contento de todos, si no dijera, encaminando su razon á Timbrio: Si te precias, como es razon que te precies, valeroso Timbrio, de ser verdadero amigo del que lo es tuyo, agora es tiempo de mostrarlo, acudiendo á remediar á Darinto, que no lejos de aquí queda tan triste y apasicnado, y tan fuera de admitir consuelo alguno en el dolor que padece, que algunos que yo le dí, no fueron parte para que él los tuviese por tales. Hallámosle Elicio, Erastro y yo habrá dos horas en medio de aquel monte que á esta mano derecha se descubre, el caballo arrendado á un pino, y él en el suelo boca

bajo tendido, dando tiernos y dolorosos suspiros, y e cuando en cuando decia algunas palabras, que á maldecir su ventura se encaminaban. Al son lastimero de las cuales llegamos á él, y con el rayo de la luna, aunque con dificultad, fué de nosotros conocido, é importunado que la causa de su mal nos dijese: oijonosla, y por ella entendimos el poco remedio que tenia. Con todo eso se han quedado con él Elicio y Trastro, y yo he venido á darte las nuevas del término en que le tienen sus pensamientos; y pues á tí se son tan manifiestos, procura remediarlos con obras, y acude á consolarlos con palabras. Palabras serán pocas, buen Aurelio, respondió Timbrio, las que yo no estubo gastare, si ya él no quiere aprovecharse de la ocasion del desengaño, y disponer sus deseos á que el tiempo y la ausencia hagan en él sus acostumbrados efectos; mas porque no se piense que no correspondo á lo que á tu amistad estoy obligado, enséñame Aurelio, á qué parte le dejaste, que yo quiero ir luego á verle. Yo iré contigo, respondió Aurelio, y luego al momento se levantaron todos los pastores para acompañar á Timbrio, y saber la causa del mal de Darinto, dejando á Silerio con Nísida y Blanca, con tanto contento de los tres, que no se acertaban á hablar palabra.

En el camino que había desde allí á donde Aurelio y Darinto había dejado, contó Timbrio á los que con él iban la ocasion de la pena de Darinto, y el poco remedio que della se podria esperar, pues la hermosa Blanca, por quien él penaba, tenia ocupados sus deseos en su buen amigo Silerio, diciéndoles asimismo, que había de procurar con toda su industria y fuerzas, que Silerio viniese en lo que Blanca deseaba, solicitándoles que todos fuesen en ayudar y favorecer su intencion, porque en dejando á Darinto, queria que todos á Silerio rogasen diesen el sí de recibir á Blanca por su legítima esposa. Los pastores se ofrecieron de hacer lo que les mandaba, y en estas plá-

ticas llegaron á donde creyó Aurelio que Elicio Darinto y Erastro estarian; pero no hallaron á alguno, aunque rodearon y anduvieron gran parte de un pequeño bosque que allí estaba, de que no poco pesar recibieron todos. Pero estando en esto, oyeron un tan doloroso suspiro que les puso en confusion y deseo de saber quién le habia dado; mas sacóles presto de esta duda otro que oyeron no menos triste que el pasado, y acudiendo todos á aquella parte donde el suspiro venia, vieron estar no lejos dellos al pie de un crecido nogal dos pastores - el uno sentado sobre la yerba verde, y el otro tendido en el suelo y la cabeza puesta sobre las rodillas del otro. Estaba él sercado con la cabeza inclinada, derramando lágrimas y mirando atentamente al que en las rodillas tenia; y así por esto como por estar el otro con color perdida y rostro desmayado, no pudieron luego conocer quién era; mas cuando mas cerca llegaron, luego conocieron que los pastores eran Elicio y Erastro, Elicio el desmayado, y Erastro el lloroso. Grande admiracion y tristeza causó en todos los que allí venian la triste semblanza de los dos lastimados pastores, por ser grandes amigos suyos, y por ignorar la causa que de tal modo los tenia; pero el que mas se maravilló fue Aurelio, por ver que tan poco antes los habia dejado en compañía de Darinto, con muestras de todo placer y contento, como si él no hubiera sido la causa de toda su desdicha.

Viendo, pues, Erastro que los pastores á él se llegaban, estremeció á Elicio, diciéndole: Vuelve en tí, lastimado pastor, levántate, y busca lugar donde puedas á solas llerar tu desventura, que yo pienso hacer lo mismo hasta acabar la vida; y diciendo esto, cogió con las dos manos la cabeza de Elicio, y quitándola de sus rodillas, la puso en el suelo, sin que el pastor pudiese volver en su acuerdo; y levantándose Erastro, volvia las espaldas para irse, si Tirsi y Damon, y los demás pastores no se lo impidieran.

Llegó Damon adonde Elicio estaba, y tomándole entre los brazos, le hizo volver en sí. Abrió Elicio los ojos, y porque conoció á todos los que allí estaban, tuvo cuenta con que su lengua, movida y forzada del dolor, no dijese algo que la causa dél manifestase; y aunque esta le fue preguntada por todos los pastores, jamas respondió sino que no sabia otra cosa de sí mismo, sino que estando hablando con Erastro le habia tomado un recio desmayo: lo propio decia Erastro, y á esta causa los pastores dejaron de preguntarle mas la causa de su pasion; antes le rogaron que con ellos a la ermita de Silerio se volviese, y que desde allí le llevarian á la aldea ó á su cabaña; mas no fue posible que con él esto se acabase, sino que le dejasen volver á la aldea.

Viendo, pues, que esta era su voluntad, no quisieron contradecírsela, antes se ofrecieron de ir con él; pero de ninguno quiso compañía, ni la llevara, si la porfía de su amigo Damon no le venciera; y así se hubo de partir con él, dejando concertado Damon con Tirsi que se viesen aquella noche en el aldea ó cabaña de Elicio, para dar orden de volverse á la suya. Aurelio y Timbrio preguntaron á Erastro por Darinto, el cual les respondió que así como Aurelio se habia apartado dellos, le tomó el desmaye á Elicio, y que entre tanto que él le socorria, Darinto se habia partido con toda priesa, y que nunca mas le habian visto.

Viendo, pues, Timbrio, y los que con él venian, que á Darinto no hallaban, determinaron de volver á la ermita á rogar á Silerio aceptase á la hermosa Blanca por su esposa; y con esta intencion se volvieron todos, excepto Erastro que quiso seguir á su amigo Elicio, y así despidiéndose dellos, acompañado de solo su rabel, se apartó por el mismo camino que Elicio habia ido, el cual habiéndose un rato apartado con su amigo Damon de la demás compañía, con lágrimas en los ojos y con muestras de grandísima tristeza así le comenzó á decir: Bien sé, discreto Da-

mon, que tienes de los efectos de amor tanta experiencia, que no te maravillarás de lo que agora pienso contarte, que son tales, que á la cuenta de mi opinión los estimo y tengo por de los mas desastrados que en el amor se hallan. Damon, que no deseaba otra cosa que saber la causa del desmayo y tristeza suya, le aseguró que ninguna cosa le seria á él nueva como tocarse á los males que el amor suele hacer. Y así Elicio, con este seguro y con el mayor que de su amistad tenia, prosiguió diciendo: Ya sabes, amigo Damon, como la buena suerte mía, que este nombre de buena le daré siempre, aunque me cueste la vida el haberla tenido; digo pues, que la buena suerte mía quiso, como todo el cielo y todas estas riberas saben, que yo amase, ¿qué digo amase? que adorase á la sin par Galatea con tan limpio y verdadero amor cual á su merecimiento se debe; juntamente confieso, amigo, que en todo el tiempo que há que ella tiene noticia de mi cabal deseo, no ha correspondido á él con otras muestras que las generales que suele y debe dar un casto y agradecido pecho; y así há algunos años, que sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre y satisfecho de mis pensamientos, que me juzgaba por el mas dichoso pastor que jamás apacentó ganado, contentándome solo de mirar á Galatea, y de ver que si no me queria, no me aborrecia, y que otro ningun pastor no se podia alabar que aun della fuese mirado; que no era poca satisfacción de mi deseo tener puestos mis pensamientos en tan segura parte, que de otros algunos no me recelaba; confirmándome en esta verdad la opinion que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no da lugar á que se le atreva el mismo atrevimiento. Contra este bien que tan á tan poca costa el amor me daba, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merecido, se ha dado hoy irrevocable sentencia, que el bien se acabe, que la

gloria fenezca, que el gusto se cambie, y que finalmente se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabrás, Damon, que esta mañana, viniendo con Aurelio, padre de Galatea, á buscaros á la ermita de Silerio, en el camino me dijo como tenia concertado de casar á Galatea con un pastor lusitano, que en las riberas del blando Lima gran número de ganado apacienta: pidióme que le dijese que me parecía, porque de la amistad que me tenia y de mi entendimiento esperaba ser bien aconsejado: lo que yo le respondí, fue que me parecía cosa recia poder acabar con su voluntad privarse de la vista de tan hermosa hija, desterrándola á tan apartadas tierras; y que si lo hacia llevado y cebado de las riquezas del extranjero pastor, que considerase que no carecía él tanto dellas, que no tuviese para vivir en su lugar mejor que cuantos en él de ricos presumian, y que ninguno de los mejores de cuantos habitan las riberas de Tajo dejaria de tenerse por venturoso cuando alcanzase á Galatea por esposa.

No fueron mal admitidas mis razones del venerable Aurelio; pero en fin se resolvió, diciendo que el rabadan mayor de todos los aperos se lo mandaba, y él era el que lo había concertado y tratado, y que era imposible deshacerse. Preguntéle con qué semblante Galatea habia recibido las nuevas de su destierro. Díjome que se había conformado con su voluntad, y que disponia la suya á hacer todo lo que él quisiese, como obediente hija. Esto supe de Aurelio, y esta es, Damon, la causa de mi desmayo, y la que será de mi muerte; pues de ver á Galatea en poder ajeno, y ajena de mi vista, no se puede esperar otra cosa que el fin de mis dias.

Acabó su razon el enamorado Elicio, y comenzaron sus lágrimas, derramadas en tanta abundancia, que enterneció el pecho de su amigo Damon no pudo dejar de acompañarle en ellas; mas á cabo de poco espacio comenzó con las mejores razones que supo á

consolar Elicio; pero á todas sus palabras en ser palabras paraban, sin que ningún otro efecto hiciese. Todavía quedaron de acuerdo que Elicio á Galatea hablase, y supiese della si de su voluntad consentía en el casamiento que su padre le trataba, y que cuando no fuese con el gusto suyo se le ofreciese de brarla de aquella fuerza, pues para ello no le faltaba ayuda.

Parecióle bien á Elicio lo que Damon decia, y determinó de ir á buscar á Galatea para declararle su voluntad, y saber la que ella en su pecho encerraba, y así trocando el camino que de su cabaña llevaba hacia el aldea se encaminaron, y llegando á una encrucijada que junto á ella cuatro caminos divididos por uno dellos vieron venir hasta ocho dispuestos pastores, todos con azagayas en las manos, excepto uno dellos que á caballo venia sobre una hermosa yegua, vestido con un gaban morado, y los demás á pie, y todos rebozados los rostros con unos paños azules.

Damon y Elicio se pararon hasta que los pastores pasasen, los cuales pasando junto á ellos, bajando cabezas cortesmente les saludaron, sin que alguna palabra hablase. Maravillados quedaron los dos de ver la extrañeza de los ocho, y estuvieron quedos por ver qué camino seguian; pero luego vieron que el de la aldea tomaban, aunque por otro camino diferente que por el que ellos iban. Dijo Damon á Elicio que los siguiesen, mas no quiso, diciendo que por aquel camino que él queria seguir, junto á una fuente que no lejos del estaba, solia estar muchas veces Galatea con algunas pastoras del lugar, y que se le bien ver si la dicha se la ofrecia tan buena que la hallasen. Contentóse Damon de lo que Elicio queria, y así le dijo que guiase por donde quisiese; y su dióle la suerte como él mismo se habia imaginado, porque no anduvieron mucho cuando llegó á oidos la zampoña de Florisa, acompañada de la

de la hermosa Galatea, que como de los pastores fué oída, quedaron enajenados de sí mismos. Entonces acabó de conocer Damon cuánta verdad decían todos los que las gracias de Galatea alababan, la cual estaba en compañía de Rosaura y Florisa, y de la hermosa y recién casada Silveria, con otras dos pastoras de la misma aldea. Y puesto que Galatea vió venir á los pastores, no por eso quiso dejar su comenzado canto, antes pareció dar muestras de que recibía contento en que los pastores la escuchasen, los cuales así lo hicieron con toda la atención posible: y lo que alcanzaron á oír de lo que la pastora cantaba, fue lo siguiente:

## GALATEA

¿A quién volveré los ojos  
 En el mal que se aparece,  
 Si cuanto mi bien se aleja  
 Se acercan mas mis enojos?  
 A duro mal me condena  
 El dolor que me destierra:  
 Que si me acaba en mi tierra,  
 ¿Qué bien me hará en el agena?  
 ¡Oh justa amarga obediencia,  
 Que por cumplirte he de dar  
 El sí que ha de confirmar  
 De mi muerte la sentencial  
 Puesta estoy en tanta mengua,  
 Que por gran bien estimara  
 Que la vida me faltara,  
 O por lo menos la lengua.  
 Breves horas y cansadas  
 Fueron las de mi contento,  
 Eternas las del tormento,  
 Mas confusas y pesadas:  
 Gocé de mi libertad  
 En la temprana sazón,  
 Pero ya mi sujeción

Anda tras mi voluntad.

Ved si es el combate fiero

Que dan á mi fantasía;

Si al cabo de su porfía

He de querer, y no quiero.

¡Oh fastidioso gobierno!

¡Qué á los respetos humanos

Tengo de cruzar las manos,

Y a bajar el cuello tierno!

¡Que tengo de despedirme

De ver el Tajo dorado!

¡Que ha de quedar mi ganado,

Y yo triste he de partirme!

¡Que estos árboles sombríos

Y estos anchos verdes prados

No serán ya mas mirados

De los tristes ojos míos!

Severo padre ¿qué haces?

Mira que es cosa sabida

Que á mí me quitas la vida

Con lo que a tí satisfaces:

Si mis suspiros no valen

A descubrirte mi mengua,

Lo que no puede mi lengua

Mis ojos te lo señalen.

Ya triste se me figura

El punto de mi partida,

La dulce Gloria perdida,

Y la amarga sepultura:

El rostro que no se alegra

Del no conocido esposo,

El camino trabajoso,

La antigua enfadosa suegra.

Y otros mil inconvenientes

Todos para mí contrarios,

Los gustos extraordinarios

Del esposo y sus parientes:

Mas todos estos temores

Que me figura mi suerte,  
Se acabaran con la muerte,  
Que es el fin de los dolores.

No cantó mas Galatea, porque las lágrimas que derramaba le impidieron la voz, y aun el contento á todos los que escuchádo la habian, porque luego supieran claramente lo que en confuso imaginaban del casamiento de Galatea con el lusitano pastor, y cuán contra su voluntad se hacia.

¶ Pero á quien mas sus lágrimas y suspiros lastimaron, fue á Elicio, que diera él por remediarlas su vida, si en ella consistiera el remedio dellas: pero aprovechándose de su discrecion, y disimulando el rostro el dolor que el alma sentía, él y Damon se llegaron adonde las pastoras estaban, á las cuales cortesmente saludaron, y con no menos cortesía fueron dellas recibidos. Preguntó luego Galatea a Damon por su padre, y respondióle que en la ermita de Silerio quedaba en compañía de Timbrio y Nísida, y de todos los otros pastores que á Timbrio acompañaron, y así mismo le dió cuenta del conocimiento de Silerio y Timbrio, y de los amores de Darinto y Blanca, la hermana de Nísida, con todas las particularidades que Timbrio habia contado de lo que en el curso de sus amores le habia sucedido, a lo cual Galatea dijo: ¡Dichoso Timbrio y dichosa Nísida, pues en tanta felicidad han parado los desasosiegos hasta aquí padecidos, con la cual pondreis en olvido los pasados desastres! Antes servirán ellos de acrecentar vuestra gloria, pues se suele decir que la memoria de las pasadas calamidades aumenta el contento en las alegrías presentes. Mas ¡ay del alma desdichada, que se ve puesta en términos de acordarse del bien perdido, y con temor del mal que está por venir, sin que vea ni halle remedio, ni medio alguno para estorbar la desventura que le está amenazando! pues tantas mas fatigan los dolores, cuanto mas se temen. Ver

dad dices, hermosa Galatea, dijo Damon, que no hay duda sino que el repentino y no esperado dolor que viene, no fatiga tanto aunque sobresalta, como el que con largo discurso de tiempo amenaza y quita todos los caminos de remediarse; pero con todo eso digo, Galatea, que no da el cielo tan apurados los males, que quite de todo en todo el remedio dellos principalmente cuando no los deja ver primero: porque parece que entonces quiere dar lugar al discurso de nuestra razon, para que se ejercite y ocupe en temprar ó desviar las venideras desdichas, y muchas veces se contenta de fatigarnos con solo tener ocupados nuestros ánimos con algun especioso temor, sin que se venga á la ejecución del mal que se teme; y cuando á ella se viniese, como no acabe la vida, ninguno por ningun mal que padezca debe desesperar del remedio. No dudo yo deso replicó Galatea, si fuesen tan lijeros los males que se temen ó se padecen, que dejasen libre y desembarazado el discurso de nuestro entendimiento; pero bien sabes, Damon, que cuando el mal es tal que se le puede dar este nombre, lo primero que hace es anublar nuestro sentido, y aniquilar las fuerzas de nuestro albedrío, descaeciendo nuestra virtud de manera que apenas puede levantarse, aunque mas la solicite la esperanza. No sé yo, Galatea, respondió Damon cómo en tus verdes años puede haber tanta experiencia de los males, sino es que quieres que entendamos que tu mucha discrecion se extiende á hablar por ciencia de las cosas que por otra manera ninguna noticia dellas tienes. Pluguiera al cielo, discreto Damon, replicó Galatea, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello granjeara dos cosas: quedar en la buena opinión que de mí tienes, y no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en ella.

Hasta este punto estuvo callando Elicio; pero no pudiendo sufrir mas ver a Galatea dar muestras del amargo dolor que padecía, le dijo: Si imaginas por

ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza puede por alguna ser remediada, por lo que debes a la voluntad que para servirte de mí tiene conocida, te ruego me la declares; y si esto no quisieres por cumplir con lo que á la paternal obediencia debes, dame á lo menos licencia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos destas riberas el tesoro de tu hermosura, que en ellas se ha criado; y no entiendas pastora, que presumo yo tanto de mí mismo, que solo me atreva á cumplir con las obras lo que ahora por palabra te ofrezco; que puesto que el amor que te tengo, para mayor empresa me da aliento, desconfío de mi ventura, y así la habré de poner en las manos de la razón, y en las de todos los pastores que por esas riberas de Tajo apacientan sus ganados, los cuales no querrán consentir que se les arrebaté y quite delante de sus ojos el sol que los alumbra, y la discrecion que los admira, y la belleza que los incita y anima á mil honrosas competencias. Así que, hermosa Galatea, en fe de la razon que he dicho y de la que tengo de adorarte, te hago este ofrecimiento, el cual te ha de obligar á que tu voluntad me descubras, para que yo no caiga en error de ir contra ella en cosa alguna; pero considerando que la bondad y honestidad incomparable tuya te ha de mover á que correspondas antes al querer de tu padre que al tuyo, no quiero, pastora, que me le declares, sino tomar a mi cargo hacer lo que me pareciere, con presupuesto de mirar por tu honra, con el cuidado que tú mesma has mirado siempre por ella. Iba Galatea á responder á Elicio, y agradecerle su buen deseo; mas estorbólo la repentina llegada de los ocho rebozados pastores, que Damon y Elicio habian visto pasar poco antes hacia el aldea.

Llegaron todos donde las pastoras estaban, y sin hablar palabra los seis dellos con increíble celeridad arremetieron á abrazarse con Damon y con Elicio, teniéndolos tan fuertemente apretados, que en nin-

guna manera pudieron desasirse. En este entre tanto, los otros dos (que era el uno el que á caballo venian) se fueron adonde Rosaura estaba dando gritos por la fuerza que á Damon y á Elicio se les hacia; pero sin aprovecharle defensa alguna, uno de los pastores la tomó en brazos, y púsola sobre la yegua y en los del que en ella venia, el cual quitándose el rebozo se volvió a los pastores y pastoras, diciendo: No os maravilleis, buenos amigos, de la sinrazon que al parecer aquí se os ha hecho, porque la fuerza de amor y la ingratitud desta dama han sido causa della: ruégoos me perdoneis, pues no está mas en mi mano; y si por estas partes llegare (como creo que presto llegará) el conocido Grisaldo, diréisle como Artandro se lleva á Rosaura, porque no pudo sufrir ser burlado della; y que si el amor y esta injuria le movieren a querer vengarse, que ya saben que Aragon es mi patria y el lugar donde vivo. Estaba Rosaura desmayada sobre el arzon de la silla, y los demás pastores no querian dejar á Elicio ni á Damon hasta que Artandro mandó que los dejasen; los cuales, viéndose libres, con valeroso ánimo sacaron sus cuchillos, y arremetieron contra los siete pastores, los cuales todos juntos les pusieron las azagayas que traian á los pechos, diciéndoles que se tuviesen, pues veian cuán poco podian ganar en la empresa que tomaban. Harto menos podrá ganar Artandro, les respondió Elicio, en haber cometido tal traicion. No la llames traicion, respondió uno de los otros, porque esta señora ha dado la palabra de ser esposa de Artandro, y agora por cumplir con la condicion mudable de mujer, la ha negado, y entregádose á Grisaldo; que es agravio tan manifesto, y tal que no pudo ser disimulado de nuestro amo Artandro. Por eso sosegáos, pastores, y tenednos en mejor opinion que hasta aquí, pues el servir á nuestro amo en tan justa ocasion nos disculpa: y sin decir mas, volvieron las espaldas, recelándose todavía de los malos semblantes con que Elicio

y Damon quedaron, los cuales estaban con tanto enojo por no poder deshacer aquella fuerza, y por hallarse inhabilitados de vengarse de la que á ellos se les hacia, que ni sabían qué decirse ni qué hacerse.

Pero los extremos que Galatea y Florisa hacian por ver llevar de aquella manera a Rosaura eran tales, que movieron a Elicio a poner su vida en manifiesto peligro de perderla; porque sacando su honda, y haciendo Damon lo mismo, á todo correr fué siguiendo á Artandro, y desde lejos con mucho ánimo y desreza comenzaron á tirarles tantas piedras, que les hicieron detener y toresnar á poner en defensa; pero con todo esto no dejara de sucederles mal á los dos atrevidos pastores, si Artandro no mandara á los suyos que se adelantaran y los dejaran, como lo hicieron, hasta entrarse por un espeso montezuelo que á un lado del camino estaba, y con la defensa de los árboles hacían poco efecto las hondas y piedras de los enojados pastores; y con todo esto los siguieran, sino vieran que Galatea y Florisa, y las otras dos pastoras á mas andar hácia donde ellos estaban se venían, y por esto se detuvieron, haciendo fuerza al enojo que los incitaba, y á la deseada venganza que pretendían; y adelantándose á recibir á Galatea, ella les dijo: Templad vuestra ira, gallardos pastores, pues a la ventaja de nuestros enemigos no puedeu igualar vuestra diligencia, aunque ha sido tal, cual nos la ha mostrado el valor de vuestros ánimos. El ver el tuyo descontento, Galatea, dijo Elicio, créy yo que diera tales fuerzas al mio, que no se alabaran aquellos descomedidos pastores de la que nos han hecho; pero en mi ventura cabe no tenerla en cuanto deseo. El amoroso que Artandro tiene, dijo Galatea, fue el que le movió á tal descomedimiento, y así conmigo en parte queda disculpado: y luego punto por punto les contó la historia de Rosaura, y cómo estaba esperando á Grisaldo para recibirle por esposo, lo cual podria haber llegado á noticia de Artandro, y

que la celosa rabia le hubiese movido á hacer lo habian visto. Si así pasa, como dices, discreta Galatea, dijo Damon, del desvío del Grisaldo, y arriamiento de Artandro, y mudable condición de Rora, temo que han de nacer algunas pesadumbres y diferencias. Eso fuera, respondió Galatea, cuando Artandro residiera en Castilla; pero si él se enciende en Aragon, que es su patria, quedarse há Gris con solo el deseo de vengarse. ¿No hay quien le pueda avisar deste agravio? dijo Elicio. Sí, respondió Florisa, que yo aseguro que antes que la noche que, él tenga del noticia. Si eso así fuese, respondió Damon, podría ser cobrar su prenda antes que á Aragon llegasen; porque un pecho enamorado no es ser perezoso. No creo yo que lo será el de Gris, dijo Florisa; y porque no le falte tiempo y ocasión para mostrarlo, suplicote, Galatea, que á la aldea volvamos, porque yo quiero enviar á avisar á Grisaldo de su desdicha. Hágase como lo mandas, respondió Galatea, que yo te daré un pastor que lleve la nueva: y con esto se querian despedir de Damon y de Elicio, si ellos no porfiaran á querer ir con ellas: y ya que se encaminaban al aldea, a su derecha sintieron la zampoña de Erastro, que desde todos fue conocida, al cual venia en seguir su amigo Elicio. Paráronse a escucbarlo, y oír lo que con muestras de tierno dolor esto venia diciendo:

## ERASTRO

Por ásperos caminos voy siguiendo  
El fin dudoso de mi fantasía,  
Siempre en cerrada noche, oscura y fría,  
Las fuerzas de la vida consumiendo.

Y aunque morir me veo, no pretendo  
Salir un paso de la estrecha vía,  
Que en fé de la alta fé sin igual mía  
Mayores miedos contrastar entiendo.

Mi fe es la luz que me señala el puerto  
Seguro á mi tormenta, y sola es ella  
Quien promete buen fin a mi viaje.

    Por mas que el medio se me muestre incierto,  
Por mas que el claro rayo de mi estrella  
Me enubra amor, y el cielo mas me ultraje.

Con un profundo suspiro acabó el enamorado canto el lastimado pastor, y creyendo que ninguno le oia, soltó la voz á semejantes razones: Amor, cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna a mi alma, fue parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos, ya que tanto bien me hiciste, no quieras mostrarte agora, haciéndome el mal que me amenazas; que es mas mudable tu condición, que la de la variable fortuna; mira, señor, cuán obediente he estado á tus leyes, cuán pronto á seguir tus mandamientos, y cuán sujeta he tenido mi voluntad á la tuya; págame esta obediencia con hacer lo que á tí tanto importa que hagas; no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponía y la daba á sus frescas y menudas yerbas, á sus humildes plantas y levantados árboles: no consientas, señor, que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece, y por quien él tiene más fama, que no por las arenas de oro que en su seno cria; no quites á los pastores destes prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos, y el honroso estímulo que á mil honrosas y virtuosas empresas los incitaba: considera bien, que si desta á la ajena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes; pues por Galatea sola le usas, y si ella falta, ten por averiguado que no serás en todos estos prados conocido, que todos cuantos en ellos habitan te negarán la obediencia, y no te acudirán con el usado tributo: advierte que lo que te suplico es tan conforme y llegado á razon, que irías de todo en todo fuera della.

si no me lo concedieses; porque ¿qué ley ordena, ó qué razón consiente, que la hermosura que nosotros criamos, la discrecion que en estas selvas y aldeas nuestras tuvo principio, el donaire por particular don del cielo á nuestra patria concedido, agora que esperábamos coger el honesto fruto de tantos bienes y riquezas, se haya de llevar á extraños reinos á ser poseído y tratado de ajenas y no conocidas manos? No quiera el cielo piadoso hacernos tan notable daho, ¡Oh verdes prados, que con su vista os alegráades! ¡Oh flores olorosas; que de sus pies tocadas, de mayor fragancia érades llenas! ¡Oh plantas, oh árboles desta deleitosa selva! haced todos en la mejor forma que pudiéredes, aunque á vuestra naturaleza no se conceda, algun género de sentimiento que mueva al cielo a concederme lo que le suplico.

Decia esto derramando tantas lágrimas el enamorado pastor, que no pudo Galatea disimular las suyas, ni menos ninguno de los que con ella iban, haciendo todos un tan notable sentimiento, como si lloraran las obsequias de su muerte. Llegó á este punto á ellos Erastro, á quien recibieron con agradable comedimiento: el cual, como vió á Galatea con señales de haberle acompañado en las lágrimas, sin apartar los ojos della, la estuvo atento mirando por un rato, al cabo del cual dijo: Agora acabo de conocer, Galatea, que ninguno de los humanos se escapa de los golpes de la variable fortuna, pues tú, de quien yo entendia que por particular privilegio habias de estar exenta dellos, veo que con particular ímpetu te acometen y fatigan: de donde averiguo, que ha querido el cielo con un solo golpe lastimar á todos los que te conocen, y á todos los que del valer tuyo tienen alguna noticia; pero con todo eso tengo esperanza que no se ha de extender tanto su rigor, que lleve adelante la comenzada desgracia, viniendo tan en perjuicio de tu contento.

Antes por esa mesma razon, respondió Galatea, es

toy yo menos segura de mi desdicha, pues jamás la tuye en lo que desease; mas porque no está bien á la honestidad de que me precio, que tan a la clara descubra cuán por los cabellos me lleva tras sí la obediencia que á mis padres debo, ruégote, Erastro, que no me des ocasion de renovar mi sentimiento, ni de tí, ni de otro alguno se trate cosa que antes de tiempo despierte en mí la memoria del disgusto que temo; y con esto asimesmo os ruego, pastores, me dejéis adelantar á la aldea, porque siendo avisado Grisaldo, le quede tiempo para satisfacerse del agravio que Artandro le ha hecho. Ignorante estaba Erastro del suceso de Artandro; pero la pastora Florisa en breves razones se lo contó todo, de que se maravilló Erastro, estimando que no debía ser poco el valor de Artandro, pues á tan dificultosa empresa se habia puesto. Querian ya los pastores hacer lo que Galatea les mandaba, si en aquella sazón no descubrieran toda la compañía de caballeros, pastores y damas que la noche antes en la ermita de Silerio se quedaron; los cuales en señal de grandísimo contento á la aldea se venian, y trayendo consigo á Silerio con diferente trage y gusto de lo que hasta allí habia tenido, porque ya habia dejado el de ermitaño, mudándole en el de alegre desposado, como yo lo era de la hermosa Blanca con igual contento y satisfaccion de entrambos, y de sus buenos amigos Timbrio y Nísida, que se lo persuadieron, dando con aquel casamiento fin á todas sus miserias, y quietud y reposo á los pensamientos que por Nísida le fatigaban: y así con el regocijo que tal suceso les causaba, venian todos dando muestras dél, con agradable música y discretas y amorosas canciones, de las cuales cesaron cuando vieron á Galatea y á los demás que con ella estaban, recibíendose unos á otros con mucho placer y comedimiento, dándole Galatea á Silerio el parabien de su suceso, y á la hermosa Blanca el de su desposorio, y lo mesmo hicieron los pastores Damon,

Elicio y Erastro, que en extremo á Silerio estaban aficionados. Luego que cesaron entre ellos los parabienes y cortesías, acordaron de proseguir su camino al aldea; y para entretenerle, rogó Tirsi á Timbrio que acabase el soneto que había comenzado á decir, cuando de Silerio fue conocido. Y no excusándose Timbrio de hacerlo, al son de la flauta del celoso Orfenio, con extremada y suave voz le cantó y acabó, que era este:

## TIMBRIO

Tan bien fundada tengo la esperanza,  
Que aunque más sople riguroso viento,  
No podrá desdecir de su cimiento:  
Tal fe, tal fuerza y tal valor alcanza.

Tan lejos voy de consentir mudanza  
En mi firme amoroso pensamiento,  
Cuan cerca de acabar en mi tormento  
Antes la vida, que la confianza.

Que si al contraste del amor vacila  
El pecho enamorado, no merece  
Del mismo amor la dulce paz tranquila:

Por esto el mio, que su fe engrandece,  
Rabie Caribdis ó amenace Cila,  
Al mar se arroja, y al amor se ofrece.

Pareció bien el soneto de Timbrio á los pastores, y no menos la gracia con que cantado le había, y fue de manera que le rogaron que alguna otra cosa dijese; mas excusóse con decir á su amigo Silerio respondiese por él en aquella causa, como lo había hecho siempre en otras mas peligrosas. No pudo Silerio dejar de hacer lo que su amigo le mandaba; y así, con el gusto de verse en tan felice estado, al son de la misma flauta de Orfenio cantó lo que sigue:

## SILERIO

Gracias al cielo doy, pues he escapado

De los peligros desde mar incierto,  
 Y al recogido favorable puerto  
 Tan sin saber por dónde he ya llegado.

Recójanse las velas del cuidado,  
 Repárese el navío pobre abierto,  
 Cumpla los votos quien con rostro muerto  
 Hizo promesas en el mar airado.

Beso la tierra, reverencio al cielo,  
 Mi suerte abrazo mejorada y buena,  
 Llamo dichoso á mi fatal destino.

Y á la nueva sin par blanda cadena  
 Con nuevo intento y amoroso celo  
 El lastimado cuello alegre inclino.

Acabó Silerio, y rogó á Nísida fuese servida de alegrar aquellos campos con su canto; la cual mirando á su querido Timbrio, con los ojos le pidió licencia para cumplir lo que Silerio le pedia, y dándosela él ansimesmo con la vista, ella sin mas esperar, con donaire y gracia, cesando el son de la flauta de Orfenio, al de la zampoña de Orompo cantó este soneto:

### NÍSIDA

Voy contra la opinión de aquel que jura,  
 Que jamás del amor llegó al contento  
 A do llega el rigor de su tormento,  
 Por mas que el bien ayude la ventura.

Yo sé qué es bien, yo sé qué es desventura,  
 Y sé de sus efectos claro, y siento  
 Que cuanto más destruye el pensamiento  
 El mal de amor, el bien mas lo asegura.

No el verme en brazos de la amarga muerte  
 Por la mal referida triste nueva,  
 Ni á los cosarios bárbaros rendida,

Fue dura pena, fue dolor tan fuerte,  
 Que agora no conozca y haga prueba  
 Que es mas el gusto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea y Florisa de la estremada voz de la hermosa Nísida, la cual por parecerle que por entonces en cantar Timbrio y los de su parte habian tomado la mano, no quiso que su hermana quedara sin hacerlo: y así sin importunarle mucho, con no menos gracia que Nísida, haciendo señal á Orfenio que su flauta tocase, al son della cantó desta manera:

## BLANCA

Cual si estuviera en la arenosa Libia,  
 O en la apartada Citia siempre helada,  
 Tal vez del frío temor me vi asaltada,  
 Y tal del fuego que jamás se entibia;  
 Mas la esperanza que el dolor alivia  
 En uno y otro extremo disfrazada,  
 Tuvo la vida en su poder guardada,  
 Cuándó con fuerzas, cuándo flaca y tibia.  
 Pasó la furia del invierno helado,  
 Y aunque el fuego de amor quedó en su punto,  
 Llegó la deseada primavera,  
 Donde en un solo venturoso punto  
 Gozo del dulce fruto deseado  
 Con largas pruebas de una fe sincera.

No menos contentó á los pastores la voz y lo que cantó Blanca, que todas las demás que habian oido. Y ya que ellos querian dar muestras de que no toda la habilidad se encerraba en los cortesanos caballeros, y para esto casi movidos de un mesmo pensamiento movidos Orompo, Crisio, Orfenio y Marsilio comenzaban á templar sus instrumentos, les forzó á volver las cabezas un ruido que á sus espaldas sintieron, el cual causaba un pastor, que con furia iba atravesando por las matas del verde bosque, el cual fué de todos conocido, que era el enamorado Lauso, de que se maravilló Tirsi, porque la noche antes se habia despedido dél, diciendo que iba á un negocio

que importaba el acabarle acabar su pesar y comenzar su gusto; y que sin decirle mas con otro pastor su amigo se habia partido, y que no sabia qué podia haberle sucedido agora que con tanta prisa caminaba.

Lo que Tirsi dijo movió á querer llamar á Lauso, y así le dió voces que viniese; mas viendo que no las oía, y que ya á mas andar iba trasponiendo un recuesto, con toda lijereza se adelantó, y desde encima de otro collado le tornó á llamar con mayores voces. Las cuales oidas por Lauso, y conociendo quien le llamaba, no pudo dejar de volver, y en llegando á Damon le abrazó con señales de extraño contento, tanto que admiraron á Damon las muestras que de estar alegre daba, y así le dijo: ¿Qué es esto, amigo Lauso? ¿Has por ventura alcanzado el fin de tus deseos, ó hante desde ayer acá correspondido á ellos de manera, que halles con facilidad lo que pretendes? Mucho mayor es el bien que traigo, Damon, verdadero amigo, respondió Lauso; pues la causa que á otros suele ser de desesperacion y muerte, á mí me ha servido de esperanza y vida, y esta ha sido de un desden y desengaño acompañado de un melindroso donaire que en mi pastora he visto, que me ha restituido á mi ser primero. Ya, ya, pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso, ya se han desecho en mi sentido las encumbradas máquinas de pensamientos que desvanecido me traian, ya tornaré á la perdida conversacion de mis amigos, ya me parecerán lo que son las verdes yerbas y olorosas flores destes apacibles campos, ya tendrán treguas mis suspiros, vado mis lágrimas y quietud mis desasosiegos; porque consideres Damon, si es causa esta bastante para mostrarme alegre y regocijado. Si es, Lauso, respondió Damon; pero temo que alegria tan repentinamente nacida, no ha de ser duradera, y tengo ya experiencia que todas las libertades que de desdenes son engendra.

das, se deshacen como el humo, y torna luego la enamorada intencion con mayor priesa á seguir sus intentos. Asi que, amigo Lauso, plegue al cielo que sea mas firme tu contento de lo que yo imagino, y gocés largos tiempos la libertad que pregonas; que no solo me holgaria por lo que debo á nuestra amistad, sino por ver un no acostumbrado milagro en los deseos amorosos. Como quiera que sea, Damon, respondió Lauso, yo me siento agora libre y señor de mi voluntad; y porque se satisfaga la tuya de ser verdad lo que digo, mira qué quieres que haga en prueba de ello: ¿quieres que me ausente? ¿quieres que no visite mas las cabañas donde imaginas que puede estar la causa de mis pasadas penas y presentes alegrías? cualquiera cosa haré por satisfacerte. La importancia está en que tú, Lauso, estés satisfecho, respondió Damon, y veré yo que lo estás cuando de aquí á seis días te vea en ese mesmo propósito: y por agora no quiero otra cosa de tí, sino que dejes el camino que llevabas, y te vengas conmigo adonde todos aquellos pastores y damas nos esperan, y que la alegría que traes, la solemnices con entretenernos con tu canto mientras que al aldea llegamos.

Fue contento Lauso de hacer lo que Damon le mandaba, y asi volvió con él á tiempo que Tirsi estaba haciendo señas á Damon, que se volviese; y en llegando que él y Lauso llegaron, sin gastar palabras de comedimiento, Lauso dijo: No vengo, señores, para menos que para fiestas y contentos: por eso si le recibiereis de escucharme, suene Marsilio su zampoña, y aparejaos á oír lo que jamás pensé que mi lengua tuviera ocasion de decirlo, ni aun mi pensamiento para imaginarlo. Todos los pastores respondieron á una, que les seria de gran gusto el oírle. Y luego Marsilio con el deseo que tenia de escucharle, tocó su zampoña, al son de la cual Lauso comenzó á cantar desta manera:

## LAUSO

Con las rodillas en el suelo hincadas,  
 Las manos en humilde modo puestas,  
 Y el corazón de un justo celo lleno,  
 Te adoro, desdeñen santo, en quien cifradas  
 Están las causas de las dulces fiestas  
 Que gozo en tiempo sosegado y bueno:  
 Tú del rigor del áspero veneno,  
 que el mal de amor encierra,  
 Fuiste la cierta y presta medicina;  
 Tú mi total ruina

Volviste en bien, en sana paz mi guerra;  
 Y así como á mi rico almo tesoro  
 No una vez sola, mas cien mil te adoro.

Por tí la luz de mis cansados ojos,  
 Tanto tiempo turbada y aun perdida,  
 Al ser primer ha vuelto que tenía:  
 Por tí torno a gozar de los despojos,  
 Que de mi voluntad y de mi vida  
 Llevó de amor la antigua tiranía:  
 Por tí la noche de mi error en día  
 De sereno discurso  
 Se ha vuelto, y la razón que antes estaba  
 En posesión de esclava,  
 Con sosegado y advertido curso,  
 Siendo agora señora, me conduce  
 Do el bien eterno mas se muestra y luce.

Mostrástemme, desdeñen, cuán engañosas,  
 Cuán falsas y fingidas habían sido  
 Las señales de amor que me mostraban,  
 Y que aquellas palabras amorosas  
 Que tanto regalaban el oído,  
 Y el alma de sí mesma enagenaban,  
 En falsedad y burla se forjaban,  
 Y el regalado y tierno  
 Mirar de aquellos ojos solo era  
 Porque mi primavera

Se convirtiese en desabrido invierno  
 Cuando llegase el claro desengaño;  
 Mas tú, dulce desden, curaste el daño.

Desden, que suele ser espuela aguda  
 Que hace caminar al pensamiento  
 Tras la amorosa deseada empresa,  
 En mí tu efecto y condición se muda,  
 Que yo por tí me aparto del intento  
 Tras quien corria con no vista priesa.  
 Y aunque contino el fiero amor no cesa  
 Mal de mí satisfecho  
 Tender de nuevo el lazo por cogirme,  
 Y por mas ofenderme  
 Encarar mil saetas á mi pecho:

Tú, desden, solo, solu tú, bien puedes  
 Romper sus flechas, y rasgar sus redes.

No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,  
 Que pudiera un desden echarle á tierra:  
 Cien mil han sido menester primero;  
 Que fue cual suele sin poder sufrillo  
 Venir a! suelo el pino, que le atierra  
 En virtud de otros golpes el postrero:  
 Grave desden, dé parecer severo  
 En desamor fundado  
 Y en poca estimación de agena suerte,  
 Dulce me ha sido el verte,  
 El oírte y tocarte, y que gustado  
 Hayas sido del alma, en coyuntura  
 Que derribas y acabas mi locura.

Derribas mi locura, y das la mano  
 Al ingenio, desden, que se levante,  
 Y sacuda de sí el pesado sueño,  
 Para que con mejor intento sano  
 Nuevas grandezas, nuevos loores cante  
 De otros, si le halla agradecido dueño:  
 Tú has quitado las fuerzas al beleño  
 Con que el amor ingrato  
 Adormecia á mi virtud doliente,

Y con la tuya ardiente

Soy reducido á nueva vida y trato;

Que ahora entiendo que yo soy quien puedo

Temer con tasa, y esperar sin miedo.

No cantó mas Lauso, aunque bastó lo que cantado abia para poner admiracion en los presentes, que como todos sabian que el dia antes estaba tan enamorado y tan contento de estarlo, maravillábasele en tan pequeño espacio de tiempo tan mudado tan otro del que solia.

Y considerado bien esto, su amigo Tirsi le dijo: No sé si te dé el parabien, amigo Lauso, del bien en tan pocas horas alcanzado, porque temo que no debe ser tan firme y seguro como tú imaginas, pero todavia me huelgo de que goces, aunque sea pequeño espacio, del gusto que acarrea al alma la libertad alcanzada, pues podría ser que conociendo agora en lo que se debe estimar, aunque tornases de nuevo á las rotas cadenas y lazos, hicieses mas fuerza para romperlos, atraido de la dulzura y regalo que goza en libre entendimiento y una voluntad desapasionada. No tengas temor alguno, discreto Tirsi, respondió Lauso, que ninguna otra nueva asechanza sea bastante á que yo torne á poner los pies en el cepo amoroso, ni me tengas por tan liviano y antojadizo, que no me haya costado ponerme en el estado en que estoy infinitas consideraciones, mil averiguadas sospechas, y mil cumplidas promesas hechas al cielo porque á la perdida luz me tornase; y pues en ella veo agora cuán poco antes veia, yo procuraré conservar la en el mejor modo que pudiere. Ninguno otro será tan bueno, dijo Tirsi, como no volver a mirar lo que atrás dejas, porque perderás, si vuelves, la libertad que tanto te ha costado, y quedarás cual quedó aquel incauto amante, con nuevas ocasiones de perpetuo llanto; y ten por cierto, Lauso amigo, que no hay tan enamorado pecho en el mundo, á quien los des-

denes y arrogancias excusadas no entibien, y aun le hagan retirar de sus mal colocados pensamientos; y háceme creer mas esta verdad saber yo quién es Silena, aunque tú jamás no me lo has dicho, y saber asimismo la mudable condicion suya, sus acelerados ímpetus, y la llaneza, por no darle otro nombre, de sus deseos: cosas que, á no templarlas y disfrazarlas con la sin igual hermosura de que el cielo la ha dotado, fuera por ellas de todo el mundo aborrecida. Verdad dices, Tirsi, respondió Lauso, porque sin duda alguna la singular belleza suya, y las apariencias de la incomparable honestidad de que se arrea, son partes para que no solo sea querida, sino adorada de todos cuantos la miraren; y así no debe maravillarse alguno que la libre voluntad mia se haya rendido á tan fuertes y poderosos contrarios: solo es justo que se maraville de cómo me he podido escapar de los, que puesto que salgo de sus manos tan mal tratado, estragada la voluntad, turbado el entendimiento, descaecida la memoria, todavía me parece que pudo triunfar de la batalla.

No pasaron mas adelante en su plática los dos pastores, porque á este punto vieron que por el mismo camino que ellos iban, venia una hermosa pastora, y poco desviado della un pastor, que luego fue conocido, que era el anciano Arsindo, y la pastora era la hermana de Galercio, Maurisa. La cual como fue conocida de Galatea y de Florisa, entendieron que con algún recaudo de Grisaldo para Rosaura venia, y adelantándose las dos á recibirla, Maurisa llegó á abrazar á Galathea, y el anciano Arsindo saludó á todos los pastores, y abrazó á su amigo Lauso, el cual estaba con gran deseo de saber lo que Arsindo habia hecho despues que le dijeron que en seguimiento de Maurisa se habia partido. Y viéndole agora volver con ella, luego comenzó á perder con él y con todos el crédito que sus blancas canas le habian adquirido, y aun le acabara de perder, si los que alli venian no

súpiéran tan de experiencia adónde y á cuánto la fuerza del amor se extendía, y así en los mismos que le culpaban halló la disculpa de su yerro.

Y parece que adivinando Arsindo lo que los pastores dél adivinaban, como en satisfacion y disculpa de su cuidado, les dijo: Oid, pastores, uno de los mas extraños sucesos amorosos, que por largos años en estas nuestras riberas, ni en las agenas se habrá visto. Bien creo que conoceis, y conocemos todos al nombrado pastor Lenio, aquel cuya desamorada condicion le adquirió renombre de desamorado: aquel que no há muchos dias que por solo decir mal de amor, osó tomar competencia con el famoso Tirsi, que está presente: aquel, digo, que jamás supo mover la lengua, que para decir mal de amor no fuese: aquel que con tantas veras reprendia á los que de la amorosa dolencia veia lastimados. Este, pues, tan declarado enemigo del amor, ha venido á término que tengo por cierto, que no tiene el amor quien con mas veras le siga, ni aun él tiene vasallo á quien más persiga, porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia, aquella cruel pastora que al hermano desta, señalando á Maurisa, que tanto en la condicion se le parece, tuvo el otro dia, como vistes, con el cordel á la garganta, para fenecer á manos de su crueldad sus cortos y mal logrados dias. Digo, en fin, pastores, que Lenio el desamorado muere por la endurecida Gelasia, y por ella llena el aire de suspiros y la tierra de lágrimas; y lo que hay mas malo en esto es, que me parece que el amor ha querido vengarse del rebelde corazon de Lenio, rindiéndole á la mas dura y esquiva pastora que se ha visto; y conociéndole él, procura agora en cuanto dice y hace reconciliarse con el amor; y por los mismos términos que antes le vituperaba, agora le ensalza y honra; y con todo esto, ni el amor se mueve á favorecerle, ni Gelasia se inclina á remediarle, como lo he visto por los ojos; pues no há muchas heras que viniendo yo

en compañía desta pastora, le hallamos en la fuente de las Pizarras tendido en el suelo, cubierto el rostro de sudor frio, y anhelando el pecho con una extraña priesa: lleguéme á él, y conocíle, y con el agua de la fuente le rocié el rostro, con que cobró los perdidos espíritus; y juntándome junto á él le pregunté la causa de su dolor, la cual él me dijo sin faltar punto, contándomela con tan tierno sentimiento, que le puso en esta pastora, en quien creo que jamás oupo señal de compasion alguna: encarecióme la crueldad de Gelasia, y el amor que le tenia, y la sospecha que en él reinaba de que el amor le habia traído á tal estado por vengarse en un solo punto de las muchas ofensas que le habia hecho.

Consoléle yo lo mejor que supe, y dejándole libre del pasado parasismo, vengo acompañando á esta pastora, y á buscarte á tí, Lauso, para que si fueres servido, volvamos á nuestras cabañas, pues há ya diez dias que dellas nos partimos, y podrá ser que nuestros ganados sientan el ausencia nuestra, mas que nosotros la suya. No sé si te responda, Arsindo, respondió Lauso, que creo que mas por cumplimiento que por otra cosa me convidas á que á nuestras cabañas nos volvamos, teniendo tanto que hacer en las agenas, cuanto la ausencia que de mí has hecho estos dias, lo ha mostrado. Pero dejando lo mas que en esto te pudiera decir, para mejor sazon y coyuntura, tórname á decir si es verdad lo que de Lenio dices, porque si es asi podré yo afirmar que ha hecho amor en estos dias dos de los mayores milagros, que en todos los de su vida ha hecho: como son, rendir y avasallar el duro corazon de Lenio, y poner en libertad el tan sujeto mio. Mira lo que dices, dijo entonces Orompo, amigo Lauso, que si el amor te tenia sujeto, como hasta aquí has significado, ¿cómo el mesmo amor agora te ha puesto en libertad que publicas? Si me quieres entender, Orompo, replicó Lauso, verás que en nada me contradigo. porque

digo ó quiero decir, que el amor que reinaba y reina en el pecho de aquella á quien yo tan en extremo queria, como se encamina á diferente intento que el mio, puesto que todo es amor, el efeto que en mí ha hecho, es ponerme en libertad, y á Lenio en servidumbre; y no me hagas, Orompo, que cuente con estos otros milagros: y diciendo esto, volvió los ojos á mirar al anciano Arsindo, y con ellos dijo lo que con la lengua callaba; porque todos entendieron que el tercero milagro que pudiera contar, fuera ver enamoradas las canas de Arsindo de los pocos y verdes años de Maurisa.

La cual todo este tiempo estuvo hablando aparte con Galatea y Florisa, diciéndoles cómo otro día seria Grisaldo en el aldea en hábito de pastor, y que allí pensaba desposarse con Rosaura en secreto, porque en público no podía, á causa que los parientes de Leopersia, con quien su padre tenía concertado de casarle, habian sabido que Grisaldo queria faltar en la prometida palabra, y en ninguna manera querian que tal agravio se les hiciese; pero que con todo eso estaba Grisaldo determinado de corresponder antes á lo que á Rosaura debia, que no á la obligacion en que á su padre estaba. Todo esto que os he dicho, pastoras, prosiguió Maurisa, mi hermano Galercio me dijo que os lo dijese, lo cual á vosotras con este recaudo venia; pero la cruel Gelasia, cuya hermosura lleva siempre tras sí el alma de mi desdichado hermano, fue la causa que él no pudiese venir á decirnos lo que he dicho, pues por seguir á ella, dejó de seguir el camino que traia, hándose de mí, como de hermana. Ya habeis entendido, pastoras, á lo que vengo: ¿dónde está Rosaura para decírselo? ó decidse-lo vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto, no consiente que un punto mas aquí me detenga.

En tanto que la pastora esto decia, estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba dar-

le, y las tristes nuevas que habian de llegar á los oídos del desdichado Grisaldo; pero viendo que no excusaba de darlas, y que era peor detenerla, luego le contó lo que á Rosaura habia sucedido, y cómo Artandro la llevaba, de que quedó maravillada Maurisa; y al instante quisiera dar la vuelta á avisar á Grisaldo, si Galatea no la detuviera, preguntándole qué se habían hecho las dos pastoras que con ella y con Galercio se habian ido. A lo que respondió Maurisa: Cosas te pudiera contar dellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiracion, que no es la en que á mí me ha puesto el suceso de Rosaura; pero el tiempo no me da lugar á ello: solo te digo que la que se llamaba Leonarda, se ha desposado con mi hermano Artidoro por el mas sutil engaño que jamás se ha visto, y Teolinda la otra está en término de acabar la vida, ó de perder el juicio, y solo la entretiene la vista de Galercio, que como se parece tanto á la de mi hermano Artidoro, no se aparta un punto de su compañía: cosa que es á Galercio tan pesada y enojosa, quanto le es dulce y agradable la compañía de la cruel Gelasia: el modo como esto pasó te contaré mas despacio, cuando otra vez nos veamos, porque no será razon que por mi tardanza se impida el remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible; porque si no há mas que esta mañana que Artandro robó á Rosaura, no se podrá haber alejado tanto destas riberas, que quite la esperanza á Grisaldo de cobrarla, y mas si yo aguijo los pies como pienso. Parecióle bien á Galatea lo que Maurisa decia, y asi no quiso mas detenerla: solo le rogó que fuese servida de tornarla á ver lo mas presto que pudiese, para contarle el suceso de Teolinda, y lo que habia en el hecho de Rosaura. La pastora se lo prometió, y sin mas detenerse, despidiéndose de los que allí estaban, se volvió á su aldea, dejando á todos satisfechos de su donaire y hermosura.

Pero quien mas sintió su partida fue el anciano Ar-sindo, el cual por no dar claras muestras de su deseo, se hubo de quedar tan solo sin Maurisa, cuanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron tambien las pastoras suspensas de lo que de Teolinda había oido, y en extremo deseaban saber su suceso; y estando en esto oyeron el claro son de una bocina, que á su diestra mano sonaba, y volviendo los ojos á aquella parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos pastores que en medio tenían un antiguo sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Telesio; y habiendo uno de los pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto, y se encaminaron hácia otro que allí junto estaba, donde subidos de nuevo tornaron á tocarla: á cuyo son, de diferentes partes se comenzaron á mover muchos pastores, para venir á ver lo que Telesio queria, porque con aquella señal solia él convocar todos los pastores de aquella ribera, cuando queria hacerles algun provechoso razonamiento; ó decirles la muerte de algun conocido pastor de aquellos contornos, ó para traerles á la memoria el dia de alguna solene fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo, pues, Aurelio, y casi los mas pastores que allí venian, conocida la costumbre y condicion de Telesio, todos se fueron acercando donde él estaba, y cuando llegaron, ya se habian juntado. Pero como Telesio vió venir tantas gentes, y conoció cuán principales todos eran, bajando de la cuesta los fué á recibir con mucho amor y cortesía, y con la misma fue de todos recibido. Y llegándose Aurelio á Telesio, le dijo: Cuéntanos, si fueres servido, honrado y venerable Telesio, qué nueva causa te mueve á querer juntar los pastores destes prados. ¿Es por ventura de alegres fiestas, ó de tristes fúnebres sucesos? ¿Quieres mostrar alguna cosa perteneciente al mejoramiento de nuestras vidas? Dinos, Telesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nues-

tras de todo aquello que la tuya quisiere.

Páguenos el cielo, pastores, respondió Telesio, la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel que solo vuestro bien y provecho pretende. Mas por satisfacer al deseo que teneis de saber lo que quiero, quiéroos traer á la memoria la que debéis tener perpétuamente del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se irán renovando de año en año tal día como mañana, en tanto que en nuestras riberas hubiere pastores, y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe á la bondad y valor de Meliso. A lo menos de mí os sé decir que en tanto que la vida me durare, no dejaré de acordaros á su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesía y virtud del sin par Meliso: y así, agora os la recuerdo, y os advierto que mañana es el día que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fue perder la agradable presencia del prudente pastor Meliso: por lo que á la bondad suya debéis, y por lo que á la intercion que tengo de serviros estais obligados, os ruego, pastores, que mañana al romper del día os halles todos en el valle de los Cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí con tristes cantos y piadosos sacrificios, procuremos aligerar la pena, si alguna padece, á aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado.

Y diciendo esto con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, sus venerables ojos se llenaron de lágrimas, acompañándole en ellas casi los mas de los circunstantes, los cuales todos de una misma conformidad se ofrecieron de acudir otro día adonde Telesio les mandaba, y lo mesmo hicieron Timbrio y Silerio, Nísida y Blanca, por parecerles que no seria bien dejar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en junta de tan célebres pastores, como allí imaginaron que se juntarian. Con

esto se despidieron de Telesio, y tornaron á seguir el comenzado camino del aldea. Mas no se habian apartado mucho de aquel lugar, cuando vieron venir hácia ellos al desamorado Lenio con semblante tan triste y pensativo, que puso admiracion en todos; y tan trasportado en sus imaginaciones venia, que pasó lado con lado de los pastores, sin que los viese, antes torciendo el camino a la izquierda mano, no hubo andado muchos pasos, cuando se arrojó al pie de un verde sauce, y dando un recio y profundo suspiro, levantó la mano, y poniéndola por el collar del pellico, tiró tan recio que le hizo pedazos hasta abajo, y luego se quitó el zarron del lado, y sacando dél un pulido rabel, con grande atencion y sosiego se le puso á templar; y á cabo de poco espacio, con lastimada y concertada voz comenzó á cantar de manera, que forzó á todos lo que le habian visto á que se parasen á escucharle hasta el fin de su canto, que fue éste:

## LENIO

Dulce amor, ya me arrepientó  
 De mis pasadas porfias,  
 Ya de hoy mas confieso y sientó  
 Que fue sobre turlerías  
 Levantado su cimllo erguido,  
 Yá el rebelde cuerendido  
 Humilde pongo y rendido.  
 Al yugo de tu obediencia,  
 Ya conozco la pontencia  
 De tu valor extendido.

Sé que puedes cuánto quieres  
 Y que quieres lo imposible,  
 Sé que muestras bien quién eres  
 En tu condición terrible,  
 En tus penas y placeres:  
 Y sé en fin que yo soy quien  
 Tuvo siempre a mal tu bien.

Tu engaño por desengaño,  
Tus certezas por engaño,  
Por caricias tu desden.

Estas cosas bien sabidas  
Han agora descubierto  
En mis entrañas rendidas  
Que tú solo eres el puerto  
Do descansan nuestras vidas:  
Tú la implacable tormenta  
Que al alma mas atormenta  
Vuelves en serena calma:  
Tú eres gusto y luz del alma,  
Y manjar que la sustenta.

Pues esto juzgo y confieso,  
Aunque tarde venga en ello,  
Templa tu rigor y exceso,  
Amor, y del flaco cuello  
Aligera un poco el peso:  
Al ya rendido enemigo  
No se ha de dar el castigo  
Como aquel que se defiende,  
Cuanto mas que aquí se ofende  
Quien ya quiere ser tu amigo.

Salgo de la pertinacia,  
Do me tuvo mi malicia  
Y el estar en tu desgracia,  
Y apelo de tu justicia  
Ante el rostro de tu gracia:  
Que si á mi poco valor  
No le quilata el favor  
De tu gracia conocida,  
Presto dejaré la vida  
En las manos del dolor.

Las de Gelasia me han puesto  
En tan extraña agonía,  
Que si mas porfía en esto,  
Mi dolor y su porfía,  
Sé que acabarán bien presto.

Oh dura Gelasia, esquiva,  
¡Zahareña, dura, altiva!  
¿Por qué gustas, di pastora,  
Que el corazón que te adora  
En tantos tormentos viva?

Poco fue lo que cantó Lenio, pero lo que lloró fue tanto, que allí quedara desecho en lágrimas si los pastores no acudieran á consolarle. Mas como él los vió venir, y conoció entre ellos á Tirsi, sin mas detenerse se levantó, y se fue á arrojar á sus pies, abrazándole estrechamente las rodillas, y sin dejar las lágrimas, le dijo: Agora puedes, famoso pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponia: agora digo que puedes levantar el brazo, y con algún agudo cuchillo traspasar este corazon donde cupo tan notoria simpleza, como era no tener el amor por universal señor del mundo; pero de una cosa te quiero advertir, que si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, que me dejes con la vida que sostengo, que es tal, que no hay muerte que se le compare. Habia ya Tirsi levantado del suelo al lastimado Lenio, y teniéndole abrazado, con discretas y amorosas palabras procuraba consolarle, diciéndole: La mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estar pertinaces en ellas, porque es de condicion de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos: y asimesmo una de las principales causas que mueve y fuerza á perdonar las ofensas, es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende, y mas cuando está el perdonar en manos de quien no hace nada en hacerlo, pues su noble condicion le tira y compele á que lo haga, quedando más rico y satisfecho con el perdon, que con la venganza: como se ve esto á cada paso en los grandes señores y reyes, que mas gloria granjean en perdonar las injurias que en vengarlas: y pues tú,

Lenio, confiesas el error en que has estado, y conoces agora las poderosas fuerzas del amor, y entiendes dél que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conocimiento y por el arrepentimiento que tienes, puedes estar confiado y vivir seguro, que el generoso y blando amor te reducirá presto á sosegada y amorosa vida; que si agora te castiga con darte la penosa que tienes, hácelo por que le conozcas, y porque despues tengas y estimes en mas la alegre, que sin duda piensa darte. A estas razones añadieron otras muchas Elicio y los demás pastores que allí estaban, con las cuales pareció que quedó Lenio algo mas consolado.

Y luego les contó como moria por la cruel pastora Gelasia, exagerándoles la esquivia y desamorada condición suya, y cuán libre y exenta estaba de pensar en ningun efeto amoroso: encareciéndoles tambien el insufrible tormento que por ella el gentil pastor Galercio padecía, de quien ella hacia tan poco caso, que mil veces le habia puesto en términos de desesperarse. Mas despues que por un rato en estas cosas hubieron razonado, tornaron á seguir su camino, llevando consigo á Lenio, y sin sucederles otra cosa llegaron á la aldea, llevándose consigo Elicio á Tirsi, Damon, Erastro, Lauso y Arsindo. Con Daranio se fueron Crisio, Orfenio, Marsilio y Orompo. Florisa y las otras pastoras se fueron con Galatea y con su padre Aurelio, quedando primero concertado, que otro dia á salir del alba se juntasen para ir al valle de los Cipreses, como Telesio les habia mandado, para celebrar las obsequias de Meliso. En las cuales, como ya está dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.



## LIBRO IV



APENAS habian los rayos del dorado Febo comenzado á despuntar por la mas baja línea de nuestro horizonte, cuando el anciano y venerable Telesio hizo llegar á los oidos de todos los que en el aldea estaban el lastimero son de su bocina, señal que movió á los que le escucharon á dejar el reposo de los pastorales lechos, y acudir á lo que Telesio pedia. Pero los primeros que en esto tomaron la mano, fueron Elicio, Aurelio, Daranio y todos los pastores y pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nísida y Blanca, y los venturosos Timbrio y Silerio, con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras que á ellos se juntaron, y al número de treinta llegarían. Entre los cuales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recién desposada Silveria, la cual llevaba consigo á la hermosa y zahareña Belisa, por quien el pastor Marsilio tan amorosas y mortales angustias padecia. Habia venido Belisa á visitar á Silveria y darle el parabien del nuevo recibido estado, y quiso ansimesmo hallarse en tan célebres obsequias, como esperaba serian las que tantos y tan famosos pastores celebraban.

Salieron, pues, todos juntos de la aldea, fuera de la cual hallaron á Telesio, con otros muchos pastores

que le acompañaban, todos vestidos y adornados de manera, que bien mostraban que para triste y lamentable negocio habian sido juntados. Ordenó luego Telesio, porque con intenciones mas puras y pensamientos mas reposados se hiciesen aquel día los solenes sacrificios, que todos los pastores fueron juntos por su parte, y desviados de las pastoras, y que ellas lo mismo hiciesen: de que los menos quedaron contentos, y los mas no muy satisfechos, especialmente el apasionado Marsilio, que ya habia visto á la desamorada Belisa, con cuya vista quedó tan fuera de sí y tan suspenso, cual lo conocieron bien sus amigos Orompo, Crisio y Orfenio, los cuales viéndole talse llegaron á él, y Orompo le dijo: Esfuerza, amigo Marsilio; esfuerza, y no dés ocasion con tu desmayo á que se descubra el poco valor de tu pecho: ¿qué sabes si el cielo, movido á compasion de tu pena, ha traído á tal tiempo á estas riberas á la Pastora Belisa para que la remedie? Antes para mas acabarme a lo que yo creo, respondió Marsilio, habrá ella venido á este lugar, que de mi ventura esto y mas se debe temer; pero yo haré, Orompo, lo que mandas, si acaso puede conmigo en este duro trance mas la razon que mi sentimiento: y con esto volvió algo más en sí Marsilio, y luego los pastores por una parte, y las pastoras por otra, como de Telesio estaba ordenado, se comenzaron á encaminar al valle de los Cipreses, llevando todos un maravilloso silencio, hasta que admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio, que al lado le venia, le dijo: No poca maravilla me causa. Elicio, la incomparable belleza destas frescas riberas, y no sin razón; porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Bétis, y las que visten y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga, y en las apartadas tierras ha pasado las del santo Tiber, y las amenas del Pó, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sebeto, grande

ocasion habia de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas.

No vas tan fuera de camino en lo que dices, segun yo creo, discreto Timbrio. respondió Elicio, que con los ojos no veas la razon que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer que la amenidad y frescura de las riberas deste rio hace notoria y conocida ventaja á todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Jantq, y del conocido Anfriso, y del enamorado Alfeo; porque tiene y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea encima de la mayor parte destas riberas se muestra un cielo luciente y claro que con un largo movimiento y con vivo resplandor parece que convida á regocijo y gusto al corazon que dél está mas ageno: y si ello es verdad, que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá abajo, creo firmemente que las deste rio sean en gran parte ocasion de causar la belleza del cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la mesma razon que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo mas de su habitacion: la tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable; y el dorado rio, como en cambio en los brazos della dulcemente entretejiéndose, forma como industria mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira, llenan el alma de placer maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricas caserías, que por ellas se ven fundadas. Aquí se ve en cualquiera sazón del año andar la risueña primavera con la hermosa Vénus en hábito sucinto y amoroso, y Céfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y oloríferas flores: y la industria de sus

moradores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el arte, es hecha artifice y connatural del arte, y de entrambas á dos se ha hecho una tertia naturaleza, á la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Hespérides y de Alcinoos pueden callar; de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos; de sus abundosos pastos alegres valles y vestidos collados, arrollos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga mas, sino que si en alguna parte de la tierra los campos Elíseos tienen asiento, es sin duda en esta. ¿Qué diré de la industria de las altas ruedas, con cuyo continuo movimiento sacan las aguas del profundo rio, y humedecen abundantamente las eras, que por largo espacio están apartadas? Añádase á todo esto criarse en estas riberas las mas hermosas y discretas pastoras que en la redondez del suelo pueden hallarse: para cuyo testimonio, dejando aparte el que la experiencia nos muestra, y lo que tú, Timbrio, há que estás en ellas y has visto, bastará traer por ejemplo á aquella pastora que allí ves, oh Timbrio; y diciendo esto, señaló con el cayado á Galatea, y sin decir mas, dejó admirado á Timbrio de ver la discrecion y palabras con que habia alabado las riberas de Tajo, y la hermosura de Galetea.

Y respondiéndole que no se le podía contradecir ninguna cosa de las dichas, en aquellas y en otras entretenian la pesadumbre del camino, hasta que llegados á vista del valle de los Cipreses, vieron que dél salian casi otros tantos pastores y pastoras, como los que con ellos iban. Juntáronse todos y con sosegado: pasos comenzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan extraño y maravilloso, que aun á los mismos que muchas veces le habian visto, causaba nueva admiracion y gusto. Levántanse en una parte de la ribera del famoso Tajo en cuatro diferentes y contrapuestas partes cuatro verdes y apacibles colla-

dos, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida, los cuales mismos collados estrechan de modo, que vienen á formar cuatro largas y apacibles calles, á quien hacen pared de todos lados altos é infinitos cipreses, puestos por tal orden y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve á pasar ni salir un punto mas de la otra.

Cierran y ocupan el espacio que entre ciprés y ciprés se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretegidos, como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas y puntosas cambroneras. De trecho en trecho destas apacibles entradas se ven correr por entre la verde y menuda yerba claros y frescos arroyos de limpias y abrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin destas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos de los cipreses forman, en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente, de blanco y precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tibulii, y las soberbias de la antigua Tinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua desta maravillosa fuente se humedecen sustentan las frescas yerbas de la deleitosa plaza, lo que mas hace á este agradable sitio digno de estimacion y reverencia, es ser privilegiado de las grasas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado, que solo vive de guardador y tesoro de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos, en el contorno de aquellas riberas se determina y ordena ser digno y merecedor de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veian entre los muchos y diversos árboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en

el lugar y distancia que habia dellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cuál de jaspe, y cuál de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leian los nombres de los que en ellas estaban sepultados.

Pero la que mas sobre todas resplandecia, y la que mas á los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la cual apartada de las otras á un lado de la ancha plaza, de lisas y negras pizarras, y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecia; y en el mismo punto que los ojos de Telesio la miraron, volvieron el rostro á toda aquella agradable compañía, con sosegada voz y lamentables acentos les dijo: ¿Veis allí, gallardos pastores, discretas y hermosas pastoras: veis allí, digo, la triste sepultura donde reposan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas? comenzad pues á levantar al cielo los humildes corazones, y con puros afectos, abundantes lágrimas y profundos suspiros entonad los santos himnos y devotas oraciones, y rogadle tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace: en diciendo esto se llegó á un ciprés de aquellos, y cortando algunas ramas, hizo dellas una fanesta guirnalda con que coronó sus blancas y venerables sienes, haciendo señal á los demás que lo mesmo hiciesen.

De cuyo ejemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tres ramas; y guiados de Telesio llegaron á la sepultura, donde lo primero que Telesio hizo, fue inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro: hicieron todo lo mesmo, y algunos hubo que tiernos con la memoria de Meliso, dejaban regado con lágrimas el blanco mármol que besaban.

Hecho esto, mandó Telesio encender el sacro fuego, y en un momento alrededor de la sepultura se hicieron muchas, aunque pequeñas hogueras, en las cuales solas ramas de ciprés se quemaban; y el venerable Telesio con graves y sosegados pasos comenzó

á rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y olorosa incienso, diciendo cada vez que lo esparcía alguna breve y devota oracion á rogar por el alma de Meliso encaminada al fin de la cual levantaba la tremante voz, y todos los circunstantes con triste y piadoso acento respondian, amen, amen, tres veces, á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados y apartados valles, y las ramas de los altos cipreses, y de los otros muchos árboles de que el valle estaba lleno, heridas de un manso céfiro que soplabá, hacian y formaban un sordo y tristísimo susurro casi como en señal de que por su parte ayudaban á la tristeza del funesto sacrificio.

Tres veces rodeó Telesio la sepultura, y tres veces dijo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del amen, que los pastores repetian. Acabada esta ceremonia, el anciano Telesio se arrimó á un subido ciprés, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro á una y otra parte, hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos á lo que decir queria: y luego levantando la voz todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años, con maravillosa elocuencia comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática y la excelencia de su poesía; y sobre todo la sollicitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religion que profesado habia, juntando á estas otras tantas y tales virtudes de Meliso, que aunque el pastor no fuera tan conocido de todos los que á Telesio escuchaban, solo por lo que él decia, quedaran aficionadas á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle despues de muerto. Concluyó pues el viejo su plática, diciendo: Si á do llegaron, famosos pastores, las bonpades de Meliso, y adonde llega el deseo que tengo de alabaras, llegara la bajeza de mi corto entendi-

miento, y las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos y cansados años no me acortaran la voz y el aliento, primero este sol que nos alumbra le viérades bañar una y otra vez en el grande Océano, que yo cesara de la comenzada plática: mas pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostraos agradecidos á las frías cenizas de Meliso, celebrándolas en la muerte, como os obliga el amor que él os tuvo en la vida; y puesto que á todos en general nos toca y cabe parte desta obligacion, á quien en particular mas obliga es á los famosos Tirsi y Damon, como á tan conoeidos, amigos y familiares suyos; y asi les ruego cuan encarecidamente puedo, correspondan á esta deuda, supliendo y cantando ellos con mas reposada y sonora voz, lo que yo he faltado llorando con la trabajosa mia.

No dijo mas Telesio, ni aun fuera menester decirlo, para que los pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba, porque luego sin replicar cosa alguna, Tirsi sacó su rabel, y hizo señal á Damon que lo mesmo hiciese, á quien acompañaron luego Elicio y Lauso, y todos los pastores que allí instrumentos tenian; y á poco espacio formaron una tan triste y agradable música, que aunque regalaba los oidos, movia los corazones á dar señales de tristeza, en o lágrimas que los ojos derramaban. Juntábase á esto la dulce armonia de los pintados pajarillos que por los aires cruzaban, y algunos sollozos que las pastoras, ya tiernas y movidas con el razonamiento de Telesio, y con lo que los pastores hacian, de cuando en cuando de sus hermosos pechos arrancaban; y era de suerte, que concordándose el son de la triste música, y el de la triste armonia de los jilguerillos, calandrias y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan extraño y lastimoso concierto, que no hay lengua que encarecerlo pueda.

De allí á poco espacio, cesando los demás instrumentos, solos los cuatro de Tirsi, Damon, Elicio y de

Lauso se escucharon, los cuales llegándose al sepulcro de Meliso, á los cuatro lados del sepulcro se pusieron: señal por donde todos los presentes entendieron que alguna cosa cantar querian; y así les prestaron un maravilloso y sosegado silencio, y luego el famoso Tirsi con levantada, triste y sonora voz, ayudándole Elicio, Damon y Lauso, desta manera comenzó á cantar.

*T.* Tal cual es la ocasion de nuestro llanto,  
No solo nuestro, mas de todo el suelo,  
Pastores, entonad el triste canto.

*D.* El aire rompan, lleguen hasta el cielo  
Los suspiros dolientes, fabricados  
Entre justa piedad y justo duelo.

*E.* Serán de tierno humor siempre bañados  
Mis ojos, mientras viva la memoria,  
Meliso, de tus hechos celebrados.

*L.* Meliso, digno de inmortal historia,  
Digno que goces en el cielo santo  
De alegre vida y de perpétua gloria.

*T.* Mientras que á las grandezas me levanto  
De cantar sus hazañas, como pienso,  
Pastores, entonad el triste canto.

*D.* Como puedo, Meliso, recompenso  
A tu amistad, con lágrimas vertidas,  
Con ruegos píos, y sagrado incienso.

*E.* Tu muerte tiene en llanto convertidas  
Nuestras dulces pasadas alegrías,  
Y á tierno sentimiento reducidas.

*L.* Aquellos claros, venturosos días  
Donde el mundo gozó de tu presencia,  
Se han vuelto en noches miserables, frias.

*T.* ¡Oh muerte, que con presta violencia  
Tal vida en poca tierra reduciste!  
¿A quién no alcanzará tu diligencia?

*D.* Después, oh muerte, que aquel golpe diste,  
Que echó por tierra nuestro fuerte arrimo,

De yerba el prado, ni de flor se viste.

*E.* Con la memoria deste mal reprimo  
El bien, si alguno llega á mi sentido,  
Y con nueva aspereza me lastimo.

*L.* ¿Cuándo suelen cobrarse el bien perdido?  
¿Cuándo el mal sin buscarlo no se halla?  
¿Cuándo hay quietud en el mortal ruido?

*T.* ¿Cuándo de la mortal fiera batalla  
Triunfó la vida, y cuándo contra el tiempo  
Se opuso ó fuerte arnés, ó dura malla?

*D.* Es nuestra vida un sueño, un pasatiempo,  
Un vano encanto que desaparece  
Cuando mas firme pareció en su tiempo.

*E.* Dia que al medio curso se escurece,  
Y le sucede noche tenebrosa,  
Envuelta en sombras, que el temor ofrece.

*L.* Mas tú, pastor famoso, en venturosa  
Hora pasaste de ste mar insano  
A la dulce región maravillosa.

*T.* Despues que en el aprisco veneciano  
Las causas y demandas decidiste  
Del gran pastor del ancho suelo hispano...

*D.* Despues tambien que con valor sufriste  
El trance de fortuna acelerado  
Que á Italia hizo, y aun á España triste...

*E.* Y despues que en sosiego reposado  
Con las nueve doncellas solamente  
Tanto tiempo estuviste retirado...

*L.* Sin que las fieras armas del Oriente,  
Ni la francesa furia inquietase  
Tu levantada y sosegada mente...

*T.* Entonces quiso el cielo que llegase  
La fria mano de la muerte airada,  
Y en tu vida el bien nuestro arrebatase.

*D.* Quedó tu suerte entonces mejorada,  
Quedó la nuestra á un triste amargo lloro  
Perpétua eternamente condenada.

*E.* Vióse el sacro virgíneo hermoso coro

De aquellas moradoras del Parnaso,  
Romper llorando sus cabellos de oro.

*L.* A lágrimas movió el doliente caso  
Al gran competidor del niño ciego,  
Que entonces de dar luz se mostró escaso.

*T.* No entre las armas y el ardiente fuego  
Los tristes teucros tanto se affigieron  
Con el engaño del astuto griego.

Como lloraron, como repitieron  
El nombre de Meliso los pastores  
Cuando informados de su muerte fueron.

*D.* No de olorosas variadas flores  
Adornaron sus frentes, ni cantaron  
Con voz suave algun cantar de amores.

De funesto ciprés se coronaron,  
Y en triste repetido amargo llanto  
Lamentables canciones entonaron.

*E.* Y así, pues hoy el áspero quebranto,  
Y la memoria amarga se renueva,  
Pastores, entonad el triste canto.

Que el duro caso que á doler nos lleva,  
Es tal, que será pecho de diamante  
El que á llorar en él no se conmueva.

*L.* El firme pecho, el ánimo constante  
Que en las adversidades siempre tuvo  
Este pastor, por mil lenguas se cante.

Como el desden que de continuo hubo  
En el pecho de Filis indignado  
Cual firme roca contra el mar estuvo.

*T.* Repítanse los versos que ha cantado,  
Queden en la memoria de las gentes  
Por muestras de su gente levantado.

*D.* Por tierras de las nuestras diferentes  
Lleve su nombre la parlera fama  
Con pasos prestos y alas diligentes.

*E.* Y de su casta y amorosa llama  
Ejemplo tome el mas lascivo peche,  
Y el que en ardor menos eabal se inflama.

*L.* ¡Venturoso Meliso, que á depecho  
De mil contrastes fieros de fortuna  
Vives ahora alegre y satisfecho!

*T.* Poco te cansa, poco te importuna  
Esta mortal bajeza que dejaste,  
Llena de mas mudanza que la luna.

*D.* Por firme alteza la humildad trocaste,  
Por bien el mal, la muerte por la vida:  
Tan seguro temiste y esperaste.

*E.* Desta mortal al parecer caida  
Quien bien vive al cabo se levanta,  
Cual tú, Meliso, á la región florida.

Donde por mas de una inmortal garganta  
Se despide la voz que gloria suena,  
Gloria repite, dulce gloria canta.

Donde la hermosa clara faz serena  
Se ve, en cuya visión se goza y mira  
La suma gloria mas perfecta y buena.

Mi flaca voz á tu alabanza aspira,  
Y tanto quanto mas crece el deseo,  
Tanto, Meliso, el miedo lo retira.

Que aquello que contemplo ahora, y veo  
Con el entendimiento levantado  
Del sacro tuyo sobrehumano arreo.

Tiene mi entendimiento acobardado,  
Y solo paro en levantar las cejas,  
Y en recoger los labios de admirado.

*L.* Con tu partida en triste llanto dejas  
Cuantos con tu presencia se alegraban,  
Y el mal se acerca, porque tú te alejas.

*T.* En tu sabiduría se enseñaban  
Los rústicos pastores, y en un punto  
Con nuevo ingenio y discreción quedaban.

Pero llegóse aquel forzoso punto  
Donde tú te partiste, y do quedamos  
Con poco ingenio y corazon difunto.

Esta amarga memoria celebramos  
Los que en la vida te quisimos tanto,

Cuanto ahora en la muerte te lloramos.

Por esto al son de tan confuso llanto,  
Cobrando de continuo nuevo aliento,  
Pastores, entonad el triste canto.

Lleguen do llega el duro sentimiento  
Las lágrimas vertidas y suspiros,  
Con quien se aumenta el presuroso viento.

Poco os encargo, poco sé pedir:ros:  
Mas habeis de sentir que cuanto ahora  
Puede mi atada lengua referiros.

Mas pues Febo se ausenta, y descolora  
La tierra que se cubre en negro manto  
Hasta que venga la esperada aurora,  
Pastores, cesad ya del triste canto.

Tirsi, que comenzado habia la triste y dolorosa elegía, fue el que le puso fin, sin que le pusiesen por un buen espacio á las lágrimas todos los que el lamentable canto escuchado habian. Mas á esta sazón el venerable Telesio les dijo: Pues habemos cumplido en parte, gallardos y comedidos pastores, con la obligación que al venturoso Meliso tenemos, poned por agora silencio á vuestras tiernas lágrimas, y dad algun vado á vuestros dolientes suspiros, pues ni por ellas ni ellos podemos cobrar la pérdida que lloramos; y puesto que el humano sentimiento no pueda dejar de mostrarle en los adversos acaecimientos, todavía es menester templar la demasía de sus accidentes con la razón que al discreto acompaña; y aunque las lágrimas y suspiros sean señales del amor que se tiene al que se llora, mas provecho consiguen las almas por quien se derraman, con los píos sacrificios y devotas oraciones, que por ellas se hacen, que si todo el mar Océano por los ojos del todo el mundo hecho lágrimas se destilase. Y por esta razón y por la que tenemos de dar algun alivio a nuestros cansados cuerpos, será bien que dejando lo que nos resta de hacer para el venidero día, por agora visiteis vuestros zurrónes,

Y cumplais con lo que naturaleza os obliga: y en diciendo esto, dió orden como todas las pastoras estuviesen á una parte del valle junto á la sepultura de Meliso, dejando con ellas seis de los mas ancianos pastores que allí habia, y los demas poco desviados dellas en otra parte se estuvieron, y luego con lo que en los zurroneos traian, y con el agua de la clara fuente satisficieron á la comun necesidad de la hambre; acabando á tiempo que ya la noche vestia de una mesma color todas las cosas debajo de nuestro horizonte contenidas, y la luciente luna mostraba su rostro hermoso y claro en toda la entereza que tiene, cuando mas el rubio hermano sus rayos le comunica.

Pero de allí á poco rato, levantándose un alterado viento, se comenzaron á ver algunas negras nubes, que algun tanto la luz de la casta diosa encubrian, haciendo sombras en la tierra: señales por donde algunos pastores que allí estaban, en la rústica astrología maestros, algun venidero turbion y borrasca esperaban; mas todo paró en no mas de quedar la noche parda y serena, y en acomodarse ellos á descansar sobre la fresca yerba, entregando los ojos al dulce y reposado sueño, como lo hicieron todos, si no algunos que repartieron como en centinelas la guarda de las pastoras, y el de algunas antorchas que alrededor de la sepultura de Meliso ardiendo quedaban.

Pero ya que el sosegado silencio se extendió por todo aquel sagrado valle, y ya que el perezoso Morfeo habia con el bañado ramo tocado las sienas y párpados de todos los presentes, á tiempo que á la redonda de nuestro polo buena parte las errantes estrellas andando habian, señalando los puntuales cursos de la noche; en aquel instante de la misma sepultura de Meliso se levantó un grande y maravilloso fuego, tan luciente y claro, que en un momento todo el escuro valle quedó con tanta claridad, como si el mesmo sol le alumbrara: por la qual improvisa maravilla, los pastores que despiertos junto á la se-

pultura estaban, cayeron atónitos en el suelo deslumbrados y ciegos, con la luz del trasparente fuego, el cual hizo contrario efeto en los demás que durmiendo estaban, porque heridos de sus rayos, huyó dellos el pesado sueño, y aunque con dificultad alguna abrieron los dormidos ojos, y viendo la extrañeza de la luz que se les mostraba, confusos y admirados quedaron, y así cuál en pie, cuál recostado, y cuál sobre las rodillas puesto cada uno, con admiracion y espanto el claro fuego miraba.

Todo lo cual visto por Telesio, adornándose en un punto de las sacras vestiduras, acompañado de Elicio, Tirsi, Damon, Lauso y de otros animosos pastores, poco á poco se comenzó á llegar al fuego con intencion de con algunos lícitos y acomodados exorcismos procurar deshacer ó entender de do procedia la extraña vision que se les mostraba. Pero ya que llegaban cerca de las encendidas llamas, vieron que dividiéndose en dos partes, en medio dellas parecia una tan hermosa y agraciada ninfa, que en mayor admiracion les puso, que la vista del ardiente fuego: mostraba estar vestida de una rica y sutil tela de plata, recogida y retirada á la cintura de modo, que la mitad de las piernas se descubrian adornadas con unos coturnos ó calzado justo, dorados, llenos de infinitos lazos de littones de diferentes colores: sobre la tela de plata traia otra vestidura de verde y delicado cendal, que llevado á una y otra parte por un vientecillo que mansamente soplabá, extremadamente parecia: por las espaldas traia esparcidos los mas luengos y rubios cabellos que jamás ojos humanos vieron. y sobre ellos una guirnalda solo de verde laurel compuesta: la mano derecha ocupada con un alto ramo de amarilla y vencedora palma, y la izquierda con otro de verde y pacífica oliva. Con los cuales ornamentos tan hermosa y admirable se mostraba, que á todos los que la miraban tenia colgados de su vista de tal manera, que desechando de sí el temor primero, con

seguros pasos alrededor del fuego se llegaron, persuadiéndose que de tan hermosa vision ningun daño podia sucederles.

Y estando como se ha dicho todos trasportados en mirarla, la bella ninfa abrió los brazos á una y otra parte, y hizo que las apartadas llamas mas se apartasen y dividiesen para dar lugar á que mejor pudiese ser mirada; y luego levantando el sereno rostro, con gracia y gravedad extraña, á semejantes razones dió principio: Por los efectos que mi improvisa vista ha causado en vuestros corazones, discreta y agradable compañía, podeis considerar que no en virtud de malignos espíritus ha sido formada esta figura mia que aquí se os representa; porque una de las razones por do se conoce ser una vision buena ó mala, es por los efetos que hace en el ánimo de quien la mira; porque la buena, aunque cause en él admiracion y sobresalto, el tal sobresalto y admiracion viene mezclado con un gustoso alborozo que á poco rato le sosiega y satisface, al revés de lo que causa la vision perversa, la cual sobresalta, descontenta, atemoriza, y jamás asegura: esta verdad os aclarará la experiencia cuando me conozcais, y yo os diga quién soy, y la ocasion que me ha movido á venir de mis remotas moradas á visitaros: y porque no quiero teneros colgados del deseo que teneis de saber quién yo sea, sabed discretos pastores y bellas pastoras, que yo soy una de las nueve doncellas que en las altas y sagradas cumbres del Parnaso tienen su propia y conocida morada: mi nombre es Calíope, mi oficio y condicion es favorecer y ayudar á los divinos espíritus, cuyo loable ejercicio es ocuparse en la maravillosa y jamás como debe alabada ciencia de la poesía: yo soy la que hice cobrar eterna fama al antiguo ciego, natural de Esmirna, por él solamente famosa: la que hará vivir el mantuanense Tíuro por todos los siglos venideros, hasta que el tiempo se acabe, y la que hace que se tengan en cuenta desde la pasada hasta la edad presente los escritos

tan ásperos como discretos del antiquísimo Enio. En fin, soy quien favoreció á Catulo, la que nombró á Horacio, eternizó á Propercio, y soy la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conocido Petrarca, y la que hizo bajar á los oscuros infiernos y subir á los claros cielos al famoso Dante: soy la que ayudó á tejer al divino Ariosto la variada y hermosa tela que compuso, la que en esta patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscan y con el famoso Garcilaso, con el docto y sabio Castillejo y el artificioso Torres Naharro, con cuyos ingenios y con los frutos dellos quedó vuestra patria enriquecida y yo satisfecha: yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana, y la que no dejó jamás el lado de don Fernando de Acuña, y la que me preció de la estrecha amistad y conversacion que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace, cuyas obsequias por vosotras celebradas no solo han alegrado su espíritu, que ya por la region eterna se pasea, sino que á mí me han satisfecho de suerte, que forzada he venido á agradeceros tan loable y piadosa costumbre, como es la que entre vosotros se usa: así os prometo con las veras que de mi virtud pueden esperarse, que en pago del beneficio que á las cenizas de mi querido y amado Meliso habeis hecho, de hacer siempre que en vuestras riberas jamás falten pastores que en la alegre ciencia de la poesía á todos los de la otra ribera se aventajen: favoreceré ansimesmo siempre vuestros consejos, y guiaré vuestros entendimientos de manera que nunca deis torcido voto; quando decretéis quien es merecedor de enterrarse en este sagrado valle; porque no será bien que honra tan particular y señalada, y que solo es merecida de los blancos y canoros cisnes, la vengan á gozar los negros y roncós cuervos; y así me parece que será bien daros alguna noticia agora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias á ellas

sujetas, los cuales, si todos ó alguno dellos su buena ventura le trujere á acabar el curso de sus dias en estas riberas, sin duda alguna le podeis conceder sepultura en este famoso sitio: junto con esto os quiero advertir, que no entendais que los primeros que nombrare son dignos de mas honra que los postreros, porque en esto no pienso guardar órden alguna; que puesto que yo alcanzo la diferencia que el uno al otro, y los otros á los otros hacen, quiero dejar esta declaracion en duda; porque vuestros ingenios en entender la diferencia de los suyos tengan en que ejercitarse, de los cuales darán testimonio sus obras; iré los nombrando como se me viñeren á la memoria, sin que ninguno se atribuya á que ha sido favor que yo le he hecho en haberme acordado del primero que de otro, porque, como digo, á vosotros, discretos pastores, dejo que despues les deis el lugar que os pareciere que de justicia se les debe; y para que con menos pesadumbre y trabajo á mi larga relacion esteis atentos, haréla de suerte, que solo sintais disgusto por la brevedad della.

Calló diciendo esto la bella ninfa, y luego tomó una arpa que junto á sí tenia, que hasta entonces de ninguno habia sido vista, y en comenzándola á tocar parece que comenzó á esclarecersé el cielo, y que la luna con nuevo y no usado resplandor alumbraba la tierra; los árboles á despecho de un blando céfiro que soplaba tuvieron quedas las ramas, y los ojos de todos los que allí estaban no se atrevían á bajar los párpados, porque aquel breve punto que se tardaban en alzarlos no se privasen de la gloria que en mirar la hermosura de la ninfa gozaban, y aun quisieran todos que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el del oír sólamente, con tal extrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad, tocaba la arpa la bella musa. La cual despues de haber tañido un poco, con la mas sonora voz que imaginarse puede, en semejantes versos dió principio:

## CANTO DE CALÍOPE

Al dulce son de mi templada lira  
 Prestad, pastores, el oído atento,  
 Oiréis cómo en mi voz y en él respira  
 De mis hermanas el sagrado aliento,  
 Vereis cómo os suspende y os admira  
 Y colma vuestras almas de contento,  
 Cuando es dé relación aquí en el suelo  
 Do los ingenios que ya son del cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente  
 A quien la parca el hilo aun no ha cortado,  
 De aquellos que son dignos justamente  
 De en tal lugar tenerle señalado;  
 Donde á pesar del tiempo diligente,  
 Por el laudable oficio acostumbrado  
 Vuestro, vivan mil siglos sus renombres,  
 Sus elaras obras, sus famosos nombres.

Y el que con justo título merece  
 Gozar de alta y honrosa preeminencia,  
 Un DON ALONSO es, en quien florece,  
 Del sacro Apolo la divina ciencia;  
 Y en quien con alta lumbre resplandece  
 De Marte el brio y sin igual potencia:  
 DE LEIVA tiene el sobrenombre ilustre,  
 Que á Italia ha dado, y aun á España lustre.

Otro del mesmo nombre, que de Arauco  
 Cantó las guerras, y el valor de España,  
 El cual los reinos donde habita Glauco  
 Pasó, y sintió la embravecida saña:  
 No fue su voz, no fue su acento rauco;  
 Que uno y otro fue de gracia estraña,  
 Y tal que ERCILLA en este hermoso asiento  
 Merece eterno y sacro monumento.

Del famoso DON JUAN DE SILVA os digo  
 Que toda gloria y todo honor merece,  
 Asi por serle Febo tan amigo,  
 Como por el valor que en él florece:

## LA GALATEA

Serán desto sus obras buen testigo,  
En las cuales su ingenio resplandece  
Con claridad que al ignorante alumbar,  
Y al sabio agudo á veces le deslumbra

Crezca el número rico desta cuenta  
Aquel con quien la tiene tal el cielo,  
Que con febeo aliento le sustenta,  
Y con valor de Marte acá en el suelo:  
A Homero iguala, si escribir intenta,  
Y á tanto llega de su pluma el vuelo,  
Cuanto es verdad que á todos es notorio  
El alto ingenio de DON DIEGO OSORIO.

Por onantas vias la parlera fama  
Puede loar un caballero ilustre,  
Por tantas su valor claro derrama  
Dando sus hechos á su nombre lustre:  
Su vivo ingenio, su virtud inflama  
Mas de una lengua á que de lustre en lustre  
Sin que cursos de tiempos las espanten;  
De DON FRANCISCO DE MENDOZA canten.

Feliz DON DIEGO DE SARMIENNO ilustre,  
Y CARVAJAL famoso, producido  
De nuestro coro, y de Hipocrene lustre,  
Mozo en la edad, anciano en el sentido:  
De siglo en siglo irá, de lustre en lustre  
(A pesar de las aguas del olvido)  
Tu nombre, con tus obras excelente,  
De lengua en lengua, y de gente en gente.

Quiéroos mostrar por cosa soberana  
En tierna edad maduro entendimiento,  
Destreza y gallardía sobrehumana,  
Cortesía, valor, comedimiento:  
Y quien puede mostrar en la toscana  
Como en su propia lengua, aquel talento  
Que mostró el que cantó la casa de Este:  
UN DON CUTIERRE GARVAJAL es este.

Tú, DON LUIS DE VARGAS, en quien veo  
Maduro ingenio en verdes pocos días,

## LA GALATEA

Procura de alcanzar aquel trofeo  
Que te prometen las hermanas mias:  
Mas tan cerca estás dél, que á lo que creo  
Ya triunfas, pues procuras por mil vias  
Virtuosas y sabias, que tu fama  
Resplandezca con viva y clara llama.

Del claro Tajo la ribera hermosa  
Adernan mil espíritus divinos,  
Que hacen nuestra edad mas venturosa  
Que aquella de los griegos y latinos.  
Dellos pienso decir solo una cosa,  
Que son de vuestro valle y honra dinos,  
Tanto quanto sus obras nos lo muestran,  
Que al camino del cielo nos adiestran.

Dos famosos doctores, presidentes  
En las ciencias de Apolo se me ofrecen,  
Que no mas que en la edad son diferentes,  
Y el trato é ingenio se parecen:  
Admiran los ausentes y presentes,  
Y entre unos y otros resplandecen  
Con su saber altísimo y profundo,  
Que presto han de admirar á todo el mundo.

Y el nombre que me viene mas a mano  
Destos dos que á loar aquí me atrevo,  
Es el **DOTOR** famoso **CAMPUZANO**,  
A quien podeis llamar segundo Febo:  
El alto ingenio suyo, el sobrehumano  
Discurso nos describe un mundo nuevo  
De tan mejores Indias y escelencias,  
Cuanto mejor que el oro son las ciencias.

Es el **DOTOR SUAREZ**, que **DE SOSA**  
El sobrenombre tiene, el que se sigue,  
Que de una y otra lengua artificiosa  
Lo mas cendrado, y lo mejor consigue:  
Cualquiera que en la fuente milagrosa  
Cual él la mitigó, la sed mitigue,  
No tendrá que envidiar al docto griego,  
Ni á aquel que nos cantó el troyano fuego.

Del **DOTOR BAZA**, si decir pudiera  
 Lo que yo siento dél, sin duda creo  
 Que cuantos aquí estais os suspendiera;  
 Tal es su ciencia, su virtud y arreo:  
 Yo he sido en ensalzarle la primera  
 Del sacro coro, y soy la que deseo  
 Eternizar su nombre en cuanto al suelo  
 Diere su luz el gran señor de Delo.

Si la fama os trajere á los oidos  
 De algun famoso ingenio maravillas,  
 Concetos bien dispuestos y subidos,  
 Y ciencias que os asombren en oillas,  
 Cosas que paran solo en los sentidos,  
 Y la lengua no puede referillas,  
 El dar salida á todo dubio y traza  
 Sabed que es el **LICENCIADO DAZA**.

Del **MAESTRO GARAY** las dulces obras  
 Me incitan sobre todos á alabarle:  
 Tu, fama, que al ligero tiempo sobras,  
 Ten por heróica empresa el celebrarle:  
 Verás cómo en él mas fama cobras,  
 Fama, que está la tuya en ensalzarle;  
 Que hablando desta fama, en verdadera  
 Has de trocar la fama de parlera.

Aquel ingenio, que al mayor humano  
 Se deja atrás, y aspira al que es divino,  
 Y dejando á una parte el castellano,  
 Sigue el heróico verso del latino:  
 El nuevo Homero, el nuevo mantüano  
 Es el **MAESTRO CÓRDOBA**, que es dino  
 De celebrarse en la dichosa España,  
 Y en cuanto el sol alumbra y el mar baña.

De tí, el **DOTOR FRANCISCO DIAZ**, puedo  
 Asegurar á estos mis pastores,  
 Que con seguro corazón y ledo  
 Pueden aventajarse en tus loores:  
 Y si en ellos yo agora corta quedo,  
 Debiéndose á tu ingenio los mayores,

Es porque el tiempo es breve, y no me atrevo  
A poderte pagar lo que te debo.

LUJAN, que con la toga merecida  
Honras el propio y el ageno suelo,  
Y con tu dulce musa conocida  
Subes tu fama hasta el mas alto cielo,  
Yo te daré despues de muerto vida,  
Haciendo que en ligero y presto vuelo  
La fama de tu ingenio, único, solo,  
Vaya del nuestro hasta el contrario polo.

El alto ingenio y su valor declara  
Un licenciado tan amigo vuestro,  
Cuando ya sabeis que es JUAN DE VERGARA,  
Honra del siglo venturoso nuestro:  
Por la senda que él sigue abierta y clara,  
Yo mesma el paso y el ingenio adiestro,  
Y adonde él llega de llegar me pago,  
Y en su ingenio y virtud me satisfago.

Otro os quiero nombrar, porque se estime  
Y tenga en precio mi atrevido canto,  
El cual hará que ahora mas le anime,  
Y llegue alli donde el deseo levanto:  
Y es este que me fuerza y que me oprime  
A decir solo dél y cantar cuanto  
Cantó de los ingenios mas cabales  
EL LICENCIADO ALOSO DE MORALES.

Por la difícil cumbre va subiendo  
Al templo de la fama, y se adelanta  
Un generoso mozo, el cual rompiendo  
Por la dificultad que mas espanta,  
Tan presto ha de llegar allá, que entiendo  
Que en profecía ya la fama canta  
Del lauro que le tiene aparejado  
AL LICENCIADO HERNANDO MALDONADO.

La sabia frente de laurel honroso  
Adornada vereis de aquel que ha sido  
En todas ciencias y artes tan famoso,  
Que es ya por todo el orbe conocido:

¡Edad dorada, siglo venturoso,  
 Que gozar de tal hombre has merecido!  
 ¿Cuál siglo, cuál edad ahora te llega,  
 Si en tí está MARCO ANTONIO DE LA VEGA?

Un DIEGO se me viene á la memoria,  
 Que DE MENDOZA es cierto que se llama,  
 Digno que solo dél se hiciera historia,  
 Tal, que llegara allí donde su fama:  
 Su ciencia y su virtud, que es tan notoria,  
 Que ya por todo el orbe se derrama,  
 Admira los ausentes y presentes,  
 De las remotas y cercanas gentes.

Un conocido el alto Febo tiene,  
 ¿Qué digo un conocido? un verdadero  
 Amigo, con quien solo se entretiene,  
 Que es de toda ciencia tesoro:  
 Y es este que de industria se detiene  
 A no comunicar su bien entero,

DIEGO DURAN, en quien de continuo dura  
 Y durará el valor, ser y cordura.

¿Quién pensais que es aquel, que en voz sonora  
 Sus ansias canta regaladamente;  
 Aquel, en cuyo pecho Febo mora.

El docto Orfeo, y Arion prudente;  
 Aquel que de los reinos del aurora  
 Hasta los apartados de Occidente  
 Es conocido, amado y estimado  
 Por el famoso L. PE M. MALDONADO?

¡Quién pudiera loaros, mis pastores  
 Un pastor vuestro, amado y conocido,  
 Pastor mejor de cuantos son mejores,  
 Que DE FILIA tiene el apellido!  
 La habilidad, la ciencia, los primores,  
 El raro ingenio y el valor subido  
 De LUIS DE M. T. LVO le aseguran  
 Gloria y honor mientras los cielos duran.  
 El sacro iberio de dorado acanto,  
 De siempre verde hiedra y blanca oliva

Su frente adorne, y en alegre canto  
 Su gloria y fama para siempre viva:  
 Pues su antiguo valor ensalza tanto,  
 Que al fértil Nilo de su nombre priva  
 De PEDRO DE LIÑA la sutil pluma,  
 De todo bien de Apolo cifra y suma.  
 De ALONSO DE VALDÉS me está incitando  
 El raro y alto ingenio á que dél cante,  
 Y que os vaya, pastores, declarando  
 Que á los mas raros pasa, y va adelante:  
 Halo mostrado ya, y lo va mostrando  
 En el fácil estilo y elegante  
 Con que descubre el lastimado pecho,  
 Y alaba el mal que el fiero amor le ha hecho.

Admíreos un ingenio, en quien se encierra  
 Todo cuanto pedir puede el deseo,  
 Ingenio que aunque viva acá en la tierra,  
 Del alto cielo es su caudal y arreo:  
 Ora trate de paz, ora de guerra,  
 Todo cuanto yo miro, escucho y leo  
 Del celebrado PEDRO DE PADILLA,  
 Me causa nuevo gusto y maravilla.

Tú, famoso GABRIEL ALFONSO, ordenas,  
 Segun aspiras á inmortal subida,  
 Que yo no pueda celebrarte apenas,  
 Si te he de dar loor a tu medida:  
 Las plantas fertilísimas, amenas,  
 Que nuestro celebrado monte anida,  
 Todas ofrecen ricas laureolas  
 Para ceñir y honrar tus sienas solas.

De CRISTÓBAL DE MEÑA os digo cierto  
 Que puede honrar vuestro sagrado valle,  
 No solo en vida, mas despues de muerto  
 Podeis con justo título alaballe:  
 De sus heróicos versos el concierto,  
 Su grave y alto estilo pueden dalle  
 Alto y honroso nombre, aunque callara  
 La fama dél y yo no me acordara.

Pues sabeis cuanto adorna y enriquece  
 Vuestras riberas, PEDRO DE RIBERA,  
 Dadle el honor, pastores, que merece,  
 Que yo seré en honrarle la primera:  
 Su dulce musa, su virtud ofrece  
 Un sugeto cabal, donde pudiera  
 La fama y cien mil famas ocuparse,  
 En solo sus loores estremarse.

Tú, que del uso el singular tesoro  
 Trujiste en nueva forma á la ribera  
 Del fértil rio, á quien el lecho de oro  
 Tan famoso le hace adonde quiera;  
 Con el debido aplauso y el decoro  
 Debido á tí, BENITO DE CALDERA,  
 Y á tu ingenio sin par, prometo honrarte,  
 Y de lauro y de hiedra coronarte.

De aquel que la cristiana poesía  
 Tan en su punto ha puesto en tanta gloria,  
 Haga la fama y la memoria mía  
 Famosa para siempre su memoria:  
 De donde nace a donde muere el día  
 La ciencia sea y la bondad notoria  
 Del gran FRANCISCO DE GUZMAN, que el arte  
 De Febo sabe así como el de Marte.

Del capitan SALCEDO está bien claro  
 Que llega su divino entendimiento  
 Al punto mas subido, agudo y raro,  
 Que puede imaginar el pensamiento:  
 Si le comparo, á él mesmo le comparo,  
 Que no hay comparación que llegue á cuento  
 De tamaño valor; que la medida  
 Ha de mostrar ser falta ó ser torcida.

Por la curiosidad y entendimiento  
 De TOMÁS DE GRACIAN, dadme licencia  
 Que yo le escoja en este valle asiento  
 Igual a su virtud, valor y ciencia:  
 El cual si llega á su merecimiento,  
 Será de tanto grado y preeminencia,

Que á lo que creo pocos se le igualen;  
Tanto su ingenio y sus virtudes valen.

Ahora, hermanas bellas, de improviso  
BAUTISTA DE VIVAR quiere alabaros  
Con tanta discrecion, gala y aviso,  
Que podais, siendo musas, admiraros:  
No cantará desdenes, no, Narciso,  
Que á Eco solitaria cuestan caros,  
Sino cuidados suyos, que han nacido  
Entre alegre esperanza y triste olvido.

Un nuevo espanto, un nuevo asombro y miedo  
Me acude y sobresalta en este punto,  
Solo por ver que quiero y que no puedo  
Subir de honor al mas subido punto  
Al grave BALTASAR, que DE TOLEDO  
El sobrenombre tiene, aunque barrunto  
Que de su docta pluma el alto vuelo  
Le ha de subir hasta el impíreo cielo.

Muestra en un ingenio la experiencia  
Que en años verdes y en edad temprana  
Hace su habitacion ansi la ciencia,  
Como en la edad madura, antigua y cana:  
No entraré con alguno en competencia  
Que contradiga una verdad tan llana,  
Y mas si acaso á sus oidos llega,  
Que lo digo por vos LOPK DE VEGA.

De pacífica oliva coronado  
Ante mi entendimiento se presenta  
Agora el sacro Bétis indignado,  
Y de mi inadvertencia se lamenta:  
Pide que en el discurso comenzado  
De los raros ingenios, os dé cuenta,  
Que en sus riberas moran, y yo ahora  
Harélo con la voz muy mas sonora.

Mas ¿qué haré, que en los primeros pasos  
Que doy, descubro mil extrañas cosas,  
Otros mil nuevos pindos y Parnasos,  
Otros coros de hermanas mas hermosas,

Con que mis altos bríos quedan lasos,  
 Y mas cuando por causas milagrosas  
 Oigo cualquier sonido servir de eco,  
 Cuando se nombra el nombre de **PACHECO?**

**PACHECO** es éste con quien tiene **Fébo**  
 Y las hermanas tan discretas mías  
 Nueva amistad, discreto trato y nuevo  
 Desde sus tiernos y pequeños días:  
 Y desde entonces hasta agora llevo  
 Por tan extrañas desusadas vías  
 Su ingenio y sus escritos, que han llegado  
 Al título de honor mas encumbrado.

En punto estoy, donde por mas que diga  
 En alabanza del divino **HERRERA**,  
 Será de poco fruto mi fatiga,  
 Aunque le suba hasta la quinta esfera:  
 Mas si soy sospechosa por amiga,  
 Sus obras y su fama verdadera  
 Dirán que en ciencias es **HERNANDO** solo  
 Del Gange al Nilo, y de uno al otro polo.

De otro **FERNANDO** quiero daros cuenta  
 Que **DECANGAS** se nombra, en quien se admira  
 El suelo, y por quien vive y se sustenta  
 La ciencia en quien al sacro lauro aspira:  
 Si al alto cielo algun ingenio intenta  
 De levantar y de poner la mira,  
 Póngala en este solo, y dará al punto  
 En el mas ingenioso y alto punto.

De **DON CRISTÓBAL**, cuyo sobrenombre  
 Es **DE VILLARBOEL**, tened creído  
 Que bien merece que jamás se nombre  
 Toque las aguas negras del olvido:  
 Su ingenio admire, su valor asombre,  
 Y el ingenio y valor sea conocido  
 Por el mayor extremo que descubre  
 En cuanto mira el sol, ó el suelo encubre.

Los ríos de elocuencia, que del pecho  
 Del grave antiguo **Ciceron** manaron,

Los que al pueblo de Atenas satisfecho  
 Tuvieron, y á Demóstenes honraron:  
 Los ingenios que el tiempo ha ya deshecho  
 (Que tanto en los pasados se estimaron)  
 Humillense á la ciencia alta y divina  
 Del **MAESTRO FRANCISCO DE MEDINA.**

Puedes, famoso Bétis, dignamente  
 Al Mincio, al Arno, al Tibre aventajarte,  
 Y alzar contento la sagrada frente,  
 Y en nuevos anchos senos dilatarte:  
 Pues quiso el cielo, que en tu bien consiente,  
 Tal gloria, tal honor, tal fama darte,  
 Cual te la adquiere á tus riberas bellas  
**BALTASAR DEL ALCÁZAR,** que está en ellas.

Otro vereis, en quien vereis cifrada  
 Del sacro Apolo la mas rara ciencia,  
 Que en otros mil sugetos derramada,  
 Hace en todos de sí grave apariencia:  
 Mas en este sujeto mejorada  
 Asiste en tantos grados de escelencia,  
 Que bien puede **M SQUERA EL LICENCIADO**  
 Ser como el mismo Apolo celebrado.

No se desdeña aquel varon prudente  
 Que de ciencias adorna y enriquece  
 Su limpio pecho, de mirar la fuente  
 Que en nuestro monte en sabias aguas crece:  
 Antes en la sin par clara corriente  
 Tanto la sed mitiga, que florece  
 Por ello el claro nombre acá en la tierra  
 Del gran **DOCTOR DOMINGO DE BECERRA.**

Del famoso **ESPINEL** cosas diria  
 Que esceden al humano entendimiento,  
 De aquellas ciencias que en su pecho cria  
 El divino de Febo sacro aliento;  
 Mas pues no puede la lengua mia  
 Decir lo menos de lo mas que siento,  
 No digo mas, sino que al cielo aspira,  
 Ora tome la pluma, ora la lira.

Si quereis ver en una igual balanza  
 Al rubio Febo y colorado Marte.  
 Procurad de mirar al gran CARRANZA,  
 De quien el uno y otro no se parte:  
 En él vereis amigas pluma y lanza  
 Con tanta discreción, destreza y arte,  
 Que la destreza en partes divida,  
 La tiene á ciencia y arte reducida.

De LÁZAR· LUIS IRANZO, lira  
 Templada habia de ser mas que la mia,  
 A cuyo son cantase el bien que inspira  
 En él el cielo y el valor que cria:  
 Por las sendas de Marte y Febo aspira  
 A subir, do la humana fantasía  
 Apenas llega, y él sin duda alguna  
 Llegará contra el hado y la fortuna.

BALTASAR DE ESCOBAR, que agora adorna  
 Del Tiber las riberas tan famosas,  
 Y con su larga ausencia desadorna  
 Las del sagrado Bétis espaciosas,  
 Fértil ingenio, si por dicha torna  
 Al patrio amado suelo, á sus honras  
 Y juveniles sienes les ofrezco  
 El lauro y el honor que yo merezco.

¿Qué título, qué honor, qué palma ó lauro  
 Se le debe á JUAN SANZ que DE ZUMETA  
 Se nombra, si del indio al rojo mauro  
 Cual su musa no hay otra tan perfecta?  
 Su fama aquí de nuevo le restauro  
 Con deciros, pastores, cuán aceta  
 Será de Apolo cualquier honra y lustre  
 Que á ZUMETA hagais que mas le lustre.

Dad á JUAN DE LAS CUEVAS el debido  
 Lugar, cuando se ofrezca en este asiento,  
 Pastores, pues lo tiene merecido  
 Su dulce musa y raro entendimiento:  
 Sé que sus obras del eterno olvido  
 (A despecho y pesar del violento

Curso del tiempo) librarán su nombre,  
Quedando con un claro alto renombre.

Pastores, si le viéredes honraldo  
Al famoso varon que os diré ahora,  
Y en graves dulces versos celebraldo  
Como á quien tanto en ellos se mejora:  
El sobrenombre tiene de BIALDO,  
De ADAM el nombre, el cual ilustra y dora  
Con su florido ingenio y escelente  
La venturosa nuestra edad presente.

Cual suele estar de variadas flores  
Ornado y rico el mas florido mayo,  
Tal de mil varias ciencias y primores  
Está el ingenio de DON JUAN AGUAYO:  
Y aunque mas me detenga en sus loores,  
Solo sabré deciros que me ensayo  
Agora, y que otra vez os diré cosas  
Tales, que las tengais por milagrosas.

De JUAN GUTIERREZ RUFO el claro nombre  
Quiero que viva en la inmortal memoria,  
Y que al sabio y al siempre admire, asombre  
La heróica que compuso ilustre historia:  
Déle el sagrado Bétis el renombre,  
Que su estilo merece, déle gloria  
Los que pueden y saben, déle el cielo  
Igual la fama á su encumbrado vuelo.

En DON LUIS DE GÓNGORA os ofrezco  
Un vivo raro ingenio sin segundo:  
Con sus obras me alegro y enriquezco  
No solo yo, mas todo el ancho mundo:  
Y si por lo que os quiere algo merezco,  
Haced que su saber alto y profundo  
En vuestras alabanzas siempre viva  
Contra el ligero tiempo y muerte esquivá.

Cifia el verde laurel, la verde hiedra,  
Y aun la robusta encina aquella frente  
De GONZALO CERVANTES SAAVEDRA,  
Pues la deben ceñir tan justamente:

Por él la ciencia de Apolo medra,  
 En él Marte nos muestra el brío ardiente  
 De su furor, con tal razon medido,  
 Que por él es amado y es temido.

Tú, que de Celidon con dulce plectro  
 Hiciste resonar el nombre y fama,  
 Cuyo admirable y bien limado metro  
 A lauro y triunfo te convida y llama;  
 Recibe el mando, la corona y cetro,  
 GONZALO GOMEZ, desta que te ama,  
 En señal que merece tu persona  
 El justo señorío de Helicon.

Tú, Darro, de oro conocido rio,  
 Cuán bien agora puedes señalarte,  
 Y con nueva corriente y nuevo brío  
 Al apartado Hidaspe aventajarte,  
 Pues GONZALO MATEO DE BERNIO  
 Tanto procura con su ingenio honrarte,  
 Que ya tu nombre la parlera fama  
 Por él por todo el mundo le derrama.

Tejed de verde lauro una corona,  
 Pastores, para honrar la dina frente  
 Del LICENCIADO SOTO BARRAHONA,  
 Varon insigne, sabio y elocuente:  
 En el santo licor de Helicon,  
 Si se perdiera en la sagrada fuente,  
 Se pudiera hallar ¡oh estraño caso!  
 Como en las altas cumbres de Parnaso.

De la región antártica podria  
 Eternizar ingenios soberanos,  
 Que si riquezas hoy sustenta y cria,  
 Tambien entendimientos sobrehumanos:  
 Mostrarlo puedo en muchos este dia,  
 Y en dos os quiero dar llenas las manos;  
 Uno de Nueva España y nuevo Apolo,  
 Del Perú el otro, un sol único y solo.

FRANCISCO el uno DE TERRAZAS tiene  
 El nombre acá y allá tan conocido,

Cuya vena caudal nueva Hipocrene  
 Ha dado al patrio venturoso nido:  
 La misma gloria al otro igual le viene,  
 Pues su divino ingenio ha producido  
 En Arequipa eterna primavera,  
 Que éste es **DIEGO MARTÍNEZ DE RIBERA**.

Aquí debajo de felice estrella  
 Un resplandor salió tan señalado,  
 Que de su lumbre la menor centella  
 Nombre de oriente al Occidente ha dado:  
 Cuando esta luz nació, nació con ella  
 Todo el valor, nació **ALONSO PICADO**,  
 Nació mi hermano, y el de Palas junto,  
 Que ambas vimos en él vivo trasunto.

Pues si he de dar gloria á tí debida,  
 Gran **ALONSO DE ESTRADA**, hoy eres dino  
 Que no se cante así tan de corrida  
 Tu ser y entendimiento peregrino:  
 Contigo está la tierra enriquecida,  
 Que al Bétis mil tesoros dé continuo,  
 Y aun no da el cambio igual, que no hay tal paga  
 Que á tan dichosa deuda satisfaga.

Por prenda rara desta tierra ilustre,  
 Claro **DON JUAN**, te nos ha dado el cielo,  
**DE ABALOS** gloria, y **DE RIBERA** lustre,  
 Honra del propio y del ageno suelo:  
 Dichosa España, do por mas de un lustre,  
 Muestra serán tus obras, y Modelo  
 De cuánto puede dar naturaleza  
 De ingenio claro y singular nobleza.

El que en la dulce patria está contento,  
 Las puras aguas de Limar gozando,  
 La famosa ribera, el fresco viento  
 Con sus divinos versos alegrando;  
 Venga, y vereis por suma deste cuento  
 Su heroico brío y discrecion mirando,  
 Que es **SANCHO DE RIBERA**, en toda parte  
 Febo primero, y sin segundo Marte.

Este mesmo famoso insigne valle  
 Un tiempo al Bétis usurpar solia  
 Un nuevo Homero, á quien podemos dalle  
 La corona de ingenio y gallardía;  
 Las Gracias le cortaron a su talle,  
 Y el cielo en todas lo mejor le envia:  
 Este ya en vuestro Tajo conocido,  
 PADRO DE MONTESDOCA es su apellido.

En todo cuanto pedirá el deseo  
 Un DIEGO ilustre DE AGUILAR admira  
 Un águila real, que en vuelo veo  
 Alzarse á do llegar ninguno aspira:  
 Su pluma entre cien mil gana trofeo  
 Que ante ella la mas alta se retira:  
 Su estilo y su valor tan celebrado  
 Guanuco lo dirá, pues lo ha gozado.

Un GONZALO FERNANDEZ se me ofrece  
 Gran capitán del escuadron de Apolo,  
 Que hoy de SOTOMAYOR se ensoberbece  
 El nombre con su nombre heróico y solo:  
 En verso admira, y en saber florece  
 En cuanto mira el uno y otro polo,  
 Y si en la pluma en tanto grado agrada,  
 No menos es famoso por la espada.

De un ENRIQUE GARCES, que al pirtiano  
 Reino enriquece, pues con dulce rima,  
 Con sutil, ingeniosa y fácil mano  
 A la mas árdua empresa en él dió cima;  
 Pues en dulce español al gran toscano  
 Nuevo lenguaje ha dado y nueva estima,  
 ¿Quién será tal que la mayor quite,  
 Aunque el mesmo Petrarca resucite?

Un RODRIGO FERNANDEZ DE FINEDA,  
 Cuya vena inmortal, cuya escelente  
 Y rara habilidad, gran parte hereda  
 Del licor sacro de la equina fuente;  
 Pues quanto quiere dél no se le veda,  
 Pues de tal gloria goza en Occidente,

Tenga tambien aquí tan larga parte  
Cual la merece hoy su ingenio y arte.

Y tú, que el pátrio Bétis has tenido  
Lleno de envidia, y con razon quejoso  
De que otro cielo y otra tierra han sido  
Testigo de tu canto numeroso,  
Alégrate, que el nombre esclarecido  
Tuyo, JUAN DE MESTANZA generoso,  
Sin segundo será por todo el suelo  
Mientras diere su luz el cuarto cielo.

Toda la suavidad que en dulce vena  
Se puede ver, vereis en uno solo  
Que al son sabroso de su musa enfrena  
La furia al mar, el curso al dios Eolo:  
El nombre deste es BALTASAR DE OBENA,  
Cuya fama del uno al otro polo  
Corre ligera, y del Oriente á ocaso  
Por honra verdadera de Parnaso.

Pues de una fértil y preciosa planta  
De allá traspuesta en el mayor collado,  
Que en toda la Tesalia se levanta,  
Planta que ya dichoso fruto ha dado,  
¿Callaré yo lo que la fama canta  
Del ilustre DON PEDRO DE ALVARADO,  
Ilustre, pero ya no menos claro  
Por su divino ingenio al mundo raro?

Tú que con nueva musa extraordinaria,  
CAIBASOC, cantas del amor el ánimo,  
Y aquella condición del vulgo varia  
Donde se opone al fuerte al pusilánimo:  
Si á este sitio de la gran Canaria  
Vinieras con ardor vivo y magnánimo,  
Mis pastores ofrecen á tus méritos  
Mil lauros, mil loores beneméritos.

¿Quién es, oh anciano Tormes, el que niega  
Que no puedes al Nilo aventajarle?  
Si puede solo el LICENCIADO VEGA  
Mas que Titiro al Mincio celebrarte:

Bien se, DAMIAN, que vuestro ingenio llega  
Do alcanza desde honor la mayor parte,  
Pues sé por muchos años de experiencia  
Vuestra tan singular virtud y ciencia.

Aunque el ingenio y la elegancia vuestra,  
FRANCISCO SANCHEZ, se me concediera,  
Por torpe me juzgara y poco diestra,  
Si á querer alabaros me pusiera:  
Lengua del cielo única, y maestra  
Tiene de ser la que por la carrera  
De vuestras alabanzas se dilate;  
Que hacerlo humana lengua es disparate.

Las raras cosas y en estilo nuevas,  
Que un espíritu muestran levantado  
En cien mil ingeniosas árduas pruebas  
Por saibo conocido y estimado,  
Hacen que DON FRANCISCO DE LAS CUEVAS  
Por mí sea dignamente celebrado,  
En tanto que la fama pregonera  
No detuviere su veloz carrera.

Quisiera rematar mi dulce canto  
En tal sazon, pastores, con loaros  
Un ingenio que al mundo pone espanto,  
Y que pudiera en éxtasis robaros:  
En él cifro y recojo todo cuanto  
He mostrado hasta aquí y he de mostraros,  
FRAY LUIS DE LEON es que digo,  
A quien yo reverencio, adoro y sigo.

¿Qué modos, qué caminos ó qué vias  
De alabar buscaré para que el nombre  
Viva mil siglos de aquel gran MATÍAS  
Que de ZÚÑIGA tiene el sobrenombre?  
A él se dén las alabanzas mias,  
Que aunque yo soy divina y él es hombre,  
Por ser su ingenio como lo es divino,  
De mayor honra y alabanza es dino.

Volved el presuroso pensamiento  
A las riberas de Pisuerga bellas,

Vereis que aumenta este rico cuento  
 Claros ingenios con quien se honran ellas:  
 Ellas no solo, sino el firmamento  
 Do lucen las clarificas estrellas,  
 Honrarse pueden bien cuando consigo  
 Tenga allá los varones que aquí digo.

Vos, DAMASIO DE FRIAS, podeis solo  
 Loaros á vos mismo, pues no puede  
 Hacer, aunque os alabe el mismo Apolo,  
 Que en tan justo loor corto no quede:  
 Vos sois el cierto y seguro polo,  
 Por quien se guia aquel que le sucede  
 En el mar de las ciencias buen pasaje,  
 Propicio viento y puerto en su viaje.

ANDRÉS SANZ DE PORTILLO, tú me envía  
 Aquel aliento que con Febo mueve  
 Tu sabia pluma y alta fantasía,  
 Porque te dé el loor que se te debe;  
 Que no podrá la ruda lengua mía,  
 Por mas caminos que aquí tiene y pruebe  
 Hallar alguno asi, cual le deseo,  
 Para loar lo que en tí siento y veo.

Felicísimo ingenio, que te encubras,  
 Sobre el que mas Apolo ha levantado,  
 Y con tus claros rayos nos alumbras,  
 Y sacas del camino mas errado:  
 Y aunque ahora con ella me deslumbras,  
 Y tienes a mi ingenio alborotado,  
 Yo te doy sobre muchos palma y gloria,  
 Pues á mí me la has dado, DOCTOR SOBIA.

Si vuestras obras son tan estimadas,  
 Famoso CANTORAL, en toda parte,  
 Serán mis alabanzas escusadas,  
 Si en nuevo modo no os alabo y arte;  
 Con las palabras más calificadas,  
 Con cuanto ingenio el cielo en mí reparte,  
 Os admiro y alabo aquí callando,  
 Y llego do llegar no puedo hablando.

Tú, JERÓNIMO VACA Y D. QUIJONES,  
 Si tanto me he tardado en celebrarte,  
 Mi pasado descuido me perdones  
 Con la enmienda que ofrezco de mi parte:  
 Do hoy mas en claras voces y pregonés,  
 En la cubierta y descubierta parte  
 Del ancho mundo, haré con clara llama  
 Lucir tu nombre y extender tu fama.

Tu verde y rico márgen, no de nebro  
 Ni de ciprés funesto enriquecido,  
 Claro, abundoso y conocido Ebro,  
 Sino de lauro y mirto florecido:  
 Ahora como puedo te celebro,  
 Celebrando aquel bien que ha concedido  
 El cielo a tus riberas, pues en ellas  
 Moran ingenios claros mas que estrellas.

Serán testigos desto dos hermanos,  
 Dos luceros, dos soles de poesía,  
 A quien el cielo con abiertas manos  
 Dió quanto ingenio y arte dar podia:  
 Edad temprana, pensamientos caños,  
 Maduro trato, humilde fantasía  
 Labran eterna y dina laureola  
 A LUFERCIO LEONARDO DE ARGENSO A.

Con santa envidia y compostencia santa  
 Parece que el menor hermano aspira  
 A igualar al mayor, pues se adelanta,  
 Y sube do no llega humana mira:  
 Por est. escribe, y mil sucesos canta  
 Con tan suave y acordada lira,  
 Que este BARTOLOMÉ menor merece,  
 Lo que al mayor LUFERCIO se le ofrece.

Si el buen principio y medio da esperanza  
 Que al fin ha de ser raro y excelente  
 En cualquier caso, ya mi ingenio alcanza  
 Que el tuyo has de encumbrar, COSME PABIENTE,  
 Y así puedes con cierta confianza  
 Prometer á tu sábia honrosa frente

La corona que tiene merecida  
 Tu claro ingenio tu inculpable vida.

En sol-dad del cielo acompañado  
 Vives, oh gran M BILLO, y allí muestras  
 Que nunca dejan tu cristiano lado  
 Otras musas mas santas y mas diestras:  
 De mis hermanas fuiste alimentado,  
 Y ahora en pago dello nos adiestras  
 Y enseñas a cantar divinas cosas,  
 G atas al cielo, al suelo provechosas.

Turia, tú que otra vez con voz sonora  
 Cantasta de tús hijos la excelencia,  
 Si gustas de escuchar la mia ahora  
 Formada, no en envidia ó competencia,  
 Oirás cuánto tu fama se mejora  
 Con los que yo diré, cuya presencia,  
 Valor, virtud, ingenio, te engrandecen,  
 Y sobre el Gindo ó Gange te enriquecen.

Oh tú, DON JUAN CO OMA, en cuyo seno  
 Tanta gracia del cielo se ha encerrado,  
 Que á la envidia pusiste en duro freno,  
 Y en la fama mil lenguas has criado,  
 Con que del gentil Tajo al fértil Reno  
 Tu nombre y tu valor va levantado:  
 Tú, CONDE D EILA, en todo tan dichoso,  
 Haces el Turia mas que el Po famoso.

Aquel en cuyo pecho abunda y llueve  
 Siempre una fuente que es por él divina,  
 Y á quien el coro de sus lumbres mueve,  
 Como á señor con gran razon se inclina,  
 A quien único nombre se le debe  
 De la etiope hasta la gente austina,  
 DON LUIS GARCERAN es sin segundo,  
 Maestro de Montesa y bien del mundo.

Merece bien en este insigne valle  
 Lugar ilustre, asiento conocido,  
 Aquel á quién la fama quiere dalle  
 El nombre que su ingenio ha merecido:

Tenga cuidado el cielo de loalle,  
 Pues es del cielo su valor crecido;  
 El cielo alabe lo que yo no puedo,  
 Del sábio DON ALONSO REBOLLEDO.

Alzas, DOTOR FACON, tan alto vuelo,  
 Que al águila caudal atrás te dejas,  
 Pues te remontas con tu ingenio al cielo,  
 Y deste valle mísero te alejas:

Por esto temo y con razon recelo  
 Que aunque te alabe, formarás mil quejas  
 De mí, porque en tu loa noche y día  
 No se ocupa la voz y lengua mía.

Si tuviera, cual tiene la fortuna,  
 La dulce poesía varia rueda,  
 Ligera y mas movible que la luna,  
 Que ni estuvo, ni está, ni estará queda;  
 En ella sin hacer mudanza alguna  
 Pusiera solo á MICHE, REY DE ARTIEDA,  
 Y el mas alto lugar siempre ocupara,  
 Por ciencias, por ingenio y virtud rara.

Todas cuantas bien dadas alabanzas  
 Diste á raros ingenios, oh GIL POLO,  
 Tú las mereces solo y las alcanzas,  
 Tú las alcanzas y mereces solo:  
 Ten ciertas y seguras esperanzas,  
 Que en este valle un nuevo mauseolo  
 Te harán estos pastores, do guardadas  
 Tus cenizas serán y celebradas.

CRISTÓBAL DE VIRUS, pues se adelanta  
 Tu ciencia y valor tanto á tus años,  
 Tú mesmo aquel ingenio y virtud canta  
 Con que huyes del mundo los engaños:  
 Tierra dichosa, y bien nacida planta,  
 Yo haré que en propios reinos y en extraños  
 El fruto de tu ingenio levantado  
 Se conozca, se admire y sea estimado.

Si conforme al ingenio que nos muestra  
 SILVESTRE DE ESPINOSA, así se hubiera

De loar, otra vos mas viva y diestra,  
 Mas tiempo y mas caudal menester fuera:  
 Mas pues la mia á su intencion adiestra,  
 Yo te daré por paga verdadera  
 Con el bien que del dios de Delo tiene  
 El mayor de las aguas de Hipocrene.

Entre estos como Apolo venir veo  
 Hermosando al mundo con su vista  
 Al discreto galan GARCÍA ROMERO,  
 Dignísimo de estar en esta lista:  
 Si la hija del húmido Peneo,  
 De quien ha sido Ovidio coronista,  
 En campos de Tesalia le hallara,  
 En él y no laurel se transformara.

Rompe el silencio y santo encerramiento,  
 Traspasa el aire, al cielo se levanta  
 De FRAY PEDRO DE HUETE aquel acento  
 De su divina musa, heróica y santa.  
 Del alto suyo raro entendimiento  
 Cantó la fama, ha de cantar y canta  
 Llevando para dar al mundo espanto  
 Sus obras por testigo de su canto.

Tiempo es ya de llegar al fin postrero,  
 Dando principio á la mayor hazafia  
 Que jamás emprendí, la cual espero  
 Que ha de mover al blanco Apolo á safia:  
 Pues con ingenio rústico y grosero  
 A dos soles que alumbran nuestra España,  
 No solo á España, mas al mundo todo,  
 Pienso loar, aunque me falte el modo.

De Febo la sagrada honrosa ciencia,  
 La cortesana discreción madura,  
 Los bien gastados años, la experiencia  
 Que mil sanos consejos asegura,  
 La agudeza de ingenio, el advertencia  
 En apuntar y en descubrir la escura  
 Dificultad y duda que se ofrece,  
 En estos soles dos solo florece.

En ellos un epílogo, pastores,  
 Del largo canto mio ahora hago,  
 Y á ellos enderezo los loores,  
 Cuantos habeis oido, y no los pago:  
 Que todos los ingenios son deudores  
 A estos, de quien yo me satisfago;  
 Satisfácese dellos todo el suelo,  
 Y aun los admira, porque son del cielo.

Estos quiero que den fin á mi canto,  
 Y á una nueva admiracion comienzo,  
 Y si pensais que en esto me adelanto,  
 Cuando os diga quién son, vereis que venzo  
 Por ellos hasta el cielo me levanto,  
 Y sin ellos me corro y me avergüenzo,  
 Tal es LAÍNEZ, tal es FIGUEROA,  
 Dignos de eterna y de incesable loa.

No habia aun bien acabado la hermosa ninfa los últimos acentos de su sabroso canto, cuando tornándose á juntar las llamas que divididas estaban, la cerraron en medio, y luego poco á poco consumiéndose, en breve espacio desapareció el ardiente fuego, y la discreta musa delante de los ojos de todos, á tiempo que ya la clara aurora comenzaba á descubrir sus frescas y rosadas mejillas por el espacioso cielo, dando alegres muestras del venidero dia. Y luego el venerable Telesio, poniéndose encima de la sepultura de Meliso, y rodeado de toda la agradable compañía que allí estaba, prestándole todos una agradable atencion y extraño silencio, desta manera comenzó á decirles: Lo que esta pasada noche en este mismo lugar, y por vuestros ojos habeis visto, discretos y gallardos pastores, y hermosas pastoras, os habrá dado a entender cuán acepta es al cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos años sacrificios y honrosas obsequias, por las felices almas de los cuerpos que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merecieron. Dígoos esto, amigos mios,

porque de aquí adelante con mas fervor y diligencia acudais á poner en efeto tan santa y famosa obra, pues ya veis de cuán raras y altos espíritus nos ha dado noticia la bella Calíope, que todos son dinos no solo de las vuestras, pero de todas las posibles alabanzas; y no penseis que es pequeño el gusto que he recibido en saber por tan verdadera relacion cuán grande es el número de los divinos ingenios que en nuestra España hoy viven; porque siempre ha estado y está en opinion de todas las naciones extranjeras que no son muchos, sino pocos los espíritus que en la ciencia de la poesía, en ella muestran que le tienen levantado; siendo tan al revés como se parece, pues cada uno de los que la ninfa ha nombrado, al mas agudo extranjero se aventaja, y darian claras muestras dello, si en esta nuestra España se estimase en tanto la poesía como en otras provincias se estima; y asi por esta causa los insignes y claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimacion que dellos los príncipes y el vulgo hacen, con solo sus entendimientos comunican sus altos y extraños conceptos, sin osar publicarlos al mundo; y tengo para mí que el cielo debe de ordenarlo desta manera, porque no merece el mundo, ni el mal considerado siglo nuestro gozar de manjares al alma tan gustosos: mas porque me parece, pastores, que el poco sueño desta pasada noche, y las largas ceremonias nuestras os tendrán algun tanto fatigados y deseosos de reposo, será bien que haciendo lo poco que nos falta para cumplir nuestro intento, cada uno se vuelva á su cabaña ó al aldea, llevando en la memoria lo que la musa nos deja encomendado: y en diciendo esto se abajó de la sepultura, y tornándose á coronar de nuevas y funestas ramas, tornó á rodear la pira tres veces, siguiéndole todos, y acompañándole en él algunas devotas oraciones que decia.

Esto acabado, teniéndole todos en medio, volvió el grave rostro á una y otra parte, bajando la cabeza

y mostrando agradecido semblante y amorosos ojos se despidió de toda la compañía, la cual yéndose, quién por una y quién por otra parte de las cuatro salidas que aquel sitio tenia, en poco espacio se deshizo y dividió toda, quedando solos los del aldea de Aurelio, y con ellos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, con los famosos pastores Elicio, Tirsi, Damon, Lauso, Erastro, Daranio, Arsindo y los cuatro lastimados Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio. con las pastoras Galatea, Florisa, Silveria y su amiga Belisa, por quien Marsilio moria.

Juntos, pues, todos éstos, el venerable Aurelio les dijo que seria bien partirse luego de aquel lugar para llegar a tiempo de pasar la fiesta en el arroyo de las Palmas, pues tan acomodado sitio era para ello. A todos pareció bien lo que Aurelio decia, y luego con reposados pasos hácia donde él dijo se encaminaron. Mas como la hermosa vista de la pastora Belisa no dejase reposar los espíritus de Marsilio, quisiera él, si pudiera y le fuera lícito, llegarse á ella, y decirle la sinrazon que con él usaba: mas por no perder el decoro que á la honestidad de Belisa se debia, estábase el triste mas mudo de lo que habia menester su deseo.

Los mismos efetos y accidentes hacia el amor en las almas de los enamorados Elicio y Erastro, que cada cual por sí quisiera decir á Galatea lo que ya ella bien sabia. A esta sazón dijo Aurelio: No me parece bien, pastores, que os mostreis tan avaros, que no queráis corresponder y pagar lo que debeis á las calandrias y ruiseñores, y á los otros pintados pajarillos, que por entre estos árboles con su no aprendida y maravillosa armonía os van entreteniendo y regocijando: tocad vuestros instrumentos, y levantad vuestras sonoras voces, y mostraldes que el arte y destreza vuestra en la música, á la natural suya se aventaja; y con tal entretenimiento sentiremos menos la pesadumbre del camino y los rayos del sol, que ya

sarece que van amenazando el rigor con que est  
piesta han de herir la tierra.

Poco fue menester para ser Aurelio obedecido, por  
que luego Erastro tocó su zampoña, y Arsindo su ra-  
bel, al son de los cuales instrumentos, dando todos la  
mano á Elicio, él comenzó á cantar desta manera:

### ELICIO

Por lo imposible peleo,  
Y si quiero retirarme,  
Ni paso ni senda veo;  
Que hasta vencer ó acabarme  
Tras sí me lleva el deseo:  
Y aunque sé que aquí es forzoso  
Antes morir que vencer  
Cuando estoy mas peligroso  
Entonces vengo a tener  
Mayor fe en lo mas dudoso.

El cielo que me condena  
A no esperar buena andanza,  
Me da siempre á mano llena  
Sin las obras de esperanza  
Mil certidumbres de pena:  
Mas mi pecho valeroso  
Que se abrasa y se resuelve  
En vivo fuego amoroso,  
En contracambio le vuelve  
Mayor fe en lo mas dudoso.

Inconstancia firme, duda,  
Falsa fe, cierto temor,  
Voluntad de amor desnuda,  
Nunca turban el amor  
Que de firme no se muda:  
Vuele el tiempo presuroso  
Suceda ausencia ó desden,  
Crezca el mal, mengue el reposo;

Que yo tendré por mi bien  
Mayor fe en lo mas dudoso.  
¿No es conocida locura,  
Y notable desvarío,  
Querer yo lo que ventura  
Me niega y el hado mio,  
Y la suerte no asegura?  
De todo estoy temeroso,  
No hay gusto que me entretenga,  
Y en trance tan peligroso,  
Me hace el amor que tenga  
Mayor fe en lo mas dudoso.

Alcanzo de mi dolor  
Que está en tal término puesto,  
Que llega donde el amor;  
Y el imaginar en esto  
Templa en parte su rigor:  
De pobre y menesteroso  
Doy a la imaginación  
Alivio tan congojoso,  
Porque tenga el corazón  
Mayor fe en lo mas dudoso.

Y mas agora que vienen  
De golpe todos los males,  
Y para que mas me penen,  
Aunque todos son mortales,  
En la vida me entretienen.  
Mas en fin, un fin hermoso  
Nuestra vida en honra sube,  
El mio me hará famoso,  
Porque en muerte y vida tuve  
Mayor fe en lo mas dudoso.

Parecióle á Marsilio que lo que Ellicio habia cantado, tan á su propósito hacia, que quiso seguirle en el mesmo concepto, y así sin esperar que otro le toma se la mano, al son de los mesmos instrumentos desta manera comenzó á cantar:

## MARSILIO

¡Cuán fácil cosa es llevarse  
El viento las esperanzas,  
Que pudieron fabricarse  
De las vanas confianzas  
Que suelen imaginarse!  
Todo concluye y fenece:  
Las esperanzas de amor,  
Los medios que el tiempo ofrece,  
Mas en el buen amador  
Sola la fe permanece.

Ella en mi tal fuerza alcanza  
Que á pesar de aquel desden,  
Lleno de desconfianza,  
Siempre me asegura un bien  
Que sustenta la esperanza:  
Y aunque el amor desfallece  
En el blanco airado pecho  
Que tanto mis males crece,  
En el mio á su despecho  
Sola la fe permanece.

Sabes, amor, tú que cobras  
Tributo de mi fe cierta,  
Y tanto en cobrar le sobras,  
Que mi fe nunca fue muerta,  
Pues se aviva con mis obras:  
Y sabes bien que desorece  
Toda mi gloria y contento  
Cuanto mas tu furia crece,  
Y que en mi alma de asiento  
Sola la fe permanece.

Pero si es cosa notoria,  
Y no hay poner duda en ella,  
Que la fe no entra en la gloria,  
Yo que no estaré sin ella,  
¿Qué triunfo espero ó vitoria?  
Mi sentido desvanece

Con el mal que se figura,  
 Todo el bien desaparece,  
 Y entre tanta desventura  
 Sola la fe permanece.

Con un profundo suspiro dió fin á su canto el lastimado Marsilio: y luego Erastro dando su zampoña, sin mas detenerse, desta manera comenzó á cantar:

## ERASTRO

En el mal que me lastima,  
 Y en el bien de mi dolor  
 Es mi fe de tanta estima,  
 Que ni huye del temor,  
 Ni á la esperanza se arrima:  
 No la turba ó desconcierta  
 Ver que está mi pena cierta  
 En su difícil subida,  
 Ni que consumen la vida  
 Fe viva, esperanza muerta.

Milagro es este en mi mal,  
 Mas eslo, porque mi bien,  
 Si viene, venga á ser tal,  
 Que entre mil bienes le den  
 La palma por principal:  
 La fama con lengua experta  
 Dé al mundo noticia cierta,  
 Que el firme amor se mantiene  
 En mi pecho, adonde tiene  
 Fe viva, esperanza muerta.

Vuestro desden riguroso  
 Y mi humilde merecer  
 Me tienen tan temeroso,  
 Que ya que os supe querer,  
 Ni puedo hablaros, ni oso:  
 Veo de continuo abierta  
 A mi desdicha la puerta,  
 Y que acabo poco á poco;

Porque con vos valen poco  
 Fe viva, esperanza muerta.  
 No llega á mi fantasía  
 Un tan loco devaneo,  
 Como es pensar que podría  
 El menor bien que deseo  
 Alcanzar por la fe mía:  
 Podeis, pastora, estar cierta  
 Que el alma rendida acierta  
 A amaros cual mereceis;  
 Pues siempre en ella hallareis  
 Fe viva, esperanza muerta.

Calló Erastro, y luego el ausente Crisio, al son de los mismos instrumentos, desta suerte comenzó á cantar:

### CRISIO

Si á las veces desespera  
 Del bien la firme afición,  
 Quién desmaya en la carrera  
 De la amorosa pasión,  
 ¿Qué fruto ó qué premio espera?  
 Yo no sé quien se asegura  
 Gloria, gustos y ventura  
 Por un ímpetu amoroso,  
 Si en él y en el más dichoso  
 No es fe la fe que no dura.

En mil trances ya sabidos  
 Se han visto, y en los amores  
 Los soberbios y atrevidos,  
 Al principio vencedores,  
 Y á la fin quedar vencidos:  
 Sabe el que tiene cordura,  
 Que en la firmeza se apura  
 El triunfo de la batalla,  
 Y sabe que aunque se halla,  
 No es fe la fe que no dura.

En el que quisiere amar  
No mas de por su contento,  
Es imposible durar  
En su vano pensamiento  
La fe que se ha de guardar;  
Si en la mayor desventura  
Mi fe tan firme y segura,  
Como en el bien no estuviera,  
Yo mismo della dijera,  
No es fe la fe que no dura.

El impetu y ligereza  
De un nueve amador insano,  
Los llantos y la tristeza,  
Son nubes que en el verano  
Se deshacen con presteza:  
No es amor el que te apura,  
Sino apetito y locura,  
Pues cuando quiere, no quiere;  
No es amante el que no muere,  
No es fe la fe que no dura.

A todos pareció bien la órden que los pastores en sus canciones guardaban, y con deseo atendian á que Tirsi á Damon comenzasen; mas presto se lo cumplió Damon, pues en acabando Crisio, al son de su mesmo rabel cantó desta manera:

## DAMON

Amarili ingrata y bella,  
¿Quién os podrá enternecer,  
Si os vienen á endurecer  
Las ansias de mi querella,  
Y la fe de mi querer?  
Bien sabeis, pastora, vos,  
Que en el amor que mantengo,  
A tan alto extremo vengo,  
Que después de la de Dios,  
Sola es fe la fe que os tengo.

Y puesto que subo tanto  
 En amar cosa mortal,  
 Tal bien encierra mi mal,  
 Que al alma por él levanto  
 A su patria natural:  
 Por esto conozco y sé  
 Que tal es mi amor tan luengo,  
 Como muero y me entretengo,  
 Y que si en amor hay fe,  
 Sola es fe la fe que os tengo.

Los muchos años gastados  
 En amorosos servicios,  
 Del alma los sacrificios,  
 De mi fe y de mis cuidados  
 Dan manifiestos indicios:  
 Por esto no os pediré  
 Remedio al mal que sostengo,  
 Y si á pedirosle vengo,  
 Es, Amarili, porqué  
 Sola es fe la fe que os tengo.

En el mar de mi tormenta  
 Jamás he visto bonanza,  
 Y aquella alegre esperanza  
 Con quien la fe se sustenta  
 De la mia no se alcanza:  
 Del amor y de fortuna  
 Me quejo, mas no me vengo,  
 Pues por ellas á tal vengo,  
 Que sin esperanza alguna  
 Sola es fe la fe que os tengo.

El canto de Damon acabó de confirmar en Timbrio y en Silerio la buena opinion que del raro ingenio de los pastores que allí estaban habian concebido, y mas quando á persuasion de Tirsi y de Elicio, el ya libre y desdeñoso Lauso al son de la flauta de Arsindo soltó la voz en semejantes versos;

## LAUSO

Rompió el desden tus cadenas,  
Falso amor, y en mi memoria.  
El mesmo ha vuelto la gloria  
De la ausencia de tus penas:  
Llame mi fe quien quisiere  
Antojadiza y no firme,  
Y en su opinión me confirme  
Como mas le pareciere.

Diga que presto olvidé,  
Y que de un sutil cabello  
Que un soplo pudo rompello,  
Colgada estaba mi fe;  
Diga que fueron fingidos  
Mis llantos y mis suspiros,  
Y que del amor los tiros  
No pasaron mis vestidos.

Que no el ser llamado vano  
Y mudable me atormenta,  
A tu neco de ver exenta  
Mi cerviz del yugo insano:  
Sé yo bien quien es Silena  
Y su condición extraña,  
Y que asegura y engaña  
Su apacible faz serena.

A su extraña gravedad  
Y á sus bajos bellos ojos  
No es mucho dar los despojos  
De cualquiera voluntad:  
Esto en la vista primera;  
Mas despues de conocida,  
Por no verla, dar la vida,  
Y mas, si más se pudiera.

Silena del cielo y mia  
Muchas veces la llamaba,  
Porque tan hermosa estaba  
Que del cielo parecia:

Mas ahora sin recelo,  
Mejor la podré llamar  
Serena falsa del mar,  
Que no Silena del cielo.

Con los ojos, con la pluma,  
Con las veras y los juegos  
De amantes vanos y ciegos  
Prende innumerable suma:  
Siempre es primero el postrero;  
Mas el mas enamorado  
Al cabo es tan maltratado,  
Cuanto querido primero.

¡Oh cuánto mas se estimara  
De Silena la hermosura,  
Si el proceder y cordura  
A su belleza igualara!  
No le falta discreción;  
Mas empléala tan mal,  
Que le sirve de dogal  
Que ahoga su presunción.

Y no hablo de corrido,  
Pues seria apasionado;  
Pero hablo de engañado  
Y sin razón ofendido:  
Ni me ciega la pasión,  
Ni el deseo de su mengua;  
Que siempre siguió mi lengua  
Los términos de razón.

Sus muchos antojos varios,  
Su mudable pensamiento  
Le vuelven cada momento  
Los amigos en contrario;  
Y pues hay por tantos modos  
Enemigos de Silena,  
O ella no es toda buena,  
O son ellos malos todos.

Acabó Lauso su canto, y aunque él creyó que ninguno le entendía por ignorar el disfrazado nombre de Silena, mas de tres de los que allí iban la conocieron, y aun se maravillaron que la modestia de Lauso á ofender alguno se extendiese, principalmente á la disfrazada pastora de quien tan enamorado le habian visto. Pero en la opinion de Damon su amigo quedó bien disculpado, porque conoecia el término de Silena, y sabia él que con Lauso habia usado, y de lo que no dijo se maravillaba. Acabó, como se ha dicho, Lauso; y como Galatea estaba informada del extremo de la voz de Nísida, quiso por obligarla cantar ella primero; y por esto antes que otro pastor comenzase, haciendo señal á Arsindo que en tañer su flauta procediese, al son della con su extremada voz cantó desta manera:

## GALATEA

Tanto cuanto el amor convida y llama  
Al alma con sus gustos de apariencia,  
Tanto mas huye su inmortal dolencia  
Quien sabe el nombre que le da la fama.

Y el pecho opuesto á su amorosa llama  
Armado de una honesta resistencia,  
Poco puede empecerle su inclemencia,  
Poco su fuego y su rigor le inflama.

Segura está quien nunca fue querida  
Ni supo querer bien, de aquella lengua  
Que en su deshonra se adelgaza y lima.

Mas si el querer y el no querer da mengua,  
¿En qué ejercicios pasará la vida  
La que mas que el vivir la honra estima?

Bien se echó de ver en el canto de Galatea, que respondia al malicioso de Lauso, y que no estaba mal con las voluntades libres, sino con las lenguas maliciosas y los ánimos dañados, que no alcanzando lo que quieren, convierten el amor, que un tiempo mos-

traron, en un odio malicioso y detestable, como en Lauso imaginaba; pero quizá saliera deste engaño, si la buena condición de Lauso conociera, y la ma a de Sirena no ignorara. Luego que Galatea acabó de cantar, con corteses palabras rogó a Nísida que lo mismo hiciese. La cual como era tan comedida como hermosa, sin hacerse de rogar, al son de la zampoña de Florisa cantó desta suerte:

### NÍSIDA

Bien puse yo valor á la defensa  
 Del duro encuentro y amoroso asalto,  
 Bien levanté mi presuncion en alto  
 Contra el rigor de la notoria ofensa.  
 Mas fue tan reforzada y tan intensa  
 La batería, y mi poder tan falto,  
 Que sin cogirme amor de sobresalto  
 Me dió á entender su potestad inmensa,  
 Valor, honestidad, recogimiento,  
 Recato, ocupación, esquivo pecho,  
 Amor con poco premio lo conquista,  
 Así que para huir el vencimiento  
 Consejos jamás fueron de provecho:  
 Desta verdad testigo soy de vista.

Cuando Nísida acabó de cantar, y acabó de admirar á Galatea, y á los que escuchado la habían, estaban ya bien cerca del lugar adonde tenían determinado de pasar la siesta. Pero en aquel poco espacio le tuvo Belisa para cumplir lo que Silveria le rogó, que fue que algo cantase; la cual, acompañándola el son de la flauta de Arsindo, cantó lo que sigue.

### BELISA

Libre voluntad exenta,  
 Atended á la razon  
 Que nuestro crédito aumenta,

LA GALATEA

Dejad la vana aficion  
Engendradora de afrenta:  
Que cuando el alma se encarga  
De alguna amorosa carga,  
A su gusto es cualquier cosa  
Composicion venenosa  
Con jugo de adelfa amarga.

Por la mayor cantidad  
De la riqueza subida  
En valor y en calidad,  
No es bien dada ni vendida  
La preciosa libertad:  
Pues ¿quién se pondrá á perdella  
Por una simple querella  
De un amador porfiado,  
Si cuanto bien hay criado  
No se compara con ella?

Si es insufrible dolor  
Tener en prision esquiua  
El cuerpo libre de amor,  
¿Tener el alma captiva  
No será pena mayor?  
Sí será, y aun de tal suerte,  
Que remedio á mal tan fuerte  
No se halla en la paciencia,  
En años, valor y ciencia,  
Porque solo está en la muerte.

Vaya pues mi sano intento  
Lejos deste desvarío,  
Huiga tan falso contento,  
Rija mi libre albedrío  
A su modo el pensamiento:  
Que en la cerviz exenta  
No permita ni consienta  
Sobre sí el yugo amoroso,  
Por quien se turba el reposo,  
Y la libertad se ausenta.

LECTURAS PARA EL SOLDADO  
EN LOS FRENTES Y HOSPITALES

387

Al alma del lastimado Marsilio llegaron los libres versos de la pastora, por la poca esperanza que sus palabras prometían de ser mejoradas sus obras; pero como era tan firme la fe con que la amaba, no pudieron, las notorias muestras de libertad que había oído, hacer que él no quedase tan sin ella, como hasta entonces estaba. Acabóse en esto el camino de llegar al arroyo de las Palmas, y aunque no llevaran intencion de pasar allí la siesta, en llegando á él, y en viendo la comodidad del hermoso sitio, él mismo á no pasar adelante les forzara.

Llegados pues á él, luego el venerable Aurelio ordenó que todos se sentasen junto al claro y espejado arroyo, que por entre la menuda yerba corria, cuyo nacimiento era al pie de una altísima y antigua palma (que por no haber en todas las riberas del Tajo sino aquella, y otra que junto á ella estaba, aquel lugar y arroyo el de las Palmas era llamado), y después de sentados, con mas voluntad y llaneza, que de costosos manjares, de los pastores de Aurelio fueron servidos, satisfaciendo la sed con las claras y frescas aguas que el limpio arroyo les ofrecía; y en acabando la breve y sabrosa comida, algunos de los pastores se dividieron y apartaron á buscar algun apartado y sombrío lugar, donde restaurar pudiesen las no dormidas horas de la pasada noche; y solo se quedaron solos los de la compañía y aldea de Aurelio, con Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, Tirsi y Damon, á quien les pareció ser mejor gustar de la buena conversación que allí se esperaba, que de cualquier otro gusto que el sueño ofrecerles podia. Adivinada pues y casi conocida esta su intencion, Aurelio les dijo: Bien será, señores, que los que aquí estamos, ya que entregarnos al dulce sueño no habemos querido, que este tiempo que le hurtamos, nó dejemos de aprovecharle en cosa que mas de nuestro gusto sea; y la que á mí me parece que no podrá dejar de dársosle, es que cada cual, como mejor supiere, muestre aquí

la agudeza de su ingenio, proponiendo alguna pregunta ó enigma, á quien esté obligado á responder el compañero que á su lado estuviere; pues con este ejercicio se granjearán dos cosas: la una pasar con menos enfado las horas que aquí estuviéremos, la otra no cansar tanto nuestros oídos con oír siempre lamentaciones de amor y endechas enamoradas. Conformáronse todos luego con la voluntad de Aurelio, y sin mudarse del lugar do estaban, el primero que comenzó á preguntar fue el mismo Aurelio, diciendo desta manera:

## AURELIO

¿Cuál es aquel poderoso  
 Que desde Oriente á Occidente  
 Es conocido y famoso?  
 A veces fuerte y valiente,  
 Otras flaco y temeroso:  
 Quita y pone la salud,  
 Muestra y cubre la virtud  
 En muchos mas de una vez,  
 Es mas fuerte en la vejez  
 Que en la alegre juventud.  
 Múdase en quien no se muda  
 Por extraña preeminencia:  
 Hace temblar al que suda,  
 Y á la mas rara elocuencia  
 Suele tornar torpe y muda:  
 Con diferentes medidas  
 Mide su ser y su nombre,  
 Y suele tomar renombre  
 De mil tierras conocidas.  
 Sin armas vence al armado,  
 Y es forzoso que le venza,  
 Y aquel que mas le ha tratado  
 Mostrando tener vergüenza,  
 Es el mas desvergozado:  
 Y es cosa de maravilla,

Que en el campo y en la villa  
 A capitan de tal prueba  
 Cualquier hombre se le atreva  
 Aunque pierda en la rencilla.

Tocó la respuesta desta pregunta al anciano pastor Arsindo, que junto á Aurelio estaba; y habiendo un poco considerado lo que significar podia, al fin le dijo: Paréceme, Aurelio, que la edad nuestra nos fuerza á andar mas enamorados de lo que significa tu pregunta, que no de la mas gallarda pastora que se nos pueda ofrecer; porque si no me engaño, el poderoso y conocido que dices, es el vino; y en él cuadran todos los atributos que le has dado. Verdad dices, Arsindo, respondió Aurelio, y estoy para decir que me pesa de haber propuesto pregunta que con tanta facilidad haya sido declarada; mas dí tú la tuya, que al lado tienes quien te la sabrá desatar por mas añudada que venga. Que me place, dijo Arsindo: luego propuso lo siguiente:

#### ARSINDO

¿Quién es quien pierde el color  
 Donde se suele avivar,  
 Y luego torna á cobrar  
 Otro mas vivo y mejor?  
 Es pardo en su nacimiento,  
 Y despues negro atezado,  
 Y al cabo tan colorado  
 Que su vista da contento:  
 No guarda fueros ni leyes,  
 Tiene amistad con las llamas,  
 Visita á tiempo las cámaras  
 De señores y de reyes:  
 Muerto se llama varon,  
 Y vivo hembra se nombra,  
 Tiene el aspecto de sombra,  
 De fuego la condicion.

Era Damon el que al lado de Arsindo estaba; el cual, apenas había acabado Arsindo su pregunta, cuando le dijo: Paréceme, Arsindo, que no es tan oscura tu demanda como lo que significa, porque si mal no estoy en ella, el carbon es por quien dices que muerto se llama varon, y encendido y vivo brasa, que es nombre de hembra, y todas las demás partes le convienen en todo como ésta; y si quedas con la misma pena que Aurelio, por la facilidad con que tu pregunta ha sido entendida, yo os quiero tener compañía en ella; pues Tirsi, á quien toca responderme, nos hará iguales, y luego dijo la suya:

## DAMON

¿Cuál es la dama polida,  
Aseada y bien compuesta,  
Temerosa y atrevida,  
Vergonzosa y deshonestá,  
Y gustosa y desabrida?  
Si son muchas, porque asombre,  
Mudan de mujer el nombre  
En varon, y es cierta ley,  
Que vá con ellas el rey,  
Y las lleva cualquier hombre.

Bien es, amigo Damon, dijo luego Tirsi, que salga verdadera tu porfia, y que quedes con la pena de Aurelio y Arsindo, si alguna tienen; porque te hago saber que sé que lo que encubre tu pregunta, es la carta y el pliego de cartas. Concedió Damon lo que Tirsi dijo. Y luego Tirsi propuso desta manera:

## TIRSI

¿Quién es la que es toda ojos  
De la cabeza á los pies,  
Y á veces sin su interés  
Causa amorosos enojos?  
También suele aplacar riñas,

Y no le va ni le viene;  
 Y aunque tantos ojos tiene  
 Descubre muy pocas niñas:  
 Tiene nombre de un dolor  
 Que se tiene por mortal,  
 Hace bien y hace mal,  
 Enciende y temple el amor.

En confusión puso a Elicio la pregunta de Tirsi, porque á él tocaba responder á ella, y casi estuvo para darse, como dicen, por vencido; pero á cabo de poco vino á decir, que era la celosía; y concediéndolo Tirsi, luego Elicio preguntó lo siguiente:

## ELICIO

Es muy oscura y es clara,  
 Tiene mil contrariedades,  
 Encúbrenos las verdades.  
 Y al cabo nos las declara:  
 Nace á veces de donaire,  
 Otras de altas fantasías,  
 Y suele engendrar porfías,  
 Aunque trate cosas de aire.

Sabe su nombre cualquiera,  
 Hasta los niños pequeños;  
 Son muchas y tienen dueños  
 De diferente manera:  
 No hay vieja que no se abrace  
 Con una de estas señoras:  
 Son de gusto algunas horas,  
 Cuál causa, cuál satisface.

Sabios hay que se desvelan  
 Por sacarles los sentidos,  
 Y algunos quedan corridos,  
 Cuanto mas sobre ello velan:  
 Cuál es necia, cuál curiosa,  
 Cuál fácil, cuál intricada,  
 Pero sea ó no sea nada,  
 Decidme, qué es cosa y cosa.

No podía Timbrio atinar con lo que significaba la pregunta de Elicio, y casi comenzó á correrse de ver que mas que otro alguno se tardaba en la respuesta; mas ni aun por eso venía en el sentido della; y tanto se detuvo, que Galatea, que estaba después de Nísida, dijo: Si vale a romper la orden que está dada, y puede responder el que primero supiere, yo por mí digo que se lo que significa la propuesta enigma, y estoy por declararla, si el señor Timbrio me da licencia. Por cierto, hermosa Galatea, respondió Timbrio, que conozco yo que así como a mí falta; os sobra a vos ingenio para aclarar mayores dificultades; pero con todo eso quiero que tengais paciencia, hasta que Elicio la torne a decir; y si desta vez no la acertare, confirmarse há con mas veras la opinión que de mi ingenio y del vuestro tengo. Tornó Elicio a decir su pregunta, y luego Timbrio declaró lo que era, diciendo: Con lo mesmo que yo pensé que tu demanda, Elicio, se escurecia, con eso mesmo me parece que se declara, pues el último verso dice: te digan qué es cosa y cosa. Y así yo respondo a lo que me dices, y digo que tu pregunta es, el que es cosa y cosa; y no te maravilles haberme tardado en la respuesta, porque mas me maravillara yo de mi ingenio, si mas presto respondiera: el cual mostrará quién es en el poco artificio de mi pregunta, que es ésta:

## TIMBRIO

¿Quién es el que á su pesar  
Mete sus pies por los ojos,  
Y sin causarles enojos  
Les hace luego cantar?  
El sacarlos es de gusto,  
Aunque á veces quien los saca  
No solo su mal no aplaca,  
Mas cobra mayoa disgusto.

A Nísida tocaba responder a la pregunta de Timbrio; mas no fué posible que la adivinasen ni ella ni Galatea, que se le seguian. Y viendo Orompo que las pastoras se fatigaban en pensar lo que significaba, les dijo: No os canseis, señoras, ni fatigueis vuestros entendimientos en la declaracion desta enigma; porque podría ser que ninguna de vosotras en toda su vida hubiese visto la figura que la pregunta encubre, y asi no es mucho que no deis en ella; que si de otra suerte fuera, bien seguros estábamos de vuestros entendimientos, que en menos espacio otras más dificultosas hubiéradés declarado; y por esto, con vuestra licencia, quiero yo responder a Timbrio, y decirle que su demanda significa un hombre con grillos, pues cuando saca los pies de aquellos ojos que él dice, o es para ser libre, o para llevarle al suplicio: porque veais, pastoras, si tenia yo razon de imaginar que quizá ninguna de vosotras habia visto en toda su vida cárceles ni prisiones. Yo por mi sé decir, dijo Galatea, que jamás he visto aprisionado alguno. Lo mesmo dijeron Nísida y Blanca, y luego Nísida propuso su pregunta en esta forma:

#### NÍSIDA

Muerde el fuego, y el bocado  
 Es daño y bien del mordido,  
 No pierde sangre el herido,  
 Aunque se ve acuchillado:  
 Mas si es profunda la herida,  
 Y de mano que no acierte,  
 Causa al herido la muerte,  
 Y en tal muerte está su vida.

Poco se tardó Galatea en responder a Nísida, porque luego le dijo: Bien sé que no me engaño, hermosa Nísida, si digo que a ninguna cosa se puede mejor atribuir tu enigma que a las tijeras de despabilar, y a la vela o cirio que despabilan, y si esto es

verdad, como lo es, y quedas satisfecha de mi respuesta, escucha ahora la mia, que no con menos facilidad espero que será declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya, y luego la dijo que fue ésta:

## GALATEA

Tres hijos que de una madre  
Nacieron con ser perfeto,  
Y de un hermano era nieto  
El uno, y el otro padre;  
Y estos tres tan sin clemencia  
A su madre maltrataban,  
Que mil puñadas le daban  
Mostrando en ello su ciencia.

Considerando estaba Blanca lo que podía significar la enigma de Galatea, cuando vieron atravesar corriendo por junto al lugar donde estaban dos gallardos pastores, mostrando en la furia con que corrían que alguna cosa de importancia les forzaba a mover los pasos con tanta ligereza; y luego en el mismo instante oyeron unas dolorosas voces, como de personas que socorro pedían; y con este sobresalto se levantaron todos, y siguieron el tino donde las voces sonaban; y a pocos pasos salieron de aquel deleitoso sitio, y dieron sobre la ribera del fresco Tajo, que por allí cerca mansamente corría; y apenas vieron el río, cuando se les ofreció á la vista la mas extraña cosa que imaginar pudieran, porque vieron dos pastoras al parecer de gentil donaire, que tenían á un pastor asido de las faldas del pellico con toda la fuerza a ellas posible, porque el triste no se ahogase, porque tenia ya el medio cuerpo en el río, y la cabeza debajo del agua, forcejeando con los pies por desasirse de las pastoras, que su desesperado intento estorbaban; las cuales ya casi querían soltarle, no pudiendo vencer al teson de su porfía con las débiles fuerzas suyas.

Mas en esto llegaron los dos pastores que corriendo habían venido, y asiendo al desesperado, le sacaron, del agua á tiempo que ya todos los demás llegaban espantándose del extraño espectáculo; y mas lo fueron cuando conocieron que el pastor que quería ahogarse era Galercio, el hermano de Artidoro, y las pastores eran Maurisa su hermana y la hermosa Teolinda, las cuales como vieron á Galatea y á Florisa con lágrimas en los ojos, corrió Teolinda a abrazar a Galatea, diciendo: ¡Ay, Galatea, amiga dulce y señora mia! ¡Cómo ha cumplido esta desdichada la palabra que te dió de volver a verte y á decirte las nuevas de su contento! De que le tengas, Teolinda, respondió Galatea, holgaré yo tanto, cuanto te lo asegura la voluntad que de mí para servirte tienes conocida; mas paréceme que no acreditan tus ojos tus palabras, ni aun ellas me satisfacen de modo que imagine buen suceso de tus deseos.

En tanto que Galatea con Teolinda esto pasaba, Elicio y Artidoro con los otros pastores habían desnudado á Galercio, y al desceñirle el pellico, que con todo el vestido mojado estaba, se le cayó un papel del seno, el cual alzó Tirsi, y abriéndolo, vió que eran versos; y por no poderlos leer por estar mojados, encima de una alta rama le puso al rayo del sol para que se enjugase. Pusieron a Galercio un gaban de Arsindo, y el desdichado mozo estaba como atónito y embelesado, sin hablar palabra alguna, aunque Elicio le preguntaba qué era la causa que a tan extraño término le había conducido. Mas por él respondió su hermana Maurisa, diciendo: Alzad los ojos, pastores, y vereis quién es la ocasion que al desgraciado de mi hermano en tan extraños y desesperados puntos ha puesto.

Por lo que Maurisa dijo, alzaron los pastores los ojos, y vieron encima de una pendiente roca, que sobre el rio caia, una gallarda y dispuesta pastora, sentada se-

bre la misma peña, mirando con risueño semblante todo lo que los pastores hacian. La cual fue luego de todos conocida por la cruel Gelasia. Aquella desamorada, aquella desconocida, siguió Maurisa, es, señores, la enemiga mortal deste desventurado hermano mio, el cual, como ya todas estas riberas saben, y vosotros no ignorais, la ama, la quiere y la adora; y en cambio de los continuos servicios que siempre le ha hecho, y de las lágrimas que por ella ha derramado, esta mañana con el mas esquivo y desamorado desden que jamás en la crueldad pudiera hallarse, le mandó que de su presencia se partiese, y que agora ni nunca jamás á ella tornase; y quiso tan de veras mi hermano obedecerla, que procuraba quitarse la vida, por escusar la ocasion de nunca traspasar su mandamiento; y si por dicha estos pastores tan presto no llegaran, llegado fuera ya el fin de mi alegría y el de los días de mi lastimado hermano. En admiración puso lo que Maurisa dijo a todos los que la escucharon, y mas admirados quedaron, cuando vieron que la cruel Gelasia, sin moverse del lugar donde estaba, y sin hacer cuenta de toda aquella compañía que los ojos en ella tenía puestos, con un extraño donaire y desdeñoso brío sacó un pequeño rabel de su zurrón, y parándosele á templar muy despacio, á cabo de poco rato, y con voz en extremo buena, comenzó á cantar de esta manera:

## GELASIA

¿Quién dejará del verde prado umbroso  
Las frescas yerbas y las frescas fuentes?

¿Quién de seguir con pasos diligentes  
La suelta liebre ó jabalí cerdoso?

¿Quién con el son amigo y sonoro  
No detendrá las aves inocentes?

¿Quién en las horas de la siesta ardientes  
No buscará en las selvas el reposo?

Por seguir los incendios, los temores,  
 Los celos, iras, rabias, muertes, penas  
 Del falso amor que tanto afije al mundo?

Del campo son y han sido mis amores,  
 Rosas son y jazmines mis cadenas,  
 Libre nací, y en mi libertad me fundo.

Cantando estaba Gelasia, y en el movimiento y ademán de su rostro la desamorada condicion suya descubría; mas apenas hubo llegado al último verso de su canto, cuando se levantó con una extraña ligereza, y como si de alguna cosa espantable huyera, así comenzó á correr por la peña abajo, dejando á los pastores admirados de su condicion, y confusos de su corrida. Mas luego vieron qué era la causa della con ver al enamorado Lenio, que con tirante paso por la misma peña subia con intencion de llegar adonde Gelasia estaba; pero no quiso ella aguardarle, por no faltar de corresponder en un solo punto á la crueldad de su propósito.

Llegó el cansado Lenio á lo alto de la peña, cuando ya Gelasia estaba al pie della; y viendo que no detenia el paso, sino que con mas presteza por la espaciosa campaña le tendía, con fatigado aliento y laso espíritu se sentó en el mismo lugar donde Gelasia habia estado, y allí comenzó con desesperadas razones á maldecir su ventura, y la hora en que alzó la vista á mirar á la cruel pastora Gelasia; y en aquel mismo instante, como arrepentido de lo que decia, tornaba á bendecir sus ojos y á tener por buena la ocasion que en tales términos le ponía; y luego incitado y movido de un furioso accidente, arrojó lejos de sí el cayado, y desnudándose el pellico, le entregó á las aguas del claro Tajo, que junto al pie de la peña corría. Lo cual visto por los pastores que mirándole estaban, sin duda creyeron que la fuerza de la enamorada pasion le sacaba de juicio; y así Elicio y Erastro comenzaron á subir la peña para estorbarle que

no hiciese algún otro desatino que le costase mas caro; y puesto que Lenio los vió subir, no hizo otro movimiento alguno, sino fue sacar de su zurrón su rabel, y con un nuevo y extraño reposo se tornó á sentar, y vuelto el rostro hácia donde su pastora oia, con voz suave y de lágrimas acompañada, comenzó á cantar desta suerte:

## LENIO

¿Quién te impele, cruel, quién te desvía?  
 ¿Quién te retira del amado intento?  
 ¿Quién en tus pies veloces alas cría,  
 Con que corres ligera mas que el viento?  
 ¿Por qué tienes en poco la fe mía,  
 Y desprecias el alto pensamiento?  
 ¿Por qué huyes de mí, por qué me dejas?  
 ¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!  
 ¿Soy por ventura de tan bajo estado  
 Que no merezca ver tus ojos bellos?  
 ¿Soy pobre, soy avaro? ¿Hasme hallado  
 En falsedad desde que supe vellos?  
 ¿La condicion primera no he mudado?  
 ¿No pende del menor de tus cabellos  
 Mi alma? Pues ¿por qué de mí te alejas?  
 ¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!  
 Tome escarmiento tu altivez sobrada  
 De ver mi libre voluntad rendida,  
 Mira mi antigua presunción trocada  
 Y en amoroso intento convertida;  
 Mira que contra amor no puede nada  
 La mas exenta descuidada vida;  
 Deten el paso ya; ¿por qué le aquejas?  
 ¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!  
 Víme cual tú te ves, y agora veo  
 Que como fuí, jamás espero verme:  
 Tal me tiene la fuerza del deseo,  
 Tal quiero que se extrema en no quererme.  
 Tú has ganado la palma, tú el troteo

De que amor pueda en su prisión tenerme;  
Tú me rendiste, ¿y tú de mí te alejas?  
¡Oh mas dura que mármol á mis quejas!

En tanto que el lastimado pastor sus dolorosas quejas entonaba, estaban los demás pastores reprendiendo á Galercio su mal propósito, afeando el dañado intento que habia mostrado. Mas el desesperado mozo á ninguna cosa respondia, de que no poco Maurisa se fatigaba, creyendo que en dejándole solo habia de poner en ejecucion su mal pensamiento. En este medio Galatea y Florisa, apartándose con Teolinda, le preguntaron qué era la causa de su tornada, y si por ventura habia sabido ya de su Artidoro. A lo cual ella respondió llorando: No sé qué os diga, amigas y señoras mias, sino que el cielo quiso que yo hallase á Artidoro para que enteramente le perdiese; porque habreis de saber que aquella mal considerada y traidora hermana mia, que fue el principio de mi desventura, aquella mesma ha sido la ocasion del fin y remate de mi contento; porque sabiendo ella, asi como llegamos con Galercio y Maurisa á su aldea, que Artidoro estaba en una montaña no lejos de allí con su ganado sin decirme nada se partió á buscarle: hallóle, y fingiendo ser yo (que para solo este daño ordenó el cielo que nos pareciésemos), con poca dificultad le dió á entender que la pastora que en nuestra aldea le habia desdeñado, era una su hermana, que en extremo le parecia; en fin, le contó por suyos todos los pasos que yo por él he dado y los extremos de dolor que he padecido; y como las entrañas del pastor estaban tan tiernas y enamoradas, con harto menos que la traidora le dijera, fuera de él creida, como la creyó tan en mi perjuicio, que sin aguardar que la fortuna mezclase en su gusto algun nuevo impedimento, luego en el mesmo instante dió la mano á Leonarda de ser su legítimo esposo, creyendo que se la daba á Teolinda. Veis aquí, pastoras, en qué ha para-

do el fruto de mis lágrimas y suspiros; veis aquí ya arrancada de raíz toda mi esperanza; y lo que mas siento, es que haya sido por la mano que á sustentarla estaba mas obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, y puesto que ya él lo sabe, aunque debe de haber sentido la burla, hala disimulado como discreto. Llegaron luego al aldea las nuevas de su casamiento, y con ellas la del fin de mi alegría: súpose tambien el artificio de mi hermana, la cual dió por disculpa ver que Galercio, á quien tanto ella amaba, por la pastora Gelasia se perdía, y que asi le pareció mas fácil reducir á su voluntad la enamorada de Artidoro, que no la desesperada de Galercio, y que pues las dos eran uno solo en cuanto á la apariencia y gentileza, que ella se tenía por dichosa y bien afortunada con la compañía de Artidoro. Con esto se disculpa, como he dicho, la enemiga de mi gloria; y asi yo, por no verla gozar de la que de derecho se me debía, dejo el aldea y la presencia de Artidoro, y acompañada de las mas tristes imaginaciones que imaginarse pueden, venia á daros las nuevas de mi desdicha en compañía de Maurisa, que ansimesmo viene con intención de contaros lo que Grisaldo ha hecho después que supo el hurto de Rosaura; y esta mañana al salir del sol sol topamos con Galercio, el cual con tiernas y enamoradas razones estaba persuadiendo á Gelasia que bien le quisiese; mas ella con el mas extraño desden y esquivaza que decirse puede, le mandó que se le quitase delante, y que no fuese osado de jamás hablarla: y el desdichado pastor apretado de tan recio mandamiento y de tan extraña crueldad, quiso cumplirle, haciendo lo que habeis visto. Todo esto es lo que por mí ha pasado, amigas mias, despues que de vuestra presencia me partí. Ved agora si tengo mas que llorar que antes, y si se ha aumentado la ocasión para que vosotras os ocupeis en consolarme, si acaso mi mal recibiese consuelo.

No dijo mas Teolinda, porque la infinidad de lágrimas que le vinieron á los ojos, y los suspiros que del alma arrancaba, impidieron el oficio á la lengua; y aunque las de Galatea y Florisa quisieron mostrarse expertas y elocuentes en consolarla, fue de poco efeto su trabajo. Y en el tiempo que entre las pastoras estas razones pasaban, se acabó de enjugar el papel que Tirsi á Galercio del seno sacado habia, y deseoso de leerle, le tomó, y vió que desta manera decia:

## GALERCIO A GELASIA

Angel de humana figura,  
Furia con rostro de dama,  
Fria y encendida llama  
Donde mi alma se apura:  
Escucha las sinrazones  
De tu desamor causadas,  
De mi alma trasladadas  
En estos tristes renglones.

No escribo por ablandarte,  
Pues con tu dureza extraña  
No valen ruegos ni maña,  
Ni servicios tienen parte:  
Escríbote, porque veas  
La sinrazon que me haces,  
Y cuán mal que satisfaces  
Al valor de que te arreas.

Que alabes la libertad  
Es muy justo, y razón tienes;  
Mas mira que la mantienes  
Solo con la crueldad:  
Y no es justo lo que ordenas,  
Querer, sin ser ofendida,  
Sustentar tu libre vida  
Con tantas muertes ajenas.

No imagines que es deshónra  
Que te quieran todos bien,

Ni que está en usar desden  
Depositada tu honra:  
Antes templando el rigor  
De los agravios que haces,  
Con poco amor satisfaces,  
Y cobras nombre mejor.

Tu crueldad me da á entender  
Que las fieras te engendraron,  
O que los montes formaron  
Tu duro indomable ser:  
Que en ellos es tu recreo,  
Y en los páramos y valles,  
Do no es posible que halles  
Quien te enamore el deseo.

En una fresca espesura  
Una vez te ví sentada,  
Y dije: estatua es formada  
Aquella de piedra dura:  
Y aunque el moverte despues  
Contradijo á mi opinión,  
En fin en la condicion,  
Dije, mas que estatua es.

¡Y ojalá que estatua fueras  
De piedral que yo esperara  
Que el cielo por mi cambiara  
Tu sér, y en mujer volvieras:

Que Pigmaleon no fué  
Tanto á la suya rendido,  
Como yo te soy y he sido,  
Pastora, y siempre seré.

Con razon y de derecho  
Del mal y bien me das pago  
Pena por el mal que hago,  
Gloria por el bien que he hecho  
En el modo que me tratas  
Tal verdad es conocida;  
Con la vista me das vida,  
Con la condición me matas.

Dese pecho, que se atreve  
A esquivar de amor los tiros  
El fuego de mis suspiros  
Deshaga un poco la nieve:  
Concédase al llanto mio  
Y al nunca admitir descanso,  
Que vuelva agradable y manso  
Un solo punto tu brío.

Bien sé que habrás de decir  
Que me alargo, y yo lo creo,

Pero acorta tú el deseo,  
Y acortaré yo el pedir:  
Mas segun lo que me das  
En cuantas demandas toco,  
A tí te importa muy poco,  
Que pida menos ó mas.  
Si de tu extraña dureza  
Pudiera reprehenderte,  
Y aquella señal ponerte,  
Que muestra nuestra flaqueza,  
Dijera viendo tu ser,  
Y no así como se enseñar:  
Acuérdate que eres peña,  
Y en peña te has de volver.

Mas seas peña ó acero,  
Duro mármol ó diamante,  
De un acero soy amante,  
O una peña adoro y quiero:  
Si eres ángel disfrazado,  
O furia, que todo es cierto,  
Por tal ángel vivo muerto,  
Y por tal furia penado.

Mejor le parecieron á Tirsi los versos de Galercio, que la condicion de Gelasia, y queriéndolos mostrar á Elicio, vióle tan mudado de color y de semblante, que una imágen de muerto parecia. Llegóse á él, y cuando le quiso preguntar si algun dolor le fatigaba, no fue menester esperar su respuesta para entender la causa de su pena, porque luego oyó publicar entre todos los que allí estaban, cómo los dos pastores, que á Galercio socorrieron, eran amigos del pastor lusitano, con quien el venerable Aurelio tenia concertado de casar á Galatea, los cuales venian á decirle cómo de allí á tres dias el venturoso pastor vendria á su aldea á concluir el felicísimo desposorio. Y luego vió Tirsi que estas nuevas mas nuevos y extraños accidentes de los causados habian de causar en el alma

de Elicio; pero con todo esto se llegó á él y le dijo: Agora es menester, buen amigo, que te sepas valer de la discrecion que tienes, pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos; y asegúrote que no sé quién á mí me asegura, que ha de tener mejor fin este negocio de lo que tú piensas; disimula y calla, que si la voluntad de Galatea no gusta de corresponder de todo en todo á la de su padre, tú satisfarás la tuya, aprovechándote de las nuestras y aun de todo el favor que te puedan ofrecer cuantos pastores hay en las riberas deste rio y en las del manso Henares; el cual favor yo te ofrezco, que bien imagino que el deseo que todos han conocido que yo tengo de servirles, los obligará á hacer que no salga en vano lo que aquí te prometo.

Suspenseo quedó Elicio, viendo el gallardo y verdadero ofrecimiento de Tirsi, y no supo ni pudo responderle mas que abrazarle estrechamente, y decirle: El cielo te pague, discreto Tirsi, el consuelo que me has dado, con el cual y con la voluntad de Galatea, que á lo que creo, no discrepará de la nuestra, sin duda entiendo, que tan notorio agravio como el que se hace á todas estas riberas en desterrar dellas la rara hermosura de Galatea, no pase adelante: y tornándole á abrazar tornó á su rostro la color perdida. Pero no tornó al de Galatea, á quien fue oír la embajada de los partores, como si oyera la sentencia de su muerte. Todo lo notaba Elicio, y no lo podia disimular Erastro, ni menos la discreta Florisa, ni aun fue gustosa la nueva á ninguno de cuantos allí estaban.

A esta sazón ya el sol declinaba su acostumbrada carrera: y así por esto, como por ver que el enamorado Lenio habia seguido a Gelasia, y que allí no quedaba otra cosa que hacer, trayendo a Galercio y Maurisa consigo, toda aquella compañía movió los pasos hacia el aldea, y al llegar junto a ella, Elicio y Erastro se quedaron en sus cabañas, y con ellos Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio, Arsindio y Orfenio se

quedaron con otros algunos pastores: y de todos ellos con corteses palabras y ofrecimientos se despidieron los venturosos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, diciéndoles que otro día se pensaban partir a la ciudad de Toledo, donde había de ser el fin de su viaje, y abrazando a todos los que con Elicio quedaban, se fueron con Aurelio, con el cual iban Florisa, Teolinda y Maurisa, y la triste Galatea tan congojada y pensativa, que con toda su discreción no podía dejar de dar muestras de extraño descontento. Con Daranio se fueron su esposa Silveria y la hermosa Belisa. Cerró en esto la noche, y parecióle a Elicio que con ella se le cerraban todos los caminos de su gusto: y si no fuera por agasajar con buen semblante a los huéspedes que tenía aquella noche en su cabaña, él la pasara tan mala que desesperara de ver el día. La misma pena pasaba el mísero Erastro, aunque con más alivio, porque sin tener respeto a nadie, con altas voces y lastimeras palabras maldecía su ventura, y la acelerada determinación de Aurelio.

Estando en esto, ya que los pastores habían satisfecho a la hambre con algunos rústicos manjares, y algunos dellos entregádose en los brazos del reposado sueño, llegó a la cabaña de Elicio la hermosa Maurisa, y hallando a Elicio a la puerta de su cabaña, le apartó, y le dió un papel, diciéndole que era de Galatea, y que le leyese luego, que pues ella a tal hora le traía, entendiese que era de importancia lo que en él debía de venir. Admirado el pastor de la venida de Maurisa y mas de ver en sus manos papel de su pastora, no pudo sosegar un punto hasta leerle, y entrándose en su cabaña, a la luz de una raja de teoso pino le leyó, y vió que así decía:

#### GALATEA A ELICIO.

«En la apresurada determinación de mi padre está la que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me hace la que a mí mesma me he hecho hasta llegar

a este punto: bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozco que te debo. Mas si el cielo quiere que yo quede con esta deuda, quéjate dél, y no de la voluntad mía. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible; pero veo que no lo es, y así no lo intento. Si algún remedio por allá imaginas, como en él no intervengan ruegos, ponle en efeto, con el miramiento que a tu crédito debes y a mi honra estás obligado. El que me dan por esposo, y el que me ha de dar sepultura, viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque a mí me queda harto para arrepentirme. No digo más, sino que Maurisa es fiel, y yo desdichada.»

En extraña confusión pusieron a Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciéndole cosa nueva, ansi el escribirle, pues hasta entonces jamás lo había hecho, como el mandarle buscar remedio a la sinrazón que se le hacía: más pasando por todas estas cosas, solo paró en imaginar cómo cumpliría lo que le era mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera. Y no ofreciéndosele otro algún remedio, sino el de que sus amigos esperaba, confiado en ellos, se atrevió a responder a Galatea con una carta que dió a Maurisa, la cual desta manera decía:

### ELICIO A GALATEA.

«Si las fuerzas de mi poder llegaran al deseo que tengo de serviros, hermosa Galatea, ni la que vuestro padre os hace, ni las mayores del mundo fueran parte para ofenderos; pero como quiera que sea, vos vereis agora, si la sinrazón pasa adelante cómo yo no me quedo atrás en hacer vuestro mandamiento, por la vía mejor que el caso pidiere. Asegúreos esto la fe que de mí teneis conocida, y haced buen rostro a la fortuna presente, confiada en la bonanza venidera; que el cielo que os ha movido a acordaros de mí y a

escribirme, me dará valor para mostrar que en algo merezco la merced que me habeis hecho, que como sea obedeceros, ni recelo ni temor serán parte para que yo no ponga en efeto lo que a vuestro gusto conviene, y al mío tanto importa. No más, pues lo más que en esto ha de haber sabreis de Maurisa, a quien yo he dado cuenta dello; y si vuestro parecer con el mío no se conforma, sea yo avisado, porque el tiempo no se pase, y con él la sazón de nuestra ventura, la cual os dé el cielo como puede y como vuestro valor merece.»

Dada esta carta a Maurisa, como está dicho, le dijo ansimesmo cómo él pensaba juntar todos los más pastores que pudiese, y que todos juntos irían a hablar al padre de Galatea, pidiéndole por merced señalada, fuese servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya: y cuando esto no bastase, pensaba poner tales inconvenientes y miedos al lusitano pastor, que él mesmo dijese no ser contento de lo concertado: y cuando los ruegos y astucias no fuesen de provecho alguno, determinaba usar la fuerza, y con ella ponerla en libertad, y esto con el miramiento de su crédito que se podía esperar de quien tanto amaba.

Con esta resolución se fué Maurisa, y esta mesma tomaron luego todos los pastores que con Elicio a quien él dió cuenta de sus pensamientos, y pidió favor y consejo en tan árduo caso. Luego Tirsi y Damon se ofrecieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarían. Lauso, Arsindo y Erastro, con los cuatro amigos, Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, prometieron de buscar y juntar para el día siguiente sus amigos, y poner en obra con ellos cualquiera cosa que por Elicio les fuese mandada. En tratar lo que más al caso convenía, y en tomar este apuntamiento, se pasó lo más de aquella noche. Y la mañana venida, todos los pastores se partieron a cumplir lo que prometido habían, si no fueron Tirsi y Damon, que

con Elicio se quedaron. Y aquel mismo día tornó a venir Maurisa a decir a Elicio, cómo Galatea estaba determinada de seguir en todo su parecer: despidióla Elicio con nuevas promesas y confianzas, y con alegre semblante y extraño alborozo estaba esperando el siguiente día, por ver la buena o mala salida que la fortuna daba a su hecho.

Llegó en esto la noche, y recogién dose con Damon y Tirsi a su cabaña, casi todo el tiempo della pasaron en tantear y advertir las dificultades que en aquel negocio podían suceder, si acaso no movían a Aurelio las razones que Tirsi pensaba decirle. Mas Elicio, por dar lugar a los pastores que reposasen, se salió de su cabaña, y se subió en una verde cuesta que frontero della se levantaba: y allí con el aparejo de la soledad revolvía en su memoria todo lo que por Galatea había padecido, y lo que temía padecer si el cielo a sus intentos no favorecía; y sin salir desta imaginación, al son de un blando céfiro, que mansamente soplabá, con voz suave y baja comenzó a cantar desta manera:

### ELICIO

Si deste herviente mar y golfo insano,  
 Donde tanto amenaza la tormenta,  
 Libro la vida de tan dura afrenta,  
 Y toco el suelo venturoso y sano;  
 Al aire alzadas una y otra mano  
 Con alma humilde y voluntad contenta,  
 Haré que amor conozca, el cielo sienta,  
 Que el bien les agradezco soberano.

Llamaré venturosos mis suspiros,  
 Mis lágrimas tendré por agradables;  
 Por refrigerio el fuego en que me quemo.

Diré que son de amor los recios tiros,  
 Dulces al alma, al cuerpo saludables,  
 Y que en su bien no hay medio, sino extremo.

Cuando Elicio acabó su canto, comenzaba a descubrirse por las orientales puertas la fresca aurora, con sus hermosas y variadas mejillas, alegrando el suelo, aljofarando las yerbas y pintando los prados; cuya deseada venida comenzaron luego a saludar las parleras aves con mil suertes de concertadas cantinelas.

Levantóse en esto Elicio, y tendiendo los ojos por la espaciosa campaña, descubrió no lejos dos esquadras de pastores, las cuales según le pareció hacia su cabaña se encaminaban, como era la verdad, porque luego conoció que eran sus amigos Arsindo y Lauso, con otros que consigo traían. Y los otros Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio con todos los más amigos que juntar pudieron. Conocidos, pues, de Elicio, bajó de la cuesta para ir a recibirlos: y cuando ellos llegaron junto de la cabaña, ya estaban fuera della Tirsi y Damon, que a buscar a Elicio iban. Llegaron en esto todos los pastores, y con alegre semblante unos a otros se recibieron. Y luego Lauso, volviéndose a Elicio, le dijo: En la compañía que trae mos, amigo Elicio, puedes ver si comenzamos a dar muestras de querer cumplir la palabra que te dimos: todos los que aquí ves, vienen con deseo de servirte, aunque en ello aventuren las vidas: lo que falta es, que tú no la hagas en lo que más conviniere. Elicio, con las mejores razones que supo, agradeció a Lauso y a los demás la merced que le hacían: y luego les contó todo lo que con Tirsi y Damon estaba concertado de hacerse para salir bien con aquella empresa.

Parecióles bien a los pastores lo que Elicio decía; y así, sin más detenerse hacia el aldea se encaminaron, yendo delante de Tirsi y Damon, siguiéndoles todos los demás que hasta veinte pastores serían, los más gallardos y bien dispuestos que en todas las riberas de Tajo hallarse pudieran, y todos llevaban intención de que si las razones de Tirsi no movían a que Aurelio la hiciese en lo que le pedían, de usar en su

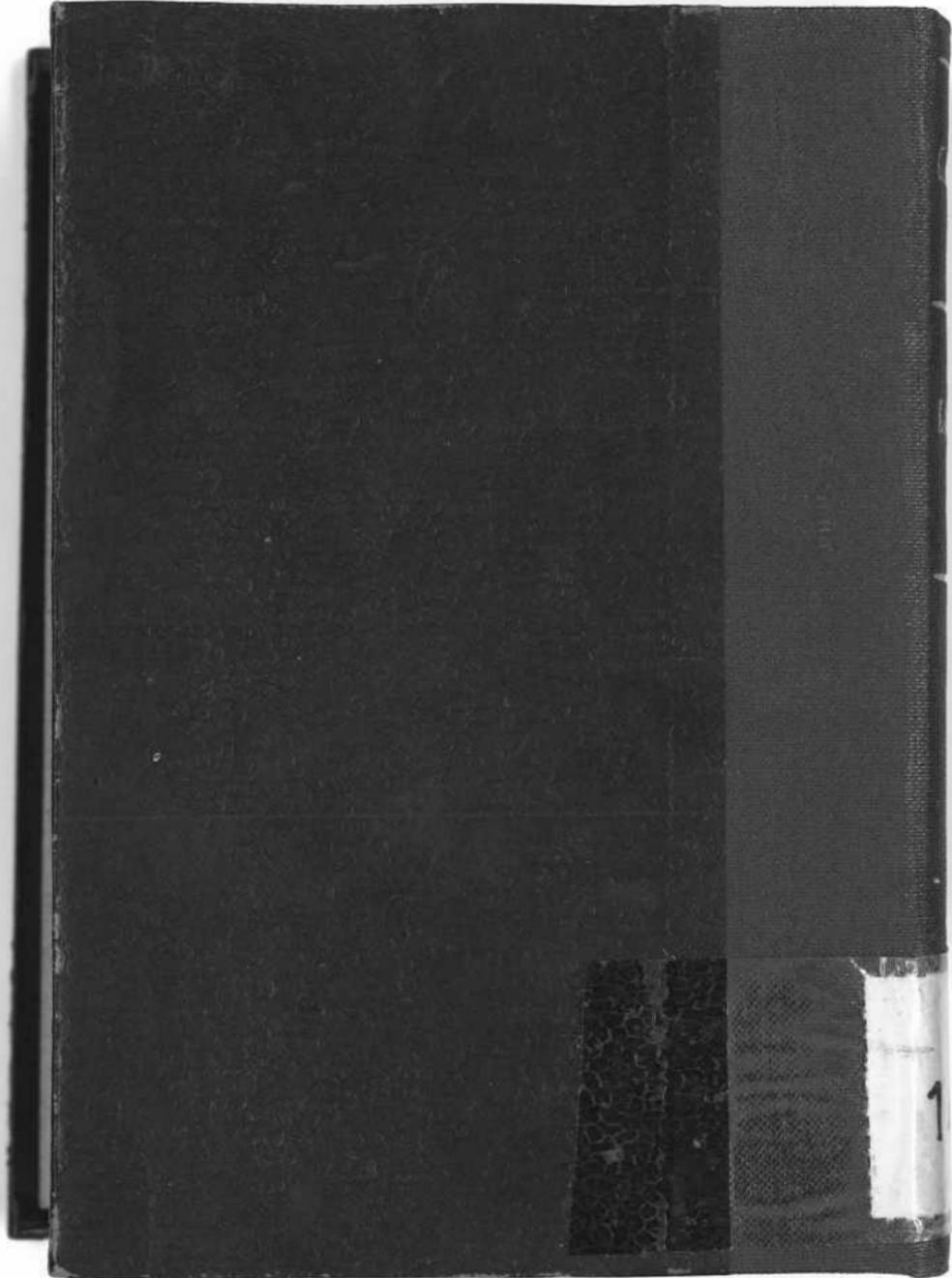
lugar la fuerza, y no consentir que Galatea al forastero pastor se entregase: de que iba tan contento Erastro, como si el buen suceso de aquella demanda en solo su contento de redundar hubiera, porque a truco de no ver a Galatea ausente y descontenta, tenía por bien empleado que Elicio la alcanzase, como lo imaginaba, pues tanto Galatea le había de quedar obligada.

El fin deste amoroso cuento y historia, con los sucesos de Galercio, Lenio y Gelasia, Arsindo, Maurisa, Grisaldo, Artandro y Rosaura, Marsilio y Belisa, con otras cosas sucedidas a los pastores hasta aquí nombrados, en la segunda parte desta historia se prometen. La cual, si con apacibles voluntades esta primera viere recebida, tendrá atrevimiento de salir con brevedad a ser vista y juzgada de los ojos y entendimientos de las gentes.









1

CARVANTES

LA GALATEA

14658